

ECONOMÍA, PRESTIGIO Y PODER

Perspectivas desde la arqueología



Carlos Augusto Sánchez

Editor-compilador

Colección
Perspectivas arqueológicas

INSTITUTO COLOMBIANO DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

ECONOMÍA, PRESTIGIO Y PODER
Perspectivas desde la arqueología

ECONOMÍA, PRESTIGIO Y PODER
Perspectivas desde la arqueología

Carlos Augusto Sánchez
Editor-compiler

Instituto Colombiano de Antropología e Historia, ICANH

Economía, prestigio y poder: Perspectivas desde la arqueología.

—Bogotá : Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2009.
388 p. il., fotos, mapas. – (Perspectivas arqueológicas).

978-958-8181-57-8

1.Arqueología.—2. Economía.—3. Poder (Ciencias sociales).—
4.Comunidades indígenas.—5. Cacicazgos.-- I. Sánchez, Carlos Augusto, comp.

CDD 306.3



Instituto Colombiano de Antropología e Historia, ICANH

Diego Herrera Gómez
Director general

Victor González
Coordinador grupo de arqueología

Adriana Paola Forero Ospina
Jefe de publicaciones

Juan Guillermo Arias Marín
Asistente editorial

Juan Andrés Valderrama
Corrección de textos

José Darío Vargas Parra
Diseño y diagramación

Felipe Cárdenas-Arroyo
Ilustración de cubierta

Primera edición, junio de 2009
ISBN 978-958-8181-57-8

©Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2009
Carlos Augusto Sánchez, editor-compilador
Calle 12 No. 2-41
Teléfonos: (57 1) 5619400-5619700
Bogotá, D. C., Colombia
www.icanh.gov.co



El trabajo intelectual contenido en esta obra se encuentra protegido por una licencia de Creative Commons del tipo "Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional". Para conocer en detalle los usos permitidos consulte el sitio web <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Impreso por: Imprenta Nacional de Colombia, carrera 66 No. 24-09, Bogotá D. C.,

CONTENIDO

Introducción	II
Bibliografía	16

I

Apolo y Dionisos en el occidente de Venezuela: antiguas sociedades complejas de los Llanos de Barinas

Rafael Gassón

17-41

Introducción.....	17
Sociedades complejas de los Llanos de Venezuela	17
Los cacicazgos bajo sospecha	23
Los arwaks en la historia cultural de los Llanos de Venezuela	28
Conclusión.....	37
Bibliografía	39

II

El contexto sociopolítico de las fiestas y ceremonias prehispánicas en los Andes orientales de Colombia

Pedro María Argüello García

42-73

Introducción.....	42
Fiestas y ceremonias: implicaciones políticas, visibilidad arqueológica.....	43
Fiestas y ceremonias en los Andes colombianos.....	49
Comparaciones	60
Conclusiones	63
Bibliografía	69

III

Organización del asentamiento muisca y autoridad cacical en Suta, valle de Leyva, Colombia: una evaluación crítica de los conceptos nativos sobre la casa para el estudio de sociedades complejas

Hope Henderson y Nicholas Ostler

74-146

Autoridad política en las sociedades complejas muisca.....	75
Los conceptos nativos de casa y los patrones de asentamiento muisca	83
Los conceptos nativos de casa y de autoridad política en las sociedades muisca.....	86
Modelos individualista e institucional de casa con base en la autoridad política	101
Investigación arqueológica en Suta: metodología de campo y modelos espaciales <i>gue</i>	109
Evaluación de la autoridad política y de la organización interna del asentamiento en Suta.....	122

Conclusiones	130
Reconocimientos	136
Bibliografía	137

IV

Trayectorias evolutivas de unidades domésticas en cacicazgos del altiplano cundiboyacense. Los casos San Carlos y El Venado

Francisco Romano G

147-167

Introducción. Patrones de asentamiento en la Sabana de Bogotá.....	147
Desarrollo y complejidad de unidades domésticas: patrones de asentamiento en El Venado (Boyacá) y San Carlos (Cundinamarca)	149
Breves comentarios.....	158
Bibliografía.....	162

V

La comunidad y el cacicazgo: un estudio comparativo de patrones de asentamiento regional en el alto Magdalena, el valle de Oaxaca y Mongolia interior

Robert D. Drennan y Christian E. Peterson

168-205

Introducción	168
La región de Chifeng (Mongolia interior oriental, República Popular de China)	169
El alto Magdalena (Colombia)	179
El Valle de Oaxaca (México)	185
Las comunidades de los cacicazgos tempranos en las tres regiones	188
Desarrollo posterior	193
Conclusión	196
Bibliografía	199

VI

La producción prehispánica de sal en Saladoblanco: ¿una fuente de diferenciación social en un grupo local?

John Alexander González Larrotta

206-243

Introducción.....	206
El contexto de la investigación	209
La importancia de la sal y las fuentes salinas.....	209
Connotaciones ideológicas de la sal.....	211
¿Manejo de aspectos ideológicos, económicos o de las relaciones sociales?	213
La investigación y sus características	221
Resultados del trabajo de campo	224

Crecimiento demográfico vs. intensificación de la producción de sal.....	224
La comunidad prehispánica de Las Pitás.....	229
¿Cómo se producía la sal en Las Pitás?.....	237
Bibliografía.....	239

VII

Una trayectoria diversa: cambio social, heterogeneidad y desigualdad en la cuenca alta de la quebrada Piedras Blancas

Mauricio Obregón Cardona, Liliana Isabel Gómez Londoño y Luis Carlos Cardona Velásquez

244-271

Sociedades complejas: desigualdad y heterogeneidad.....	244
Las sociedades complejas en el noroccidente de Colombia: un modelo lineal.....	247
Una trayectoria diversa.....	252
Poblamiento temprano de la cuenca.....	254
Sociedades “complejas” durante los primeros siglos de la era cristiana.....	255
Centralización y segregación.....	259
Todo cambia. Transformaciones sociales posteriores al siglo XII d.C.....	260
Una trayectoria no lineal.....	266
Bibliografía.....	268

VIII

La producción de textiles de algodón en la política económica de los cacicazgos muisca de los Andes colombianos

Ana María Boada Rivas

272-313

Introducción.....	272
Los cacicazgos muisca del siglo XVI.....	275
El sitio arqueológico El Venado.....	276
Cultivo y acceso a la fibra de algodón.....	281
La producción de hilo de algodón en El Venado.....	282
El tejido y la decoración de las mantas.....	298
Las mantas como base de riqueza.....	303
Agradecimientos.....	306
Bibliografía.....	307

IX

La sociedad prehispánica en el alto Magdalena: economía de subsistencia versus economía política

Carlos Augusto Sánchez

314-338

El alto Magdalena durante el período Clásico Regional (año 1 a 900 d.C.).....	318
El alto Magdalena durante el período Reciente (900 a 1550 d.C.).....	320
Evidencia local: Isnos.....	321
Conclusiones.....	333
Bibliografía.....	337

X

Economía política del cacicazgo Mesitas

Víctor González Fernández, Ph.D.

339-363

Localización geográfica: el alto Magdalena.....	340
La región de San Agustín e Isnos.....	343
El complejo ceremonial de Mesitas.....	343
Distribución espacial de los montículos funerarios.....	345
Los estudios de patrones de asentamiento regional.....	347
Cronología cerámica.....	348
Resultados del reconocimiento regional.....	349
El estudio de la comunidad arqueológica de Mesitas.....	350
Reconstrucción del desarrollo de Mesitas.....	351
Bibliografía.....	362

XI

Materialización de la ideología en las sociedades del alto Magdalena: una estrategia para la consolidación del poder

Juan Carlos Vargas

364-386

Introducción.....	364
Materialización de la ideología.....	365
Materialización ideológica en las sociedades del alto Magdalena.....	368
Centros funerarios en el municipio de Isnos (Huila).....	371
Evaluación.....	380
Conclusiones.....	381
Bibliografía.....	383



INTRODUCCIÓN

LO ECONÓMICO, ENTENDIDO COMO TODA ACCIÓN REALIZADA POR LOS HUMANOS con el fin de obtener los recursos necesarios para satisfacer sus necesidades, es un hecho inherente a la vida social; esto es innegable desde las formas de vida basadas en la caza y la recolección, cuando la interacción social se sustentaba en la propiedad colectiva sobre los objetos de trabajo. Abandonar esta condición significó la necesidad de producir los recursos indispensables, nuevo comportamiento en el que pronto se incubaron y desarrollaron diferentes formas de usufructo y derechos de propiedad sobre los medios básicos de producción, en consecuencia, nuevas relaciones sociales y sistemas de creencias. En el entreacto y nutriéndose de esta nueva modalidad económica, surgieron diversas instituciones de gestión por cuyo control pronto entraron en competencia los individuos. En otras palabras, a la vida social es inherente un comportamiento económico y a éste son consustanciales el ejercicio de la política y los sistemas de creencias. Por consiguiente, para lograr una adecuada y, sobre todo, útil explicación del devenir social, de la historia, es preciso considerar las acciones que emprende el ser social para solventar sus cada vez mayores y acuciantes necesidades.

Ahora bien, los campos de aplicabilidad del análisis de la economía y de la política son en extremo extensos, y llegar a explicaciones coherentes sobre sus múltiples funciones, ritmos e interrelaciones en el hecho social son, sin duda, tortuosos. No obstante las dificultades, es necesario, si no urgente, que nuestra disciplina asuma con decisión su estudio para subsanar las frecuentes inconsistencias y el caos conceptual que impera en las descripciones y explicaciones sobre nuestra historia antigua.

En buena parte de la producción disciplinar es preocupante la ausencia de inquietudes en relación con las conexiones e incidencias que tienen las distintas formas de propiedad de los medios de producción con otros niveles de la organización económica y con la administración social; v. gr., las relaciones entre la propiedad, el parentesco y la diferenciación social; los medios que permiten el acceso desigual a los recursos vitales y los mecanismos, sagrados y profanos, mediante los cuales se logra la financiación de las iniciativas e instituciones en una unidad política. En fin, sobre cómo algunos individuos y reducidos grupos de ellos logran concentrar poder económico y ejercer el control político sobre las comunidades.

Si el punto de partida de una investigación científica es la solución de un problema, éste se puede generar en dudas legítimas sobre conclusiones o enunciados conocidos; por consiguiente, algunas destacadas apreciaciones deberían suscitar discusión y duda, por ejemplo, las populares sinonimias comercio-intercambio-mercado (como lugar de intercambio y como sistema de transacción); cacique-señor¹; Estado incipiente-federación-confederación-cacicazgo-reino². Además de la preocupación por el uso impreciso de algunos de estos términos, las descripciones formales inducen inquietudes como ¿es posible, en las sociedades estratificadas, la práctica del comercio en ausencia de patrones de cambio? ¿Se puede practicar el mercado sin regulaciones ni ventajas económicas o políticas para algún sector de la sociedad?, o como en el caso muisca, ¿fueron posibles estructuras políticas altamente jerarquizadas con economías en las que primaba el acceso generalizado a la producción y

1. Término que, a pesar de su frecuente uso en los documentos de la historia colonial, es ambiguo y con frecuencia contradictorio, pero con el que se designa a los individuos inhumados en el sitio Malagana, en texto del Museo del Oro (1996). Aparentemente, con él quieren significar líderes políticos con atribuciones similares a las de los denominados en antropología y la arqueología como caciques.

2. Aunque Reichel-Dolmatoff (1986) usa este término en el título del capítulo VIII, en el texto se refiere y describe “federaciones de aldeas”. A la vez, Langebaek (1987) prefiere hablar de “confederaciones” de cacicazgos y Rodríguez (1999) unas veces de cacicazgos (pp. 38) y otras de confederaciones y “reinos” (pp. 40).

al consumo incluso de bienes suntuarios?³ Por lo tanto, ¿cuáles eran las fuentes de financiación que permitía a las élites muisca apuntalar su poder? Y en el caso Malagana, ¿es sensato pensar en “señores” que accedían y acumulaban ingente cantidad de bienes de prestigio, cuyo control sería la garantía de su poder, pero según los arqueólogos, lo ejercían basados en saberes “cosmológicos”?⁴

Como trabajadores de las ciencias sociales, debemos reconocer que las funciones y relaciones entre la economía, la política y la ideología son interdependientes e indisolubles, pero que sus expresiones, como se advierte en los estudios que aquí se presentan, varían de comunidad a comunidad, porque ellas (economía, política e ideología), se implementan mediante diversas instituciones y estrategias de acuerdo con la magnitud de las necesidades históricas concretas que cada sociedad enfrenta.

Los artículos reunidos en este texto se presentaron originalmente como ponencias en el simposio “Economía y política en las sociedades precapitalistas” durante el III Congreso de arqueología en Colombia, realizado en el mes de diciembre de 2004, en la ciudad de Popayán, gracias al auspicio y preocupación de la Sociedad Colombiana de Arqueología y de la Universidad del Cauca. En ese entonces como hoy, al presentarlos, sin que los autores seamos expertos en el campo de la economía y que nos guíen disímiles enfoques conceptuales, se desea rescatar del ostracismo académico el estudio de la relación esencial entre la economía y la política en la historia de las sociedades, incentivar su estudio como tema social e histórico realmente pertinente y útil, y propiciar la interlocución que venza el frecuente y agobiante soliloquio.

3. Langebaek (1987: 117) anota que los muiscas producían “excedentes de los cuales quieren y pueden deshacerse”, que disponían de numerosos lugares de intercambio (mercados) a los que “llegaba toda clase de artículos” (básicos y suntuarios) y que además, disponían de “depósitos comunales” (Langebaek, 1987: 150).

4. En el caso de Malagana, los “señores” accedieron a grandes cantidades de bienes de prestigio, sin que las razones que llevaron a la acumulación, los artífices de los artefactos ni el medio para lograr el acceso a ellos sean preocupación de los investigadores (Museo del Oro, 1996).

El suscrito, en ese entonces organizador del simposio, era consciente de que adoptar el título aludido para el certamen, significaba la posibilidad de enconadas críticas tanto desde la etnografía como desde nuestra misma disciplina. Sin embargo, en la introducción al evento se señalaron en forma escueta las razones para tal denominación:

En el continente, con unas pocas excepciones, a la arqueología académica, desde mucho antes del apremiante llamado de los procesualistas iniciales, se la ha considerado una parienta expósita de la antropología. Aceptemos por ahora esta infortunada condición, y puesto que consentimos la relación de subordinación, como arqueólogos consideramos fructífero escuchar reflexiones recientes desde la etnografía y la etnohistoria sobre la especificidad de los hechos sociales, con el propósito de nutrir nuestra disciplina (Sánchez, 2004).

Estaba claro, pues, que lejos de considerar al capitalismo como fin último del desarrollo social y no obstante desestimar el dato etnohistórico y etnográfico por ahistórico y estático que con frecuencia se usa para “explicar” los hechos del pasado, se trataba de la búsqueda de espacios para la interlocución y de un ejercicio de convivencia para que nuestra disciplina, hoy colmada de afecto por lo arcano e incluso obnubilada por el *boom* de las ficciones posmodernistas, logre comunicarse con la sociedad y transmitirle información realmente útil para la construcción del mañana.

Continuaba esa introducción, a propósito de la moderada participación de arqueólogos como expositores y de la ausencia total de etnógrafos y etnohistoriadores: “La idea no tuvo la recepción esperada por fuera de la arqueología, ¿será que en unas y otras, el tema, como dijera algún arqueólogo, es demasiado mundano para nuestra sapiencia?”

Acepto que la apreciación en torno a la producción arqueológica sobre el tema fue injusta, pues se presentaron once trabajos sugestivos y sustanciales, evidencia de que este trascendental asunto tiene futuro promisorio. Por diversos motivos, tres de los estudios no aparecen en este texto, pero esperamos que los siguien-

tes susciten discusión y así contribuyan al conocimiento del pasado, y que sean aliciente para encontrar nuevas y más fructíferas perspectivas en beneficio de la sociedad y de la disciplina.

Tal como lo enfatizan varios arqueólogos (ver Feinman y Neitzel, 1984; Drennan y Uribe, 1987; Drennan, 1993), en los estudios que aquí se presentan, es evidente la diversidad histórica de trayectorias en el cambio social; varían las estrategias mediante las cuales se obtienen los bienes y servicios para financiar las iniciativas e instituciones de las unidades políticas y para que pequeños grupos de individuos al interior de las comunidades logren la sujeción de las mayorías y aseguren el disfrute diferencial de prerrogativas económicas y políticas. También varían la magnitud de la integración supralocal (cantidad de población o de comunidades en una unidad política) y los grados de fortaleza y tipos de funciones ejercidas por los liderazgos en sociedades con similar grado de desarrollo económico.

Los artículos se presentan en una secuencia que refiere campos sugerentes desde la óptica arqueológica, no solo por lo atractivos sino por la axiomática relación entre los hechos que tratan.

El editor.
Carlos Augusto Sánchez
Profesor Asociado
Universidad Nacional de Colombia



BIBLIOGRAFÍA

DRENNAN, Robert D. y Carlos A. Uribe. 1987. Introducción. En *Chiefdoms in the Americas*. R. D. Drennan y C. A. Uribe (eds.), pp. xiii-xix. Lanham, Maryland: University Press of America.

FEINMAN, Gary y Jill Neitzel. 1981. Too many tipos: an overview of prestate sedentary societies in the Americas. En *Advances in archaeological method and theory*, Vol.7. M. B. Schiffer (ed.), pp. 39-102. New York: Academic Press.

LANGENBAEK, R. Carl H. 1987. *Mercados, poblamiento e integración étnica entre los muiscas*. Siglo XVI. Bogotá: Banco de la República, Colección bibliográfica.

MUSEO DEL ORO. 1996. *Los tesoros de los señores de Malagana*. Bogotá: Museo del Oro, Banco de la República.

REICHEL-DOLMATOFF, Gerardo. 1986. *Arqueología de Colombia. Un texto introductorio*. Bogotá: Segunda Expedición Botánica.

RODRÍGUEZ C, José V. 1999. *Los Chibchas: pobladores antiguos de los Andes orientales. Adaptaciones bioculturales*. Santafé de Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República.

SÁNCHEZ, Carlos A. 2004. Documento de introducción al simposio "Economía y política en las sociedades precapitalistas". III Congreso de arqueología en Colombia. Universidad del Cauca, Popayán, diciembre 9-11 de 2004.



I

APOLO Y DIONISOS EN EL OCCIDENTE DE VENEZUELA: ANTIGUAS SOCIEDADES COMPLEJAS DE LOS LLANOS DE BARINAS

Rafael Gassón

Centro de Antropología, Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas
(IVIC)

INTRODUCCIÓN

UN PROBLEMA IMPORTANTE EN LOS LLANOS DE VENEZUELA ES IDENTIFICAR tanto los patrones comunes como las causas de la variabilidad en las formas de organización social. Como en otras partes del mundo, la reconstrucción de las formaciones económicas y sociales depende tanto de las propiedades del registro arqueológico como de los modelos que utilizamos para crear narrativas acerca del pasado. En este sentido, en la construcción de nuestros modelos, las analogías juegan un papel preponderante. ¿Cuál es la fuente de las analogías que empleamos los arqueólogos interesados en el pasado de las tierras bajas y cuáles son sus consecuencias? Este ensayo propone analizar y contrastar las imágenes algo contradictorias que estamos produciendo sobre las antiguas y complejas sociedades de las tierras bajas venezolanas. Hacer explícitas las fuentes de nuestras analogías podría constituir un primer paso para la creación de hipótesis robustas que podrían ser sometidas a prueba con base en el registro arqueológico.

SOCIEDADES COMPLEJAS DE LOS LLANOS DE VENEZUELA

Los datos sobre la arqueología de las sociedades complejas de los Llanos occidentales han sido reportados en varias oportunidades, razón por la cual sólo ofrecemos aquí los datos esenciales. En la región de El Gaván (Barinas) (ver Figura 1.1: Regiones de Gaván y El Cedral), Charles Spencer y Elsa Redmond propusieron que

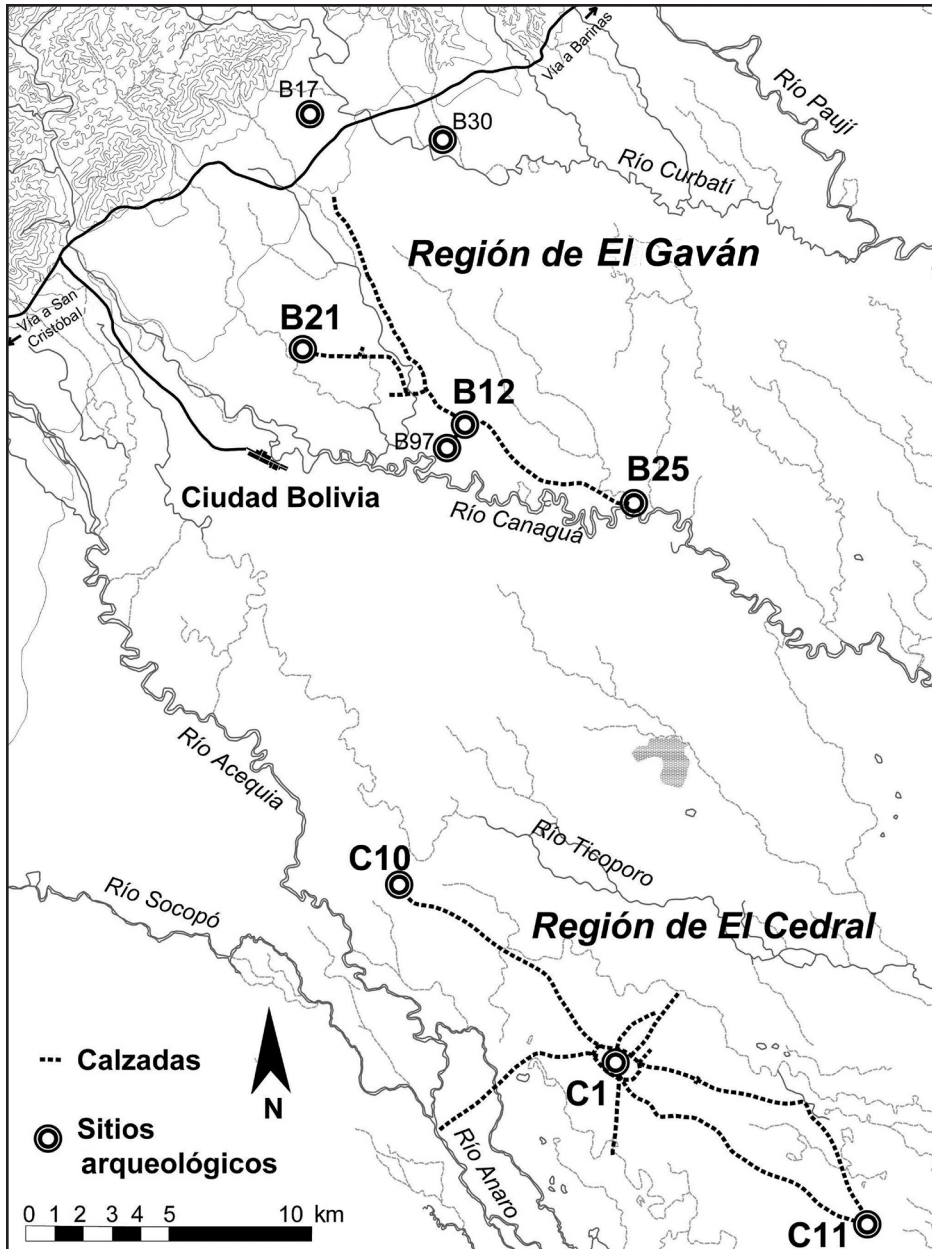


Figura 1.1. Regiones de El Gaván y El Cedral.

sociedades complejas o “cacicazgos” asociados a la tradición Osoide (Zucchi, 1968, 1972) surgieron entre los 500-600 dC. Esta conclusión está apoyada por seis tipos de evidencias:

1. Una jerarquía regional de asentamientos de tres niveles, con un centro regional, centros administrativos menores o de segundo orden, y aldeas agrícolas pequeñas, llamadas sitios de tercer orden.
2. Arquitectura monumental de montículos y otras estructuras, como empalizadas y calzadas.
3. Incremento considerable de la población regional.
4. Diferenciación en los patrones residenciales y funerarios.
5. Implementación de tecnologías complejas para la agricultura y el transporte.
6. Relaciones extensas con otras sociedades, incluyendo el intercambio a larga distancia y la guerra.

Este estudio mostró, además, que técnicas para la producción intensiva de alimentos ya estaban presentes en los Llanos durante la fase Gaván Tardía (550-1000 dC). Los análisis de la productividad estimada de los campos y el cálculo del tamaño de la población local sugieren que el potencial de producción agrícola de un sistema de campos drenados localizados cerca del centro primario regional excedió las necesidades de la comunidad local asociada. Dado que no se encontraron evidencias de presión poblacional, estos autores proponen que el principal propósito de los campos agrícolas fue producir excedentes de alimentos para financiar actividades como la guerra y el comercio a larga distancia (Spencer y Redmond, 1992: 153; Spencer *et al.*, 1994: 33).

En la región de El Cedral (Barinas), identificamos al menos otra unidad política similar a El Gaván, en donde también se observó un patrón de asentamiento jerárquico, campos de cultivo y calzadas (Gassón, 1998). El sitio El Cedral (figura 1.2) fue fechado entre los 680 y 690 ± 50 dC (Redmond *et al.*, 1999). A partir de los datos que poseemos actualmente, no podemos estar seguros de la extensión de la unidad política de El Cedral (Figura 1.2), aunque es posible que haya sido mucho

más grande que El Gaván. Otros aspectos que nos interesan, como la composición de la distribución y tamaño de los asentamientos, la red de calzadas y los campos agrícolas son sólo un poco más fáciles de analizar. A pesar de esto, su comparación en regiones nos permite observar al menos cuatro diferencias:

1. En El Cedral los asentamientos de primer y segundo orden son mucho mayores que los de El Gaván.
2. La red de calzadas asociadas a El Cedral es más grande que la red asociada a El Gaván.
3. Los campos de cultivo de El Cedral son mucho mayores y más complejos en estructura que los de El Gaván.

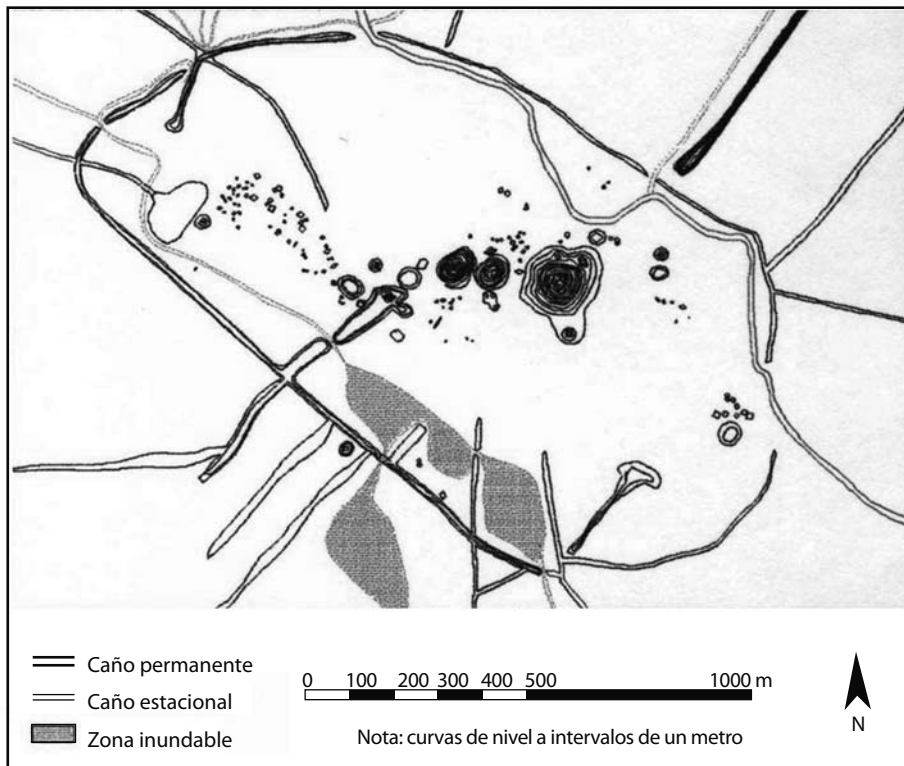


Figura 1.2. Centro primario El Cedral.

4. En El Cedral los campos se encuentran directamente asociados al centro principal. En contraste, en El Gaván los campos se encuentran asociados a aldeas agrícolas pequeñas.

Evidencias sobre el consumo público de alimentos y bebidas sugieren el uso de festejos rituales como otro de los mecanismos fundamentales de la economía política de esa unidad. A pesar de que, aparentemente, tanto la población como la producción de alimentos estaban más centralizados, la presencia de festejos rituales podría indicar la búsqueda por parte de los líderes de consenso social y la necesidad de asegurar adeptos y seguidores mediante la redistribución de bienes, creando y consolidando así relaciones sociales críticas para sobrevivir en ambientes de alto riesgo (Gassón, 1999; 2003: 197-198).

Las fechas radiocarbónicas indican que aunque ambas entidades políticas fueron parcialmente contemporáneas, el surgimiento de El Cedral coincide con la etapa final de ocupación en El Gaván, cuando esta última resultó destruida por el fuego (Redmond *et al.*, 1999). La cronología, evidencias de guerra regional, concentración de los asentamientos e intensificación agrícola, sugieren la posibilidad de una dinámica competitiva entre las elites de El Gaván y El Cedral, la cual podría corresponder al proceso sociopolítico denominado *cycling chiefdoms* o cacicazgos cíclicos (Redmond *et al.*, 1999: 124-126). Además, se indica que pudieron existir diferencias importantes en la economía política de ambas sociedades. En El Gaván, la producción de excedentes agrícolas pudo haber sido llevada a cabo sobre todo por los habitantes de los sitios de menor jerarquía, siendo después acumulados y redistribuidos en el centro regional bajo el control de la elite. Por contraste, en El Cedral, existe la posibilidad de que la elite controlara directamente la producción de excedentes, requiriendo para esto la participación de un sector mayoritario de la población del centro regional. Esta diferencia es significativa, ya que si bien los instrumentos y las técnicas agrícolas en ambas sociedades eran similares, las relaciones sociales que modelaron el proceso económico presentarían diferencias fundamentales, razón por la cual se ha sugerido que la estructura política de El Cedral (Figura 1.2) pudo haber sido menos rígida que la estructura propuesta por Spencer y Redmond para la región de El Gaván (Redmond *et al.*, 1999).



Figura 1.3. Campos agrícolas de El Cedral.

LOS CACICAZGOS BAJO SOSPECHA

Aunque los datos que hemos venido acumulando en los últimos años parecen indicar claramente la presencia de sociedades complejas o “cacicazgos” en algunas regiones de Venezuela, un coro creciente de voces está cuestionando la utilidad de estos conceptos. Se cuestiona sobre todo, lo referente a la centralización política y al carácter militar de este tipo de sociedades.

Por ejemplo, Roosevelt ha caracterizado el trabajo que se ha venido realizando en los últimos años en los Llanos occidentales como funcionalista, debido a que las sociedades complejas del área han sido descritas como jerárquicas, políticamente inestables y posiblemente cíclicas (Redmond *et al.*, 1999; Roosevelt, 1999: 14). Según Roosevelt, no todas las sociedades complejas antiguas de las tierras bajas amazónicas fueron necesariamente jerárquicas, y debieron existir otros modos de organización política. De acuerdo con esto, sugiere que los habitantes de la sociedad compleja de la Isla de Marajó (bajo Amazonas) podrían haber estado organizados en forma “jeterárquica”, lo cual es ciertamente posible, aunque esto no está documentado aún desde el punto de vista arqueológico. Las jeterarquías (*heterarchies*) son sistemas complejos en los que los elementos tienen el potencial de no estar organizados en rangos, o de estar organizados a partir de distintos principios de acuerdo con los requerimientos del sistema. En contraste, las jerarquías son sistemas en donde los elementos están organizados de acuerdo con principios de rango (Crumley, 1995: 3-4).

Tarble ha atribuido al estudio de las sociedades jerárquicas venezolanas un significado ideológico relacionado con la construcción de una identidad nacional que pueda competir, de alguna manera, con la de otros países del continente:

De manera [que], a la hora de buscar en el pasado elementos para construir una identidad ‘digna de orgullo’, se ha tendido, en el mejor de los casos, a enfatizar la investigación de aquellas manifestaciones que permiten afirmar, ‘nosotros también teníamos sociedades complejas’. De ahí el interés en el estudio de los yacimientos con construcciones de montículos, calzadas, terrazas, campos drenados, cementerios con ajuar suntuario, etc. (Tarble, 2001: 37).

Según la investigadora, este “complejo de la complejidad” actúa como una limitación para la comprensión de nuestro pasado, al favorecer el estudio de sociedades basadas en principios jerárquicos, y al proporcionar una visión peyorativa de otras sociedades no basadas en dichos principios.

Arvelo ha extendido la crítica de estos conceptos a la comprensión de la interacción regional en el noroccidente de Venezuela, y sostiene que cacicazgos y tribus deberían considerarse como sistemas políticos alternos y no como sucesiones progresivas universales (Fabian, 1983; Arvelo-Jiménez, 2001). Arvelo propone que tanto sociedades igualitarias como jerarquizadas fueron contemporáneas en diferentes espacios y tiempos en el noroccidente de Venezuela y que estaban integradas dentro de un sistema sociopolítico regional, que abarcaba los actuales estados Lara, Falcón y Yaracuy alrededor de los 1000 dC De acuerdo con su sugerencia, este sistema no poseía carácter jerárquico:

[...] la existencia de redes de intercambio, conexiones políticas a larga distancia, esferas de interacción, y movimientos migratorios, son claros indicadores de la existencia de múltiples formas de comunicación e interacción, que definitivamente no pueden ser entendidas solamente como el producto del contacto con la sociedad europea. Tampoco es posible reducir la explicación de estos fenómenos históricos a actos comerciales, ni puede ser excluida o negada la existencia de sistemas organizativos que superen a la comunidad local en sociedades tribales (Arvelo, en prensa).

Como hemos visto, los argumentos en contra del uso del concepto de cacicazgos critican el énfasis en la centralización, el carácter militar y su uso como un modelo o etapa histórica de validez universal, al tiempo que señalan la cooperación entre iguales, el consenso y la organización horizontal como formas de organización alternas que apuntan hacia estructuras complejas no jerárquicas o simplemente horizontales.

Muchas de estas críticas están bien fundamentadas, aunque creemos que las mismas no invalidan el hecho esencial: la existencia de sociedades complejas en el pasado. Me parece que parte del problema podría estar en la confusión entre lo general y lo específico, es decir entre la evolución social como un proceso univer-

sal y la evolución cultural como un proceso específico, que depende de variables históricas y geográficas particulares (Flannery, 1995: 3). Esto se refleja en las analogías utilizadas, que han destacado sobre todo las formas de organización social típicas de Mesoamérica y la guerra como elementos característicos de los cacicazgos de nuestro continente. Mientras que autores como Spencer y Redmond han destacado los aspectos generales que permiten incluir a las antiguas sociedades barinesas dentro de la categoría general de cacicazgos, los detractores de estas tipologías universales han destacado las especificidades de otros ejemplos desde una perspectiva local. Argumentaré que es posible tomar una posición intermedia, que preste atención tanto a los procesos generales de evolución social como a las particularidades de la historia cultural de Suramérica.

En primer lugar discutiremos el problema de la perspectiva mesoamericana. En Venezuela, Wagner ha criticado que muchos de los estudiosos se nutren de los modelos jerárquicos utilizados en Mesoamérica o los Andes (Wagner, 1997: 8-9). En efecto, es posible reconocer en la reconstrucción de las sociedades complejas barinesas muchos aspectos de las antiguas sociedades mesoamericanas. La centralización, la recolección de tributos y el poderío militar son elementos característicos de muchos pueblos antiguos de Mesoamérica, en los que Spencer y Redmond son especialistas muy destacados. Me gustaría resumir, a grandes rasgos, la imagen de sociedad cacical utilizada por estos autores, destacando cuáles elementos pueden haber influido en su visión de la complejidad social y el origen de la desigualdad política.

Por más de 20 años, Spencer y Redmond han estudiado la región de la Cañada de Cuicatlán, en el estado de Oaxaca (México), aplicando una metodología muy similar a la utilizada en la región de El Gaván. Allí establecieron una secuencia arqueológica compuesta por las fases Perdido, Lomas Trujano e Iglesia Vieja, que muestra el tránsito de las sociedades agrarias que habitaron la Cañada desde el Formativo Medio hasta el Post-Clásico. Este proceso está caracterizado por el aumento progresivo de la población, la aparición de una jerarquía de asentamientos, la militarización y el surgimiento y consolidación de una autoridad política centralizada. Los datos históricos de la región confirman que:

... the autonomous cacicazgos that emerged in the Cañada during the Classic period and that flourished during the Postclassic period were centralized polities that exhibited a multitiered settlement hierarchy and the rule of hereditary caciques. Although centralized politically and stratified socially, the Cañada's cacicazgos remained small in size. Their territories could be easily administered from the cacique's center, for subject villages were spaced less than a half-day's walk away (Spencer y Redmond, 1997: 607).

De lo anterior es claro que existen importantes elementos comunes en la reconstrucción del pasado de Oaxaca y de los Llanos occidentales de Venezuela. Estos elementos incluyen la importancia de la base agrícola, el rol central de las capitales regionales, el poderío de las elites y el papel relevante de la guerra. Estos modelos de sociedad, que hacen énfasis en la centralización económico-política y en el desempeño de las elites como los principales actores sociales, han sido muy útiles para entender los orígenes de la centralización y la complejidad social. Sin embargo, dichos modelos podrían ser criticados debido a su carácter universalista, ya que cubren sociedades de partes muy distantes del mundo, con orígenes, ecologías y trayectorias históricas diferentes. En otras palabras, estos modelos están más interesados en los procesos generales de evolución social que en los procesos locales de evolución cultural.

Otro elemento por destacar es el papel de la guerra en el proceso de surgimiento de cacicazgos. Redmond ha publicado un detallado estudio comparativo sobre la guerra tribal y cacical en Suramérica, respondiendo así quizá a cuestionamientos relacionados con la distancia geográfica y cultural de las analogías mesoamericanas. En sus conclusiones Redmond destaca la organización política cacical como la institucionalización permanente de una alianza militar en una unidad política centralizada con un territorio común (Redmond, 1994). Aunque Redmond reconoce los recientes argumentos a favor de un incremento de la guerra como producto de la colonización europea, destaca un conjunto de indicadores reconocibles en el registro arqueológico, que incluyen la existencia de límites o zonas de amortiguamiento, fortificaciones, traumas reconocibles en restos humanos,

armas, cambios en patrón de asentamiento, destrucción por fuego de sitios o edificios, cambios súbitos en la secuencia cultural e iconografía. Estos elementos han sido ciertamente reconocidos en Barinas. Tenemos evidencia de la existencia de estructuras que podrían haber tenido funciones defensivas y para la movilización militar:

Los habitantes de El Gaván evidentemente construyeron encima de la calzada una empalizada de estacas de un metro o más de altura al comienzo de la fase Gaván Tardía con el propósito de fijar una línea de defensa más grande [...]. Desde el punto de vista militar, la red de calzadas constituyó una solución de costo efectivo ante las exigencias de levantar un ejército a corto plazo. De esta manera, la red de calzadas facilitó el manejo de los asuntos militares regionales bajo el caudillaje de caciques principales, lo cual contribuyó seguramente a la perpetuación del poder político centralizado (Redmond y Spencer, 1995: 260).

Sin embargo, los rasgos del registro arqueológico barinés pueden ser comprendidos también a partir tanto de analogías como de relaciones históricas y culturales procedentes de sociedades más cercanas, que sugieren que los modelos y analogías que destacan la centralización y el poder militar como características fundamentales de los cacicazgos podrían ser insuficientes para caracterizar las sociedades complejas de los Llanos occidentales. En especial, creemos que estas sociedades



Figura 1.4. Calzada, El Cedral, Barinas.

poseían características que nos permiten relacionarlas con las sociedades arwaks de Suramérica.

LOS ARWAKS EN LA HISTORIA CULTURAL DE LOS LLANOS DE VENEZUELA

Aunque existen variaciones importantes en cuanto a la reconstrucción de la historia cultural del norte de Suramérica, es posible señalar una relación entre la tradición osoide y el *stock* lingüístico arwak. Así, Oliver afirma que existe una antigua conexión histórica entre la tradición Osoide y la tradición Polícroma Amazónica. La dispersión de tradiciones polícromas como la Osoide y Tocuyanoide al norte del Amazonas representan algunas de las ocupaciones más tempranas en sus respectivas regiones, y han sido relacionadas con procesos de presión demográfica y económica ocurridas en el Amazonas medio entre hablantes del Proto-arwak en el período comprendido entre los 4500-4000 a.C. Sin embargo, para Zucchi no es clara la ubicación del área ancestral de los hablantes del Proto-arwak en el Amazonas medio, situándolos en “algún punto” del Amazonas noroccidental entre los 4000 y los 3500 a.P., cuando comenzaron a separarse en diferentes ramas. A pesar de esto, Zucchi sospecha que la población osoide podría derivarse de poblaciones de lengua arwak, como los achaguas, que migraron hacia lo que ahora es Venezuela alrededor de 1450 a.P. (Oliver, 1989: 405-406, 409; Zucchi, 2002: 218; comunicación personal).

Luego, si consideramos otros elementos distintos a la lingüística, veremos que la relación entre los arwaks y la población osoide podría ser mayor que lo sospechado hasta ahora. De acuerdo con Heckenberger, existen una serie de elementos que pueden ser vistos como una serie de esquemas o temas culturales característicos de los hablantes de lenguas arwak en toda Suramérica. Estos elementos culturales incluyen asentamientos grandes y permanentes, distribuidos en forma densa en regiones específicas y conectados a través de sistemas de comunicación bien desarrollados; aldeas organizadas de manera concéntrica alrededor de un espacio público sagrado; sistemas de producción intensiva de alimentos vegetales y de explotación de recursos acuáticos; regionalidad o integración sociopolítica basada en patrones de intercambio formalizados (visitas, intercambio, parentesco

y ceremonialismo intercomunitario) y socialidad regional basada en subsistencia o herencia (parentesco), geografía (territorio) y valores culturales compartidos, incluyendo una ideología no predatoria, pero también estrategias militares complejas, que se evidencian en la construcción de estructuras defensivas sofisticadas y, finalmente, jerarquías sociales institucionalizadas y jefaturas hereditarias. En resumen, se propone la existencia de un *ethos* cultural arwak, cuyos componentes principales han sido la vida aldeana sedentaria, regionalidad y jerarquía social (Heckenberger, 2002: III-112).

Las analogías entre el *ethos* arwak y los hallazgos de Barinas son muy sugerentes. Por ejemplo, de acuerdo con Redmond y Spencer, la calzada ovalada que rodeó el centro como fortificación es similar a las empalizadas de Achaguas del siglo XVI, empleadas para almacenar armas en caso de cualquier incursión enemiga. Pero Koerner y Gassón han sugerido otros posibles usos y significados para estas estructuras. Las asociaciones de las prácticas sociales y ecológicas de los habitantes de estos centros con sus ancestros y deidades posiblemente hayan sido metafóricamente objetivadas por el simbolismo del recinto circular o empalizada, por la distribución de los montículos, los rasgos de la agricultura y por la ubicación del sitio en la intersección de distintos tipos de paisajes (Koerner y Gassón, 2001: 202-203).

En relación con las calzadas, podemos indicar sus funciones agrícolas y de organización del espacio. En las crónicas antiguas se indica que estas estructuras poseían funciones tanto militares como hidráulicas y de tránsito:

Cuando estaban en prosperidad tenían poblaciones en las riberas de los ríos, en los bosques, con árboles frutales plantados a mano y cultivados, y para que en invierno se pudiese ir de un sitio a otro, habían hecho ciertos caminos altos, de tierra, como un bastión, donde más o menos, según creciera el agua, tenían ciertos desaguederos para poderla escurrir y en algunos lugares, ciertos montículos con árboles, todo hecho a mano, donde se quedaban los que hacían de centinelas, para ver en la distancia si venían enemigos; cosas laboriosas y de poca admiración, que dan a entender que se necesitaba, para hacerlas, un concurso de pueblo grandísimo (Cey, 1994: 78).

Por otra parte, las fiestas rituales pueden ser vistas como formas de arte público y verbal que pudieron haber tenido un papel central en la evolución social del área. El consumo de comidas y bebidas crea contextos sociales en los cuales se pueden expresar la competencia y la desigualdad, especialmente en contextos públicos. Existen abundantes datos históricos y etnográficos de Suramérica que apoyan la idea de que el consumo de comidas y bebidas fue un mecanismo crítico para la economía política de las sociedades estratificadas y de rango de las selvas y sabanas del norte del subcontinente, y es muy probable que estas instituciones hayan estado ampliamente distribuidas durante el pasado prehispánico. Los wakuénai del Amazonas venezolano tienen dos tipos distintos de ceremonias de reparto de alimentos relacionadas con diferentes aspectos de su organización social y con la disponibilidad de alimentos, que sufre una variación estacional. La primera ceremonia, llamada *pudáli*, ocurre cuando hay abundancia de alimentos, y se lleva a cabo en la estación seca. La segunda, llamada *kwépani*, ocurre cuando hay abundancia de frutos silvestres, en la estación de lluvias. Como todas las demás actividades, estas fiestas están directamente relacionadas con el conocimiento ritual y la organización de los grupos de descendencia (Hill, 1993: 12-14).

En relación con el pasado más antiguo de las tierras bajas de Venezuela y Colombia, los datos históricos indican que toda clase de transacciones y relaciones sociales eran llevadas a cabo en el contexto del consumo de alimentos y bebidas. Por ejemplo, la ceremonia achagua llamada *mirray* funcionó como arena pública para conmemorar a los antepasados, comerciar, realizar alianzas políticas y crear o afianzar lazos de parentesco. Del padre Rivero es esta extraordinaria y poco conocida narración de un *mirray* llanero:

Ya estaban prevenidos los asientos y algunas sillas de respaldo, que las fabrican muy curiosas y las aforran con pieles de leones, tigres o lobos de agua; fuéronse sentando por turno los huéspedes, muy callados y graves, con sus armas en la mano; hizo seña el cacique entonces a los suyos para que saludaran a los primos, que así se llaman en tales casos aunque nunca lo sean (...) luego se siguió a la bebida, como lo principal de todo; empezó desde el primero a recorrer la totuma, luego pasó al segundo, y así

prosiguieron corriendo multitud de vasijas, que se atropellaban unas a otras e iban trayendo las mujeres como quien va de apuesta (...). Siéntase, pues, el orador, en un asiento bajo o en cuclillas, pone sobre las rodillas los codos, y en la mano izquierda las armas: la derecha ha de estar ociosa totalmente o puesta sobre la mejilla, si le pareciese mejor; ha de estar cabizbajo mientras ora, y con los ojos en el suelo; empieza luego su mirray en tono de oración de ciego, medio entre dientes, y con velocidad suma como estudiada; así se está recitando largo tiempo, y callando todos hasta concluir la primera parte de su sermón, que tiene muchas; al acabarse ésta, remata con tono de lamentación, o como se acaba de cantar una epístola, levantando un poco la voz y dejándola caer de golpe; apenas acaba éste, cuando responde el que hace cabeza, a quien se dedica el mirray y habla de la misma suerte por largo tiempo, rematando del mismo modo; luego prosigue sus puntos el primero, y así se están sermoneando cerca de hora y media, y ya uno, y ya el otro, como si rezaran a coros; quedándose después muy serenos, sin otros parabienes al predicador, ni más aplausos, que levantarse cada cual de su asiento a salirse a digerir la bebida por el pueblo para beber más (Rivero, 1956: 429-430).

En los llanos altos de Barinas, la gran cantidad de objetos como coladores, ralladores, botellas, boles, copas, etc., sugiere la importancia dada a la preparación de cantidades importantes de alimentos y bebidas posiblemente utilizados en ceremonias colectivas, festines y otras pruebas de generosidad. Como indicamos arriba, pudimos identificar diferencias en las proporciones de vasijas para almacenar, preparar y servir alimentos en los diferentes sitios de la jerarquía regional de asentamientos. Las vasijas para servir fueron más abundantes en el centro regional de El Cedral (figuras 1.5 a 1.8), lo que sugiere el uso de alimentos y bebidas con fines políticos (Gassón, 1998: 162).

Respecto al problema del intercambio, de acuerdo con los datos arqueológicos disponibles, es correcto afirmar que tanto el intercambio pacífico como la guerra estuvieron presentes en la conformación de los sistemas de intercambio. Pero sería incorrecto tratar de caracterizar en bloque la naturaleza del intercambio en la época prehispánica como igualitario o no igualitario. Los datos apuntan hacia



Figura 1.5. Botella de dos cuerpos. El Cedral, Barinas.



Figura 1.6. Vasija trípode. El Cedral, Barinas.



Figura 1.7. Copa. El Cedral, Barinas.



Figura 1.8. Botella. El Cedral, Barinas.

la coexistencia de diferentes sistemas y subsistemas regionales de intercambio cuyos orígenes, composición, límites y evolución antes de la época colonial son aún muy poco conocidos. Sistemas específicos de intercambio podrían haber estado organizados bajo principios muy diferentes, tales como el intercambio desigual entre grupos con distintos grados de integración sociopolítica en “sistemas-mundo” de carácter regional, el intercambio igualitario entre grupos políticamente independientes y poco jerarquizados en áreas extensas, o el intercambio de bienes de prestigio entre elites de sociedades complejas en áreas muy extensas y poco definidas. Tratar de comprender la acción y el papel específico de los diferentes grupos étnicos y sectores sociales en el surgimiento y desarrollo de estas redes de relaciones sociales en momentos y regiones específicas parece más adecuado que tratar de generalizar sobre la naturaleza del poder y la desigualdad en el área. Algunos de los sistemas que exhiben rasgos jerárquicos e igualitarios podrían tener su origen en la antigua matriz cultural arwak que se caracteriza por la existencia de:

1. Un sistema económico intensivo de base agrícola, dirigido no sólo a la subsistencia sino a la producción de excedentes.
2. Un sistema de asentamiento de carácter regional, con asentamientos grandes y densos, y aldeas circulares organizadas en torno a espacios públicos, conectadas por una red de caminos.
3. Un sistema de parentesco jerárquico, aunque flexible, que ubica a todos los individuos en una escala social, pero que también permite asimilar individuos pertenecientes a otros grupos. Jerarquías rituales y políticas que pueden variar y cambiar de acuerdo con circunstancias ambientales y políticas (ciclos jerárquico-centralizados frente a igualitario-profanos).
4. Una lógica social de consumo en el cual las fiestas y ceremonias rituales tienen funciones políticas.

La combinación de estos factores, en diferentes grados y bajo diversas circunstancias, permitió un alto nivel de adaptación, diversidad y complejidad a las antiguas sociedades de lengua arwak de las tierras bajas de Suramérica (Heckenberger, 2002: III; Vidal, 1997: 23).

CONCLUSIÓN

Como es sabido, Apolo, dios solar, representa el orden, la armonía, el contorno preciso, el principio de individuación. Por otra parte, Dionisos, dios ctónico (subterráneo) y semibestial, representa la parte fecunda de la naturaleza, la fiesta, lo colectivo, lo transigularitario, el exceso. Creo que el uso de una perspectiva fundamentalmente mesoamericana, el énfasis en el poder, la diferenciación, el papel de la elite y la jerarquía que se observa en el trabajo de Spencer y Redmond le otorga a su modelo un carácter distintivamente apolíneo. En cambio, el énfasis en modelos y ejemplos suramericanos que hacen énfasis en la fiesta, la alteridad y lo transigularitario, le confiere un carácter más bien dionisiaco a maneras alternas de comprender el pasado. En *El origen de la tragedia*, Nietzsche indica que:

Daríamos un gran paso en lo que se refiere a la ciencia de la estética, si llegásemos no sólo a la inducción lógica, sino a la certidumbre inmediata de este pensamiento: que la evolución progresiva del arte es el resultado del espíritu apolíneo y del espíritu dionisiaco, de la misma manera que la dualidad de los sexos engendra la vida en medio de luchas perpetuas y por aproximaciones simplemente periódicas (Nietzsche, 1947: 59).

Parfraseando a Nietzsche, podríamos ver estas maneras de comprender el pasado no como opuestas sino complementarias, y que la evolución de las formas de organización social en el área podría ser el resultado de la tensión entre los elementos “apolíneos” y “dionisiacos” presentes en estas sociedades. Cuando Nietzsche buscó una actividad que pudiera dismantelar la oposición entre libertad y determinismo, optó por la experiencia artística, una experiencia a través de la cual el artista no sólo se siente libre y sometido a la necesidad, creativo y a la vez condicionado, sino que llega a percibir cada unos de estos elementos en términos de los otros, logrando así que estas viejas dicotomías acaben mostrando su carácter irresoluble (Eagleton, 2001: 17). Elementos arquitectónicos como los pueblos circulares, y actividades colectivas como las fiestas rituales pueden ser vistos no sólo como hechos políticos, sino como *formas de arte público* que pudieron haber tenido un rol central

en la evolución social del área. Esta idea, aunque muy preliminar, proporciona una dirección para la investigación, ya que existe una relación entre espacios públicos, tamaño, forma y distribución de estructuras y actividades agrícolas, cultura material, etcétera, que es susceptible de ser observada en el registro arqueológico. Esto indica además que nuestra preocupación por la identificación de funciones específicas para estos elementos, y nuestra tendencia a oponer la actividad ritual a la actividad secular, constituye una limitación para nuestra comprensión de su papel en estas sociedades.



BIBLIOGRAFÍA

ARVELO, Lilliam (en prensa). ¿Cacicazgos o tribus? Sistemas socio/políticos regionales en el noroccidente de Venezuela (1000-1530 d. C.): evidencia arqueológica y etnohistórica. En *Arqueología del Área Intermedia* 5.

ARVELO-JIMÉNEZ, Nelly. 2001. *Movimientos etnopolíticos contemporáneos y sus raíces organizacionales en el sistema de interdependencia regional del Orinoco*. Brasilia, UNB. Serie Antropología No. 309, pp. 24.

CEY, Galeotto. 1994. *Viaje y descripción de las Indias 1539-1553*. Caracas: Fundación Banco Venezolano de Crédito.

CHERNELA, Janet. 1993. *The Wanano Indians of the Brazilian Amazon. A Sense of Space*. Austin: University of Texas Press.

CRUMLEY, Carol. 1995. Heterarchy and the analysis of complex societies. En Ehrenrich, Robert, Carol Crumley and J.E. Levy (ed): *Heterarchy and the analysis of complex societies*. Archaeological Papers of the American Anthropological Association, vol. 6.

EAGLETON, Terry. 2001. *La idea de cultura. Una mirada política sobre los conflictos culturales*. Buenos Aires: Paidós.

FABIAN, Johannes. 1983. *Time and the other. How Anthropology makes its object*. New York: Columbia University Press.

FLANNERY, Kent. 1995. Prehistoric social evolution. En C. Ember and M. Ember (eds.): *Research frontiers in anthropology*, pp. 1-26. Englewood Cliffs, New Jersey: Prentice-Hall.

GASSÓN, Rafael. 1998. *Prehispanic intensive agriculture, settlement pattern and political economy in the Western Venezuelan Llanos* (tesis de doctorado). Pittsburgh: Universidad de Pittsburgh.

_____. 1999. El piedemonte oriental andino y los llanos altos de Barinas y Portuguesa. En: Miguel Arroyo, Lourdes Blanco y Erika Wagner (eds.): *El arte prehispanico de Venezuela*, pp. 74-89. Caracas: Editorial Ex-Libris.

_____. 2003. Ceremonial feasting in the Colombian and Venezuelan Llanos. Some remarks on its sociopolitical and historical significance. En: Whitehead, Neil L. (editor). *Histories and historicities in Amazonia*, pp. 179-201. Lincoln-Londres: University of Nebraska Press.

HECKENGERBER, Michael. 2002. Rethinking the Arawakan diaspora: Hierarchy, regionality, and the Amazonian Formative. En: Jonathan Hill and Fernando Santos-Granero (eds.): *Comparative Arawakan histories. Rethinking language family and culture area in Amazonia*, pp. 99-122. Urbana and Chicago: University of Illinois Press.

HILL, Jonathan. 1984. Social equality and ritual hierarchy: The Arawakan Wakuenay of Venezuela. *American Ethnologist* 11: 528-544.

KOERNER, Stephanie and Rafael Gassón. 2001. Historical Archaeology and new directions in environmental archaeology. Examples from Neolithic Scandinavia (3500-3100 BC) and Venezuelan (400-1400 AD). Alberella Umberto (ed.): *Environmental Archaeology. Meaning and purpose*, pp. 177-210. The Netherlands: Kubler Academic Publishers.

NIETZCHE, Federico. 1947. El origen de la tragedia y obras póstumas de 1869 a 1873. En: *Obras completas de Federico Nietzsche*. Buenos Aires: M. Agilar Editor.

OLIVER, José. 1989. *Archaeological, Linguistic and Ethnohistorical evidence for the Arawakan expansion into Northwestern Venezuela*. Tesis doctoral. Urbana-Champaign: University of Illinois.

REDMOND, Elsa M. 1994. *Tribal and chiefly warfare in South America*. Ann Arbor, MI: University of Michigan Museum of Anthropology Memoir No. 28.

REDMOND, Elsa y Charles Spencer. 1995. Las calzadas prehispánicas de Barinas en su contexto regional. En: *Acta Científica Venezolana*, 46: 253-262.

REDMOND, Elsa, Rafael Gassón y Charles Spencer. 1999. A Microregional View of Cycling Chiefdoms in the Western Venezuelan Llanos. En Bacus, Elisabeth A. y Lisa J. Lucero (editores). *Complex polities in the Ancient Tropical World*. Arlington. Archaeological Papers of the American Anthropological Association, Volume. 9.

RIVERO, Juan. 1956. *Historia de las misiones de los Llanos de Casanare y los ríos Orinoco y Meta*. Bogotá: Editorial Argra.

ROOSEVELT, Anna. 1999. The development of prehistoric complex societies: Amazonia, a Tropical Forest. En Elisabeth Bacus and Lisa Lucero (eds.): *Complex polities in the Ancient Tropical World*, pp. 13-33. Arlington. Archaeological Papers of the American Anthropological Association. Volume 9.

SPENCER, Charles y Elsa Redmond. 1992. Prehispanic Chiefdoms of the Western Venezuelan Llanos. En *World Archaeology* 24: 134-157.

_____. 1997. *Archaeology of The Cañada de Cuicatlán, Oaxaca*. New York: Anthropological Papers of the American Museum of Natural History, No. 80.

SPENCER, Charles, Elsa Redmond y Milagro Rinaldi. 1994. Drained Fields at La Tigra, Venezuelan Llanos: A Regional Perspective. En *Latin American Antiquity* 5, 2: 199-143.

TARBLE, Kay 2001. Arqueología venezolana en los 90: el complejo de la complejidad. En Meneses, Lino y Gladis Gordones (eds.): *La arqueología venezolana en el Nuevo Milenio*, pp. 31-50. Mérida: Consejo Nacional de la Cultura, Museo Arqueológico de la Universidad de los Andes.

VIDAL, Silvia. 1997. Liderazgo y confederaciones multiétnicas amerindias en la Amazonia luso-hispana del siglo XVIII. En: *Antropológica* 87: 19-46.

WAGNER, Erika. 1997. Venezuela y sus vínculos amazónicos. Ponencia presentada en el simposio *Tierras bajas: arqueología de la periferia del dominio amazónico*, organizada por P.J. Netherly y T.D. Dillehay en el marco del 49 Congreso internacional de americanistas, Quito, Ecuador.

ZUCCHI, Alberta. 1968. Algunas hipótesis sobre la población aborigen de los Llanos occidentales de Venezuela. *Acta científica venezolana* 19: 135-139.

_____. 1972. La prehistoria de los Llanos occidentales: investigaciones recientes. *Acta científica venezolana*: 23: 185-187.

_____. 2002. A new model of the Northern Arawakan Expansion. En Jonathan Hill and Fernando Santos-Granero (eds.): *Comparative Arawakan Histories. Rethinking language family and culture area in Amazonia*, pp. 199-222. Urbana and Chicago: University of Illinois Press.

II

EL CONTEXTO SOCIOPOLÍTICO DE LAS FIESTAS Y CEREMONIAS PREHISPÁNICAS EN LOS ANDES ORIENTALES DE COLOMBIA¹

*Pedro María Argüello García*²

Departamento de Antropología, Universidad de Caldas

INTRODUCCIÓN

RECIENTEMENTE, ALGUNOS INVESTIGADORES SE HAN DADO A LA TAREA DE evaluar algunos de los modelos que pretenden explicar los procesos de complejización social a la luz de las particularidades propias de las sociedades prehispánicas colombianas. En general, como resultado de dichas evaluaciones, se ha descartado el papel primordial que tradicionalmente se asignaba a algunos factores tales como el medio ambiente o el crecimiento poblacional en el proceso de constitución y consolidación de la desigualdad social (p. ej. Drennan y Quattrin, 1995; Langebaek, 1995, 2005). En otras palabras, la aparición e institucionalización del liderazgo no parece ser una respuesta a condiciones o presiones externas y por tanto no es un producto derivado de la satisfacción de necesidades estrictamente biológicas de los seres humanos.

No obstante, se ha documentado un cúmulo cada vez mayor de evidencias que atestiguan la existencia de diferencias sociales en las comunidades prehispánicas³.

1. Agradezco la invitación hecha por Carlos Sánchez a participar en el simposio que dio origen a este texto, así como los comentarios hechos al mismo.

2. Licenciado en ciencias sociales, Universidad Distrital Francisco José de Caldas; antropólogo, Universidad Nacional de Colombia.

3. Diferencia social se entiende aquí como el acceso desigual a ciertos recursos, posiciones o bienes.

Esto significa que si bien los modelos tradicionales no son satisfactorios para explicar el problema en cuestión, la realidad del registro arqueológico invita a encontrar una explicación a un fenómeno tan recurrente. Diversos contextos y objetos que se convierten en correlatos de los procesos de diferenciación social merecen ser evaluados y comparados a la luz de otros modelos explicativos, que sean más congruentes con las particularidades del registro arqueológico. En el presente artículo, se pretende evaluar la información disponible sobre fiestas y ceremonias documentadas en tres secuencias arqueológicas de los Andes orientales, en términos de su articulación dentro de la economía política de las sociedades prehispánicas.

Se toma como base la dimensión política de las fiestas y ceremonias (Dietler, 2001), para estudiar la forma en que ellas pudieron ser utilizadas como parte de las estrategias de ciertos individuos o facciones con el fin de adquirir y mantener poder. Por su carácter, tales eventos se convierten en un instrumento que permite la articulación de diferentes fuentes de poder, pero fundamentalmente, la implementación y legitimación de un orden social útil a los intereses de quienes pretenden acceder a ciertos privilegios al interior de la comunidad. Como resultado de tal ejercicio, se argumenta que el origen y consolidación del liderazgo obedece primordialmente a la estrategia de ciertos individuos, facciones o grupos con el fin de adquirir poder a través de la manipulación de una amplia variedad de mecanismos, pero sobre todo mediante la construcción y materialización de un sistema de creencias, generalmente denominado ideología.

FIESTAS Y CEREMONIAS:

IMPLICACIONES POLÍTICAS, VISIBILIDAD ARQUEOLÓGICA

No existe una definición concreta que abarque el amplio rango de variabilidad existente entre las fiestas y las ceremonias, o una que haga referencia a los puntos en común que este tipo de eventos tiene. En época reciente, autores como Hayden (1995, 2001) y Dietler (2001) se han dado a la tarea de construir tipologías por medio de las cuales se pueda entender mejor el rango de variación de las fiestas y su función. Por cuestiones de espacio, no es posible aquí retomar argumentos detallados

acerca de tales eventos. Para el presente texto simplemente es necesario resaltar un aspecto capital tanto de fiestas como de ceremonias, y es que son acontecimientos de carácter público (colectivo o comunal) en donde se llevan a cabo actividades que de una u otra manera son ritualizadas. De lo cual se deriva que implican la concurrencia de unidades sociales que exceden el ámbito doméstico, y que tienen lugar en ocasiones especiales, no cotidianas. Estas características conllevan a su vez la necesidad de movilizar recursos y personas tanto en la preparación como en la ejecución misma de los mencionados eventos.

El hecho de que existan ciertos aspectos en común no significa que cuando se hace referencia a fiestas y ceremonias se esté hablando de lo mismo. Es posible enumerar algunas diferencias en tales celebraciones que pueden tener repercusiones en la visibilidad y particularidad del registro arqueológico resultante. En primer lugar, la fiesta mantiene un carácter más inclusivo que la ceremonia, lo que significa que en la fiesta tanto los que convocan como los convocados tienen una activa participación (incluso en la fiesta es posible que los convocados tomen un activo papel contestatario respecto al orden social erigido por aquellos que las convocan); por el contrario, en una ceremonia no necesariamente los convocados, aunque asisten, participan o juegan un rol fundamental. En otras palabras, entre una fiesta y una ceremonia puede existir un amplio rango de participación entre actor y espectador. En segundo lugar, debido a su carácter inclusivo, en las fiestas tiene lugar el consumo comunal de alimentos y bebidas, mientras que en una ceremonia dichas ingestas son derecho exclusivo de ciertos individuos o grupos. Una fiesta hace referencia a grandes cantidades de alimentos y bebidas, en tanto que en la ceremonia ellos son escasos o altamente ritualizados (por lo que no todos pueden ingerirlos).

Algunos investigadores han llamado la atención acerca de la forma en que las fiestas y ceremonias, por su carácter antes descrito, pudieron ser utilizadas como un mecanismo mediante el cual algunos individuos o grupos generaron o consolidaron diferencias sociales (Hayden, 1995, 2001; Earle, 1997; Dietler, 2001). De acuerdo con Dietler (2001: 66), las fiestas tienen un inherente carácter político y se constituyen como un instrumento y lugar fundamental de relaciones políticas (véase sin embargo Potter, 2000). Son un escenario ideal para construir y

naturalizar relaciones de desigualdad y por tanto un elemento primordial para entender los procesos de complejización social. Tomando como base la propuesta de Michael Mann (1986), adaptada posteriormente por Timothy Earle (1997), es posible contextualizar la forma como las fiestas y ceremonias son funcionales al uso y manipulación de las cuatro fuentes de poder: ideológico, social, económico y militar⁴. Tal como lo plantea Hayden (2001: 57) una fiesta no responde a una sola función, y, por el contrario, permite la articulación de un entramado de intereses que son movilizados de manera simultánea y congruente a través de la celebración de tales eventos.

El poder ideológico, que consiste en la elaboración e imposición de un sistema de creencias por parte de un segmento social determinado, requiere ser materializado⁵ para poder ser transmitido y legitimado; las fiestas y ceremonias son tal vez la forma más básica y simple para hacerlo (Earle, 1997: 153). Al respecto, existen diferentes estrategias tales como la construcción de una genealogía, en la cual los convocantes aparecen como sucesores de los ancestros; la ostentación y uso de diferentes objetos o bienes; la apelación a la naturaleza misma de la estructura del cosmos, que lógicamente se presenta como desigual; y la exacerbación de actos heroicos, por lo cual se acepta que ciertos hombres son diferentes o privilegiados. (Helms, 1998). En este sentido, las ceremonias son un espacio ideal para señalar

4. Es importante recalcar que el poder, la capacidad de conseguir que otros hagan lo que un individuo o grupo quiere, tiene como fin último la obtención o acceso privilegiado a determinados recursos que cada sociedad en particular considera valiosos. De esta manera, es la economía política el hilo que integra las diferentes fuentes de poder (Earle, 1997: 207-8), ya que mediante su control se orienta la actividad social de una comunidad.

5. La ideología se debe observar a su vez como un todo estructurado que se encuentra en el almacén que regula las relaciones y la práctica social, que hace parte de la realidad social. Por ende, la *materialización* de la ideología no debe entenderse como una proyección vertical de elementos supraestructurales sobre otros infraestructurales, sino como una parte funcional inmersa en la infraestructura misma. En palabras de Godelier (1989): como *la parte ideal de lo real*.

y demarcar acontecimientos importantes y establecer un orden social al cual se apela cada vez que ellas se realizan⁶.

De igual manera, las fiestas y ceremonias permiten la creación y mantenimiento de relaciones sociales moldeadas en conformidad con el individuo o grupo que las convoca (Dietler, 1990; Hayden, 2001: 30). La utilización del poder social implica, por tanto, la manipulación de la estructura social de una comunidad, lo que se logra, para el tipo de comunidades a las que aquí se hace referencia, por medio de la manipulación de las relaciones de parentesco. La celebración de fiestas y ceremonias permite organizar la disposición y relación que debe existir entre segmentos o facciones sociales (Dillehay, 1990); instaurar y reforzar alianzas; establecer y recrear sus límites; atraer clientelas (inclusión); definir enemigos (exclusión); etc. Siguiendo a Potter (2000), las fiestas cumplen una función dual ya que mientras permiten la integración de la comunidad son a su vez un mecanismo de diferenciación. Así mismo, este tipo de eventos pueden ser convocados o bien para persuadir a posibles competidores (coerción o intimidación simbólica) o bien como preludeo de confrontaciones bélicas y/o celebraciones posteriores a ellas (Redmon, 1994; Hayden, 1995).

No existe unanimidad acerca de las condiciones ecológicas dentro de las cuales se llevan a cabo las fiestas y ceremonias, particularmente en términos de la articulación con el establecimiento de la desigualdad social. Para algunos autores como

6. Si se observan las fiestas y ceremonias a la luz de la perspectiva de Georges Balandier (1994), este tipo de actos son el escenario ideal para la *teatralización* del poder y estarían lógicamente asociados a la intención de materializar una ideología definida, con base en la manipulación de símbolos, a través de la representación. En relación con otras fuentes de poder tales como el económico y el coercitivo, esta forma de adquisición y mantenimiento no sólo es más económica, sino que es más útil y duradera: *“Un poder establecido únicamente a partir de la fuerza, o sobre la violencia no domesticada, padecería una existencia constantemente amenazada; a su vez, un poder expuesto a la única luz de la razón no merecería demasiada credibilidad. El objetivo de todo poder es el de no mantenerse ni gracias a la dominación brutal ni basándose en la sola justificación racional. Para ello, no existe ni se conserva sino por la transposición, por la producción de imágenes, por la manipulación de símbolos y su ordenamiento en un cuadro ceremonial”* (Balandier, 1994: 18. Véase al respecto también Godelier, 1989: 31).

Jonhson y Earle (2000) dichos eventos se celebran en momentos y lugares donde las condiciones ecológicas son más bien difíciles y existe escasez o inseguridad respecto a los recursos. Por otra parte, para Hayden (1995) estas celebraciones se llevan a cabo en contextos donde no existe escasez de recursos o condiciones adversas y por el contrario ellos son más bien abundantes. En el primer caso, los líderes emergen como elementos funcionales que generan soluciones a problemas de subsistencia y buscan el bienestar de la comunidad mediante la organización de la labor de la misma, o bien con la generación de alianzas para asegurar recursos o intercediendo ante fuerzas sobrenaturales. En el segundo, los líderes se apropian de recursos que son abundantes (por lo cual el resto de la comunidad no reclama), y los acumulan para, por medio de su posterior utilización, generar prestigio y/o riqueza.

Independientemente de la forma como sean aprovechadas las condiciones ecológicas imperantes, es evidente que el poder económico se basa fundamentalmente en el control o restricción al acceso efectivo sobre algún tipo de bien necesario para la subsistencia (Earle, 1997: 7, 67), lo que implica la intervención sobre alguna parte del ciclo económico, a saber, producción, distribución y consumo. Respecto a la organización de la producción y la distribución, existen dos estrategias dentro de las cuales son utilizados los eventos festivos y ceremoniales (Dietler, 1990). En primer lugar, las fiestas, debido a que requieren la movilización de mano de obra para la consecución de los elementos necesarios para su celebración, son un mecanismo que facilita la intensificación de la producción, la cual es, por ende, aprovechada por los individuos o grupos que dirigen tales eventos, con lo que se posibilita la institucionalización del tributo y la redistribución (Spielmann, 2002). Una segunda estrategia implica ya no la movilización de trabajo de toda la comunidad, sino el esfuerzo de un individuo o grupo para acceder a bienes que son obsequiados en las fiestas y ceremonias y por medio de los cuales se genera clientela a través de la deuda u obligación (Spencer, 1994).

En cualquier caso, es importante anotar que la institucionalización de la desigualdad social, que se consigue por medio de la movilización de recursos diversos tales como las fiestas y ceremonias, no es el producto de la implementación de elementos completamente novedosos a la comunidad, sino más bien de la paulatina

apropiación y modificación de los ya existentes. Para las fiestas y ceremonias, es posible que los hombres y grupos que lograron crear diferencias con el resto de la comunidad lo hayan hecho con base en la progresiva apropiación y modificación de estructuras rituales y eventos comunales solidarios (Lucero, 2003). Algunos autores como Aldenderfer (1993) y Schachner (2001) han llamado la atención acerca del carácter dual de las estructuras rituales, las cuales son un fuerte mecanismo de control y cohesión social (por ende altamente conservadoras), en tanto son a su vez un potencial agente de cambio. En una perspectiva cronológica, el control inicial sobre elementos rituales (entiéndase hasta aquí aspectos ideológicos) se convierte en el punto de partida para la paulatina apropiación de otros campos sociales y la integración de diferentes recursos en manos de una elite. En términos de Kolata (1992), los recursos ideológicos se convierten así en una suerte de tecnología mediante la cual se maneja la economía política de una sociedad, permitiendo la justificación, construcción y reproducción de un orden social definido. El ritual, y el contexto de su ejecución, es por ello un campo privilegiado para dichos fines.

Existen diferentes líneas de evidencia arqueológica que atestiguan la ocurrencia de fiestas y ceremonias tales como las construcciones especiales, alimentos diferentes o en cantidad superior a los hallados en unidades domésticas, objetos ceremoniales (muy elaborados y/o exóticos), utillaje de gran tamaño y/o de formas diferentes a los de uso doméstico, etc. (Hayden, 2001: 40). Aunque es preferible la evaluación de varias de estas líneas de evidencia con el objeto de construir un panorama integral de los mencionados eventos, se entiende que la aparición de unas u otras son a su vez indicadores de la amplia variedad de contextos y particularidades en las cuales ellas tienen lugar. Por ejemplo, el carácter de los monumentos puede ser indicador de diferencias en la orientación (individual o grupal) de los cacicazgos (Renfrew, 1974, en Drennan, 2000: 133-34); o ciertas características de la cerámica tales como forma, función y tamaño, mostrar la escala y tendencia participativa de las fiestas y ceremonias (Henrickson y Mc Donald, 1983; Blitz, 1993; Mills, 1999; Potter, 2000). Este amplio rango de variación brinda la oportunidad de evaluar contextos particulares con el fin de entender las trayectorias conducentes a los procesos de diferenciación social y las formas específicas como se hizo uso de las mencionadas fuentes de poder.

Teniendo en cuenta el carácter de los objetos arqueológicos que se han documentado en los Andes colombianos, generalmente es la cerámica la que permite llevar a cabo evaluaciones acerca de la presencia de fiestas y ceremonias⁷. Aspectos particulares de ciertos conjuntos cerámicos permiten diferenciar eventos domésticos de comunales (forma, tamaño, cantidad), así como objetos de uso cotidiano de los de uso ritual (forma, acabado, decoración) (Feinman *et al.*, 1981; Blitz, 1993; Mills, 1999; Giraldo, 2000). Aunado a esas características, otros aspectos tales como la ubicación espacial (tipo de sitio, cerámica foránea) dan la posibilidad de evaluar la ejecución de los mencionados eventos y su naturaleza. A continuación se describen tres secuencias arqueológicas en donde se ha reportado la celebración de fiestas o ceremonias en tiempos prehispánicos, y se evalúan con el fin de entender un poco mejor los mecanismos que en los Andes orientales permitieron el surgimiento de la complejización social. Como se anotó anteriormente, se presta especial atención a las características de la cerámica y su distribución espacial, intentando diferenciar el tipo de evento (fiesta o ceremonia) y el contexto de su ejecución.

FIESTAS Y CEREMONIAS EN LOS ANDES COLOMBIANOS

Fúquene-Susa

En el desarrollo prehispánico colombiano, los cacicazgos muiscas han sido reconocidos como unos de los más avanzados en términos de la evolución sociopolítica (Reichel-Dolmatoff, 1986: 169). A partir de la información proveniente de las

7. Otro tipo de objetos tales como las columnas monolíticas y menhires, hallados en diferentes lugares del departamento de Boyacá, han sido asociados a la celebración de ritos y ceremonias, pero su contexto cronológico y cultural aún no es suficientemente claro (Osborne, 1985: 141-142; Lleras, 1989: 48; Langebaek, 2001: 84-85). De manera similar, se supone que los cercados (lugar de vivienda del cacique), como el de Tunja, eran a su vez sitios rituales y ceremoniales (Villate, 2001: 144-146). No obstante, tal afirmación proviene básicamente de fuentes etnohistóricas y no se cuenta con evidencia arqueológica que así lo confirme (Pradilla *et al.*, 1992).

versiones españolas, se ha construido la imagen de cacicazgos fuertemente centralizados cuya base de poder se cimentaba en el control sobre el intercambio de productos, así como en la organización del trabajo (Langebaek, 1987). No obstante, la aparente grandeza de estos cacicazgos no parece tener una fuerte constatación empírica, por lo cual los arqueólogos han preferido continuar, en la mayoría de los casos, haciendo referencia a fuentes etnohistóricas para hacer hincapié en su carácter (Langebaek, 1995a).

El proyecto valle de Fúquene, departamento de Cundinamarca (Tabla 2.1), se llevó a cabo con el fin de contribuir al entendimiento de los procesos de cambio social (Langebaek, 1995a: xiv), por medio del análisis de algunas hipótesis que tradicionalmente han sido utilizadas para entender el surgimiento de los cacicazgos muiscas, pero esta vez a través de la evaluación de evidencia básicamente arqueológica. Generalmente, se ha hecho referencia al papel del crecimiento poblacional, el medio ambiente y la interacción regional como elementos centrales que permitieron la aparición de la jerarquización política en los Andes orientales. En este sentido, esta investigación diseñó una metodología basada en el análisis arqueológico por medio de la cual llevar a cabo el mencionado análisis.

<i>Períodos</i>	<i>Tipos cerámicos</i>	
Muisca Tardío	Desgrasante gris	1600 d.C
Muisca Temprano	Tunjuelo laminar	1100 d.C
Herrera Tardío	Funza cuarzo fino	700 d.C
Herrera Temprano	Mosquera Rojo Inciso Mosquera Roca Triturada Zipaquirá Desgrasante Tiestos	[I] 900 a.C

Tabla 2.1. Secuencias arqueológicas mencionadas en el texto.

Con base en un estudio de carácter regional, y el análisis de una secuencia de ocupación desde el año 800 a.C. hasta la época colonial, Langebaek (1995a) estudió aspectos relacionados con la dinámica poblacional, las relaciones hombre-medio ambiente y la interacción social. Como resultado, el autor concluyó que si bien es posible documentar la tendencia hacia la complejización social (aunque débil, y sobre todo al final de la secuencia de ocupación), ella no parece responder a ningún tipo de condicionante extrasomático. Es decir que no hay evidencia de presión poblacional sobre recursos tales como las tierras fértiles, el control sobre las mismas o sobre el intercambio, al inicio del proceso de centralización política. El control económico, representado en el control sobre tierras fértiles y el acceso al trabajo, es observado al final de la secuencia, pero, como advierte el autor, más como consecuencia que como causa de los cambios sociales originados en épocas anteriores.

Las primeras evidencias, que Langebaek asocia con festejos, aparecen durante el período Muisca Temprano (800 d.C.-1200 d.C.). Se trata de ciertas formas cerámicas (ollas, cuencos y jarras) utilizadas probablemente para el procesamiento y consumo de *chicha*. Más específicamente, las jarras se habrían utilizado para el almacenamiento de líquidos y los cuencos para servir los mencionados líquidos. Los fragmentos cerámicos correspondientes a las vasijas mencionadas fueron hallados en su mayoría en los asentamientos de mayor tamaño identificados durante el reconocimiento (Langebaek, 1995: 94). Sin embargo, la pequeña cantidad de fragmentos pertenecientes a este período que pueden ser asociados a las formas mencionadas es bastante limitada (30 fragmentos) lo que impide que la evidencia sea concluyente.

De todas maneras, dos aspectos son resaltados por Langebaek para el período Muisca Temprano. En primer lugar, existe evidencia que sugiere la presencia de conflicto (atestiguado por la tendencia de la población a concentrarse en sitios con ventajas defensivas), lo que indicaría que el origen de la complejidad social se presenta en un marco de competencia. En segundo lugar, esa competencia no ocurre en el contexto de un aumento demográfico considerable, evidencia acerca de presión sobre recursos o control sobre los mismos (tierras fértiles). Lo que significa que durante este período no hubo control alguno sobre la tierra o el trabajo de ella.

Para el período Muisca Tardío (1200 d.C.-1600 d.C.), se encontró evidencia de formas cerámicas asociadas a labores ceremoniales (Langebaek, 1995: 116). Además de las encontradas en el período anterior, se hallaron copas, múcuras y figuras antropomorfas (Figura 2.1). Aunque para este período las formas que atestiguan ceremonias se encuentran asimismo en sitios centrales o sede del poder cacical (Langebaek, 1995: 118), el contexto de celebración de fiestas o ceremonias parece ser ciertamente diferente debido a la tendencia por parte de los caciques por controlar la tierra y el trabajo, lo que se traduce en control sobre recursos económicos.

Acerca de la evidencia de fiestas o ceremonias en Fúquene, lo primero que salta a la vista es la poca cantidad de fragmentos cerámicos que podrían ser producto de este tipo de eventos. Para el período Muisca Temprano, los sitios donde Langebaek (1995a: 94-96) reporta fragmentos cerámicos asociados a este tipo de actividades presentan baja densidad. El sitio con mayor cantidad de fragmentos (VF320) cuenta con 79, los cuales, además, se hallaron dispersos en 15 lotes de re-



Figura 2.1. Formas ceremoniales del período Muisca Tardío.

colección (Langebaek, 1995b). Solamente dos lotes (830 y 831) del mencionado sitio presentan una cantidad importante de tiestos (29 y 26 respectivamente) pero ella no es suficientemente amplia. Durante el período Muisca Tardío se incrementa la cantidad de tiestos en el sitio VF320 (338) pero continúan dispersos, ahora en 45 lotes de los 48 que componen el sitio⁸. Por otra parte, además de las formas, el autor no reporta alguna característica de la cerámica que sea distintiva de la del resto de los sitios, o que permita por sí misma inferir la presencia de vasijas de gran tamaño como es el grosor o el diámetro del borde (Henrickson y Mc Donald, 1983; Blitz, 1993; Mills, 1999; Potter, 2000).

Lo anterior sugiere que durante los dos períodos en que según Langebaek (1995a) existe evidencia de fiestas y ceremonias el consumo comunal de alimentos o bebidas fue muy reducido o inexistente. La poca cantidad de tiestos, asociado al hecho de que no se reportan fragmentos de gran tamaño o grosor, indicaría entonces que no hubo preparación o distribución de grandes cantidades de alimentos o bebidas. No obstante, durante el período Tardío se reporta la introducción de nuevas formas cerámicas tales como copas y figuras antropomorfas, las cuales aparecen también asociadas a lugares sede del poder cacical. Por tanto, más que fiestas, en Fúquene debieron tener lugar ceremonias y, si hubo algún tipo de consumo de alimentos o bebidas, éste debió haber sido privilegio sólo de ciertos miembros de la comunidad. En una perspectiva cronológica, la aparición durante el período Tardío de copas y figuras antropomorfas sugiere el incremento de eventos ceremoniales asociados más a la ostentación y ligados a la necesidad de legitimar el poder o a la diferenciación de determinados individuos.

El Venado

El trabajo arqueológico llevado a cabo en El Venado se originó en una pregunta de investigación similar a la que ya se anotó para el caso de Fúquene: la cuestión sobre

8. Se puede hacer un estimativo del área de dispersión de los tiestos al interior del sitio si se tiene en cuenta que las recolecciones de material (lotes) se hicieron cada 100 metros (Langebaek, 1995: 22).

las bases de la diferenciación social en los cacicazgos muisca. El sitio arqueológico de El Venado está ubicado en el valle de Samacá, departamento de Boyacá (Figura 2.2). Se trata de una aldea muisca que fue ocupada desde el año 800 d.C. hasta el momento de la invasión española. El objetivo de esta investigación fue examinar la interacción de dos bases de la jerarquía social: el prestigio y el control sobre recursos y riqueza (Boada, 1998: v; 1999: 119), con base en el análisis de determinadas líneas de evidencia tales como la cerámica, restos de fauna, tumbas y volantes de uso, y su variación a través de la secuencia de ocupación. Boada (1998, 1999) divide la aldea en barrios, los cuales estaban compuestos por uno o más grupos residenciales, diferenciados entre sí por zonas vacías.

Desde la primera ocupación (Herrera Tardío 800 d.C.-1000 d.C.), Boada (1998) encuentra evidencias de diferencias de riqueza entre los barrios, tales como la proporción de cerámica decorada e importada, producción textil, densidad y variedad de fauna, y en la composición de las tumbas (ajuar). El barrio que presenta mayores indicadores de riqueza, La Esmeralda, tiene una alta proporción de jarras, cuencos, copas, cucharas y vasijas en miniatura, lo cual permite sugerir que el grupo que allí habitaba organizaba fiestas y ceremonias. Para Boada, el conjunto de evidencias apunta a que los habitantes del barrio con mayor riqueza estaban apelando al hecho de ser los fundadores, o primeros en llegar al sitio, para reclamar un mayor estatus y prestigio y, por tanto, reservándose el derecho de realizar ceremonias con las cuales imponer su posición. Esto significa que las nacientes elites no controlaban recursos de subsistencia o acumulaban riqueza sino que manejaban conocimientos esotéricos puestos en escena en los mencionados eventos.

En el siguiente período (Muisca Temprano 1000 d.C.-1200 d.C.), las diferencias entre barrios continuaron siendo notorias en aspectos tales como la cerámica (decorada e importada) y la producción textil. El barrio más rico en el período anterior, La Esmeralda, ostenta aún su posición, con el incremento incluso de su tamaño. La ocurrencia de las formas cerámicas mencionadas anteriormente sugiere que allí se seguían llevando a cabo fiestas y ceremonias. No obstante, a partir de este período se constatan algunos cambios interesantes. En primer lugar, las fiestas y ceremonias no se llevaron a cabo exclusivamente en el barrio La Esmeralda, ya que otro barrio



Figura 2.2. Sitio arqueológico El Venado.

comenzó a hacerlas también. En segundo lugar, la evidencia arqueológica apunta a que si bien en La Esmeralda, se llevaba a cabo la fiesta o ceremonia como tal, otros barrios estaban proveyéndolo de insumos para las mismas. Según Boada (1998) la comida para las fiestas era preparada en un barrio diferente a aquél en que se llevaba a cabo. Esto significaría que como producto del proceso iniciado en el período Herrera Tardío, la elite del barrio La Esmeralda consiguió adscribir a otros barrios bajo su dirección pero que a la vez otros nuevos empezaron a disputar sus privilegios.

En el último período (Muisca Tardío 1200 d.C.-1600 d.C.), las diferencias en riqueza se mantuvieron e hicieron más agudas. El barrio que detentó una mayor riqueza desde el primer período continuó haciéndolo y el nuevo barrio que apareció con evidencias de riqueza durante el período anterior crece y continúa exhibiendo objetos suntuarios. Así mismo, se documenta la celebración de fiestas y ceremonias en por lo menos los dos barrios que exhiben mayor riqueza. Según Boada (1998, 1999), durante este período la evidencia arqueológica muestra que en las fiestas y ceremonias las elites hicieron uso de objetos de prestigio provenientes del intercambio con otras elites (jarras finamente decoradas con imágenes de caciques) y que además existió un mayor control sobre el trabajo de las personas, representado básicamente en la elaboración de textiles.

Respecto a la evidencia arqueológica que indica fiestas y ceremonias, la investigadora asocia determinadas formas, tamaños y cantidades con funciones específicas, en sitios determinados. Es así que las ollas, ollas-cuenco, jarras y cuencos, cuando aparecen en cantidades inusuales o en gran tamaño, refieren a la preparación y distribución de alimentos y bebidas tales como la *chicha* (Boada, 1998: 89-90). Por otra parte, formas tales como copas, cucharas y vasijas pequeñas refieren a funciones ceremoniales (Boada, 1998: 91-92). La revisión de las frecuencias cerámicas para cada uno de los períodos arqueológicos documentados por Boada muestra que, en efecto, existe una amplia diferencia en la cantidad de fragmentos cerámicos que componen uno y otro barrio (Boada, 1998: 88, 174, 239). Por citar sólo un ejemplo, durante el período Herrera Tardío tres de las unidades residenciales que componen el barrio que ostenta mayor riqueza, La Esmeralda, cuentan con 8.455 tiestos (el 70% del total), en tanto que el otro barrio, El Recuerdo, tiene en sus tres unidades residenciales 1.300 tiestos (10%).

De otra parte, las diferentes frecuencias de formas ceremoniales son consistentes con la idea de una distribución restringida de tales celebraciones, lo que a su vez es reafirmado por la presencia de fragmentos decorados y la aparición de cerámica importada (Figura 2.3). Para el período Herrera Tardío, los fragmentos asociados por Boada a formas ceremoniales aparecen principalmente en el barrio La Esmeralda (51 contra 2 del barrio El Recuerdo). Lo mismo ocurre con los frag-

mentos decorados (3.092 en La Esmeralda y 104 en El recuerdo) y la cerámica importada (313 en La Esmeralda y 43 en El Recuerdo).

Este conjunto de evidencias indicaría que en El Venado se llevaron a cabo eventos que guardaban un carácter tanto festivo como ceremonial. Las fiestas serían atestiguadas por grandes cantidades de fragmentos de tiestos, pertenecientes a formas cerámicas utilizadas en la preparación y distribución de alimentos y bebidas. Las ceremonias, por su parte, estarían representadas en la aparición de fragmentos decorados, cerámica importada y determinadas formas como copas y miniaturas.



Figura 2.3. Cerámica importada, Tipo Valle de Tenza Gris.

Tocaima

La investigación arqueológica llevada a cabo en Tocaima, departamento de Cundinamarca, tomó como punto de partida los datos provenientes de referencias etnohistóricas según las cuales allí habitaban grupos tangencialmente diferentes de los muiscas, incluso eran sus enemigos. Para los españoles, y en abierto contraste con los muiscas del altiplano, los panches eran grupos acéfalos que vivían en la barbarie y en permanente estado de guerra (Duque, 1965).

En Tocaima se llevó a cabo un reconocimiento arqueológico sistemático, similar al ya descrito para Fúquene. El objetivo aquí fue contrastar algunas hipótesis acerca de la naturaleza de los procesos de complejización social, haciendo hincapié en la evaluación de elementos tales como el acceso a recursos y la práctica de la guerra (Argüello, 2003). Los resultados de esta investigación apuntan a que en Tocaima no es fácilmente demostrable el control sobre algún tipo de recursos, o la presión demográfica sobre ellos. No obstante, el análisis de los patrones de asentamiento mostró que desde el segundo período de ocupación (Pubenza Baño Rojo, 800 d.C.-1000 d.C.) se dio una tendencia de la población a concentrarse en por lo menos dos centros ubicados en zonas fácilmente defendibles. Para el último período de ocupación prehispánica (Tardío, 1000 d. C.-1550 d.C.) la concentración en torno a un centro, ubicado también en una zona fácilmente defendible, es clara.

Los datos arrojados por la investigación llevada a cabo en Tocaima muestran una débil tendencia a la centralización política, acompañada de posibles conflictos cuya escala y naturaleza precisa es aun difícil de definir. Argüello (2003) encontró evidencias de fiestas y ceremonias solamente durante el último período de ocupación prehispánica (1000 d.C.-1550 d.C.), precisamente aquél donde la información colectada apunta a la consolidación de un proceso de centralización política. El registro arqueológico está representado en el hallazgo de ciertos sitios con una abundante cantidad de tiestos de gran tamaño y grosor, algunos profusamente decorados. Respecto a las formas, se trata básicamente de vasijas de gran tamaño, lo que es atestiguado no sólo por el grosor de los tiestos, sino también por el diámetro de los bordes (Figura 2.4). Los mencionados sitios se

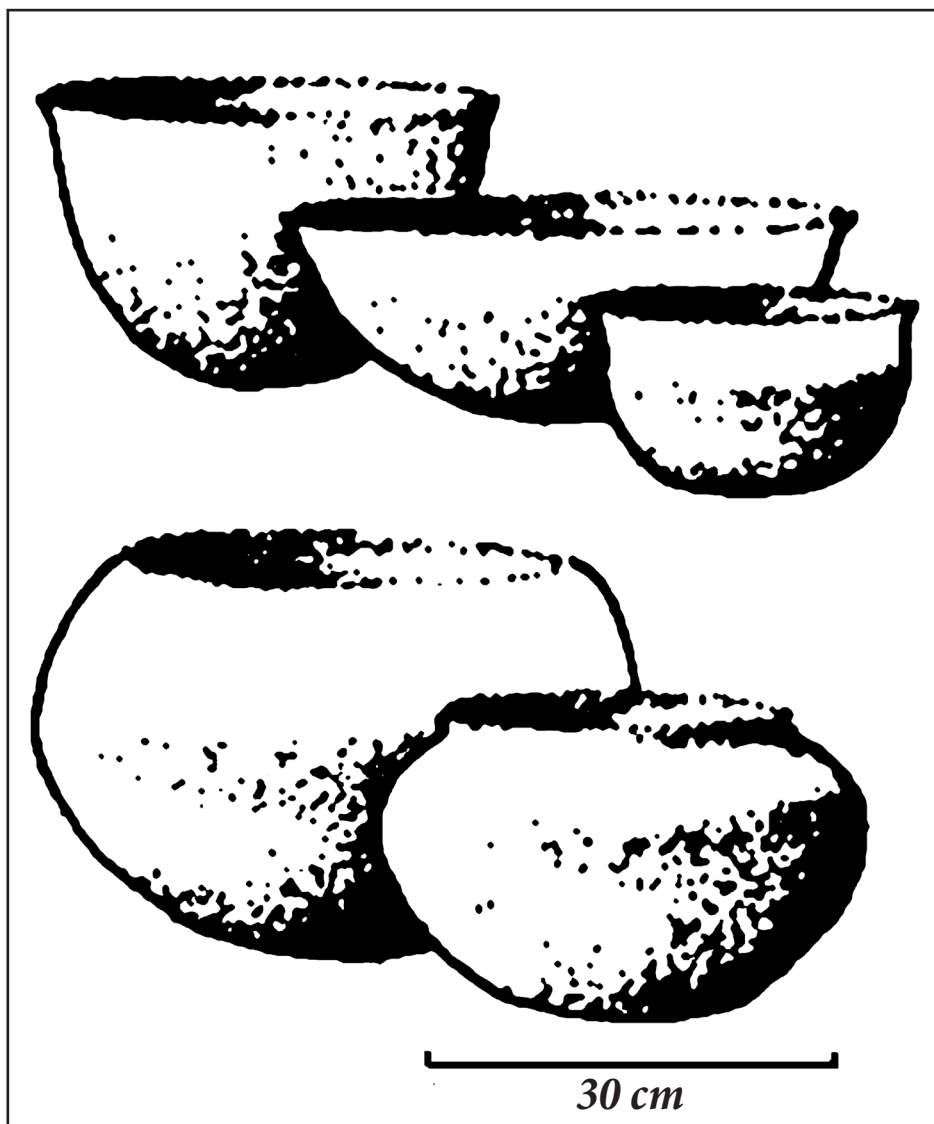


Figura 2.4. Vasijas Pubenza Polícromo. Tomado de Peña, 1991.

encuentran, además, en cercanía a aquéllos de mayor concentración poblacional y en lugares fácilmente defendibles.

En el caso de Tocaima, la naturaleza del registro arqueológico parece indicar que durante el período Tardío se llevaron a cabo fiestas en las cuales tuvo lugar el consumo comunal de alimentos o bebidas. La ubicación restringida de la cerámica utilizada para tal fin (solamente en 3 sitios) sugiere además que la realización de tales eventos era un privilegio de ciertos individuos o grupos, los cuales debieron aprovechar estas ocasiones para manipular recursos de carácter ideológico materializados en las representaciones decoradas en las vasijas mismas (Feinman *et al.*, 1981). En los tres sitios mencionados (04, 160, 198) se encuentra una cantidad inusual de cerámica (165, 332 y 207 fragmentos respectivamente, el promedio de los restantes lotes es de 14,5 fragmentos)⁹ y ella es además muy gruesa (Figura 2.5). Esto atestigua la presencia de vasijas de gran tamaño, cuya capacidad excede claramente el ámbito del consumo doméstico.

En Tocaima, la evidencia parece apuntar a la realización de fiestas, mas no de ceremonias. Las formas y tamaños de las vasijas son consecuentes con la idea de la producción y distribución masiva de alimentos y/o bebidas (Henrickson y Mc Donald, 1983; Blitz, 1993; Mills, 1999; Potter, 2000). Por el contrario, las formas que podrían ser asociadas a funciones ceremoniales son muy escasas o inexistentes.

COMPARACIONES

Un breve vistazo a la evidencia arqueológica sobre fiestas y ceremonias documentadas en las secuencias de Fúquene, El Venado y Tocaima, permite extraer algunos puntos divergentes y otros en común. De forma resumida, en Fúquene sólo parece haber evidencia de ceremonias, en El Venado tanto de fiestas como de ceremonias, y en Tocaima únicamente de fiestas. Tanto en Fúquene como en

9. Como puede observarse en la Figura 2.5, el sitio 04 se compone de 5 lotes y los sitios 160 y 198 de un único lote, estos últimos con una extensión de 1,31 ha y 0,5 ha respectivamente, lo que muestra la concentración espacial de los fragmentos cerámicos en cuestión.

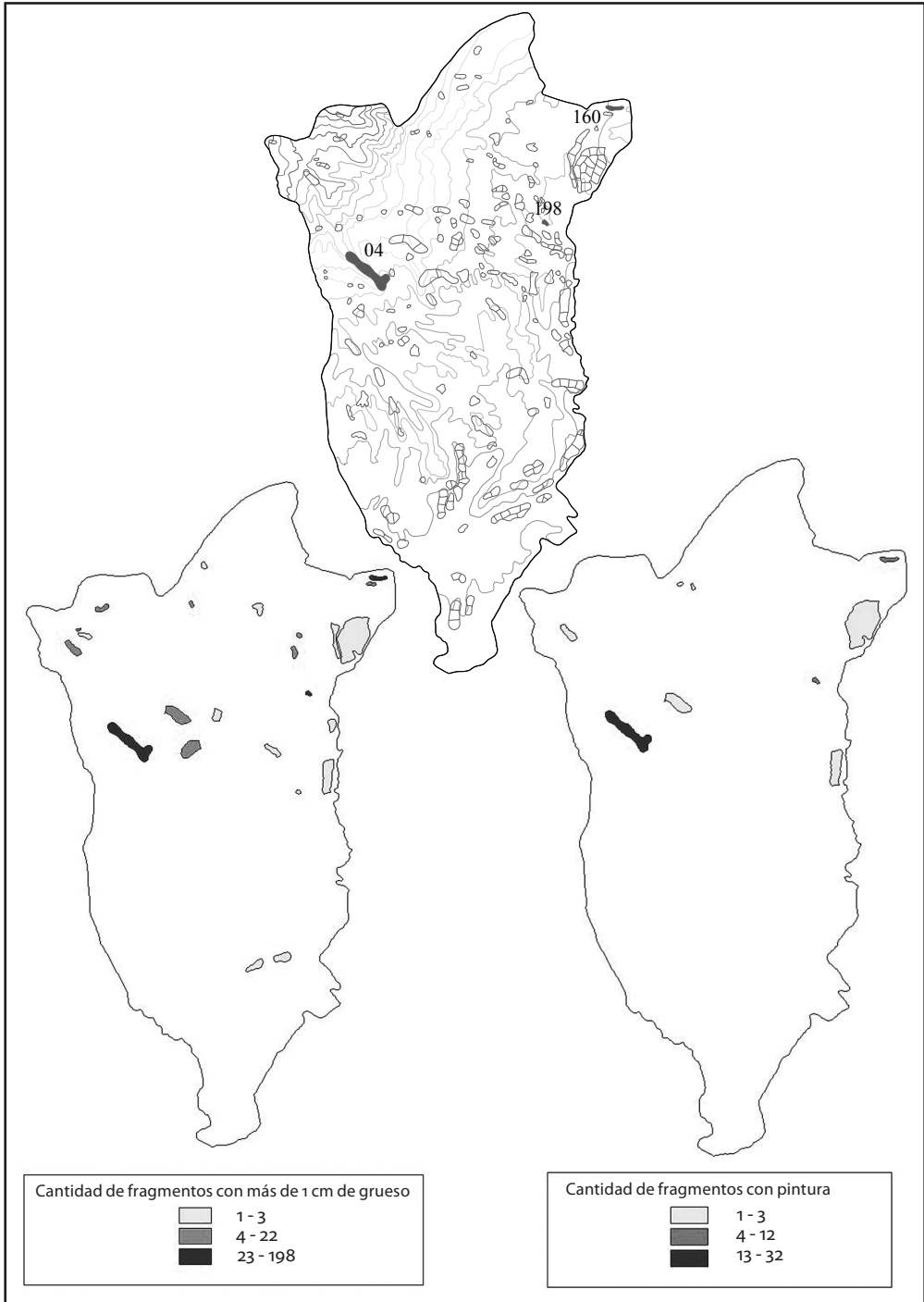


Figura 2.5. Sitios con gran cantidad de fragmentos cerámicos, grosor y pintura.

El Venado existen evidencias de que ciertos hombres o grupos llevaban a cabo ceremonias en donde la puesta en juego de determinados derechos o privilegios permitía la clara diferenciación entre los organizadores y los asistentes. Estos reclamos son más evidentes en el caso de El Venado, donde esos privilegios estarían representados o legitimados por elementos tales como la cerámica importada y los mejores cortes de carne. La aparición de objetos relativos a la exaltación de determinadas figuras, en Fúquene como en El Venado, permite suponer la existencia de ceremonias encaminadas a la exaltación de ciertos individuos.

En Tocaima, donde las fuentes etnohistóricas hacen referencia a grupos muy diferentes a los muiscas, el registro arqueológico es más congruente con la idea de que allí se celebraban fiestas, con el consecuente consumo comunal de alimentos o bebidas. Allí no se encuentran evidencias de objetos de ostentación y más bien parece que estos eventos eran aprovechados para manipular recursos ideológicos con los que se buscaba la legitimación de un determinado individuo o grupo.

Independientemente de si se trataba de ceremonias o fiestas, las tres secuencias guardan elementos en común, que es importante resaltar. En primer lugar, dichos eventos fueron estrictamente localizados, es decir tenían lugar en muy pocos lugares (para el período Tardío de Fúquene en no más de 3, en El Venado máximo 2 y 3 en Tocaima). Estos lugares de festejo o ceremonia están más o menos asociados con centros de concentración poblacional o donde el registro arqueológico indica que vivían los hombres o grupos de mayor rango. Esto significa que en los tres casos la evidencia de fiestas y ceremonias está indudablemente ligada a la constatación de procesos de complejización y de desigualdad social, es decir, su aparición en el registro arqueológico se da en períodos donde otros tipos de evidencia ayudan a mostrar diferencias sociales y la tendencia a la centralización política.

Así mismo, en las tres secuencias es claro que el contexto de celebración de fiestas y ceremonias no se relaciona de manera causal con necesidades originadas en la presión poblacional, la escasez de recursos u otros condicionantes ambientales. En todos los casos, el origen de la desigualdad social no parece estar ligado a factores de ese tipo y por tanto los eventos ceremoniales y festivos no responden

funcionalmente como instrumentos mediáticos con los cuales resolver problemáticas derivadas de la escasez de recursos u otro tipo de presión ambiental (Langebaek, 1995a; Boada, 1998, 1999; Argüello, 2003).

CONCLUSIONES

Las tres secuencias arqueológicas estudiadas anteriormente presentan algunos indicadores de la celebración de fiestas y ceremonias en contextos prehispánicos. Las líneas de evidencia presentadas no son de manera alguna concluyentes y deben ser entendidas más como una invitación al análisis detallado, tanto de los contextos en que ellas tuvieron lugar, como de sus particularidades. No obstante, a pesar de los vacíos que aún persisten respecto al contexto y particularidades propias de estas celebraciones, es posible ahora sugerir algunas hipótesis a la luz del objetivo planteado al inicio de este texto.

En primer lugar, es importante anotar que, para las tres secuencias analizadas, es evidente la asociación de las fiestas y ceremonias en contextos en donde se documentan procesos de diferenciación social. Para los casos de Fúquene y Tocaima, en los períodos arqueológicos tempranos donde no existen indicadores de algún tipo de diferenciación social tampoco los hay de realización de fiestas y ceremonias. Por el contrario, en El Venado, donde la evidencia muestra la presencia desde épocas tempranas de diferencias sociales, existen indicadores que atestiguan la ejecución de este tipo de eventos.

En segundo lugar, el registro arqueológico que permite constatar la ejecución de fiestas y ceremonias está a la vez asociado con otros indicadores de diferenciación social. En los tres casos estudiados se observa que dichos eventos fueron realizados dentro o en cercanía de lugares centrales donde se presume vivían las élites. Por otra parte, en secuencias como la de El Venado, los lugares donde se llevaron a cabo fiestas y ceremonias presentan objetos que insinúan mayor riqueza de los hombres o grupos que los habitaban. Lo que en conjunto sugiere que el derecho a realizar este tipo de eventos era de uso privativo de ciertos individuos o grupos.

Esto significa que tal como lo han sugerido diferentes autores (Hayden, 1995, 2001; Dietler, 2001) las fiestas y ceremonias hicieron parte de los mecanismos que fueron utilizados para la adquisición y mantenimiento del poder.

¿Cuál era entonces la función específica que cumplían las fiestas y ceremonias dentro de los recursos movilizados como forma de adquirir y conservar el poder? Un breve repaso por las fuentes de poder (económico, coerción física, social e ideológico) permite aclarar la naturaleza de los procesos que estuvieron involucrados en el surgimiento de la desigualdad social. En primer lugar, respecto al poder económico, la información proveniente de las tres secuencias arqueológicas en cuestión no parece ser consecuente con la idea según la cual existió un marco ambiental o demográfico que obligó a que emergieran líderes como respuesta a problemas relacionados con la subsistencia. En palabras de Langebaek (1995: 160) el control sobre tal tipo de recursos fue *el resultado de los cambios sociales, no requisito para su existencia*. Por tanto, parece ser más plausible la idea según la cual el control de aspectos tales como la intensificación de la producción, cuya naturaleza aún debe ser estudiada con más detalle, y sobre la mano de obra, hicieron parte de una estrategia de ciertos individuos o grupos; estrategia canalizada precisamente en la ejecución de eventos festivos o ceremoniales y que no perseguía propiamente suplir necesidades generadas en condicionamientos de carácter ambiental o demográfico (Spielmann, 2002). Por otra parte, es importante mencionar que en los tres casos mencionados el control sobre la producción, y todo lo que ella implica, se da una vez la desigualdad social tiene algún grado de consolidación. Es decir, si bien el control sobre la producción pudo ser el objetivo perseguido por las elites, éste no fue el aspecto que primero se controló.

La evidencia de conflicto en los ejemplos citados es aún menos concluyente que la anotada acerca del poder económico. Los patrones de asentamiento documentados en Fúquene y Tocaima parecen mostrar la preferencia por ocupar sitios defensivos en períodos donde ya es visible cierta tendencia a la centralización política. Teniendo en cuenta que no es posible esbozar explicaciones causales, tales como la circunscripción ambiental, para explicar el conflicto (Carneiro, 1981), es mejor entenderlo como un mecanismo que permite la construcción de solidari-

dad y alianza grupal con vista al establecimiento de lazos sociales basados en la dualidad amigo-enemigo (Anderson, 1994; Hayden, 1995).

La escala a la cual hacen referencia los mencionados conflictos es también difícil de definir. Solamente el caso de El Venado parece dar la posibilidad de entender a qué tipo de unidades sociales se hace referencia cuando se habla de él. Tal como lo ha planteado Boada (1998, 1999) la competencia se presentaba en El Venado entre unidades sociales relativamente cercanas apenas ubicadas a algunos metros de distancia. En Tocaima, los dos centros de concentración poblacional que parecen originarse durante el período Pubenza Baño Rojo no se encuentran a una distancia mayor a 2 kilómetros. Esto quiere decir que, independientemente del tipo de conflicto, éste operaba en ámbitos más bien locales, lo que indicaría la búsqueda de adhesión de unidades sociales de tamaño pequeño, ¿familias?

En tercer lugar, algunas evidencias parecen indicar que en el origen de los procesos de diferenciación social el poder ideológico jugó un papel muy importante. Si se aceptan las sugerencias según las cuales tanto en El Venado como en Tocaima las elites emergentes basaron sus reclamos de prestigio sobre el hecho de ser los fundadores o primeros en llegar a la zona, es evidente que dichos reclamos buscaban ser legitimados por medio del establecimiento de genealogías encuadradas dentro de un sistema de creencias. Con el objeto de persuadir, legitimar y establecer dicho sistema de creencias, es probable que los interesados acudieran a estructuras de creencias antiguas o tradicionales, y paulatinamente las moldearan a su acomodo (Aldenderfer, 1993; Schachner, 2001; Lucero, 2003). Diferentes tipos de evidencia tales como la ostentación de bienes foráneos y el culto a figuras individuales serían consecuentes con la idea de que ciertos hombres estaban trazando una carrera por el prestigio apelando a derechos consignados en una sucesión genealógica (Boada, 1999) y estableciendo distancias sociales entre ellos y el resto de la comunidad (Clark & Blake, 1994). En este contexto, las fiestas y ceremonias se convertirían en el mecanismo por el cual esa información se transmite y legitima. O, en términos de Mann (1986), las fiestas y ceremonias debieron ser el escenario ideal para movilizar recursos de carácter primordialmente ideológico pero con la utilización paralela y subsidiaria de elementos sociales, coercitivos y económicos.

Si se quisiera avanzar un poco más en la función anteriormente anotada, se podría sugerir que las fiestas y ceremonias, tal como ha anotado Earle (1997), se utilizaron como un mecanismo para materializar una ideología, cimentada a partir de la construcción de una genealogía y reforzada con los actos de determinados individuos o grupos (Figura 2.6). Esta materialización podría además estar siendo mostrada en elementos tales como la decoración presente en la cerámica utilizada para fines festivos y/o ceremoniales, la ostentación de bienes foráneos, etc. El hecho de que se estuvieran realizando estos eventos de manera más o menos simultánea en diferentes sitios muestra que ellos se convirtieron en arena y/o escenario de competencia por el prestigio (Clark & Blake, 1994).

El origen de la desigualdad social cimentado en aspectos de carácter ideológico ya ha sido sugerido a partir de la evaluación de otras líneas de evidencia tales como los patrones funerarios y la orfebrería (Drennan, 1995; Langebaek, 2000). De forma resumida, la adquisición del poder estaría asociada a la carrera particular de ciertos individuos, quienes movilizan recursos de carácter ideológico con el fin de obtener prestigio. Posteriormente, la institucionalización estaría menos asociada a cultos individuales y factores de carácter ideológico y se relacionaría más con la consolidación del manejo de medios económicos¹⁰. Este postulado puede ser evaluado a la luz de la diferencia entre fiestas y ceremonias. Teniendo en cuenta el carácter de las ceremonias, parece ser que ellas tuvieron lugar en contextos donde era preeminente la exaltación de determinados individuos, es decir, procesos de diferenciación social generados en la movilización de recursos de poder por parte de lo que en la literatura antropológica se ha denominado *grandes hombres, agrandadores*, etc. Contrario a eso, las fiestas se darían en contextos donde el proceso es parte de la estrategia de un grupo o facción, seguramente organizado a partir del

10. Otros autores tales como Ardila (1988: 22) relacionan la variación en el uso de las fuentes de poder a la escala de la sociedad. Es así como el control del poder por medios ideológicos tiene lugar en sociedades pequeñas en tanto que el control económico se presenta en sociedades de mayor tamaño. Gnecco (1998: 64-68) argumenta que, aparte de los taironas y muiscas, el poder en las sociedades prehispánicas se fundamenta en la acumulación de poder simbólico mediante el cual determinados sujetos adquieren prestigio.

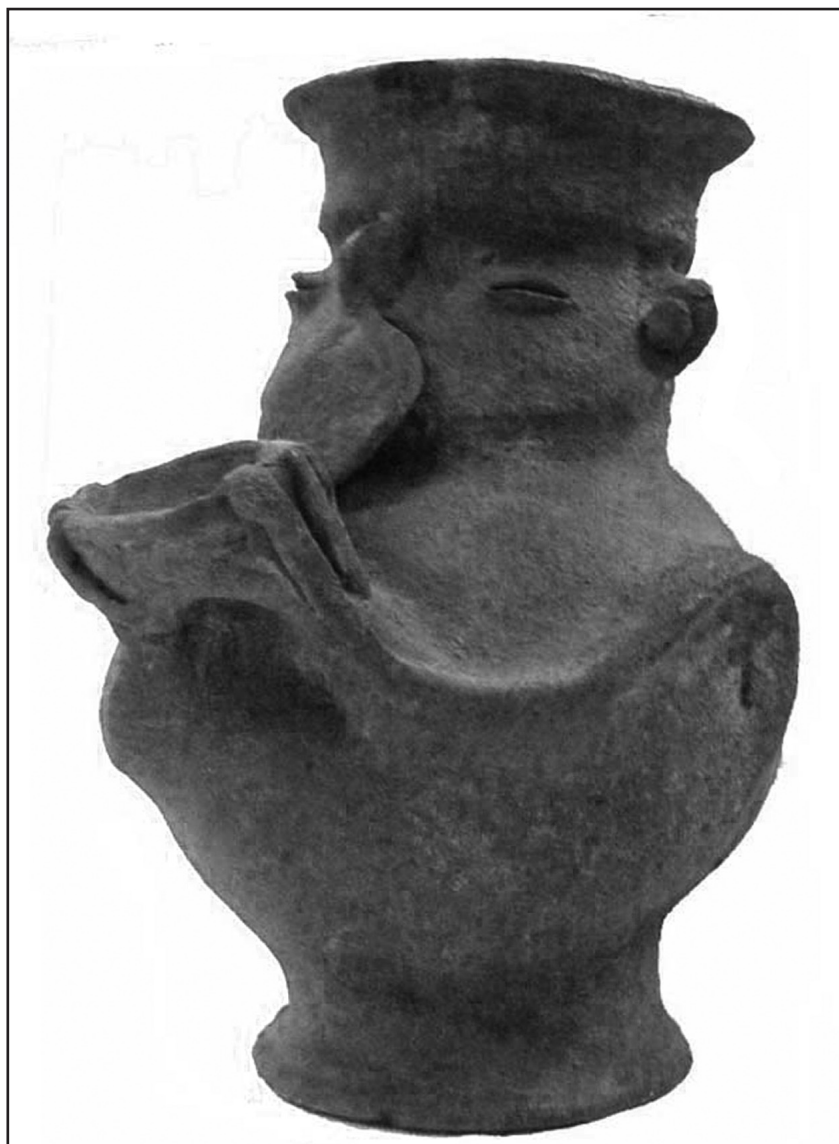


Figura 2.6. Figura antropomorfa que posiblemente representa la ejecución de un acto ceremonial.

parentesco. Este aspecto deberá ser estudiado con más detalle. En cualquier caso, es importante resaltar que bien sea que se trate de individuos o grupos, el logro de sus objetivos no sólo se circunscribió al convencimiento de las comunidades que después ellos iban a dirigir, sino que estuvo enmarcado en intensos procesos de competencia, de avances y retrocesos. La diferenciación social que se constata en las tres secuencias arqueológicas analizadas, nunca fue un proceso lineal y continuo; fue, por el contrario, el resultado de procesos de competencia por el poder cimentados en la construcción e imposición ideológica.



BIBLIOGRAFÍA

ALDENDERFER, M. 1993. Ritual, hierarchy, and change in foraging societies. *Journal of Anthropological Archaeology* 12: 1-40.

ARDILA, G. 1998. El poder en escena. Colombia prehispánica. En *El poder en escena. Colombia prehispánica*. Banco de la República, Museo del Oro; Consejo Nacional para la Cultura y las Artes; Bogotá: Ministerio de Cultura.

ARGÜELLO, P. 2003. *Patrones de asentamiento prehispánico en el municipio de Tocaima-Cundinamarca*. Tesis de grado, Universidad Nacional de Colombia (sin publicar).

BALANDIER, G. 1994. *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*. Barcelona: Paidós.

BOADA, A. 1998. *Bases of social hierarchy in a Muisca Central Village of the Northeastern Highlands of Colombia*. Tesis Doctoral, Universidad de Pittsburgh. Pittsburgh (Sin publicar).

_____. 1999. Organización social y económica en la aldea muisca de El Venado - valle de Samacá, Boyacá. *Revista Colombiana de Antropología* 35: 118-145.

BLITZ, J. 1993. Big pots for big shots: Feasting and storage in a Mississippian community. *American Antiquity* 58 (1): 80-96.

CARNEIRO, R. 1981. The chiefdom: Precursor of the state. En *The transition to Statehood in the New World*, editado por G. Jones y R. Kautz, 37-79. Cambridge: Cambridge University Press.

CLARK, J. & M. Blake. 1994. The power of prestige: Competitive generosity and the emergence of rank societies in lowland Mesoamerica. En *Factional competition and political development in the New World*, editado por E. Brumfiel y J. Fox, 17-30. Cambridge: Cambridge University Press.

DIETLER, M. 1990 Driven by drink: The role of drinking in the political economy and the case of Early Iron Age France. *Journal of Anthropological Archaeology* 9: 352-406.

_____. 2001. Theorizing the feasts. Ritual of consumption, commensal politics, and power in African contexts. En *Feasts: Archaeological and Ethnographic perspectives on food, politics and power*, editado por M. Dietler y B. Hayden, 65-114. Washington: Smithsonian Institution Press.

DILLEHAY, T. 1990 Mapuche ceremonial landscape, social recruitment and resource rights. *World Archaeology* 22 (2): 238-248.

DRENNAN, R. 1995. Mortuary practices in the Alto Magdalena: The social context of the "San Agustín Culture". En *Tombs for the living: Andean mortuary practices*, editado por T. Dillehay, 79-110. Washington: Dumbarton Oaks.

_____. 2000. *Las sociedades prehispánicas del alto Magdalena*. ICANH, Bogotá.

DRENNAN, R. & QUATTRIN, D. 1996. Patrones de asentamiento y organización sociopolítica en el valle de la Plata. En *Perspectivas regionales en la arqueología del suroccidente de Colombia y norte del Ecuador*, editado por C. Gnecco, 85-108. Popayán. Universidad del Cauca.

DUQUE, L. 1965. Tribus indígenas y sitios arqueológicos. *Historia Extensa de Colombia*. II(1). Bogotá: Ediciones Lerner.

EARLE, T. 1997 *How chiefs come to power. The political economy in Prehistory*. California: Stanford University Press.

FEINMAN, G.; Steadman, U.; Lighfoot. 1981. The production step measure: An ordinal index of labor input in ceramic manufacture. *American Antiquity* 46 (4): 871-884.

GIRALDO, S. 2000. Del Rioja y otras cosas de los caciques: patrones de intercambio tairona en el siglo XVI. *Arqueología del Área Intermedia* 2: 47-68.

GNECCO, C. 1998. El poder en las sociedades prehispánicas de Colombia: un ensayo de interpretación. En *El poder en escena. Colombia prehispánica*. Bogotá: Banco de la República, Museo del Oro; Consejo Nacional para la Cultura y las Artes; Ministerio de Cultura.

GODELIER, M. 1989. *Lo ideal y lo material. Pensamiento, economías, sociedades*. Madrid: Taurus.

HAYDEN, B. 1995. Pathways to power. Principles for creating socioeconomic inequalities. En *Foundations of Social Inequality*, editado por D. Price y G. Feinman, 15-86. New York: Plenum Press.

_____. 2001. Fabulous feasts. A prolegomenon to the importance of feasting. En *Feasts: Archaeological and Ethnographic perspectives on food, politics and power*, editado por M. Dietler y B. Hayden, 23-64. Washington: Smithsonian Institution Press.

HELMS, M. 1998. *Acces to origins. Affines ancestors and aristocrats*. Austin: University of Texas Press.

JOHNSON, A. y Earle, T. 2000. *The evolution of human societies*. 2da edición. Stanford: Stanford University Press.

KOLATA, A. 1992. Economy, ideology, and imperialism in the South-central Andes. En *Ideology and Pre-Columbian civilization*, editado por A. Demarest y G. Conrad, 68-85. Santa Fe, New Mexico: School of American Research Press.

LANGEBAEK, C. 1987. *Mercados, poblamiento e integración étnica entre los muisca del siglo XVI*. Bogotá: Banco de la República.

_____. 1995a. *Arqueología regional en el territorio muisca. Estudio de los valles de Fúquene y Susa*. Pittsburg, Bogotá: University of Pittsburg; Universidad de los Andes.

_____. 1995b. *Arqueología regional en el territorio muisca: juego de datos del proyecto valle de Fúquene*. University of Pittsburg. <URL: <http://www.pitt.edu/~laad>>

_____. 2000. Cacicazgos, orfebrería y política prehispánica: una perspectiva desde Colombia. *Arqueología del Área Intermedia* 2: 11-45.

_____. 2001. *Arqueología regional en el valle de Leiva: procesos de ocupación humana en una región de los Andes orientales de Colombia*. Informes Arqueológicos del Instituto Colombiano de Antropología e Historia No. 2, Bogotá: ICANH.

_____. 2005. Arqueología colombiana: balances y retos. *Arqueología Suramericana*. 1 (1): 96-114.

LUCERO, L. 2003. The politics of ritual: The emergence of classic maya rulers. *Current Anthropology* 44 (4): 523-558.

LLERAS, R. 1989. *Arqueología del alto valle de Tenza*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales.

MANN, M. 1986. *The sources of social power*. Cambridge: Cambridge University Press.

MILLS, B. 1999. Ceramics and the social contexts of food consumption in the Northern Southwest. En *Pottery and people. A dynamic interaction*, editado por J. Skibo y G. Feinman, 99-114. Salt Lake City: The University of Utah Press.

OSBORN, A. 1985. *El vuelo de las Tijeretas*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales.

PEÑA, G. 1991. *Exploraciones arqueológicas en la cuenca media del río Bogotá*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales.

POTTER, J. 2000. Pots, parties, and politics: Communal feasting in the American Southwest. *American Antiquity* 65(3): 471-492.

PRADILLA, H. 1992. Arqueología del cercado grande de los santuarios. *Boletín del Museo del Oro*. 32-33: 21-147.

REDMOND, E. 1994. External warfare and the internal politics of northern South American tribes and chiefdoms. En *Factional competition and political development in the New World*, editado por E. Brumfiel y J. Fox, 44-54. Cambridge: Cambridge University Press.

REICHEL-DOLMATOFF, G. 1986. *Arqueología de Colombia. Un texto introductorio*. Bogotá: Fundación Segunda Expedición Botánica.

SCHACHNER, G. 2001. Ritual control and transformation in middle-range societies: An example from the American Southwest. *Journal of Anthropological Archaeology* 20: 168-194.

SPENCER, Ch. 1994. Factional ascendance, dimension of leadership, and the development of centralized authority. En *Factional competition and political development in the New World*, editado por E. Brumfiel y J. Fox, 31-43. Cambridge: Cambridge University Press.

SPIELMANN, K. 2002. Feasting, craft specialization, and the ritual mode of production in small-scale societies. *American Anthropologist* 104 (1): 195-207.

VILLATE, G. 2001 *Tunja prehispánica. Estudio documental del asentamiento indígena de Tunja*. Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, COLCIENCIAS.

‡

III

ORGANIZACIÓN DEL ASENTAMIENTO MUISCA Y AUTORIDAD CACICAL EN SUTA, VALLE DE LEYVA, COLOMBIA: UNA EVALUACIÓN CRÍTICA DE LOS CONCEPTOS NATIVOS SOBRE LA CASA PARA EL ESTUDIO DE SOCIEDADES COMPLEJAS

Hope Henderson

Universidad Nacional de Colombia

Nicholas Ostler

Foundation for Endangered Languages

ESTE ESTUDIO CONTRIBUYE A LA INVESTIGACIÓN RECIENTE SOBRE SOCIEDADES DE casa (Carsten y Hugh-Jones, 1995; Helms, 1998; Joyce y Gillespie, 2000) al utilizar el concepto muisca de casa o *gue*, como unidad analítica para interpretar patrones arqueológicos de asentamiento y para ampliar los modelos de sociedad compleja que distinguen entre las fuentes individuales y las institucionales de autoridad política (Blanton et al., 1996; Drennan, 1995a; Renfrew, 1974). La casa muisca era un concepto amplio, un símbolo multifacético que reflejaba la totalidad del mundo muisca, similar al de otras sociedades de casa (Carston y Hugh-Jones, 1995) y que incorporaba múltiples nociones de lugar, de tiempo y del cuerpo. Examinaremos una serie de palabras muisca que incorporaban el concepto de casa para significar sus asociaciones complejas con el lugar y la autoridad política, y la relevancia de estos conceptos nativos para evaluar fuentes de autoridad política individualistas e institucionales. Por otra parte, evaluaremos el grado en que los jefes muisca se valieron de estas ideas para controlar directamente la organización interna del espacio en el sitio arqueológico de Suta, en el valle de Leyva, Colombia. Con este propósito, consideraremos las distancias espaciales entre las casas, la continuidad en la ubicación de éstas y la construcción de espacios públicos no residenciales

dentro de un mismo asentamiento, durante los períodos Muisca Temprano (1000-1200 a.C.) y Muisca Tardío (1200-1600 a.C.). Este análisis de los patrones residenciales y de la totalidad del asentamiento muisca se basará en el mapeo total de Suta. En el mapeo topográfico de las 33 ha del área de estudio se efectuaron 1.225 análisis de pruebas de pala para identificar las locaciones residenciales, los límites del asentamiento y las áreas no ocupadas del mismo.

Los análisis del vocabulario indígena, de los patrones de asentamiento arqueológico y de los modelos de sociedad compleja, responden a las recientes discusiones teóricas sobre la casa, un concepto antropológico propuesto primero por Lévi-Strauss y, posteriormente reconceptualizado por antropólogos sociales que trabajan en Asia suroriental y Suramérica (Carsten y Hugh-Jones, 1995) que reconocieron la primacía de las categorías nativas sobre la problemática de las clasificaciones de parentesco (e.g. Kuper, 1982, 1993)¹. Este trabajo, que reconoce una deuda intelectual a las nociones de Lévi-Strauss en relación con la casa, resulta de los análisis recientes sobre las sociedades de casa y de las discusiones sobre la utilidad de los conceptos nativos sobre ella para los análisis antropológicos de fenómenos generalizados (Carsten y Hugh-Jones, 1995; Helms, 1998; Joyce y Gillespie, 2000). Planteamos que los conceptos nativos de casa, tales como *gue*, son unidades eficaces e interesantes de análisis para entender a las sociedades en sus propios términos y para enfrentar directamente las limitaciones analíticas que provienen de nuestras divisiones disciplinarias. Por otra parte, entender los múltiples significados de la vivienda muisca proporciona un contexto cultural específico para evaluar estrategias del liderazgo muisca.

AUTORIDAD POLÍTICA EN LAS SOCIEDADES COMPLEJAS MUISCA

La historia arqueológica de la sabana cundiboyacense en las tierras altas al norreste de Colombia (Figura.3 1) se divide en 6 amplios períodos: Paleoindio (10.450

1. Ver Carsten y Hugh-Jones, 1995 y Gillespie, 2000 para las revisiones críticas de los trabajos de Lévi-Strauss en casas y sociedades de casa.

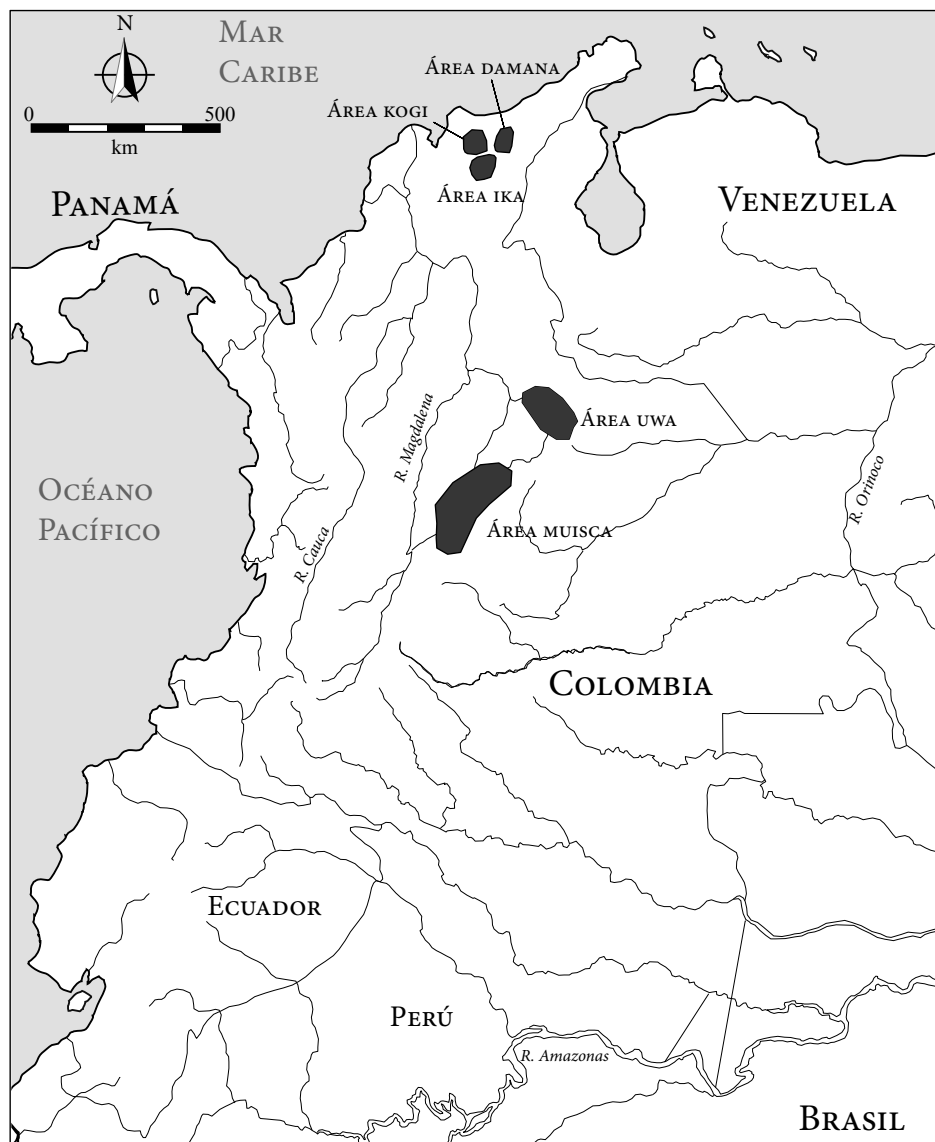


Figura 3.1. Mapa del área muisca y de otras áreas de hablantes de la lengua chibcha en Colombia.

a.C.-2050 a.C.), Arcaico (2050 a.C.-400 a.C.), Herrera (400 a.C. 1000 d.C.), Muisca Temprano (1000 d.C. 1200 d.C.), Muisca Tardío (1200 d.C.-1538 d.C.) y Colonial (1538 d.C. -1820 d.C.)². Las primeras señales de desigualdad política y de la formación de los cacicazgos se remontan al período Muisca Temprano (1000 d.C.-1200 d.C.), iniciándose en el siglo XI d.C., período caracterizado por la competencia social y política entre los caciques de asentamientos pequeños e independientes. Varias evidencias arqueológicas apoyan esta interpretación: (1) la introducción de diversos tipos de recipientes de uso doméstico decorados, algunos asociados al consumo de la chicha que se interpretan como evidencia de festejos (Boada, 1998; Kruschek, 2003; Langebaek, 2001); (2) la proliferación regional de numerosos asentamientos pequeños, algunos de los cuales están situados en áreas fácilmente defensible (Langebaek, 1995) o en áreas de tierras agrícolas óptimas (Langebaek, 2001); (3) el comienzo de las prácticas de momificación (Langebaek, 1995) y (4) la introducción de artefactos elaborados en oro para ofrendas y adornos personales (Langebaek, 1995, 2000)³. Con base en esta evidencia, los investigadores argumentan que, en buena medida, la autoridad política dependió de las habilidades de liderazgo individual relacionada con la autoridad religiosa, limitada a comunidades pequeñas (Boada, 1998; Kruschek, 2003; Langebaek, 2000). Se ha argumentado también que sólo durante el período Muisca Tardío (1200 d.C.-1600 d.C.) se comienzan a observar evidencias de que la autoridad política fue más centralizada y organizativamente compleja, con la formación de dos niveles jerárquicos de asentamientos regionales (Langebaek, 1995, 2001). Se ha reportado también la presencia de campos agrícolas elevados y monumentos de piedra en el área muisca

2. Ver Cárdenas (2002); Langebaek (1992b: 22-37), Botiva (1987) para las discusiones de cronologías paleoindia y arcaica. El período Herrera y sus posibles divisiones cronológicas internas, son resumidos recientemente por Langebaek (1995; 2001) y Kruschek (2003). Así mismo, las cronologías del Muisca Temprano y Muisca Tardío se discuten en Langebaek (2001). El período Colonial y sus subdivisiones cronológicas son presentados por Therrien *et al.* (2002).

3. Langebaek cita las cinco fechas más tempranas para los artefactos de oro del área muisca, que se agrupan al final del período Herrera, entre el 520 y 960 d.C. (Langebaek, 2000: 30), lo cual sugiere diferencias de estatus relacionadas con las ofrendas de oro durante el final de ese período.

(Broadbent, 1965, 1968, 1969), aunque sólo ahora los investigadores han comenzado a fechar estos rasgos. La evidencia arqueológica de que la autoridad política estuvo ligada a diferencias de riqueza dentro de la población muisca es aún bastante escasa, pues sólo se ha documentado un pequeño grado de diferenciación económica entre las unidades domésticas (Boada, 1998; Kruscek, 2003). Asimismo, los análisis de tumbas en tres asentamientos muisca, correspondientes a los períodos Temprano y Tardío, indican una magnitud muy modesta de diferenciación social y ninguna evidencia de diferencia en la riqueza individual (Boada, 2000).

¿A qué grado los caciques muisca controlaron la organización política, territorial y económica? La falta de evidencia arqueológica sobre diferencias de riqueza y de territorios regionalmente integrados, contrasta con las fuentes históricas del siglo XVI que describen a poderosos jefes regionales que controlaban o se beneficiaban de los excedentes de alimentos básicos, de la producción especializada de artefactos de oro y textiles, y/o de las relaciones de intercambio con sociedades vecinas por oro y algodón (Langebaek, 1986). Algunas veces, los conquistadores españoles describieron dos grandes unidades políticas indígenas en la sabana cundiboyacense (Bogotá y Tunja) y en otras ocasiones, cuatro cacicazgos regionales (Bogotá, Tunja, Sogamoso y Duitama) y un área de cacicazgos independientes más pequeños, cada uno integrado por una sola comunidad (Broadbent, 1964). Estas mismas fuentes históricas registraron cómo los caciques muisca recibían tributos en textiles y oro, y movilizaban mano de obra para trabajar sus campos agrícolas y construir sus grandes recintos residenciales rodeados por cercados (Broadbent, 1964; Tovar, 1980; Langebaek, 1985). A cambio, las elites ofrecían chicha y regalaban telas de algodón. Cuando las fuentes históricas se refieren a figuras políticas subordinadas, los líderes de *uta* y *zibyn*, no describen claramente las jerarquías políticas internas o la estructura política (ver Broadbent, 1964; Gamboa, s.f.; Tovar, 1980).

Las fuentes etnohistóricas que se refieren a líderes políticos subordinados, sugieren que los caciques muisca manejaban alianzas políticas con pequeños grupos (Figura 3.2), con algunos de los cuales compartieron lazos de parentesco (Boada, 1999; Broadbent, 1964; Londoño, 1994; Villamarín y Villamarín, 1974). El cacique

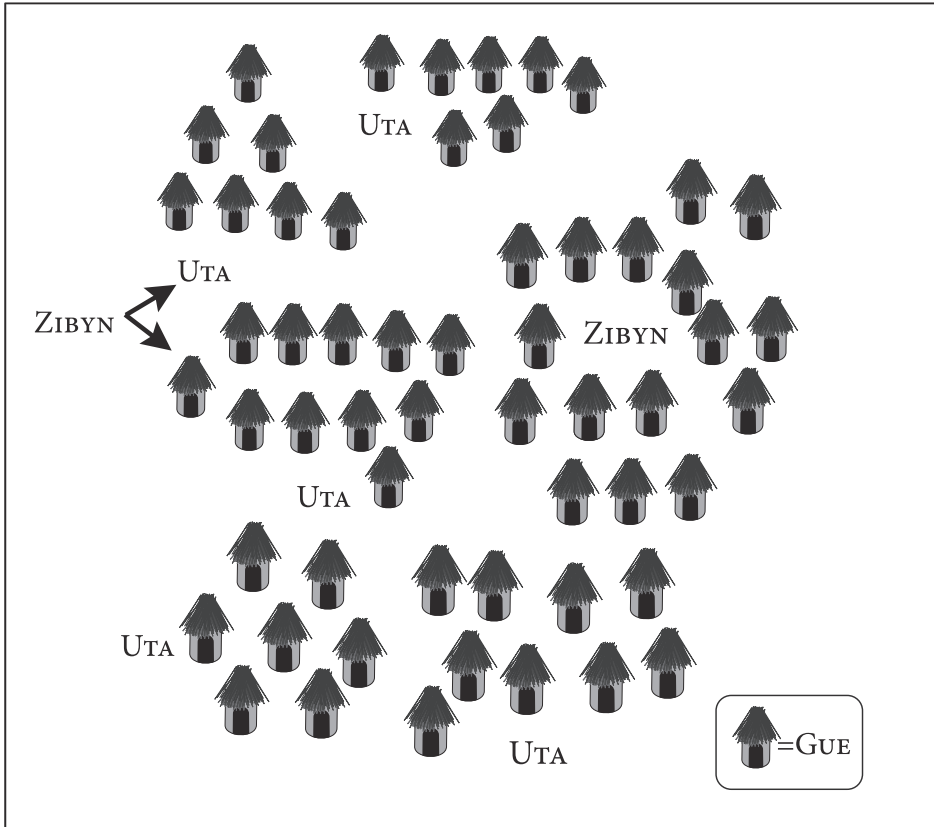


Figura 3.2. Modelo de organización de comunidad segmentada.

era el líder de una comunidad y a la vez el líder, de por lo menos, una división interna de la comunidad, la *zibyn* (González de Pérez, 1987: 209; Quesada Pacheco, 1991: 48). En términos políticos, una comunidad cacical estaba compuesta por varias *capitanías* o *zibyn*, que a la vez abarcaban varios grupos *uta* o *capitanías menores*, cada una con un líder *uta* (González de Pérez, 1987: 209, 292, 296; Quesada Pacheco, 1991: 48,82). Cada grupo *uta* consistía de varias unidades domésticas, las que en la figura 3.2 son representadas por las *gue* o estructuras residenciales. Sin

embargo, este esquema jerarquizado de la organización social y política no era absoluto porque, en algunos casos, las *zibyn* no incorporaban a grupos *uta* más pequeños (Gamboa, s.f.; Kurella, 1998: 195; Langebaek, 1987: 27) pero los jefes también mantenían alianzas directas con casas individuales que no eran parte de *zibyn* o de grupos *uta* (Gamboa, s.f.)⁴. Algunas posiciones de liderazgo eran hereditarias (Broadbent, 1964: 93), pero algunas de esas posiciones *uta* eran designadas por los jefes (Gamboa, s.f.: 15-16).

La autoridad política de los caciques muisca parece haberse implicado poco en la complejidad organizacional y en cambio, haber dependido mucho de alianzas individuales con otros líderes y casas. Así, una interpretación hipotética de las sociedades complejas muisca consiste en que las elites políticas tenían la capacidad de organizar las actividades para su propio beneficio pero no tenían control directo sobre las estructuras productivas o económicas generales. Esta distinción, observada originalmente por Fried (1967), significa que los caciques no controlaron directamente ni manejaron exclusivamente las estructuras generales de la

4. Parece que estos grupos colectivos compartían lazos políticos y de parentesco. El término español *capitanía*, que se aplicó a los grupos *zibyn* y *uta*, ha tenido varias interpretaciones. La primera definición española para *capitanía* es (1) gobierno militar de una provincia, (2) término de una ciudad cabeza de un partido o (3) el número de soldados al mando de un capitán que tiene otros suboficiales que ayudan con la disciplina y dirección (Academia Autoridades, 1729: 148). Los líderes *uta* y *zibyn* eran masculinos, pero no es claro si estas posiciones de dirección eran autoridades militares o cabezas de la comunidad. Durante el período colonial, el trabajo y el tributo fueron asignados a los líderes *uta*, que supervisaron el transporte del tributo para el jefe (Langebaek, 1987: 32-33). El liderazgo *uta* fue también importante debido a que las campañas de reasentamiento impulsadas por los españoles sólo eran exitosas cuando las dirigían los líderes *uta* e incluían las casas que ellos representaban (Villamarín y Villamarín, 1975: 174). Los términos *uta* y *zibyn* son también indicio de relaciones de parentesco porque los derechos territoriales colectivos sobre la tierra fueron manejados por los grupos *uta* y *zibyn*, y considerados a través de la línea matrilineal (Kurella, 1998; Villamarín y Villamarín, 1975: 174). Sin embargo, los grupos *uta* no regulaban prácticas de matrimonio (Villamarín y Villamarín, 1975: 175); y mientras algunos grupos *uta* eran unidades territoriales, otros no lo eran (Broadbent, 1964: 28, 34-35; Gamboa, n.d.: 15).

organización, tales como la producción (Ames, 1995; Hastorf, 1990; Henderson, 2003). Puede ser que las unidades políticas muisca fueran similares a las facciones (Brumfiel y Fox, 1994), que los caciques fueran “*aggrandizers*” (Hayden, 1995) o que fuesen líderes carismáticos, pero no hay mucha evidencia de que asumieran un papel administrativo (Service, 1962) redistribuyendo bienes y servicios con el fin de integrar a los grupos domésticos y a las comunidades en territorios políticos, organizados a nivel regional. Langebaek (1986) observa que el concepto muisca de tributo, *tamsa*, no se refería a la acumulación de riqueza personal o al control sobre los procesos productivos y los productos, sino que los caciques tuvieron que redistribuir los bienes *tamsa* a los especialistas religiosos, a los subordinados políticos y a la población en general, sugiriendo que el *tamsa* servía más para crear relaciones que para obtener bienes materiales. Durante el siglo XVI, las lealtades a los caciques regionales eran inciertas y disputadas (Broadbent, 1964: 15-17), lo que sugiere que los caciques creaban y dependían de una economía política de generosidad competitiva para mantener las lealtades políticas.

La problemática central de este estudio se refiere a la capacidad de organización de los caciques en la creación y en la organización espacial interna de numerosos y pequeños asentamientos nucleados a comienzos del siglo XI d.C. ¿Los caciques muisca manejaron directamente la organización espacial interna de los asentamientos nucleados? ¿La capacidad de manejar el espacio era una fuente de autoridad política? Sólo los análisis arqueológicos pueden resolver la inquietud sobre por qué los patrones de asentamiento y la territorialidad muisca fueron mal entendidos por los españoles que, simplemente describieron los asentamientos como pequeños y numerosos. Los peninsulares identificaron las residencias cacicales (cercados) rodeadas por otras residencias, como los lugares centrales de un patrón de asentamiento regional y referían a ellas, usualmente como cortes o pueblos (Broadbent, 1964; Pradilla, Villate y Gómez, 1992; Rozo, 1997a; Villate, 2001). Una descripción clara de los asentamientos muisca explica que una comunidad consistía de 10 a 100 casas agrupadas en torno a un complejo residencial cacical (Broadbent, 1964: 64) y que también había viviendas dispersas alrededor de estas concentraciones nucleadas. Al imponer sus propias nociones de territorialidad y de asentamiento,

los españoles describieron los asentamientos muisca como *pueblos*; un término de uso múltiple que podría significar (1) una ciudad o un lugar poblado, (2) un grupo de personas que habita un lugar y (3) gente común de una ciudad o de una población, con excepción de los nobles (Academia Autoridades, 1737: 422). Los traductores españoles introdujeron la palabra *pueblo* en el lenguaje muisca (González de Pérez, 1987: 207) para describir los patrones de asentamiento. Así, un diccionario colonial de español/muisca incluye la frase, *pueblo-zona ie*, que significa el camino que pasa por la ciudad (González de Pérez, 1987: 207). Otro factor que dificulta entender la autoridad política muisca y los patrones de asentamiento es que las comunidades y los territorios integrados políticamente tomaban el nombre del cacique (Broadbent, 1964: 27; Simón, 1981: 156; Villamarín y Villamarín, 1975: 174) lo que sugiere que los territorios muisca descritos por los españoles en el siglo XVI eran más un fenómeno político que espacial.

Finalmente, pensando en que algunos grupos *uta* y *zibyn* tenían lazos de parentesco y heredaban derechos territoriales, los estudiosos de lo muisca han propuesto un modelo segmentado de la organización de la comunidad (Boada, 1999; Londoño, 1995) y han interpretado los patrones arqueológicos de asentamiento con base en las divisiones internas *uta* y *zibyn* (Boada, 1999) (Figura 3.2). En este esquema, los caciques cedieron o dividieron el control del espacio y el territorio entre sus líderes leales subordinados. Nosotros contribuimos aquí a esta discusión mediante los análisis lingüísticos y arqueológicos de los patrones residenciales de todo el asentamiento en Suta. Nuestros análisis complementan las investigaciones anteriores que identifican la unidad doméstica como el grupo socio-cultural mínimo entre los muisca (Kurella, 1998: 195; Villamarín y Villamarín, 1975: 174) aunque también reconoce que no hay unanimidad sobre los patrones de parentesco muisca ni sobre el tamaño y composición de la casa (Broadbent, 1964: 24; Villamarín y Villamarín, 1975: 174).

LOS CONCEPTOS NATIVOS DE CASA Y LOS PATRONES DE ASENTAMIENTO MUISCA

Para entender mejor el fenómeno de la formación del asentamiento nucleado durante los períodos Muisca Temprano y Muisca Tardío, y la organización espacial interna de los asentamientos, proponemos que los investigadores adopten el concepto muisca de casa, *gue*, como unidad analítica para interpretar tanto el patrón residencial como el del asentamiento. Argumentamos que el concepto muisca de casa, *gue*, es similar al de otras sociedades de casa (Carsten y Hugh-Jones, 1995) en las que el lenguaje de la casa desafía las divisiones analíticas tradicionales porque es usado para describir tanto los patrones residenciales como los patrones del asentamiento.

El significado muisca más literal de casa fue edificación. *Gue* se refería específicamente a los edificios residenciales que los españoles reconocieron como casas o bohíos (González de Pérez, 1987: 199, 210; Quesada Pacheco, 1991: 49). Por otra parte, nuestra revisión de los diccionarios coloniales de muisca/español sugiere que la residencia muisca consistía de, por lo menos, una y a veces dos estructuras arquitectónicas (González de Pérez, 1987: 254). El espacio residencial disponía en su parte frontal de un patio y tal vez un camino o sendero, *ie* (González de Pérez, 1987: 333; Quesada Pacheco, 1991: 55; Lucena Salmoral, 1967: 71). Frente a la estructura residencial había un área de patio llamada *uta* (González de Pérez, 1987: 292, 296). Sin embargo, *uta* también se traduce como plaza (Quesada Pacheco, 1991: 82) que puede referirse a espacios comunales no residenciales. Una cerca o empalizada llamada *ca*, podía rodear toda el área residencial (González de Pérez, 1987: 224, 331; Quesada Pacheco, 1991: 53). Las fuentes etnohistóricas enfatizan la presencia de esas empalizadas, usualmente de doble estructura, alrededor de las casas de los caciques y de las de otros líderes políticos o capitanes (Pradilla, Villate y Ortiz, 1992; Rozo, 1997a; Villate, 2001), pero también pueden haberse utilizado entre la población en general. Además, estas mismas fuentes describen caminos, *ie*, que fueron construidos frente al conjunto residencial del cacique (Rozo, 1997a, 1997b) que comunicaba con la casa de un especialista religioso (Rozo, 1997a: 50-52). Para

documentar la variación en la organización espacial y de los componentes arquitectónicos de las residencias muisca, serán necesarias excavaciones horizontales de grandes áreas residenciales.

Gue fue también un referente de lugar y se usó en las frases que describían todo el asentamiento. *Gues bacana*, se refiere a alguien que está lejos o fuera del poblado (González de Pérez, 1987: 265) y se traduce literalmente como “casa-por afuera-salió”. Los españoles tradujeron *Gueganecana* como “fuera salió, estos es, por el pueblo de los yndios” (González de Pérez, 1987: 264) y traduce literalmente “casa-entrepierña-fue”. En esta construcción, *gannyca* significa “entre”, “en medio de” (Ostler, 1993: 20), lo cual sugiere que los asentamientos nucleados se concebían como grupos de casas, cada una ubicada (¿espacialmente?) al interior o en medio de un grupo⁵.

Quyca es otro término muisca que se refiere a ubicación. Es traducido como tierra, país, región, poblado, mito, enfermedad, viruela, cuento, historia y cielo o firmamento (González de Pérez, 1987: 326, 305, 262, 295, 333; 223; 225; Quesada Pacheco, 1991: 94, 82, 98, 52). *Quyca* parece una palabra multifacética y general para “lugar”, que los españoles interpretaron según sus nociones particulares de territorialidad, de país, de región o de ciudad⁶. Otra palabra, *quypqua*, que significa tanto lugar como ocasión (González de Pérez, 1987: 206, 274), fue también un referente generalizado antes que especializado, para designar ubicación. *Quypqua* fue traducido también como cama, habitación o “aposento”, sugiriendo que la palabra se refería a lugares donde los visitantes podían dormir o pasar la noche (González de Pérez, 1987: 206). En ausencia de otros vocablos, la casa parece ser entonces el referente más específico para lugar, dentro del vocabulario muisca.

Casa era un término no sólo para describir donde vivía la gente sino para diferenciar quién pertenecía o no a una comunidad. Quizás la evidencia más convincente de

5. De modo parecido, en muisca, varias posposiciones describen direcciones y se derivan de las palabras relacionadas con el cuerpo (Ostler, 1993).

6. Sobre las primeras definiciones de tierra ver el *Diccionario de la Real Academia Española* (RAE, 1739: 274), de *patria* (RAE, 1737: 165) y de *región* (RAE, 1737: 545).

que la casa era un foco para crear y legitimar relaciones sociales locales es la palabra *gueba*, que significa extranjero o advenedizo (González de Pérez, 1987: 176; Quesada Pacheco, 1991: 35). *Gueba* puede ser analizada mediante los morfofonemas muisca *gue* + *yba*, “casa + sangre”. Así *gueba* es un término que también se refiere a las víctimas sacrificadas, gente “no muisca” que era capturada y traída de la región de los Llanos Orientales (Duque, 1965: 360; Rozo, 1997b: 104,106). El concepto de *gueba*, un extranjero o “casa+sangre”, refleja un aspecto general de los conceptos nativos de casa que distinguen fuertemente entre 1) *nosotros*, el grupo social conocido, y 2) el “sin lugar”, el desconocido y aquéllos cualitativamente diferentes de nosotros (Helms, 1998). En un caso similar, Osborn refiriéndose a los uwa, de habla chibcha (Figura 3.1), dice que los extranjeros son las personas que existen fuera de la casa. En este caso, la casa representa el universo (Osborn, 1997: 153). Considerados juntos estos vocabularios, aunque sean solo una colección parcial de los conceptos muisca de lugar, sugieren fuertemente que la estructura residencial, *gue*, era un concepto amplio usado para describir a la gente que cohabitaba bajo el mismo techo, en un solo lugar y entre un grupo conocido de gente.

Finalmente, queremos enfatizar que las referencias españolas sobre *gue* no siempre corresponden al concepto de casa. Originalmente, *gue* fue interpretado como el verbo substantivo “ser” (González de Pérez, 1987: 75-76; Lugo, 1619: 20) y por supuesto, el verbo estativo *zeguene* (“soy”) tiene la fuerza de una cópula. Sin embargo, el origen gramatical de la partícula *gue* pudo haber sido una raíz chibcha que significaba “hacer”. Ostler (1994: 209) observa que, sintácticamente *gue* es una partícula afirmativa que ocurre al final de la oración y (Ostler, 2000: Table 1) que el morfema *gu* está presente en otras lenguas chibchas tales como el duit, el tunebo (aka Uwa) y el kogi. Cuando un sacerdote español anónimo, hacia la mitad del siglo XVII, compiló el primer diccionario chibcha y tradujo el catecismo, en respuesta a la pregunta, ¿Dios es el padre? Los muiscas fueron instruidos para responder “*Dios gue*” o Dios es (González de Pérez, 1987: 337). La palabra *gue* debería ser fonéticamente transcrita como [gə], y no se relaciona con la otra palabra convencionalmente deletreada como *gue* o *gué*, fonéticamente [we], que significa edificio residencial. Por otra parte, *gue* [we] parece ser etimológicamente aislada y

es diferente de las palabras para casa en los idiomas relacionados uwa, kogi, ika y damana (Huber and Reed, 1992: 95) (ver Figura 3.1).

LOS CONCEPTOS NATIVOS DE CASA Y DE AUTORIDAD POLÍTICA EN LAS SOCIEDADES MUISCA

Precisamente como los asentamientos fueron construidos en referencia a las casas, nuestros análisis lingüísticos sugieren que las nociones muisca acerca de la casa también influenciaron la autoridad política. Un concepto multifacético, la casa muisca era una metonimia (ver Lakoff, 1987), *gue* podía significar simultáneamente, otras cosas. Así, la maleabilidad conceptual de *gue* es muy similar a otras sociedades donde la casa adquiere una “pluralidad de significados” (Kus y Raharihaona, 2000: 101) y es simbólica de una visión holística del mundo (Cars-ten y Hugh-Jones, 1995; Helms, 1998; Joyce y Gillespie, 2000; Kus y Raharigaona, 2000; Pearson y Richards, 1994)⁷. Cuando la casa es un concepto tan central e inclusivo, entonces las ideas sobre la casa pueden ayudar a la gente a enfrentar lo desconocido, porque la gente puede utilizar un idioma de la casa para darle sentido a las nuevas experiencias (e.g. Bloch 1995; MacKinnon, 2000; Kus y Raharigaona, 2000; Waterson, 1995)⁸. Sostenemos que *gue* fue uno de esos conceptos y que las

7. Reichel-Dolmatoff (1975: 209) tiene una excelente descripción del mundo-casa, *nuhué*, de los kogi, como representación de un sistema conceptual holístico.

8. Por ejemplo, Bloch describe cómo el Zafimaniry de Madagascar, inmediatamente después de la destrucción militar de su aldea en 1947, condujo el cadáver del padre del cacique de la aldea nuevamente a la comunidad arruinada y lo puso sobre los restos quemados del poste de la casa del santo fundador, de modo que su muerte, que ocurrió sin rezos católicos y fuera de la casa santa, de algún modo se pudiera reconciliar con los sobrevivientes. Milagrosamente, el hombre se recuperó y después de decir el “Ave María”, murió y fue enterrado. Más tarde, en respuesta a la enfermedad de un niño, fue preparado un caldo especial y dado al poste de la casa y al niño enfermo. Los aldeanos reconocieron la posterior recuperación del niño y de la aldea como resultado del tratamiento (Bloch 1995: 83). En este ejemplo, aunque los sobrevivientes de la aldea no estaban seguros sobre qué hacer después de la destrucción de su aldea y la muerte de un hombre, las propiedades curativas de la casa santa se reconocen; a pesar de su destrucción física, estas características de la casa ayudan a

elites políticas recurrieron a *gue* para crear posiciones de liderazgo, expresar desigualdad y para construir lugares centrales (Helms, 1998)⁹. El siguiente análisis lingüístico identifica varios elementos simbólicos de la arquitectura muisca, asociados a posiciones de liderazgo, que fueron enfatizados por las elites políticas en la construcción de conjuntos residenciales cacicales. En lo posible, indicamos el material correlativo arqueológico de estos conceptos.

La relación entre el liderazgo y la casa (*gue*) es sugerida por la palabra *uta*, que significa (1) capitán de menor importancia, (2) patio frente a la casa y (3) el grupo social externo aliado con el capitán (González de Pérez, 1987: 209, 292, 296; Quesada Pacheco, 1991: 48, 82). Lo que es relevante en este estudio es que esta posición de liderazgo fue articulada en relación con el patio, un componente material de una residencia. La versión más temprana del *Diccionario de la Real Academia Española* define “patio” como un área abierta de la casa, de universidades o de lugares de comedia y encerrada por paredes, pasillos o columnas (Academia Autoridades, 1737: 164). Esta descripción sugiere que el cercado encerró tanto el patio (*uta*) como la casa

los sobrevivientes a conceptualizar y comienzan sus recuperaciones individuales y colectivas. En un ejemplo diferente, MacKinnon describe cómo un lugar de origen, reconocido como la casa ancestral por muchos Tana Toraja en Indonesia, es considerado como el lugar apropiado para construir una casa que sirva como centro de turismo, rezo e investigación sobre la historia de la religión nativa *Aluk to Dolo* (MacKinnon, 2000: 184-187). En este ejemplo, actividades novedosas como el turismo y la investigación se combinan con nociones tradicionales de las casas de los antepasados, y el producto es una corporación pública reconocida por todos los implicados en su creación como casa. Waterson también destaca las características creativas del concepto de casa, demostrando cómo el concepto japonés de *Ie*, asociado originalmente a un grupo de casas, se ha aplicado para justificar esferas novedosas de actividad como gobiernos nacionales y el sistema de dirección japonés contemporáneo (Waterson, 1995: 63-66). En inglés reconocemos las características de las cosas *hechas en casa* como una forma de referirnos al sentido de cuidado y de familiaridad que asociamos a la casa. El *homerum* en béisbol, es otro ejemplo de cómo las ideas de la casa se han extendido y transformado para aplicarlas a diversas clases de actividades.

9. Nuestro análisis complementa el trabajo reciente de Rozo (Roza, 1997a: 29-50) sobre el espacio y tiempo entre los muisca, que identifica el conjunto residencial cacical como eje mundial, aunque discrepamos con la interpretación de Roza en cuanto al significado de *gue* o *gy* (fonética [gə]) que semánticamente no pertenece al concepto de casa.

(*gue*), una idea que puede ser evaluada arqueológicamente. Los patios y las áreas residenciales encerrados por el cercado pueden ser evidencia de la arquitectura residencial de las elites. Excavaciones horizontales de áreas residenciales representativas serán necesarias para evaluar si este concepto de los líderes *uta* tenía un material correlativo espacial.

Otra palabra que indica que el liderazgo político se articulaba con la casa es el término *guecha*, tío, el hermano de mi madre (González de Pérez, 1987: 73, 137, 187; Quesada Pacheco, 1991: 94). La relación de parentesco entre un tío y el hijo de su hermana es importante porque era la base de la sucesión a las posiciones políticas y religiosas (Correa, 1995: 161; Langebaek, 1987: 30-31). La palabra, *guecha*, traduce literalmente “casa + hombre”. Además, *guecha* era un guerrero reclutado en el territorio político de Bogotá, asignado a las fronteras de los territorios políticos aliados, en conflicto contra los panche (Langebaek, 1987: 31; Kurella, 1998: 198). Estos individuos eran candidatos potenciales a la posición del cacique, sin importar sus relaciones de parentesco, dentro del territorio político de Bogotá (Langebaek, 1987: 31). El término *guecha*, en particular, sugiere una fusión de las relaciones de parentesco y de las alianzas políticas relacionadas con el concepto de la casa que legitimó el proceso de sucesión política a la posición de un cacique. En este sentido, *guecha* refleja la maleabilidad conceptual del término casa, pues la idea de “casa + hombre” fue transformada para legitimar el acceso al liderazgo cacical de varones no emparentados con el cacique. Otro término de parentesco es *guexica* (González de Pérez, 1987: 178; Quesada Pacheco, 1991: 36) que significa abuelo y traduce literalmente “casa + diente”. *Sicas*, literalmente “por el diente de”, era una posposición adversa usada para indicar un objeto aterrador (Ostler, 1993: 21) lo que sugiere que el abuelo era típicamente una figura de autoridad temida. Los términos *guecha* y *guexica* sugieren que la sucesión a las posiciones de liderazgo político o religioso se basaron en nociones de autoridad masculina, antigüedad y en los patrones de herencia de la casa¹⁰.

10. Abuela o *caca*, no se refiere a la casa (González de Pérez, 1987: 178) pero *guehezca* era un término relacionado con casa que se refería a la abuela por el lado de las mujeres de la familia

Otra serie de palabras muisca sugieren que la casa, tanto la estructura residencial como el asentamiento, se concebía como un ser vivo y que las elites políticas enfatizaron las cualidades vivientes de *gue* para demostrar su control sobre los ciclos vitales (Helms, 1998). Las casas, especialmente el cercado cacical, tenían huesos, bocas y estómagos. *Guequyne* o la viga central que sostiene la casa (González de Pérez, 1987: 333), traduce “casa + hueso”. Además, otros seres vivos, a igual que la casa, tenían *quyne* (huesos o postes). Las tres palabras *quyn*, *quyne* y *quye* parecen referirse a estructuras esqueléticas homólogas. Así, la palabra *quyn*, puede significar cuerpo o la altura de un animal (González de Pérez, 1987: 223). *Quyn* fue utilizado también como parte de un adjetivo compuesto (González de Pérez, 1987: 130) que describía abundancia. *Quyne* se refiere a una red usada para la caza (¿una jaula o una trampa?), hueso, tallo de planta y fuerza (González de Pérez, 1987: 311, 267, 321, 265). Finalmente, *quye* puede significar vara o poste, hoja del árbol, árbol y tablón de madera (González de Pérez, 1987: 288, 270, 193, 321). Dadas estas múltiples definiciones, parece plausible que estos conceptos se refieren a estructuras esqueléticas similares. Si es así, entonces *guequyne*, o la viga central que sostiene la casa, era una parte de la casa que semejó la forma fundamental y las cualidades esqueléticas de seres vivos, incluidos los que clasificamos por separado como las plantas, los animales vertebrados y los seres humanos. Por otra parte, con base en los significados de *quye* como poste o tablón de madera, parece ser que otros postes de la casa también habrían pertenecido a esta categoría de estructuras esqueléticas. Constenla (1981) demuestra que las palabras para hueso o *quyne* y árbol o *quye*, eran fonéticamente diferentes en el proto-chibcha (Constenla, 1981), que es lo que esperamos si hueso y árbol fueran estructuras esqueléticas homólogas diferentes en origen pero iguales en estructura.

Por otra parte, la puerta de la casa y la puerta del cercado, fueron concebidas como bocas. La entrada de la cerca se llamó *caquyhyca* significando la puerta de la cerca (González de Pérez, 1987: 258), y la puerta de la casa propiamente se llamó

(Quesada Pacheco, 1991: 45). Otras traducciones para *guehezca* son “casa + cinco” o cien. Otros términos de parentesco no incorporan la casa (véase Lucena Salmoral, 1967: 83-84).

quyhyca o *guisca* (González de Pérez, 1987: 258, 305, 333; Quesada Pacheco, 1991: 85, 98). Una traducción literal para *gue quyhyca* es “casa + boca” y para *caquyhyca* es “cerca + boca” (ver también Duquesne, 1795: 225).

El camino, *ie*, frente a los conjuntos residenciales cacicales también tenía múltiples significados y se asociaba a las partes del cuerpo. *Ie* puede significar estómago, mantenimiento, camino, humo, alimento, danza y/o rezo (González de Pérez, 1987: 279, 333; Quesada Pacheco, 1991: 55; Lucena Salmoral, 1967: 71). La palabra *ie* más un número se utilizó también para pronunciar en voz alta las secuencias de las danzas o de las plegarias (Quesada Pacheco, 1991: 55). La palabra *iebzasqua* fue identificada por los españoles como “hacer lugar” (González de Pérez, 1987: 274) y traduce literalmente “estómago + poner” o “camino + poner”. El significado de la palabra “llenar”, *ie-z bzasqua*, es muy similar. Una posible interpretación de estos términos que incluyen el *ie*, o el camino, es que dichos lugares eran gestados mediante el baile y el rezo. Igualmente esos lugares eran alimentados mediante ofrendas a deidades¹¹. Así, el vientre o el camino pudo haber sido un lugar central en los asentamientos y al alimentar a los dioses, los líderes muisca permitieron a sus comunidades convivir unas con otras y con lo sagrado. Finalmente, el hecho de que el asentamiento muisca se concebía como un ser vivo que requiere ser alimentado es sugerido por la palabra *gabachua* (González de Pérez, 1987: 305) que describía lugares despoblados y que parece ser el participio pasado de *gabachansuca*, que significa “podrido”. La palabra *gabachua* implica una metáfora orgánica y sugiere que los lugares deshabitados que no fueron atendidos por los seres humanos, degeneraban y morían.

No hay evidencia lingüística de que las casas tuvieran otras características físicas tales como ojos, oídos, brazos, piernas o piel, como es usual en otras sociedades que conceptualizan la arquitectura de la casa en términos del cuerpo (Carsten y Hugh-

11. Que estas ofrendas hayan sido concebidas en términos de consumo o mantenimiento, es interesante porque esto es similar a los conceptos religiosos *kogi* en los cuales todas las ofrendas son alimento. Por otra parte, para el *kogi*, comer y cohabitar es la misma cosa (Reichel-Dolmatoff 1985:101) y un sistema similar de asociaciones pudo haber existido entre los muisca.

Jones, 1995: 42). Sin embargo, varias posposiciones muisca definen direcciones y se derivan de palabras relacionadas con el cuerpo (Ostler, 1993). Así, los términos *gue quyhysa* significan delante de, fuera de la casa y se traducen literalmente como “casa-cuerno-por” o “casa-barbilla-por”. Tal correlación entre las direcciones y las partes del cuerpo es una evidencia sugestiva del carácter animado de los lugares muisca¹².

Los informes etnohistóricos y los datos arqueológicos indican que las elites políticas y religiosas invirtieron considerable energía en la elaboración y modificación de los postes para las casas, en el diseño de conjuntos residenciales y de edificios religiosos (Pradilla, Villate y Ortiz, 1992; Rozo, 1997a; Villate, 2001). Pedro Simón reporta el uso de postes más gruesos usados a la entrada de las cercas y en el centro de la casa del cacique (Simón, 1981 III: 393). Rozo cita a Simón, quien también describe los postes gruesos usados en el “templo” de Sogamoso que fueron hechos con maderos de guayacán, traídos desde la lejana región de los llanos, para garantizar que la casa durara eternamente (Rozo, 1997a: 46-47; 60). Castellanos informa sobre grupos de trabajo que bebían chicha mientras arrastraban los grandes postes para la construcción de la residencia del cacique (Rozo, 1997a: 47), que Rozo interpreta como la ceremonia que conmemoraba la acción primordial de los dioses para formar y soportar el mundo (Rozo, 1997a: 46-47). Los grandes postes de las casas también fueron plasmados en ornamentos de oro que representan, sobre todo, los cercados y casas de los caciques. Estas representaciones arquitectónicas muestran el tamaño desproporcionado de algunos postes de la casa (Figura 3.5)¹³. Las excavaciones

12. Una relación inversa entre el cuerpo y la casa es sugerida por dos términos. La palabra *zotugue* traduce literalmente “cerebro + casa” o la casa del cerebro (Lucena Salmoral, 1967: 87) y parece referirse a la membrana cerebral más que al cráneo. Del mismo modo, *hisugue* significa “orina + casa” y se refiere a la vejiga (Lucena Salmoral, 1967: 88; González de Pérez, 1987: 286). Estos dos conceptos también implican que la estructura arquitectónica fue conceptualizada como una forma o envase estándar. La correlación entre cuerpo, arquitectura residencial y direcciones ejemplifica la maleabilidad del concepto de casa muisca y es indicativo del carácter holístico de los conceptos nativos de casa (Carsten y Hugh-Jones, 1995).

13. Tales artefactos de oro fueron utilizados como ofrendas, puestas a menudo en recipientes de cerámica cerca a elementos naturales sagrados tales como ríos, lagos y montañas (Langebaek, 1986: 44; Rozo, 1997a: 50; Simón, 1981: 386).

arqueológicas han identificado las huellas de estos gruesos postes en el centro de grandes estructuras circulares en Tunja (Broadbent, 1965: 14), cerca de Sogamoso (Broadbent, 1965: 19), en el sitio Candelaria La Nueva (Boada, 2000: 35) y en Mosquera (Duque Gómez, 1965: 173-174). Estos postes medían entre 0,6m y 0,9m de diámetro (Boada, 2000: 35; Broadbent, 1965: 190; Duque Gómez, 1965: 173) y difieren de los postes de las casas comunes que tienen en promedio 0,15m de diámetro (Boada, 2000: 39)¹⁴.

Algunas evidencias sugieren que las elites políticas pueden haber construido las paredes de la casa como estructuras esqueléticas homólogas. Las paredes de la cerca y de las casas de la elite fueron hechas de un tipo específico de caña, *sone* en muisca, entretejidas y, generalmente más elaboradas en el diseño (Rozo, 1997a; Villate, 2001). Duque Gómez, cita a Castellanos, quien describe que las paredes

14. La información etnográfica comparativa de otras sociedades de habla chibcha en Colombia y Panamá también sugiere que los postes de la casa son pensados como símbolos de la autoridad política principal y como referentes de los lugares centrales en los orígenes del universo y del mundo. En la casa de los líderes cuna de Panamá, los postes principales de la casa representan a líderes políticos y la caña de las paredes a miembros individuales de la comunidad (Howe 1977). El espacio central definido por los postes principales era un área para los rituales comunales (Howe, 1977). Entre los *kogi* de la Sierra Nevada de Santa Marta, los postes principales en los santuarios religiosos o las “casas-mundo” incluyen muchos aspectos del cosmos del *kogi* y por lo tanto, los postes pueden tener significados múltiples (Reichel-Dolmatoff, 1975). Por ejemplo, la estructura política del grupo es representada por la estructura arquitectónica. Así, los postes de soporte estructural, situados cerca de las entradas y en el centro, representan a líderes políticos y religiosos, mientras que los postes de la pared circundante representan a la comunidad (Reichel-Dolmatoff, 1975: 212). Por otra parte, en un mito de origen, que explica la creación del mundo, Reichel-Dolmatoff señala que la Madre Universal puso su hueso grande en la tierra recientemente creada y exigió que este punto, el pico más alto de la Sierra Nevada, fuera el poste central del mundo (Reichel-Dolmatoff, 1975: 205). La clasificación de los postes de hueso y de madera, presente en la palabra *quyne*, es particularmente relevante en este ejemplo y sugiere que los huesos de la casa eran estructuras esqueléticas homólogas de cosas vivas. De igual forma, en las casas multifamiliares o *malocas* del Amazonas (Langebaek, 1992: 16-17), los postes centrales representan al chamán del sol o las montañas que sostienen el cielo.

de las casas, dentro de las cercas cacicales, incluían adornos semejando trenzas tejidas de hilos de colores (Duque Gómez, 1965: 170). Un documento colonial tardío de 1666 se refiere a anchas paredes de bahareque en el conjunto residencial del hermano del cacique de Tunja, donde los tablones de madera se cubrieron por ambos lados con caña antes de taparlos con barro (Pradilla, Villate y Ortiz, 1992: 37; Rozo, 1997a; Villate, 2001). Los análisis arqueológicos de las impresiones de madera en bahareque pueden mostrar si existían tratamientos más elaborados en la construcción de las paredes de las residencias cacicales. Por ejemplo, un fragmento de bahareque fue hallado en asociación a una locación residencial en Suta (Figura 3.3). Finalmente, en las excavaciones arqueológicas de una estructura grande que medía 9,5 m de diámetro, en el sitio Candelaria La Nueva, se encontraron huellas de



Figura 3.3. Fotografía de un fragmento de bahareque con impresiones de caña, usada en la construcción de las paredes, hallada en un grupo residencial o locación *gue* en Suta.

postes gruesos correspondientes al centro de la estructura y a la pared circundante (Boada, 2000: 35), sugiriendo que las elites pudieron haber sustituido la caña con postes gruesos para crear paredes más grandes con grandes “huesos”, enfatizando así las estructuras esqueléticas de sus casas.

Es de resaltar que, los “huesos” y las “bocas” de las casas se asociaban a sacrificios humanos. Las elites políticas y religiosas “alimentaron” de esta forma sus casas. Por ejemplo, Simón hace referencias a postes de entre 4 m y 7 m de altura situados en las esquinas de los cercados cacicales (Simón, 1981: 187-188, 393). Estos postes parecían árboles que en la parte superior sostenían jaulas en donde, de vez en cuando, se mantenían cautivos y/o víctimas para sacrificios (Londoño, 1986; Pradilla, Villate y Ortiz, 1992: 37; Rozo, 1997a, 1997b; Villate, 2001). De igual forma, Simón hace referencia a la práctica de untar los postes con la sangre de las víctimas, en los templos o en estructuras de santuarios (Simón, 1981: 166). Algunos ornamentos de oro también representan estos sacrificios humanos (Figura 3.4, ver también Londoño 1986). Además, en las excavaciones arqueológicas de Mosquera, Duque Gómez (1965: 174) encontró el esqueleto de un joven de algo más de 15 años al fondo de un gran hueco y con la tibia izquierda fracturada por el peso del poste. Este depósito se ha interpretado, a la luz de la referencia de Simón, como el sacrificio de un joven muisca en la consagración del nuevo conjunto cacical (Simón, 1981: 393-394). Según Simón, las jóvenes víctimas fueron puestas al fondo de los huecos y aplastadas por el poste, mezclándose así con la tierra para garantizar la fuerza y el éxito de la casa y de sus ocupantes (Simón, 1981: 393). Simón reporta, específicamente, que las casas fueron cimentadas sobre la carne y sangre humana (Simón, 181: 393). También hace referencia al sacrificio de esclavos puestos debajo de los postes en el templo de Sogamoso para asegurar el éxito perpetuo de la casa (Rozo, 1997a: 60). De igual forma, Duquesne describe sacrificio de jóvenes para la consagración de las casas (Duquesne, 1795: 223-225), en que el sacrificio se concibe como una puerta al dios del sol. Nuestro análisis de vocabulario muisca, apoya esas descripciones. La palabra *gueza quyhyca*, término que describe las jóvenes víctimas de sacrificio y que literalmente significa “joven + boca” (Quesada Pacheco, 1991: 76) es una construcción lingüística similar a *gue quyhyca* que significa “casa + puerta” y se traduce



Figura 3.4. Ornamento en oro con forma de poste con una víctima sacrificial.

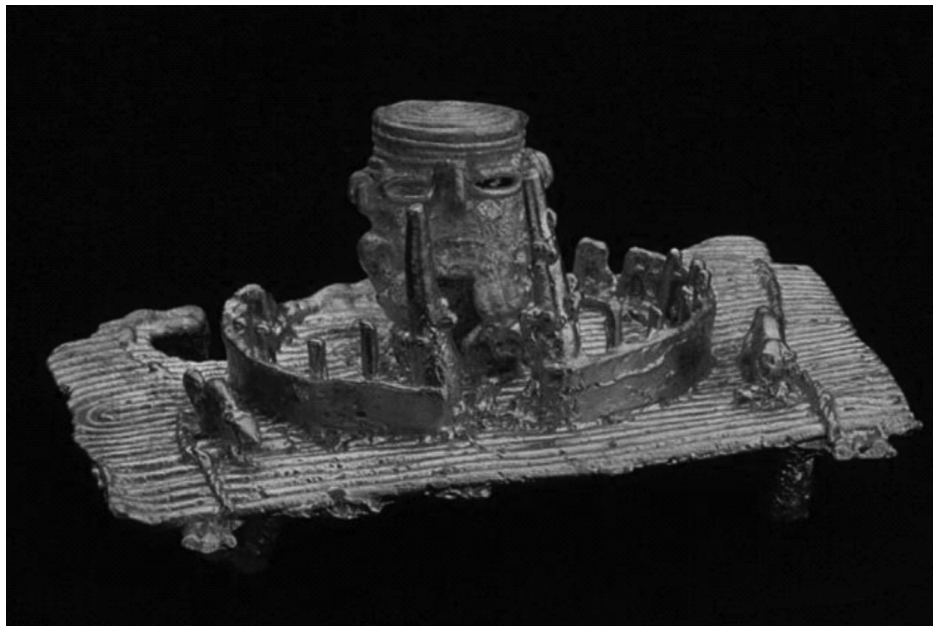


Figura 3.5. Ornamento en oro de un conjunto residencial cacical con cercado construido con postes grandes.

literalmente como “casa + boca”. Los jóvenes de sacrificio eran comidos por la casa y eran una “puerta a los dioses”. Los términos (1) *gueba*, “casa + sangre” o extranjero advenedizo, (2) *gueza quyhyca*, “joven + boca” o “joven + puerta” o víctima de sacrificio joven y (3), *gue quyhyca*, “casa + boca” o puerta de la casa, proporcionan evidencia adicional del sacrificio humano e implican que la casa muisca, especialmente la de las elites políticas y religiosas, se alimentaron de sacrificios humanos.

Las celebraciones en honor a las nuevas casas incluían otros elementos que realzaban la autoridad del cacique y parecen conmemorar el ciclo vital de la arquitectura residencial. A través de la celebración en honor a la nueva casa, dos hombres mayores yacían desnudos y postrados en la entrada de las cercas del cacique, con grandes redes de caza sobre ellos, para simbolizar la muerte (Simón, 1981: 394). Durante este tiempo ninguno de los hombres comía o bebía para subrayar aún

más el estado de muerte. Dada la traducción de *caquyhyca* como “cerca + boca”, es tentador interpretar estas figuras como representación no sólo de la muerte sino también del alimento de la casa. En otro momento de la celebración por la nueva casa, el cacique auspiciaba una carrera en la cual los jóvenes se desplazaban en un círculo amplio de hasta cuatro leguas, en una ruta que circundaba la nueva casa. El ganador recibía seis mantas y el derecho a usar de por vida una manta larga que caía hasta sus talones (Simón, 1981: 394). Los cinco corredores siguientes también recibían varias mantas. Simón observa que tales celebraciones se realizaban en la construcción de nuevas casas pero que cada casa daba una fiesta de acuerdo con los recursos disponibles. Si éste era el caso, entonces las elites religiosas y políticas pueden haber estado utilizando las tradiciones rituales asociadas con la construcción de la casa para cimentar y legitimar su autoridad (Kus y Raharijaona, 2000). Tales ceremonias de iniciación son lo que esperaríamos si los muisca atribuyeron un ciclo vital a las casas.

Otra forma como la autoridad se pudo relacionar con la casa fue a través del sistema numérico. *Gueta* es el número veinte, la unidad básica en el sistema chibcha (González de Pérez, 1987: 161-163; Lugo, 1619: 109-112). Aunque muchos han interpretado *gueta* como la combinación de “casa + campo sembrado”, es más probable que sea una combinación de *gue* + *ata*, que es 20×1 o “casa + uno” que corresponde al método muisca para contar en múltiplos de veinte (González de Pérez, 1987: 162)¹⁵ de modo que *gueboza* es 20×2 ; el término para 40. De la misma forma, *guemica* es 20×3 ó 60. Así, la casa es también una unidad numérica estándar¹⁶.

15. En expresiones compuestas muisca, “y” o “a”, después de una vocal se suprimen. Así, el término *chietana* (“ahora, en un mes” González de Pérez, 1987: 190) se construye realmente de *chie* + (a)ta + *na* (mes + uno + en). De igual forma, el término “su yema del dedo” se escribe *atyba* del compuesto *a* + (y)tyba. Cf. “mi yema del dedo” *z* + *ytyba*, “tu yema del dedo” es *m* + *ytyba* (Quesada Pacheco, 1991: 56).

16. El sistema numérico muisca y el concepto de casa también se asocian a los campos cultivados y viceversa, porque la palabra para campo cultivado es *suná gue* (González de Pérez, 1987: 207). *Suná gue* se puede traducir literalmente como “semilla + casa”. Cuando se mencionan múltiples campos, entonces se suprime *gue*, de modo que un campo cultivado es *suná ata* y

Por otra parte, esta unidad básica puede haber representado unidades de tiempo. Duquesne sugiere que *gueta*, como número veinte, correspondería al número de días del mes y al número de meses del año (Duquesne, 1795). Sin embargo, textos coloniales anteriores (González de Pérez, 1987; Lugo, 1619) sólo indican que *gue* era una referencia a las cantidades numéricas, específicamente al número 20. Rozo proporciona una interpretación alternativa; que la división del año en 20 meses de 20 días, no era una división de tiempo en el año calendario, sino una forma relativa para contar el tiempo de los contratos comerciales o de los períodos de la guerra (Roza, 1997a: 88). Su interpretación se basa en la idea de Duquesne según la cual *gueta*, como el número veinte, representa la cantidad de dedos de los seres humanos; era el número también usado para organizar períodos de tiempo (ver también Duquesne, 1795: 210-211)¹⁷.

La relación entre la casa y un sistema numérico y de calendario no es exclusiva de los muisca, ya que los *kogi* de la Sierra Nevada también construyen algunas casas y templos como observatorios astronómicos con el fin de marcar el tiempo (Reichel-Dolmatoff, 1975). En la región amazónica de Colombia, las *malocas* o las estructuras multifamiliares de la casa *makuna* (por ejemplo, *wi*), son relojes solares mediante los cuales los residentes marcan el tiempo al observar la posición de los rayos solares sobre ciertas porciones del interior de la estructura (Cayón, 2002: 57). De igual forma, las puertas del este de las casas ceremoniales *uwa* sirven como reloj de sol durante los solsticios (Osborn, 1989: 148). En el futuro, las excavaciones horizontales de grandes áreas de arquitectura circular deben ser analizadas desde una perspectiva astronómica para considerar si los postes centrales o las entradas de la casa fueron ubicados para coincidir con la posición de Venus durante ciertas épocas del año, o con la posición del sol durante los solsticios y los equinoccios

dos campos cultivados son *suna boza* (González de Pérez, 1987: 207). Este método de contar es típico del sistema numérico muisca y recalca el significado del *gue* en el sistema de numeración como unidad numérica total.

17. Con base en referencias a un calendario lunar en fuentes históricas anteriores, él piensa que el año calendario muisca era diferente (Roza, 1997a: 63-91; sin embargo, ver también Reichel-Dolmatoff, 1975: 228-232).

(Reichel-Dolmatoff, 1975: 206-209; 215-216.). Las elites políticas y religiosas pudieron haber utilizado los postes de la casa y las entradas, es decir los huesos y bocas, para observar fenómenos astronómicos y para marcar el tiempo.

¿Fue la casa muisca, como estructura residencial y como el asentamiento, construida y concebida como un ser separado, con su propio ciclo de vida? Resumiendo el trabajo etnográfico sobre casas indígenas de la amazonia y de Asia, Carsten y Hugh Jones explican que las casas con características animadas son diferentes de los seres humanos pero comparten algunas de las cualidades esenciales y están sujetas al mismo proceso general de vida (Carsten y Hugh Jones, 1995: 23). Sugieren que la vida de una casa es la manera de entender el ciclo vital (ver Bloch, 1995) y en este sentido son símbolos poderosos y multifacéticos que expresan una visión integrada y sagrada del mundo. En la medida en que las casas muisca tenían huesos, bocas y estómagos, y debían ser nutridas y alimentadas, podemos afirmar que la casa muisca era un ser viviente.

En ausencia de la observación directa, no podemos asegurar que las casas muisca, interactuaban con las poblaciones muisca, como sí se ha documentado para otras sociedades indígenas en las que la casa puede actuar e influir en sus habitantes. Por ejemplo, el *numyama* de los kwakwiltl de la costa del noroeste de Norteamérica tenía poder o *na'walak*, que podía darse a sus habitantes o utilizarse en su contra (Codere, 1966)¹⁸. Los muisca pueden entonces haber interactuado con la casa, una entidad viviente, de manera similar a su interacción con la gente, los animales y las plantas formando así relaciones sociales con significado y relevancia para la vida diaria.

Es probable que las relaciones y las asociaciones entre el lugar, la arquitectura y los seres humanos, como partícipes de un ciclo de vida común, sean también una

18. Na'walak podía ser una persona, una cualidad de la energía sobrenatural o la idea abstracta del poder sobrenatural. Otras acepciones de Na'walak eran nombres, mantas, cajas, postes, canoas, áreas para fiestas, derechos a bailar y derechos a utilizar máscaras (Codere, 1966). En este caso, la casa parece tener las mismas características de las cosas vivas y del mismo proceso de vida de la gente, los animales, los antepasados y los objetos.

metáfora para las relaciones políticas entre las elites y las no-elites. Nuestros análisis lingüísticos sugieren que la elite política muisca utilizó los patrones masculinos de jerarquía y de autoridad (*guexica*) y las reglas de la herencia (*guecha*) asociadas a la casa. La estructura arquitectónica misma fue un símbolo poderoso, no sólo para la autoridad cacical, sino también para los líderes subordinados, *uta*. La casa muisca no era un símbolo unitario de la autoridad política cacical; era un símbolo multifacético que proveyó un lenguaje para describir una variedad de relaciones. Solamente la investigación arqueológica puede clarificar el grado en el cual los símbolos de la casa muisca fueron utilizados por los caciques, los líderes subordinados y la población en general. Debemos averiguar si a principios del siglo XI d.C., las elites construyeron complejos residenciales sobresalientes para legitimar su autoridad y crear lugares centrales como Suta. Pero también debemos examinar las similitudes y las diferencias entre la arquitectura residencial de la elite y la no-elite para documentar el grado en el cual las poblaciones del Muisca Temprano y Tardío diseñaron, construyeron y engrandecieron, y alimentaron sus casas.

La noción de que las residencias muisca eran una entidad viva, un símbolo de autoridad sobre los procesos de vida en general, puede ser evaluada en los contextos arqueológicos y constituir una vía importante para la investigación futura. Con este fin, la presencia de (1) huecos grandes de poste (por ejemplo de 0,60 m-0,90 m), (2) un poste central de la casa, (3) una configuración única de los postes centrales de la casa, (4) diversas clases de construcción de paredes más elaboradas o que muestren huellas de postes más grandes, (5) depósitos mortuorios de jóvenes en el fondo de huecos de poste y (6) restos macrobotánicos de diversos tipos de maderas usadas para los postes centrales de la casa; indicarían la magnitud de la inversión por parte de las elites políticas en la construcción de sus residencias para enfatizar su control sobre las estructuras primarias de la vida, en este caso los huesos de la casa. La investigación futura debe evaluar también la magnitud de las ofrendas que fueron puestas bajo de las entradas o en las “bocas”, tanto de las estructuras residenciales como de los cercados. Finalmente, la investigación arqueológica debe procurar documentar si los caminos o los senderos fueron construidos exclusivamente frente a

las estructuras residenciales cacicales para “hacer lugar” y llenar el vientre de los dioses.

MODELOS INDIVIDUALISTA E INSTITUCIONAL DE CASA CON BASE EN LA AUTORIDAD POLÍTICA

Para contribuir a las discusiones actuales sobre sociedades complejas, debemos utilizar esta información cultural específica para evaluar la escala de organización de la desigualdad política muisca. En última instancia, queremos conocer el grado hasta el cual los jefes muisca controlaban directamente a las poblaciones locales y comparar a los muisca con otras sociedades complejas. Contestar estas inquietudes a esta escala requiere un acercamiento comparativo que pueda incorporar ideas detalladas sobre la casa y evaluarlas dentro de contextos generalizados. Con este propósito podemos incorporar el análisis de casas a los estudios de las sociedades complejas que examinan diferencias económicas y la complejidad de organización de las unidades políticas. Los modelos sobre la sociedad compleja que distinguen entre las fuentes individuales e institucionales de la autoridad política (Blanten et al., 1996; Drennan, 1995; Renfrew, 1974) proveen esta perspectiva comparativa y pueden contribuir a las discusiones actuales sobre las cualidades institucionales de la casa (Gillespie, 2000; Helms, 1998; Mackinnon, 2000; Waterson, 1995, 2000).

Cuando el poder político tiene una base individual, entonces la posición real del liderazgo depende de la habilidad de un individuo para crear y mantener la necesidad del liderazgo (Drennan, 1995a: 94-95). Los líderes políticos deben personificar su posición (ver también Helms, 1998: 148-149). Así, la legitimidad política es, en gran parte, dependiente de la habilidad carismática de un individuo para demostrar y convencer a las poblaciones locales de su liderazgo. Las estrategias políticas individualistas no se prestan fácilmente a un control directo sobre los recursos básicos, la organización económica y la acumulación de riqueza, puesto que este liderazgo se basa, generalmente, en rivalidades de estatus y en diferencias de prestigio. La pericia en materia religiosa, la guerra y el intercambio a larga distancia de bienes

de prestigio, son actividades que pueden alentar el estatus de líderes políticos en competencia y formar las bases de su poder político. La casa puede convertirse en una fuente de autoridad política individualista si las elites pueden extender la autoridad religiosa a la casa o utilizarla como medio para la transmisión de artículos de riqueza inmaterial, tales como títulos personales, privilegios, prestigio o de riqueza material. Nuestros análisis lingüístico, etnohistórico y arqueológico sugieren que la autoridad religiosa muisca pudo haberse enfocado en rasgos considerando aspectos vivos de las casas tales como entierros de sacrificios humanos bajo los postes de la casa, el uso de grandes postes de madera, la construcción de paredes más elaboradas, el entierro de ofrendas bajo las puertas y la construcción de patios residenciales o de caminos frente a los conjuntos residenciales cacicales. Estas actividades, a excepción de los patios, elaboraban las cualidades vivas de la casa muisca, y pudieron haberse generalizado en una metáfora que relacionó el lugar con el consumo y la convivencia. Como líderes carismáticos, no obstante, esperaríamos que los caciques muisca simplemente hubieron sobresalido antes de controlar con exclusividad tales prácticas. Dentro de la población en general, podríamos esperar encontrar que los líderes de otras casas también elaboraran los aspectos simbólicos y sagrados de *gue*.

Sin embargo, cuando la autoridad política tiene una base institucional, las posiciones de liderazgo existen independientemente de los individuos específicos y las fuentes de autoridad política son preestablecidas (Blanton et al., 1996: 6). El control directo sobre recursos básicos y el uso coercivo de la fuerza sobre las poblaciones locales, como lo especificó originalmente Fried (1967), son fuentes legítimas de poder. Las elites políticas pueden ejercer control directo sobre otras casas mediante el control de los recursos básicos, la organización económica, el trabajo y la acumulación de riqueza material. Además, las acciones colectivas y las cualidades universales son valoradas sobre rasgos y cualidades personales. Las *orientaciones contractuales* de la casa o la noción del *primer-principio* de origen descrito por Helms (Helms, 1998: 77-79), son ejemplos de cómo cualidades universales pueden llegar a ser importantes para legitimar las jerarquías emergentes. En particular, los sacrificios humanos que parecen haber alimentado a los dioses, pueden relacionarse con las nociones del *primer-principio* y expresar las cualidades institucionales de

la casa muisca. En términos materiales, esto significa que la elaboración simbólica de la casa del cacique sería cualitativamente diferente del resto de las casas. Para los muisca, esperaríamos que la residencia del cacique tuviera exclusivamente símbolos arquitectónicos importantes tales como huesos, bocas y vientres. En segundo lugar, es más probable que la estructura arquitectónica general de las residencias se convierta en un símbolo visible de las diferencias materiales de riqueza cuando la autoridad política tiene una base institucional (Drennan, 1995a). Si la autoridad política tuvo una base institucional, esperaríamos observar un grado significativo de variación en la elaboración arquitectónica relacionada con los materiales de construcción residencial y con el tamaño de las estructuras dentro de la población en general. Por otra parte, la continuidad en la ubicación de las residencias puede llegar a ser más marcada y tan frecuente que la estructura de la casa llega a ser un artículo material exclusivo. En este caso, generaciones sucesivas demandarían derechos territoriales sobre localidades específicas y estructuras residenciales (Gillespie, 2000).

Esta distinción entre las fuentes individuales o institucionales de autoridad política es útil para los estudios sobre la casa, porque es precisamente la capacidad que tienen las elites de movilizarla para concentrar y perpetuar la riqueza y el poder político, lo que es central a la noción de casa como institución política dominante. Reconocer que las casas que adquieren cualidades institucionales son abiertamente opulentas y legitiman la autoridad política, nos fuerza a considerar la escala de organización política y a investigar los contextos y los procesos específicos que engendran fuentes institucionales de autoridad política. Este acercamiento nos permitirá apreciar los contextos generales y la trayectoria histórica particular de las casas en las sociedades complejas (Gillespie, 2000: 51) y generar los estudios de caso que puedan ser comparados con sociedades prehistóricas sobre las cuales se carece de datos lingüísticos sobre conceptos nativos de la casa.

A partir de un trabajo de campo realizado por la autora, este estudio examina los patrones de asentamiento intra-sitio. Si la autoridad política de los caciques del período Muisca Temprano en Suta, a principios del siglo XI tenía una base individualista, entonces es probable que las elites políticas tuvieron poco control

territorial directo sobre la organización interna de todo el asentamiento (Figuras 3.6. 3.7.). Si las fuentes de autoridad política fueran institucionales, se podría observar evidencia de que los caciques centralizaron el control territorial sobre la organización espacial del asentamiento. Aunque estudios detallados sobre la elaboración de los símbolos de la casa en la población de Suta están fuera del alcance de este estudio, aun así, midiendo la magnitud del control de las elites sobre la organización espacial interna del asentamiento, este estudio proporciona un contexto para investigaciones futuras más detalladas sobre las relaciones entre los símbolos de la casa y la desigualdad política.

Si las fuentes de la autoridad política fueron individualistas, entonces esperaríamos encontrar evidencia de un alto grado de independencia de las casas. En términos de los patrones espaciales intra-sitio se presume la ausencia de grandes espacios públicos comunales, puesto que el cacique tendría poco control directo sobre comunidades locales (Drennan, 1995a). Así, no esperaríamos encontrar evidencia de espacios comunales centrales, tales como una *uta* comunal (es decir, plaza) (Quesada Pacheco, 1991: 82), separada del espacio residencial. En segundo lugar, las locaciones residenciales o locaciones *gue* deberían tener un patrón espacial aleatorio o equidistante, lo que implicaría que cada casa era económica y/o socialmente independiente (Clark y Evans, 1954; Henderson, 1998; Wilk, 1991)¹⁹.

19. El trabajo etnográfico de Wilk (1991) entre los maya kekchi del sur de Belice, apoya la interpretación de que las distancias entre las residencias reflejan el grado en el cual las unidades domésticas vecinas cooperaron en actividades sociales y económicas. Wilk encontró que las unidades domésticas ubicadas a 60 m o menos, eran económicamente interdependientes (Wilk, 1991: 210). Estas unidades domésticas regularmente aunaban esfuerzos para realizar tareas intensivas tales como limpieza y siembra de campos y recolección de cosechas. En un estudio del espaciamento residencial en el sitio arqueológico maya de K'axob, Henderson (1998) encontró evidencia de que las unidades domésticas espacialmente agrupadas eran económicamente interdependientes. Las residencias agrupadas mostraron patrones de producción levemente más diversos, lo que indica que las unidades domésticas vecinas cooperaban en el trabajo para diversificar la producción agrícola (Henderson, 1998). Esta patrón micro-espacial es un indicio de la autonomía de la unidad doméstica.

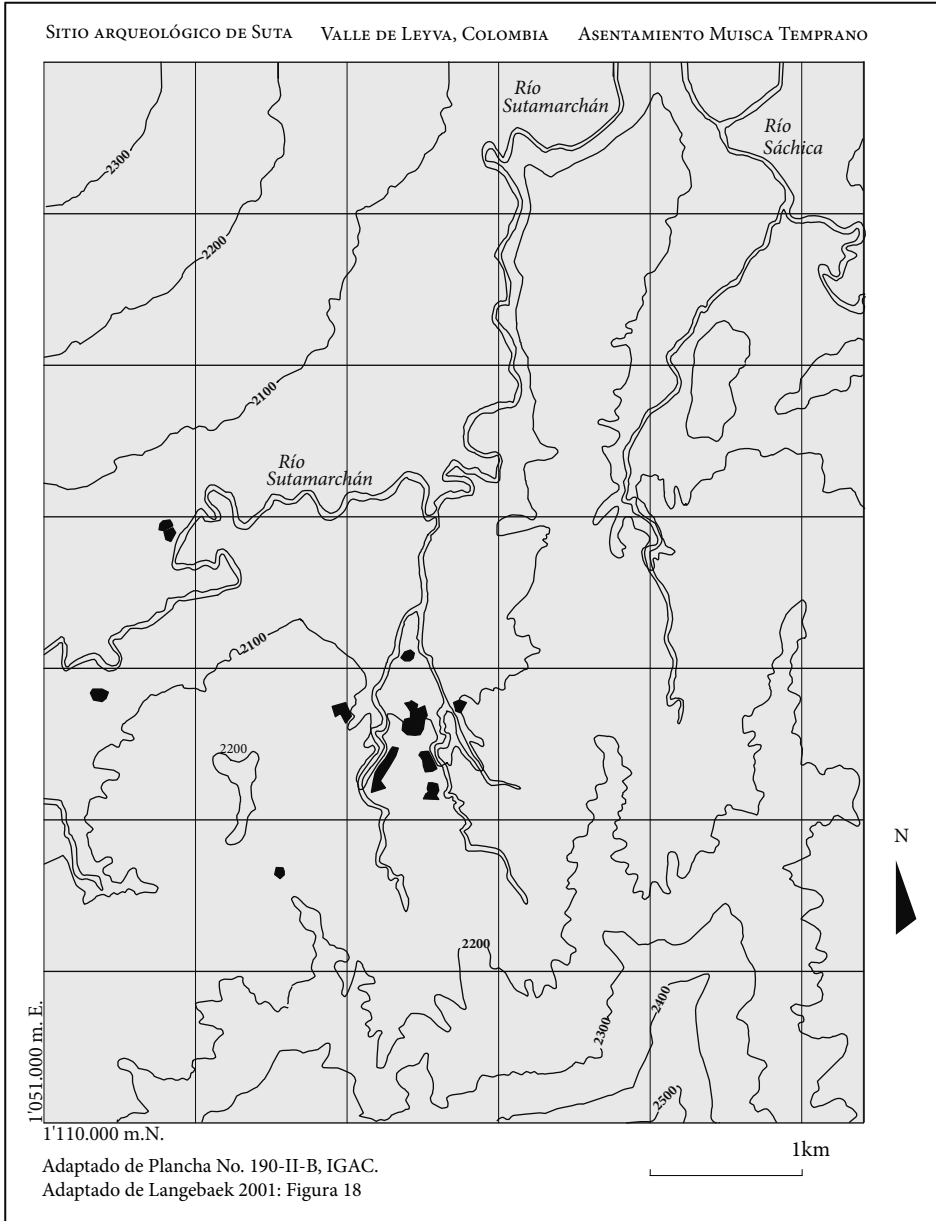


Figura 3.6. Asentamiento regional del período Muisca Temprano alrededor de Suta.

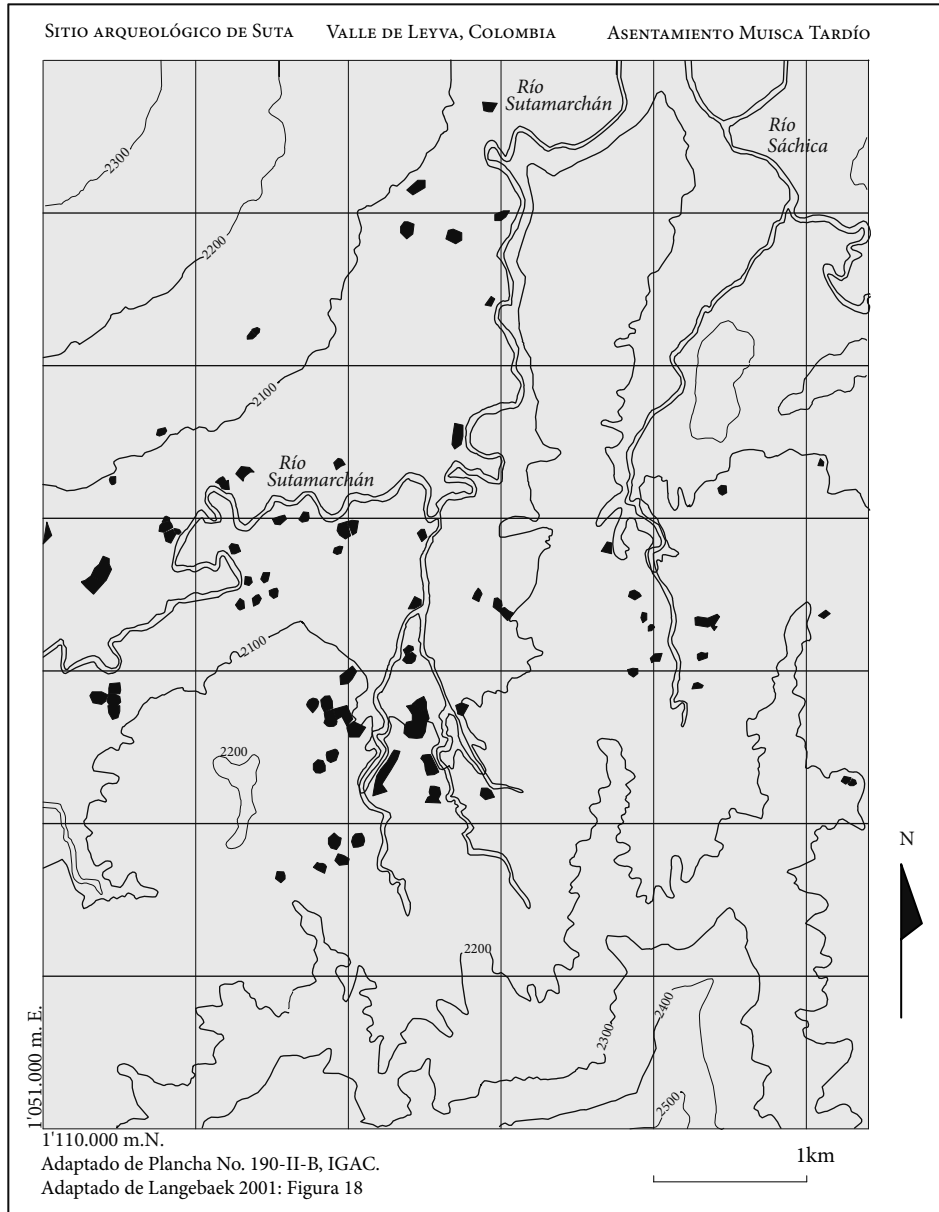


Figura 3.7. Asentamiento regional del período Muisca Tardío alrededor de Suta.

Ambos patrones espaciales sugieren independencia social y/o económica, ya sea entre residencias vecinas o entre las residencias y una autoridad central. Un patrón espacial aleatorio significa que las locaciones residenciales fueron elegidas autónomamente, sin relación con un lugar central ni con las residencias vecinas. Un patrón espacial equidistante implicaría poca autonomía pues las casas estarían maximizando el espacio entre ellas y las casas vecinas. Un patrón espacial equidistante también puede reflejar más competencia social o económica entre las casas (Clarke y Evans, 1954). Tercero, si la autoridad política era, en buena medida, individualista, se esperaría un patrón espacial dinámico y discontinuo de locaciones residenciales con unidades domésticas que constantemente relocalizaron y reestablecieron sus casas en diversos lugares durante los períodos Muisca Temprano y Tardío. La discontinuidad en las ubicaciones residenciales significaría que las locaciones de la casa no eran un recurso material heredable (Henderson, 1998, 2003; McAnany, 1995). Por otra parte, si la autoridad política se basaba en capacidades individuales, entonces el conjunto residencial del cacique también debería cambiar de ubicación a través del tiempo, porque las características individuales del liderazgo eran expresadas en parte estableciendo nuevas casas con cada generación. Alternativamente, la discontinuidad en la ubicación residencial podría también significar que internamente el asentamiento no fue dividido en zonas con espacios públicos y residenciales separados (Drennan, 1995a).

Si la autoridad política tenía una base institucional, entonces el patrón espacial de casas individuales debe exhibir poco grado de independencia y alto grado de interdependencia. Si la habilidad de convocatoria a las poblaciones locales estuvo ligada a las fuentes institucionales de autoridad, entonces la organización espacial de los asentamientos probablemente incluiría espacios públicos, tales como plazas o una *uta* comunal (es decir, plaza) (Quesada Pacheco, 1991: 82) que fueran construidas separadas de las áreas residenciales (Drenan, 1995a). Además, las locaciones residenciales conformarían un patrón espacial aglomerado que reflejaría lazos económicos o sociales crecientes entre las casas interdependientes (Clark y Evans, 1954; Henderson, 1998; Wilk, 1991). El patrón espacial aglomerado de locaciones residenciales se asocia a casas que no funcionan como unidades económicas separadas sino que, de vez en cuando, forman grupos para compartir las tareas de

trabajo intensivo (Wilk, 1991; Henderson, 1998). Los asentamientos compactos con alta densidad de residencias también pueden reflejar el control territorial directo de una autoridad central sobre la población (Drennan, 1988:283-284). Finalmente, si la autoridad política tuvo una base institucional, entonces las locaciones residenciales se conservarían a través del tiempo; hecho que puede sugerir que los lazos generacionales entre los miembros de la casa se reforzaban en la transmisión de los derechos a los recursos materiales (Gillespie, 2000; Henderson, 1998, 2003; McAnany, 1995). La reconstrucción de la casa en la misma ubicación acentúa las relaciones sociales y económicas entre las unidades domésticas sucesivas y, entre los vivos y sus antepasados (McAnany, 1995) y sugiere que la arquitectura residencial era un bien material valioso. La continuidad en la ubicación del conjunto residencial del cacique también sugeriría que las elites políticas eran proclives a construir y conservar sus casas como lugares centrales dentro del asentamiento. Este patrón indicaría que el conjunto residencial cacical, en sí mismo, era un recurso material heredable y que la casa adquiría el papel institucional de transmitir riqueza y poder entre generaciones sucesivas.

Es importante enfatizar que estamos examinando largos períodos de tiempo, en este caso hasta seis siglos, y así los diversos patrones espaciales son presentados aquí como el resultado acumulativo de estrategias políticas (individualistas o institucionales). Los tres criterios pueden no estar presentes en cada caso. Por ejemplo, los espacios comunales pueden variar en número y la clase de gente que incorporan, por lo que no reflejarán siempre el control directo, territorial asociado a fuentes institucionales de poder. Este es el caso de “la Casa de los Hombres” en San José Mogote, en el valle de Oaxaca, que ocurre desde la fase de ocupación Tierras Largas (Marcus y Flannery, 1996: 87-87-88). Por otra parte, las formas institucionales de control político no se relacionan exclusivamente con un patrón espacial residencial aglomerado (Drennan, 1988: 283-284). Los patrones espaciales dispersos se pueden asociar en ciertos casos a prácticas de agricultura intensiva y a formas centralizadas de control político (Drennan, 1988). Sin embargo, en conjunto como una constelación de características, estos tres criterios proporcionan la medida objetiva del patrón espacial del asentamiento y deben reflejar el grado de control e integración territorial que

los líderes políticos y/o las casas individuales tenían en la conformación del asentamiento en Suta a principios del siglo XI d.C.

INVESTIGACIÓN ARQUEOLÓGICA EN SUTA:

METODOLOGÍA DE CAMPO Y MODELOS ESPACIALES GUE

Esta investigación se basa en un reconocimiento regional sistemático de cubrimiento total realizado en el valle de Leyva, Colombia (Langebaek, 2001), donde los primeros exploradores españoles en el siglo XVI (Langebaek, 1986; 2001) presenciaron comunidades cacicales independientes. La primera ocupación sedentaria en el valle de Leyva data del período Herrera (400 a.C. 1000 d.C.). Se estima que la población total en el Valle durante este largo período fue de 108 a 217 individuos (Langebaek, 2001), si se asume que todos los sitios Herrera fueron contemporáneos. El tamaño promedio de los sitios era de poco menos de 1 ha (Langebaek, 2001), lo que sugiere que la población regional vivía en casas pequeñas y dispersas. En el sitio Tiguasú, con una extensión de 2,4 ha, Salamanca (2001) estudió tres áreas residenciales correspondientes al período Herrera, pero en las colecciones de artefactos residenciales no se documentó la existencia de diferencias significativas entre casas. Dos entierros de este sitio fueron fechados en 690 ± 80 d.C. y 850 ± 50 d.C. (Salamanca, 2001: 67).

A comienzos del período Muisca Temprano, en el siglo XI d.C., el 80% de la población regional se concentró en dos comunidades centrales del valle: Suta y El Infiernito (Langebaek, 2001); localidades que no tenían ocupaciones precedentes del período Herrera. Además, muchos asentamientos del período Herrera en el valle de Leyva fueron abandonados. Las estimaciones máximas de la población, para todo el valle de Leyva durante el período Muisca Temprano, varían entre 348 y 696 personas; cantidad muy baja para esta región y para los asentamientos centrales (es decir, 139-278 personas por asentamiento). La formación de los dos asentamientos, cada uno con un total de 1 km² de extensión, muestra una zona central de ocupación continua que medía alrededor de 5 ha (Langebaek, 2001: 50, 70-71), y que corresponde a la problemática arqueológica central de este estudio.

Durante el siguiente período, Muisca Tardío (1200-1600 d.C.), continuó sin mucha variación la ocupación de Suta y El Infiernito, pero se fundaron tres grandes asentamientos adicionales en el valle de Leyva. La población máxima del valle, se estima, fue de 3.072 a 6.146 personas (Langebaek, 2001: 70-71). Además de la formación de tres nuevos grandes asentamientos a comienzos del siglo XI d.C., en el sitio El Infiernito se erigieron monumentos de piedra. En la actualidad hay emplazados allí 42 monolitos y aunque han sufrido mucho deterioro en épocas modernas, las descripciones del siglo XIX citan la presencia de una estructura circular y otra rectangular rodeadas por columnas de piedra (ver Langebaek, 2001: 26-28).

El mapa Muisca Temprano del reconocimiento regional muestra la distribución del asentamiento en el siglo XI d.C. para Suta y la circundante área (Figura 3.6). Durante el siglo XIII d.C. (Muisca Tardío), la zona central del asentamiento muestra más áreas ocupadas y, al este, el asentamiento se extendió a lo largo de la ribera del río Sáchica (Figura 3.7). El estudio se concentra en la zona central del asentamiento de Suta, un área de 33 ha delimitada al oeste por la quebrada de El Muelle y al este por la quebrada Las Minas (Figura 3.8). El sector este del área de estudio ha sufrido serias modificaciones debido a la erosión severa y a las prácticas de irrigación modernas, por lo que no se sometió al estudio sistemático. También dentro del área de estudio, las prácticas agrícolas modernas han modificado algunas áreas, en particular, se efectuaron con bulldozer cinco excavaciones profundas para estanques de agua, con lo que se removieron los depósitos arqueológicos (Figura 3.8). Así mismo, una vía carretable y 27 viviendas modernas han modificado el terreno (Figura 3.8). Para evaluar la influencia de estas construcciones sobre las ocupaciones tempranas y para localizar zonas de ocupación, se realizaron en forma sistemática 1.225 pruebas de pala cada 15 m, en un patrón triangular, con el propósito de evaluar la presencia o ausencia de ocupaciones residenciales correspondientes a los períodos Muisca Temprano y Muisca Tardío; ubicar áreas abiertas dentro del asentamiento e identificar los límites del asentamiento (Figura 3.9). Hasta la fecha, éste es el asentamiento muisca más extenso que se ha muestreado sistemáticamente.

La metodología de campo para este estudio se basa en un estudio previo sobre la organización del asentamiento realizado en Mesitas, en la región del alto Magda-

lena, en el suroccidente de Colombia (González, 1998). Allí, se expandió un sistema de sondeos usado antes para estudiar residencias individuales, para estudiar la totalidad del asentamiento (Blick, 1993; Drennan, 1985; Fernanda, 2001; Jaramillo, 1996; Kruschek, 2003; Romano, 1998; Quattrin, 2000). En esos estudios, las pruebas de pala espaciadas a poca distancia, revelaron restos de cerámica en forma de anillos, que rodeaban las estructuras residenciales y que reflejan concentraciones densas e irregulares de restos de artefactos acumulados en frente o detrás de las estructuras residenciales (ver Drennan, 1985: Figuras 29, 30, 31; Kruschek, 2003: 74-178; Quattrin, 2000: Figuras 3.1, 3.2, 3.10, 5.1, 5.2, 5.5, 5.6). La presencia de estructuras residenciales asociadas a estas concentraciones de restos de artefactos fue verificada mediante excavaciones horizontales en varios sitios (Blick, 1993, Drennan, 1985; Fernanda, 2001; Jaramillo, 1996; Romano, 1998; Quattrin, 2000). Con base en el éxito de estos procedimientos para ubicar áreas residenciales específicas y para estudiar patrones de asentamiento en Suta, decidí efectuar pruebas de pala cada 15 m en un patrón de rejilla triangular, para así cubrir sistemáticamente áreas extensas (Figura 3.10). Como se muestra en la figura 3.10, el espaciamiento de 15 m me permitió, con solo tres pruebas de pala, muestrear la concentración de restos de cerámica asociada a una estructura y con nueve pruebas, las áreas que rodeaban estos conglomerados. Así, identifiqué las concentraciones de cerámica asociadas a estructuras residenciales, no solo muestreando la cantidad de materiales dentro de ellas, sino también los espacios vacíos que las rodeaban. Los conglomerados de restos de cerámica que identifiqué no se consideraron para delinear la composición interna de las áreas residenciales, ni se trató de asociar el patrón de restos de cerámica con una sola estructura individual, porque se necesitarían más de 21 pruebas de pala a 5 m de intervalo para obtener ese nivel de detalle (Figura 3.10). Por lo tanto, y para resolver el objetivo de estudiar la organización de todo el asentamiento en un área de 33 ha, identifiqué todas las unidades residenciales representadas por concentraciones de artefactos de por lo menos 25 m de diámetro y un área de 490 m², definidas por la presencia continua de materiales cerámicos en pruebas de pala espaciadas sistemáticamente a distancias de 15 m. Como el tamaño de las estructuras residenciales muisca fluctúa en área entre 19,6 m² (unos 5 m de

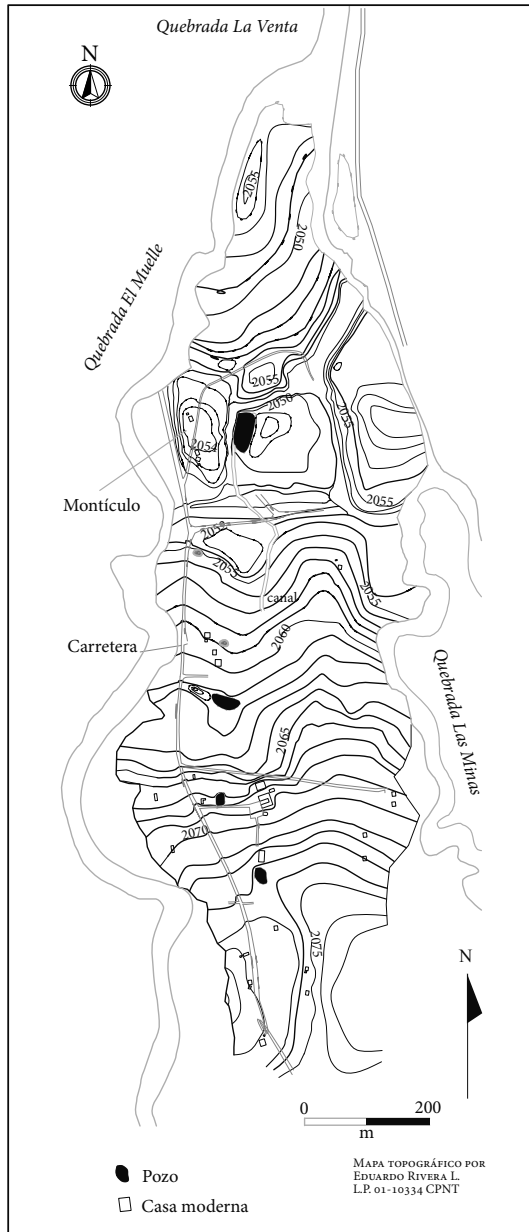


Figura 3.8. Mapa topográfico del área de estudio que muestra las construcciones modernas y el montículo prehistórico.

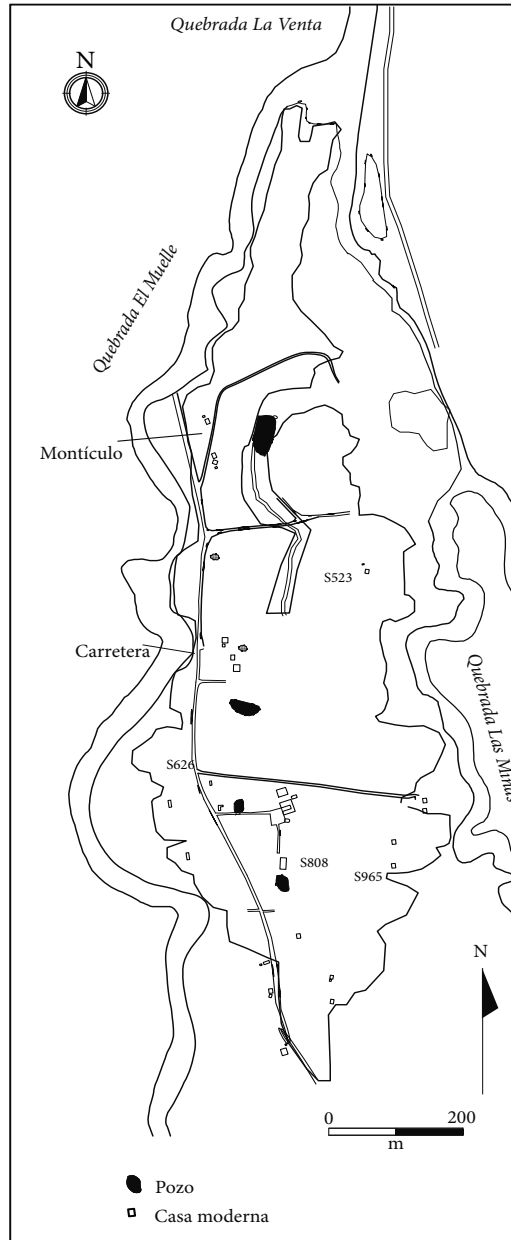


Figura 3.9. Mapa de los análisis de prueba de pala excavados dentro del área de estudio.

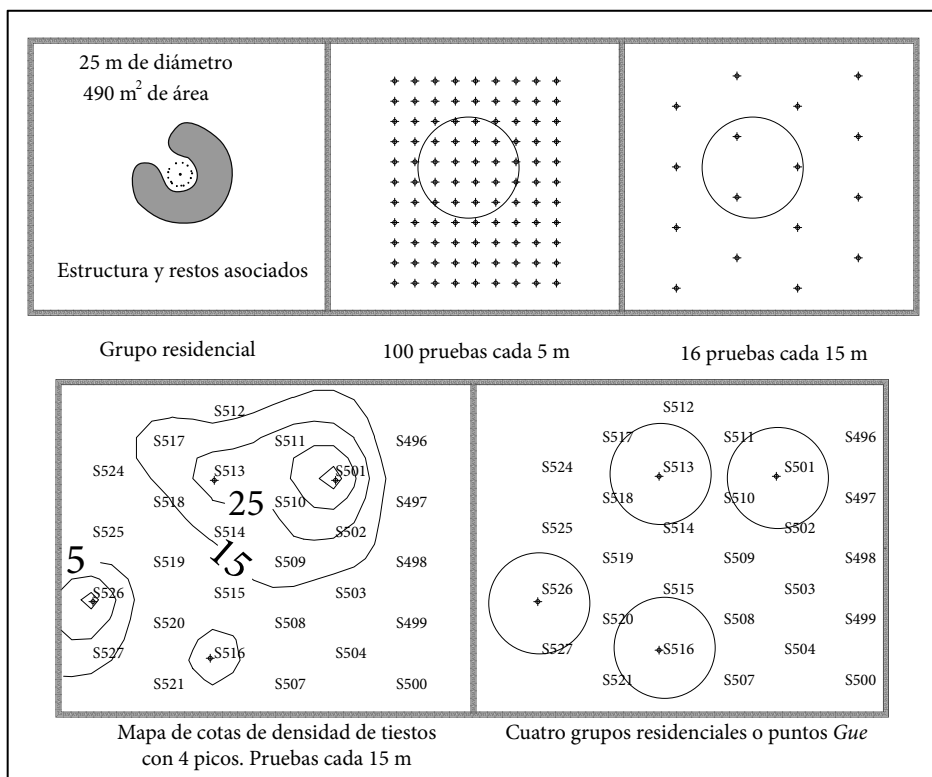


Figura 3.10. Detalle del método de muestreo ideal y real para localizar áreas residenciales en Suta.

diámetro) y 63,6 m² (unos 9,5 m de diámetro) (Boada, 2000), siendo similares a las de las estructuras residenciales documentadas en la región del alto Magdalena (Drennan, 2000, Tabla 39), es razonable entonces utilizar las áreas de 25 m de diámetro (490 m²) de los conglomerados de unidades domésticas identificados por González (1998) en San Agustín, como referente del tamaño de los conglomerados de unidades domésticas o locaciones residenciales en la región muisca. Similarmente y con base en plantas de residencias excavadas previamente, Kruschek calculó que el promedio de la superficie de las estructuras muisca era de 23,6 m² por lo que utilizó un círculo de 30 m de diámetro para interpretar el patrón de desechos de 101

estructuras residenciales o porciones de ellas, cerca a Funza (Kruscheck, 2003: 76, 80, 74-178). El estudio de Kruscheck, que usó series triangulares de prueba de pala realizadas cada 5 m, también apoya la efectividad de la metodología usada en este estudio para identificar los restos de las residencias muisca.

La metodología de muestreo sistemático de localidades residenciales en Suta fue exitosa porque los mapas de densidad cerámica muestran distribuciones circulares y algunas formas irregulares, rodeadas por áreas abiertas con poco material cerámico idénticos a los de los estudios anteriores. La figura 3.10 muestra en detalle la identificación de cuatro áreas residenciales en Suta. Cada una de estas cuatro áreas estaba asociada a concentraciones de restos de cerámica de diversos tamaños, rodeadas por áreas con pocos o ningún fragmento cerámico. Una vez que estas locaciones residenciales fueron delimitadas, identificamos su centro espacial poniendo puntos donde apareció el número más alto de fragmentos dentro de los conglomerados. De las cuatro locaciones residenciales identificadas en la figura 3.10, una se encontraba en una concentración cerámica pequeña (15 m de diámetro) y otra se hallaba en una concentración de aproximadamente 25 m de diámetro. Finalmente, dos locaciones adyacentes formaban una concentración extensa que medía 50 m de diámetro (Figura 3.10). En cada caso, el contraste claro entre áreas de densas concentraciones de cerámica y espacios circundantes con muy poca cerámica permitieron localizar y muestrear las concentraciones continuas de material que caracterizan las áreas residenciales. Para los propósitos de este estudio, tratamos esas locaciones residenciales como representativas de (1) un patrón acumulativo del asentamiento asociado a los períodos Muisca Temprano y Tardío, y (2) como el centro espacial de las locaciones residenciales muisca o locaciones *gue*.

Los materiales correspondientes a los períodos Muisca Temprano y Tardío estaban presentes en el 70% de las pruebas de pala. En total, este estudio obtuvo 16.347 fragmentos que fueron clasificados en dos tipos establecidos: (1) Arenoso para el período Muisca Temprano (1000-1200 d.C.) y (2) Naranja Pulido para el período Muisca Tardío (1200-1600 d.C.) (Falchetti, 1975; Langebaek, 2001). En el 8% de las pruebas de pala se halló evidencia de instrumentos de piedra pulida y en el 3%, de herramientas de piedra tallada. El límite sur del asentamiento fue determinado

por la ausencia de material cultural a través de un área de 200 m, donde se efectuaron 13 pruebas consecutivas que no proporcionaron material cultural. De toda el área de estudio, sólo la parte norte del asentamiento estaba seriamente erosionada, por lo que se consideró inadecuada para la investigación arqueológica. Así se excluyen del análisis las 4,3 hectáreas correspondientes al extremo norte.

La mayoría de material cultural colectado en este estudio corresponde al Muisca Temprano (1000-1200 d.C.). En efecto, el 81% de todos los fragmentos cerámicos son de este período y el 57% de todas las pruebas de pala suministraron fragmentos del Muisca Temprano (Figura 3.11). Hay 3 grandes zonas de ocupación dentro del área de estudio separadas por espacios abiertos que sugieren divisiones internas, quizá patrones de residencia *uta* y *zibyn*, dentro del asentamiento (ver Boada, 1999). Como se ilustra en la figura 3.11, el mapa topográfico de densidades de cerámica muestra una zona continua y densa de ocupación en las áreas sur y central del sitio, y una segunda al noroeste. También hay evidencia de ocupaciones más pequeñas y menos densas al noreste. Al colocar puntos en el centro de las densidades de cerámica se definen 58 locaciones residenciales o *gue*, correspondientes al período Muisca Temprano (Figura 3.11), lo que hasta la fecha constituye la muestra arqueológica más grande de residencias de este período.

Una porción de la zona de ocupación sur es de particular interés puesto que se asemeja a descripciones de los conjuntos residenciales de caciques muisca de forma rectangular (Figuras 3.11 y 3.12) (Broadbent, 1964; Pradilla, Villate y Gómez, 1992; Rozo, 1997; Villate, 2001). Como muestra en detalle la figura 3.12, hay un área de forma rectangular de 3,8 ha con densidades continuas y altas de fragmentos. En total, hay 21 locaciones *gue* en esta zona y 7 más alrededor (Figura 3.12). Dentro de esta área densamente ocupada, hay un área rectangular de 2 ha que proporcionó 25 fragmentos por pruebas de pala, las densidades más altas del sitio. Esta característica se asemeja a las de algunos informes etnohistóricos sobre conjuntos residenciales cacicales encerrados por cercas cuadradas (Rozo, 1997; Villate 2001) rodeadas por un conglomerado de casas individuales (Broadbent, 1964; Pradilla, Villate y Gómez, 1992; Rozo, 1997; Villate, 2001). El área total de esta concentración rectangular de

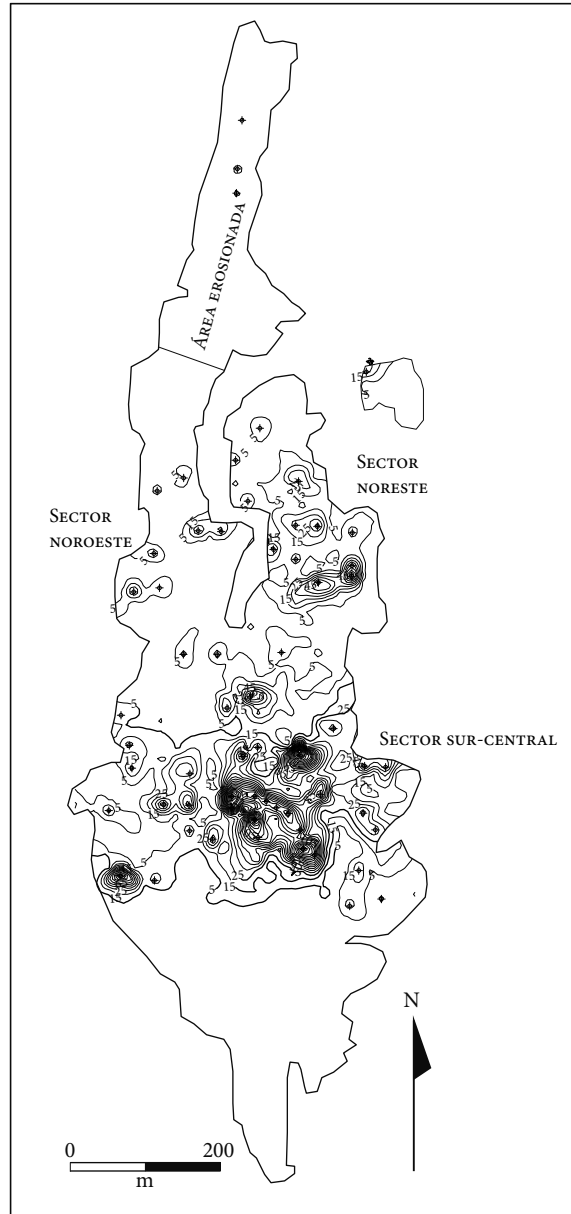


Figura 3.11. Mapa de cotas de las densidades cerámicas y locaciones *gue*, del período Muisca Temprano en Suta.

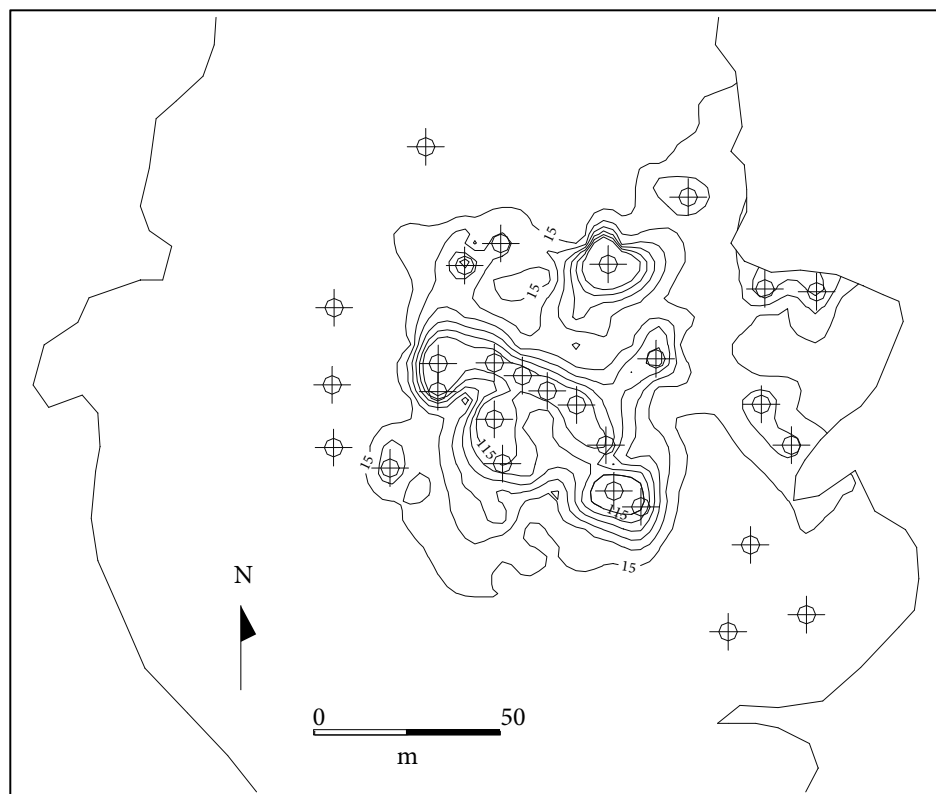


Figura 3.12. Detalle del mapa de la densidad de cerámica del período Muisca Temprano, que muestra la ubicación y la forma rectangular del conjunto residencial cacical, y las locaciones *gue* circundantes en la parte sur-central del sitio.

restos de artefactos es la mitad del tamaño del gran cercado del cacique *Bogota Bsaque*, descrito por los españoles (Villate, 2001: 92). Este rasgo rectangular está conformado por 15 locaciones *gue* separadas, que representan el 25% de las residencias del período Muisca Temprano en Suta; porción del sitio que probablemente era el centro simbólico y político del asentamiento entre los siglos XI y XIII d.C.

Durante el período Muisca Tardío, del siglo XIII al XVII d.C., la ocupación de Suta cambió en varios aspectos. Primero, aunque se trata de un lapso temporal

bastante extenso, la ocupación fue menos densa, pues sólo el 19% de los fragmentos de cerámica de la muestra corresponde a este período. Sin embargo, la distribución espacial de la ocupación continuó siendo extensa ya que el 51% de las pruebas de pala proporcionaron materiales cerámicos de este período (Figura 3.13). La disminución de densidades de cerámica puede significar que el sitio fue ocupado sólo durante una pequeña porción del período Muisca Tardío o que las unidades domésticas disminuyeron dramáticamente de tamaño. Aunque futuras excavaciones podrían fechar con más exactitud el período Muisca Tardío en Suta, creemos que la ocupación en Suta correspondiente al período Muisca Tardío fue más corta que la del período Muisca Temprano. De acuerdo con los picos de densidades de cerámica, identificamos un total de 54 locaciones residenciales o *gue* dentro del área del estudio (Figura 3.13), que también representa la muestra arqueológica más grande de las residencias del Muisca Tardío de un solo sitio.

En segundo lugar, hubo varios cambios en la distribución espacial del asentamiento en los tres sectores del sitio (Figura 3.13). Durante este período fueron ocupadas nuevas áreas en los bordes norte y sur del sitio, indicando que el asentamiento se expandió. En efecto, las dos áreas de ocupación más densas se situaron al sur del asentamiento (Figura 3.13) y en el sector del extremo norte surgieron cinco nuevas locaciones *gue* asociadas a una plataforma artificial (ver la Figura 3.8 para la ubicación de montículo). Aunque dos locaciones *gue* correspondientes al período Muisca Temprano están próximas al montículo, ahora la presencia de cinco locaciones *gue* sugiere que la construcción y uso de la estructura data del período Muisca Tardío. En la zona sur-central, hay más cambios en la densidad y la distribución de las locaciones *gue*. El área extensa de forma rectangular, de 1,3 ha del período Muisca Temprano aún persistía (Figura 3.13). De nuevo, ésta es la posición más probable para el conjunto residencial cacical en Suta. Dentro de esta zona de forma rectangular, identificamos seis posibles locaciones *gue* basadas en los picos de densidades de cerámica, lo que representa una disminución del 40% en el número de locaciones residenciales, dentro del conjunto cacical desde el período Muisca Temprano al Muisca Tardío (Figura 3.13). Durante el período Muisca Tardío, solamente el 11% de todas las locaciones residenciales estaban

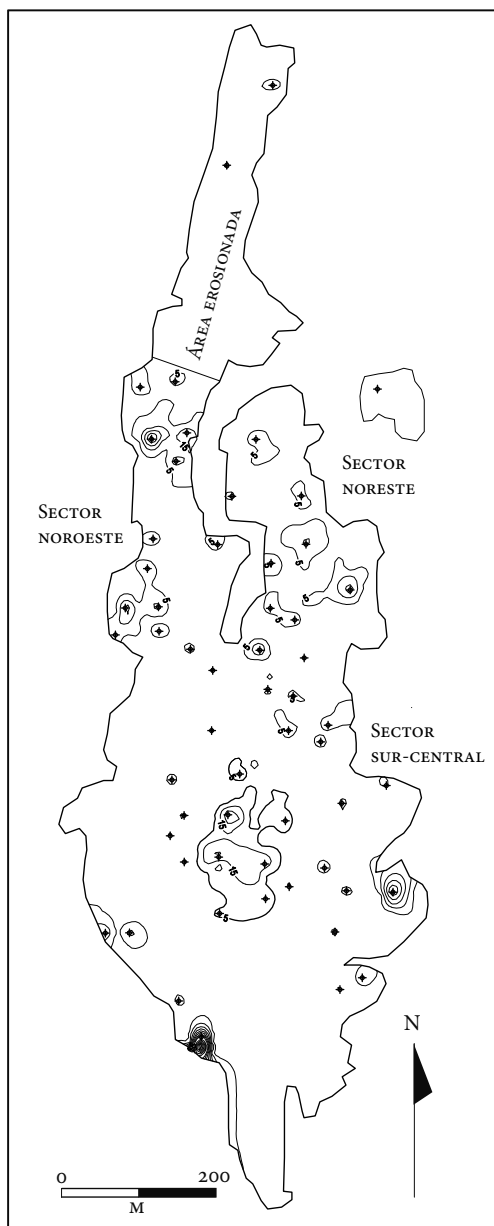


Figura 3.13. Mapa de cotas de las densidades cerámicas y locaciones *gue*, del período Muisca Tardío en Suta.

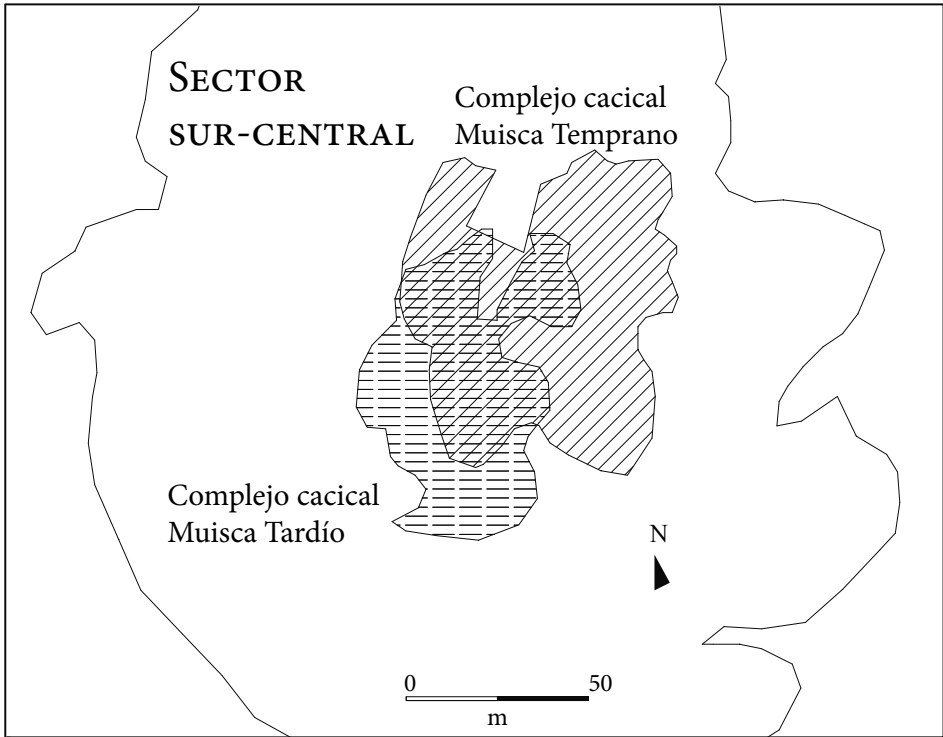


Figura 3.14. Mapa de la distribución espacial y del traslape parcial entre el período Muisca Temprano y Tardío en los conjuntos residenciales cacicales.

dentro del conjunto residencial cacical. Por otra parte, el conjunto residencial cacical del Muisca Tardío se construyó al sureste del conjunto cacical del período precedente y solo una pequeña porción del conjunto cacical del Muisca Tardío se traslapa espacialmente con el conjunto cacical del Muisca Temprano (Figura 3.14), implicando que la continuidad espacial exacta en la ubicación de los conjuntos residenciales de la elite no era muy significativa en Suta. También hubo menos asentamientos rodeando el conjunto residencial cacical del Muisca Tardío porque muchas locaciones fueron abandonadas (Figura 3.13).

EVALUACIÓN DE LA AUTORIDAD POLÍTICA Y DE LA ORGANIZACIÓN INTERNA DEL ASENTAMIENTO EN SUTA

Para evaluar con más precisión la organización interna del asentamiento en el área de estudio emprendimos un análisis vecino más cercano (Clark y Evans, 1954) de las locaciones *gue* durante los períodos Muisca Temprano y Tardío. Este análisis evalúa la probabilidad de que un patrón espacial observado se desvíe de una distribución aleatoria hipotética. En un patrón aleatorio, la media de la distancia al vecino más cercano es intermedia entre los valores máximos y mínimos posibles y la fracción R de distancia observada sobre esperada es cercana a 1. Una distribución uniformemente espaciada produce una fracción R may a 1 y una distribución agrupada produce una fracción R menor a 1 (Clark y Evans, 1954). Para el período Muisca Temprano, identificamos 58 posibles locaciones *gue* dentro del área del estudio de 28,7 ha (Figura 3.15). La fracción de vecino más cercano fue de 0,998 ($r_o = 35.122$, $r_e = 35.183$, $R = 0,998$), que indica una distribución espacial aleatoria de las locaciones residenciales. Estos resultados sugieren que cada casa ubicó su residencia sin relación con una autoridad central o con poca consideración a las distancias espaciales a las casas vecinas. Durante el período Muisca Temprano, las casas exhiben un alto grado de independencia, antes que de interdependencia. Este patrón aleatorio contradice la idea de que los caciques Suta controlaron o manejaron directamente la organización interna de los asentamientos, hecho que sugiere fuentes individualistas y no institucionales de la autoridad política. Estos resultados complementan los análisis regionales sobre los patrones de asentamiento durante el Muisca Temprano, que sugieren la importancia de la competencia por prestigio y estatus o las políticas de la generosidad competitiva, en la formación de las jerarquías políticas de organización simple (Langebaek, 1995).

Durante el período Muisca Tardío, el análisis de picos de densidades cerámicas permitió identificar 54 locaciones *gue* (Figura 3.13). La fracción de vecino más cercano para este período fue de $R = 1.260$ ($r_o = 45.930$, $r_e = 36.463$, $R = 1.260$). La media de la distancia esperada al vecino más cercano fue de $36 \text{ m} \pm 2,5 \text{ m}$ a un error estándar; y la media de la distancia observada al vecino más cercano fue de $46 \text{ m} \pm$

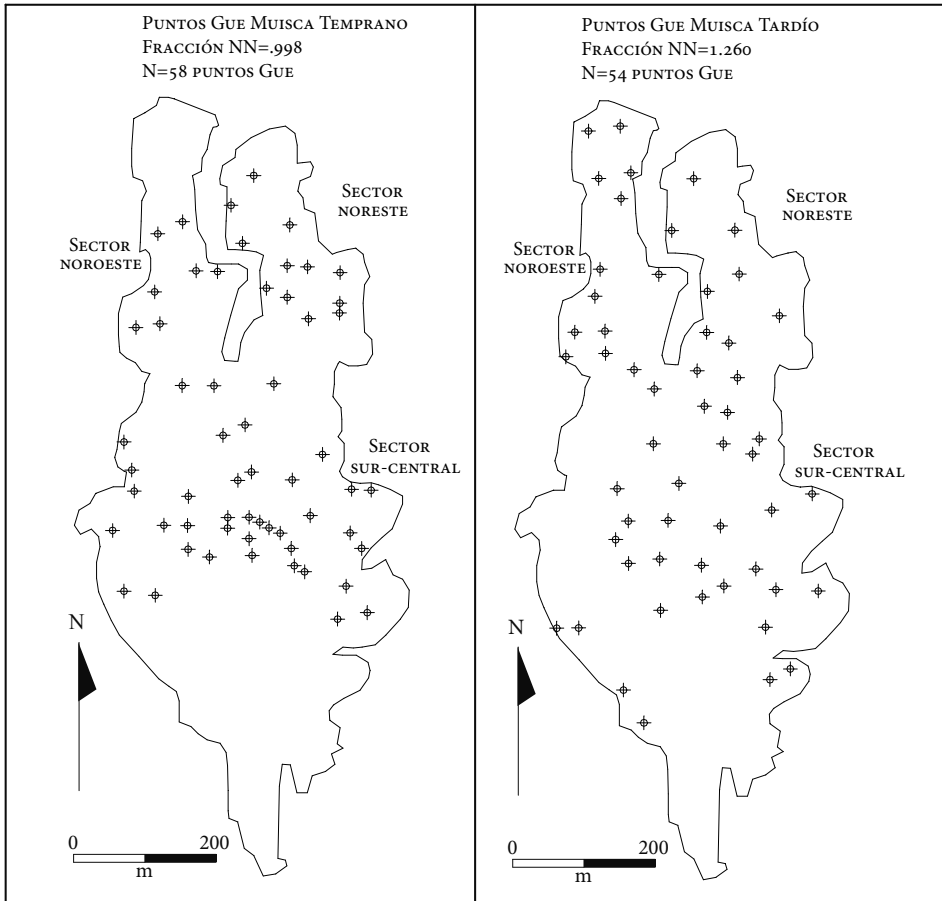


Figura 3.15. Los análisis de vecino más cercano de los puntos *gue* para los períodos Muisca Temprano y Muisca Tardío.

1.8 m a un error estándar (Figura 3.15). Estas distancias reflejan una distribución espacial uniformemente espaciada de locaciones residenciales, indicio de que las casas individuales procuraban maximizar las distancias espaciales entre sí mismas. En términos del modelo político presentado aquí, una distribución uniformemente espaciada sugiere alto grado de independencia de las casas, más que de interdependencia social o económica. Un patrón uniformemente espaciado es también más

indicativo de bases individualistas y no bases institucionales de autoridad política. Las distancias uniformemente espaciadas entre las locaciones *gue* sugieren que las casas individuales estuvieron involucradas en competencia social o económica. Este patrón espacial coincide con otra investigación que identifica cierto grado de diferenciación económica y social entre las unidades domésticas en varios sitios muisca (Boada, 1998, 1999, 2000). Así, la base para el liderazgo político, aunque fue individualista, pudo haber diferido entre el período Muisca Temprano y el período Muisca Tardío. Las elites políticas, aunque no controlaban la organización del espacio del asentamiento, pudieron haber influenciado directamente las casas individuales. En el período Muisca Tardío la competencia por el estatus y el prestigio pudo haber aumentado entre las casas.

La falta de continuidad entre períodos en la ubicación espacial de las residencias también sugiere un patrón de autoridad política individualista en el cual las características institucionales de la casa fueron débilmente desarrolladas. Sólo 10 locaciones *gue*, o 18,5%, de las correspondientes al período Muisca Tardío fueron ocupadas también durante el período Muisca Temprano (Figura 3.16). Estas casas están espacialmente dispersas a través del asentamiento. Cuatro de estas locaciones están en la zona sur-central, tres en el noroeste y tres en la porción noreste del asentamiento. En la zona sur-central sólo se mantuvo una locación *gue* en los conjuntos residenciales cacicales de los períodos Muisca Temprano y Tardío. Pareciera que esta locación particular *gue* pudo haber sido la residencia del cacique, si la continuidad en la ubicación y construcción de edificios residenciales fuese una fuente de autoridad política para los caciques del Muisca Tardío (Gillespie, 2000). Dos de las tres locaciones *gue*, situadas en la zona sur-central fueron ubicadas lejos del conjunto residencial cacical. Estas 10 casas ejemplifican algunas de las características de las casas institucionales, pues el énfasis en la conexión con casas anteriores es un mecanismo para asegurar la transmisión de los derechos a la riqueza inmaterial o material (Gillespie, 2000; McAnany, 1995). La investigación futura debe comparar los conjuntos de artefactos de locaciones permanentes *gue* con los de las discontinuas, para entender mejor el alcance de estas diferencias. Sin embargo, tomadas en su totalidad, la mayoría de locaciones residenciales en Suta no

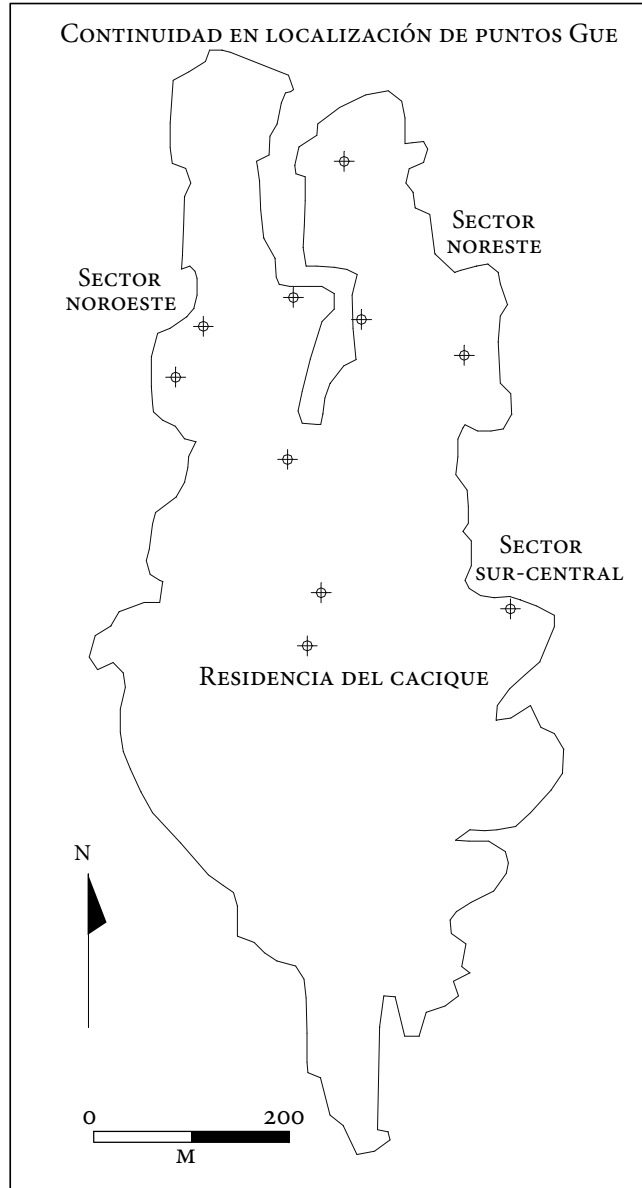


Figura 3.16. Distribución espacial de 10 locaciones *gue* ocupadas durante los períodos Muisca Temprano y Muisca Tardío. El punto marcado como casa del cacique estuvo dentro del área del complejo cacical en ambos períodos, Muisca Temprano y Muisca Tardío.

fueron reconstruidas en el mismo lugar, lo cual sugiere que las nuevas residencias eran fijadas en nuevas locaciones, lo cual puede relacionarse con patrones individualistas de autoridad y prestigio. Es poco probable que las locaciones específicas de las casas fueran un recurso material que fue pasado de una generación a otra.

Si la reocupación de locaciones residenciales se relacionaba con el dominio político, social o económico de un cacique, o con las cualidades institucionales de la casa del cacique, entonces se esperaría encontrar estas 10 casas ubicadas alrededor de la residencia central del cacique en el sector sur-central del asentamiento. En lugar de ello, la distribución dispersa de estas 10 locaciones *gue* a través del asentamiento, recalca la independencia relativa de las casas respecto a una autoridad central. La distribución de estas 10 locaciones evoca varias fracciones y no una elite unificada, y hace pensar en las unidades indígenas de *uta* o *zibyn* (Boada, 1999; Broadbent, 1964; Londoño, 1994; Villamarín y Villamaría, 1974). Estas locaciones *gue* pueden representar las casas de los líderes de *uta* o *zibyn* que formaron grupos más grandes con las casas vecinas. Dentro de cada sector del sitio no se formaron patrones espaciales agrupados, lo que sugiere un alto grado de independencia de las casas dentro de los grupos *uta* o *zibyn*. De todas formas el desarrollo del asentamiento parece recalcar patrones de permanencia y territorialidad intra-sitio en el asentamiento, que es lo que esperaríamos si las subdivisiones *uta* o *zibyn* eran componentes importantes en la conformación de todo el asentamiento. Futuras investigaciones deben determinar si existían en estas 10 locaciones *gue* distribuciones espaciales orientadas alrededor de un patio, indicio éste de un patrón espacial *uta* o si estas residencias tenían los postes más elaborados, entradas especiales o caminos adyacentes. También se deben investigar las diferencias entre colecciones de artefactos de estas 10 casas y otras próximas, para ver si alguna casa emprendió actividades comunales que no estaban presentes en casas vecinas (ver Boada, 1999). En El Venado, Boada encontró que algunas casas, comparadas con las vecinas inmediatas, tenían porciones más altas de jarras para servir chicha hecho que ella interpreta como evidencia de que algunas casas ofrecían fiestas u otros eventos ceremoniales para las casas vecinas.

Finalmente, vemos pocos indicios de la construcción y del mantenimiento de espacios públicos no residenciales que pudieran indicar patrones institucionales de liderazgo político. Primero, la movilidad en las locaciones residenciales es una indicación general de que no se reservaban zonas específicas del asentamiento para la construcción y el mantenimiento de espacio comunal o público. En segundo lugar, la construcción de una plataforma artificial en la zona noreste del asentamiento durante el período Muisca Tardío, también es un argumento en contra de la idea de que la zonificación interna del asentamiento, en áreas residenciales y públicas, fuera una base de la autoridad política cacical. Si esta construcción estuviera ubicada en o cerca del conjunto residencial cacical propuesto para el período Muisca Temprano, entonces, podría concluirse otra cosa. Pero la ubicación de esta estructura particular en el extremo norte del sitio nos lleva a creer que los espacios públicos y comunales no fueron construidos y mantenidos históricamente por una elite cacical. Esta plataforma artificial pudo haberse construido para las reuniones comunales de las agrupaciones de casas *uta* o *zibyn* de la sección noreste del sitio.

Tercero, hay pocos espacios abiertos que fueran preservados durante ambos períodos, lo que sugiere que los caciques no construyeron ni mantuvieron las zonas no residenciales tales como plazas comunales o *uta* (Figura 3.17). Entre las porciones sur y noreste del sitio hay dos grandes áreas despobladas de 0,6 ha y 0,7 ha entre zonas de ocupación. Sin embargo, esas áreas parecen ser más representativas de límites y no de espacios comunales centrales. Hay una extensa tercer área de 2,7 ha que nunca fue ocupada, localizada inmediatamente al sur de los conjuntos residenciales cacicales que bien puede corresponder a los campos de cultivo del cacique (Langebaek, 1987: 42), el límite sur del sitio o también podría corresponder a un camino, *ie*, que conectaría el cercado del cacique y las *cucas* o casa de los especialistas religiosos (Rozo, 1997: 50-52). Esta amplia área abierta nunca fue bordeada en sus 4 costados por ocupaciones residenciales, lo que sugiere que no se trataba de un espacio comunal central. Si fuera una plaza central que facilitara las reuniones comunales de todo el asentamiento, era de esperarse

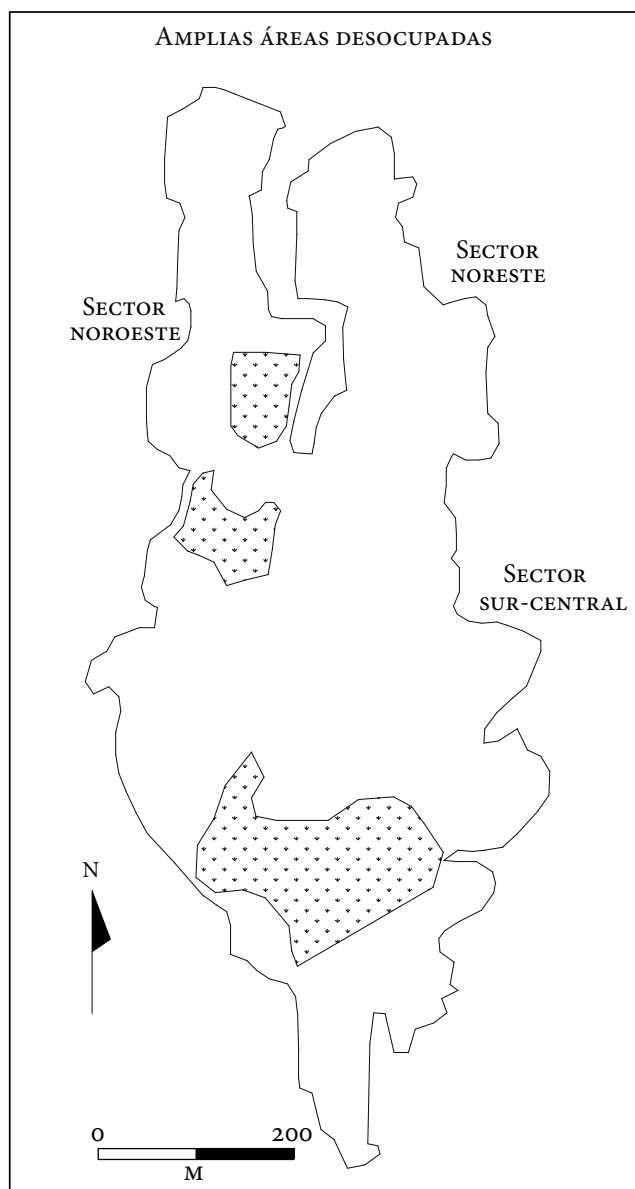


Figura 3.17. Distribución espacial de tres grandes áreas vacías en Suta. El área vacía en el sector sur-central puede corresponder a los campos del cacique, el área de un camino o el límite sur del sitio.

verla ubicada al norte del conjunto residencial cacical propuesto, en el centro del asentamiento residencial.

De todas formas, la ubicación de un gran conjunto residencial cacical y de un área abierta adyacente de campos o caminos en el área sur-central del sitio, durante los dos períodos de ocupación, puede representar la construcción de un lugar central de significación simbólica que, aunque no enteramente comunal o pública, refleja el carácter individualista de la autoridad política de la elite cacical. Aquí es donde nuestro conocimiento de los conceptos de la casa muisca puede facilitar la interpretación de los patrones de asentamiento, porque es probable que la casa del cacique de Suta fuera un rasgo central de este asentamiento. La residencia del cacique, el camino y los campos fueron probablemente espacios centrales dedicados a reuniones comunales, para crear un lugar, para alimentar la casa y/o alimentar a los dioses, lo que significaría que las elites políticas movilizaban trabajo, tributos e ideas sobre la casa para su propio beneficio. Si fue así, entonces las ideas muisca sobre espacio y sobre las características animadas de las casas y los asentamientos, eran puntos potencialmente persuasivos de referencia para la autoridad cacical en Suta. En efecto, la carencia de espacios no residenciales, claramente separados, refuerza el argumento de que la casa del cacique era un locus simbólico para la autoridad política y un lugar central del asentamiento. Según lo documentado sobre otras sociedades donde la casa se torna en expresión de desigualdad política, el conjunto residencial del cacique pudo haberse construido para ser representativo del asentamiento nucleado, del asentamiento circundante, de una unidad política territorial, de los procesos generales de la vida y/o del universo muisca (ver Water-son, 1995: 60). En Suta, la autoridad política que creó dichos lugares centrales no asumió el control de la construcción interna de la totalidad del asentamiento ni de los espacios de otras casas individuales; el control territorial parece haberse concentrado únicamente sobre las áreas directamente alrededor del conjunto residencial del cacique.

CONCLUSIONES

Una de las principales fortalezas de los conceptos nativos de casa es su inclusividad. Estos conceptos reúnen clases de cosas que los antropólogos tradicionalmente separan en diversas categorías analíticas (Carsten y Hugh-Jones, 1995). Nuestros análisis muestran que *gue* fue usado para formar palabras que se refieren a las partes del cuerpo, a las residencias, a la totalidad del asentamiento, a algunas relaciones de parentesco, a los extraños, a unidades numéricas básicas y quizás a unidades de tiempo. Si tomamos todos estos conceptos que incorporan *gue* como reflejo de un sentido muisca de lugar, entonces debemos reconocer que la casa muisca se extiende más allá del concepto de unidad doméstica (Wilk y Netting, 1984), más allá de las unidades tradicionales del asentamiento y está más relacionada con un concepto holístico de la existencia (Carsten y Hugh-Jones, 1995; Helms, 1998; Pearson y Richards, 1994) que incorpora nociones de lugar, de tiempo y del cuerpo. La formación de los asentamientos y de lugares centrales como Suta, probablemente se relacionó con esas asociaciones complejas y conduce a preguntarnos cómo se erige una casa en un asentamiento. Puesto que para los muisca la diferencia entre una residencia y un asentamiento pudo haber sido de grado y no de clase, entonces, para el análisis lingüístico, el concepto de casa nos permite plantear que los asentamientos y residencias muisca eran entidades animadas. Siguiendo esta idea, los líderes muisca pueden haber alimentado casas, seguidores y dioses, lo cual, extendido a los asentamientos, evitaba que esos lugares se descompusieran y decayeran. El lenguaje de la casa era también el lenguaje utilizado por la elite política para describir las relaciones jerárquicas. Los patrones masculinos de autoridad y herencia relativos a la casa eran puntos de referencia persuasivos para el desarrollo de estrategias de liderazgo por parte de los líderes subordinados *uta*, por los *guechas* o para los nombramientos de caciques no emparentados y de jefes locales. El concepto de casa y sus asociaciones pudieron haber proporcionado una fuente de ideas que fueron aplicadas de forma diversa por las elites políticas para crear lugares centrales y para justificar la desigualdad política.

Según lo sugiere el vocabulario muisca sobre el asentamiento, con palabras como *gues bacana* o *gueganecana*, nuestros análisis espaciales de la organización interna del asentamiento en Suta indican con firmeza que los caciques no construían ni diseñaban los asentamientos como una clase de proyecto de trabajos públicos. En cambio, el asentamiento de Suta se formó, paulatinamente, una casa a la vez. El conjunto residencial del cacique puede haberse erigido para todo el asentamiento, pero era una estructura arquitectónica entre muchas. En términos comparativos, esto significa que cada casa fue una fuente separada de prestigio y de autoridad, y cada grupo residencial fue altamente autónomo respecto a una autoridad central y a las residencias vecinas. El tamaño y el grado de nucleación de la población en Suta fueron probablemente proporcionales a la capacidad del cacique para crear relaciones de interdependencia con otras casas. El hecho de que el asentamiento se expandió y de que más áreas fueran ocupadas lejos del asentamiento central durante el período Muisca Tardío, implica una cualidad abierta e ilimitada, sugiriendo que ni la autoridad política ni la organización del asentamiento eran fijas y permanentes. En efecto, el incremento en las distancias espaciales entre las casas puede reflejar la incapacidad de los líderes políticos del período Muisca Tardío para restablecer las alianzas políticas que funcionaron en el asentamiento durante el Muisca Temprano. En el siglo XIII d.C., tres asentamientos más, todos de tamaño similar, se crearon en el valle de Leyva (Langebaek, 2001) y la evidencia de competencia creciente entre las casas (es decir, la distribución uniformemente espaciada de casas) pueden reflejar la competencia entre cinco caciques locales en el valle de Leyva. Ciertamente, los caciques del período Muisca Tardío en Suta no eran tan exitosos como sus contrapartes del Muisca Temprano que atraían y mantenían una población residencial extensa. Estos hallazgos complementan los de investigadores que trabajan en la región del alto Magdalena, que han propuesto que las cualidades y capacidades individualistas de las elites políticas atraían a poblaciones regionales, que expresaban su lealtad a una autoridad central erigiendo sus casas cerca de la del cacique (Drennan y Quattrin, 1995; Drennan, 1995a) porque las demandas de la elite a la población local eran muy bajas (Drennan y Quattrin, 1995:230). Estos resultados también coinciden con investigaciones recientes sobre la autoridad política

entre las sociedades muisca que identifican un carácter más individualista que institucional (Boada, 1998, 1999, 2000; Kruschek, 2003; Langebaek, 1995, 2000).

Uno de los resultados más interesantes de nuestros análisis, es la idea de que los caciques muisca enfatizaron las cualidades animadas de las casas en la construcción de complejos conjuntos residenciales, para demostrar su influencia y su control sobre los ciclos vitales; una noción que esperamos impulse a los arqueólogos hacia análisis más profundos sobre las estrategias impulsadas por el liderazgo muisca. La relación entre los seres humanos, sus casas y sus asentamientos, era una metáfora que las elites y quizá los subordinados manipularon para expresar relaciones jerárquicas. Nuestros análisis lingüísticos dan un sentido muy específico al contenido religioso del liderazgo y hemos sugerido cómo esas ideas se pueden evaluar arqueológicamente. ¿Enfatizaron los jefes muisca y los líderes políticos subordinados las cualidades esqueléticas y/o animadas de *gue*, al construir los conjuntos residenciales que exhibían grupos más grandes y más complejos de postes y más elaboradas paredes? ¿En qué medida, las casas y sus postes eran alimentadas con sacrificios humanos? ¿Fueron las estructuras residenciales construidas y ubicadas para coincidir con y observar fenómenos astronómicos? ¿Fueron los caminos o *ie* construidos en la entrada principal de las cercas? Si fue así, la noción de “hacer el lugar”, “poner el camino” o “llenar el estómago” con ofrendas, se puede evaluar como otra fuente de autoridad que contribuyó a la centralidad de la residencia cacical y a la característica animada de todo el asentamiento. Hay muchos aspectos simbólicos de la casa muisca que los caciques, los subordinados y la población en general, pudieron haber elaborado para realzar su prestigio. Parece poco probable que una elite cacical controlara exclusivamente los aspectos animados de la casa y del asentamiento, aunque ésta es una inquietud para futura investigación. Puesto que la casa muisca fue un símbolo multifacético, esperamos que la investigación futura explore el grado en el cual las poblaciones del Muisca Temprano y Muisca Tardío construyeron, alimentaron y convivieron con temibles residencias.

La noción que las elites políticas muisca usaron la arquitectura como expresión del nutrir un lugar y del alimentar a los dioses, no es del todo inesperada, dada la presencia de una gran variedad de vasijas para servir, asociadas a la chicha, en

el siglo XI d.C. que se ha interpretado como evidencia de que los caciques muisca auspiciaron banquetes para construir alianzas políticas y relaciones sociales de deuda y obligación. Nuestros análisis consideran las festividades en un contexto más amplio, pues los caciques muisca parecen haber tenido que alimentar no solo a sus seguidores, sino también a sus casas, sus asentamientos y a sus dioses. En un sentido cultural específico, encontramos interesante que los caciques muisca en Suta puedan haber expresado su autoridad en términos de nutrición, alimentación y de dar provisión a otros, pero su autoridad política parece haber dependido más en la persuasión que en el control directo sobre las estructuras productivas. La autoridad política muisca pudo haber dependido en gran medida de cosas inmateriales: representaciones, danzas, plegarias, oratoria, ceremonia y el manejo del tiempo. La residencia cacical y el asentamiento circundante eran quizás una de las pocas manifestaciones materiales de sus capacidades políticas y habilidades organizacionales.

Aunque este estudio no resuelve el tema central en cuanto a la presencia o ausencia de diferencias significativas de riqueza entre las casas, evidencia del control directo sobre las poblaciones locales y de formas más institucionales de autoridad, claramente sugiere que la autoridad política no se basó en control territorial sobre un asentamiento. Sin embargo, la variación en la continuidad de las ubicaciones de la casa y los patrones espaciales, uniformemente distanciados del Muisca Tardío, puede reflejar diferencias económicas asociadas a la desigualdad de riqueza. Las elites políticas del período Muisca Tardío pueden haber manipulado alianzas de casas para beneficiarse de la economía local (ver Boada, 1998, 1999, 2000; Langebaek, 1995, 2000) y en consecuencia, la competencia entre las casas del período Muisca Tardío pudo conducir a diferencias de riqueza entre la población. Alternativamente, el patrón uniformemente espaciado del período Muisca Tardío se podría considerar como un patrón espacial disperso asociado a prácticas agrícolas más intensivas (Drenan, 1988). Sin embargo, la ausencia de agrupamiento de las casas es un indicador fuerte de la independencia de las casas y no (1) de dependencia de una autoridad central o (2) de la interdependencia social y económica entre casas vecinas (Wilk, 1991; Henderson, 1998). Por otra parte, las distancias entre los puntos centrales de las residencias muisca, solamente se incrementaron en 11 m del período

Muisca Temprano al Tardío, aumento que no es realmente significativo, en términos del espacio disponible para la producción agrícola alrededor de las residencias individuales. Además, la discontinuidad en las ubicaciones de las casas sugiere que la tierra, específicamente la locación de una casa, no era un recurso material escaso o hereditario. Finalmente, estos resultados apoyan los informes etnohistóricos que recalcan la habilidad de los caciques muisca para crear obligaciones de trabajo (Tovar, 1980) pero no obligaciones de tributo, que produjeran diferencias claras de riqueza material entre la población (Langebaek, 1987: 47-52). De todas maneras, las diferencias de riqueza, como evidencia de estructuras de poder más institucionalizado en Suta, son un tema que sólo investigaciones futuras pueden evaluar más cuidadosamente.

Este estudio también contribuye a las discusiones sobre reconstrucciones antropológicas y arqueológicas de las sociedades de casa (Carston y Hugh-Jones, 1995; Helms, 1998; Joyce y Gillespie, 2000) al mostrar cómo las características institucionales de la casa pueden contribuir a las discusiones teóricas sobre las bases individualistas o institucionales de la autoridad política (Blanton et al., 1996; Drennan, 1995; Renfrew, 1974). Las bases de poder individualista versus institucionales presentadas aquí, tienen la ventaja de distinguir entre el prestigio y la riqueza, fundamentados en esquemas de negociación y competencia políticas. Este acercamiento se ha propuesto antes para las sociedades cacicales en el área muisca y en la región del alto Magdalena, en donde se han documentado patrones individualistas de autoridad a nivel regional, a nivel de la comunidad y al nivel doméstico (Blick, 1993; Boada, 1998, 1999, 2000; Drennan, 1995a, 1995b, 2000; Drennan y Uribe, 1987; Drennan y Quattrin, 1995; González, 1998; Jaramillo, 1996; Kruschek, 2003; Langebaek, 1995, 2000; Taft, 1993; Quattrin, 2000). Una distinción similar se ha propuesto para las sociedades de Mesoamérica (Blanton et al., 1996). En términos comparativos, parece que la casa *gue* en Suta no era una institución política que ligara la autoridad política con la acumulación de riqueza personal. Los caciques muisca pudieron utilizar la casa como una arena para organizar actividades que realzaran su propia autoridad política, pero no se integraron poblaciones regionales por medio del control general de estructuras de organización (Fried, 1967). Un bien de prestigio, *gue*, fue un elemento

más en la política de la generosidad competitiva, que como la chicha y las festividades, les permitía a los líderes demostrar su capacidad organizativa y crear relaciones de interdependencia.

Este estudio también muestra cómo al incorporar los conceptos nativos de la casa en los estudios arqueológicos de patrones de asentamiento se puede generar una reflexión más crítica sobre las unidades básicas de análisis. Los análisis arqueológicos se han centrado en las unidades domésticas, las comunidades, las facciones y las regiones, pero tienden a equiparar cada una de estas unidades analíticas con fenómenos exclusivos y unitarios, por consiguiente, la variación en y entre las unidades domésticas, las comunidades, las facciones y las regiones tienden a estar sub-exploradas. Si queremos entender la variación de las tradiciones políticas del pasado, necesitamos un acercamiento más afinado para preguntarse sobre las relaciones entre las unidades arqueológicas del asentamiento, la organización social y la autoridad política (Blanton et al., 1996: 14). Debido a que los conceptos nativos sobre la casa son complicados y maleables, es necesario reconstruir más críticamente las relaciones entre la organización social y la política. Al analizar la terminología de la casa para crear unidades más detalladas y exactas de análisis, se facilitará emprender estudios que reconozcan explícitamente la variación entre las tipologías. Los estudios sobre la casa han tenido precisamente este efecto en los estudios de parentesco y en los esquemas evolutivos unilineales de la organización social y política (Kuper, 1988, 1993). Los arqueólogos están en una posición similar para evaluar más críticamente las tradiciones políticas dentro de sociedades complejas, preguntar por la relación entre las categorías del lenguaje nativo y los patrones arqueológicos del asentamiento (Hare, 2000; Lockhart, 1992). La identificación de la variación entre las locaciones *gue* y posibles divisiones *uta* o *zibyn* dentro del asentamiento en Suta es un primer paso en esta dirección. Las ideas presentadas aquí no son concluyentes y se espera que la investigación futura las amplíe, para descubrir la variación en los patrones de asentamiento y para proporcionar una reconstrucción más detallada de los procesos específicos por los cuales se desarrollaron las casas y la jerarquía política en Suta y en otros sitios muisca.

RECONOCIMIENTOS

Esta investigación fue apoyada por una beca post-doctoral internacional de la National Science Foundation (INT-0107380) concedida a Hope Henderson. La formación de un grupo de estudio sobre La Casa en la Universidad de Los Andes, en Bogotá, Colombia, con Roberto Pineda en el año 2000, fue un aliciente intelectual para el trabajo. En la discusión del concepto de Casa, Roberto Pineda, Kaj Arhem y Luis Cayón contribuyeron con el contexto de este estudio al compartir sus ideas y resultados de investigación sobre las malocas del Amazonas colombiano. Víctor González Fernández, del Instituto Colombiano de Antropología e Historia, fue un apoyo intelectual en el desarrollo de la metodología, colaboró en el trabajo de campo y en la evaluación de los patrones de asentamiento. Álvaro Bermúdez posibilitó acceso al espacio del laboratorio de arqueología del ICANH para realizar los análisis de cerámica. El Instituto Colombiano de Antropología e Historia proporcionó la ayuda institucional adicional al facilitar el acceso a su biblioteca. Una versión anterior de este trabajo se expuso en el Instituto, creando la oportunidad de discutir y de compartir ideas con otros especialistas. Las discusiones con Carl Langebaek, Jorge Gamboa, Eduardo Londoño, Mónica Therrien y Santiago Giraldo proporcionaron ayuda intelectual crítica. Andrés Barragán proporcionó una ayuda invaluable consiguiendo materiales bibliográficos agotados. María Stella González de Pérez contribuyó generosamente con su tiempo y experiencia en el vocabulario muisca y ayudó a orientar productivamente nuestros análisis del *gue*. Carl Langebaek, Ronald Lippi y Dick Drennan, y dos revisores anónimos ofrecieron comentarios provechosos sobre versiones anteriores de este estudio.



BIBLIOGRAFÍA

AMES, Kenneth M. 1995. Chiefly Power and Household Production on the Northwest Coast. En *Foundations of Social Inequality*, T. Douglass Price and Gary M. Feinman Eds., pp.155-188. Plenum Press, New York.

ARHEM, Kaj. 1981. *Makuna Social Organization and the Formation of Corporate Groups in Northwestern Amazon*. Acta Universitatis Upsalensis, Upsala.

BERMAN, Marc. 1994. *Lumkurmata, Household Archaeology in Prehispanic Bolivia*. Princeton University Press, Princeton.

BLANTON, Richard E. 1994. *Houses and Households: A Comparative Study*. Plenum Press, New York.

BLANTON, Richard E., S. Kowalewski, G. Feinman, and L. Finstein. 1993. *Ancient Mesoamerica: A Comparison of Change in Three Regions*. Cambridge University Press, Cambridge.

BLANTON, Richard, Gary M. Feinman, Stephen A. Kowalewski and Peter N. Peregrine. 1996. *Dual-Processual Theory for the Evolution of Mesoamerican Civilization*. *Current Anthropology*, Vol. 37(1)1-14.

BLICK, Jeffery. 1993. *Social Differentiation in the Regional Classic Period (AD 1-900) in the Valle de la Plata, Colombia*. Ph.D. dissertation, Department of Anthropology, University of Pittsburgh.

BLOCH, Maurice. 1995. The Resurrection of the House amongst the Zafinmaniry. In *About the House, Lévi-Strauss and Beyond*, edited by Janet Carsten and Stephen Hugh-Jones, pp. 69-83. Cambridge University Press, Cambridge.

BOADA, Ana María. 1998. *Bases of Social Hierarchy in a Muisca Central Village of the Northeastern Highlands of Colombia*. Ph.D. dissertation, Department of Anthropology, University of Pittsburgh.

_____. 1999. Organización social y económica en la aldea muisca de El Venado-Valle de Samacá, Boyacá. *Revista Colombiana de Antropología*, 35: 118-45.

_____. 2000. Variabilidad mortuoria y organización social muisca en el sur de la sabana de Bogotá. En *Sociedades complejas en la sabana de Bogotá, Siglos VIII al XVI d.C.*, Braida Enciso y Mónica Therrien Ed., pp. 21-58. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Ministerio de Cultura, Bogotá.

BOTIVA, Álvaro. 1989. *La altiplanicie cundiboyacense*. En *Colombia prehispanica, Regiones arqueológicas*. (Botiva et al. eds.): 77-116. Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá, Colombia.

BROADBENT, Silvia. 1964 *Los Chibchas, organización socio-política*. Serie Latinoamericana No. 5, Facultad de Sociología, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

_____. 1965. *Investigaciones arqueológicas en el territorio chibcha*. Ediciones Universidad de Los Andes, Bogotá.

_____. 1968. *A Prehistoric Field System in Chibcha Territory, Colombia*. Nawpa Pacha, Institute of Andean Studies, Berkeley, California.

_____. 1969. *La arqueología del territorio chibcha: II Hallazgos aislados y monumentos de piedra*, Antropología No. 4, Ediciones de la Universidad de Los Andes, Bogotá.

BRUMFIEL, Elizabeth and John Fox. 1994. *Factional Competition and Political Development in the New World*. Cambridge University Press, Cambridge

CARSTEN, Janet y Stephen Hugh-Jones. 1995. *Introduction: About the House-Lévi Strauss and Beyond*. En *About the House, Lévi-Strauss and Beyond*, edited by Janet Carsten and Stephen Hugh-Jones, pp. 1-46. Cambridge University Press, Cambridge.

CAYÓN, Luis. 2002 *En las aguas de Yuruparí, cosmología y chamanismo makuna*. Estudios Antropológicos Número 5, Ediciones Uniandes, Bogotá.

CLARK, P.J. and F.C.Evans. 1954. *Distance to Nearest Neighbor as a Measure of Spatial Relationships in Populations*, *Ecology* 35: 445-453.

CLARK, John and M. Blake. 1994. The Power of prestige: Competitive generosity and the emergence of rank societies in Lowland Mesoamerica. En *Factional competition and political development in the New World*, edited by Elizabeth Brumfiel and John Fox, pp. 17-30. Cambridge University Press, Cambridge.

CODERE, Helen (editor). 1966. *Kwakiutl Ethnography*, Franz Boas. University of Chicago Press, Chicago.

CONSTENLA Umaña, Adolfo. 1981. *Comparative Chibchan Phonology*. Ph.D. dissertation, University of Pennsylvania, Philadelphia.

DRENNAN, Robert. 1985. *Archaeological Survey and Excavation*. In *Regional Archaeology in the Valle de la Plata, Colombia: A Preliminary Report on the 1984 Season of the Proyecto Arqueológico Valle de la Plata*, Research Reports in Archaeology, Contribution 11, edited by R. Drennan, pp.118-181. Ann Arbor.

_____. 1995a. *Mortuary Practices in the Alto Magdalena: The Social Context of the "San Agustín Culture"*. En *Tombs for the Living: Andean Mortuary Practices*, edited by T. Dillehay, pp. 79-110. Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington.

_____. 1995b. Chiefdoms in Northern South America. *Journal of World Prehistory*, Vol. 9(3): 301-340.

_____. 2000. *Las sociedades prehispánicas del alto Magdalena*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.

DRENNAN, Robert and Carlos Uribe (editors). 1987. *Chiefdoms in the Americas*. Lanham: University Press of America.

DRENNAN, Robert and Dale Quattrin. 1995. Social Inequality and Agricultural Resources in the Valle de la Plata, Colombia, En: *Foundations of Social Inequality*, edited by D. Price and G. Feinman, pp. 207-234. Plenum Press, New York.

DUQUE Gómez, Luis. 1965. *Prehistoria*, Tomo I Etno-historia y Arqueología, Ediciones Lerner, Bogotá.

DUQUESNE, José Domingo. 1795 (1972). Sacrificio de los Moscas y Significados o Alusiones de Los Nombres de Sus Víctimas. En *El Dorado*, Liborio Zerda Ed., Biblioteca Banco Popular, Volumen 38, Bogotá.

FALCHETTI, Ana María. 1975. *Arqueología de Sutamarchán, Boyacá*. Banco Popular, Bogotá.

FERNANDA, María. 2001. Tiguasú: el caso de un asentamiento Herrera Tardío en el valle de Leyva. En *Arqueología Regional en el valle de Leyva: procesos de ocupación humana en una región de los Andes orientales de Colombia*, edited by Carl Langebaek, pp. 60-68. Informes Arqueológicos del Instituto Colombiano de Antropología e Historia, No. 2, Bogotá.

FRIED, Morton H. 1967. *The Evolution of Political Society*. Random House, New York.

GAMBOA, Jorge. 2003. *Estudio del desarrollo histórico de las sociedades indígenas del Nuevo Reino de Granada (1550-1650): un análisis comparativo con México y Perú*. Informe de investigación. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.

GILLESPIE, Susan. 2000. *Lévi-Strauss: Maison and Societé à Maisons*. En *Beyond Kinship, Social and Material Reproduction in House Societies*, edited by Rosemary Joyce and Susan Gillespie, pp.22-52, University of Pennsylvania Press, Philadelphia.

GONZÁLEZ, Víctor. 1998. *Prehispanic change in the Mesitas Community: Documenting the Development of a Chiefdom's Central Place in Santín, Colombia*. Ph.D dissertation, Department of Anthropology, Universidad de Pittsburgh, Pittsburgh.

GONZÁLEZ de Pérez, María Stella (editor). 1987. *Diccionario y gramática chibcha*, Manuscrito Anónimo de la Biblioteca Nacional de Colombia. Instituto Caro y Cuervo, Bogotá.

HARE, Timothy. 2000. Between Household and the Empire: Structural Relationships within and among Aztec Communities and Polities. En *The Archaeology of Communities*, edited by Marcello A. Canuto and Jason Yaeger, pp. 78-101, Routledge Press, London.

HASTORF, Christine A. 1990. The Effects of the Inka State on Sausa Agricultural Production and Crop Consumption. *American Antiquity*, 55: 262-290.

HAYDEN, Brian. 1995. Pathways to Power: Principles for Creating Socioeconomic Inequalities. En *Foundations of Social Inequality*, edited by Douglas Price and Gary M. Feinman, pp. 15-86. Plenum Press, New York.

HENDERSON, Hope. 1998. *The Organization of Staple Crop Production in Middle Formative, Late Formative, and Classic Period Farming Households at K'axob, Belize*. Ph.D. dissertation, Department of Anthropology, University of Pittsburgh, Pittsburgh.

_____. 1999. Review. *Intercambio y comercio entre costa, Andes, y selva: Arqueología y Etnohistoria*. Arqueología del Área Intermedia, Vol. 1(1): 145-148.

_____. 2003. *The Organization of Staple Crop Production at K'axob, Belize*. Latin American Antiquity, Vol 14(4): 469-496.

HELMS, Mary W. 1998. *Access to Origins, Affines, Ancestors, and Aristocrats*. University of Texas Press, Austin.

HERRERA Ángel, Marta. 2002. *Ordenar para controlar, Ordenamiento espacial y control político en las llanuras del Caribe y en los Andes centrales neogranadinos Siglo XVIII*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.

HOWE, James. 1977. *Carring the Village: Cuna Political Metaphors*. En *Social Use of Metaphor*, edited by Cruket and Sapir, pp. 132-163, University of Pennsylvania Press, Philadelphia.

HUBER, Randall and Robert Reed. 1992 *Vocabulario comparativo*, ILV, Colombia.

HUGH-JONES, Christine. 1979. *From the Milk River: Spatial and Temporal Process in Northwest Amazon*. Cambridge University Press, Cambridge.

THERRIEN, Mónica, Elena Uprimny, Jimena Lobo Guerrero, María Fernanda Salamanca, Felipe Gaitán, Marta Fandiño. 2002. *Catálogo de cerámica colonial y republicana de la Nueva Granda: producción local y materiales foráneos*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá.

KRUSCHEK, Michael. 2003. *The Evolution of the Bogotá Chiefdom: A Household View*. Ph.D. dissertation, Department of Anthropology, University of Pittsburgh, Pittsburgh.

KUPER, Adam. 1988. *The Invention of Primitive Society, Transformations of an Illusion*. Routledge, London.

_____. 1993. *The "House" and Zulu Political Structure in the Nineteenth Century*, *Journal of African History*, 34, pp. 469-487.

JARAMILLO, Gonzalo. 1996. *Cacicazgos prehispánicos en el valle de la Plata: la estructura socioeconómica de las comunidades del Formativo 3*. University of Pittsburgh Memoirs in Latin American Archaeology, Pittsburgh: University of Pittsburgh y Bogotá: Universidad de los Andes.

KURELLA, Doris. 1998. *The Muisca, Chiefdoms in Transition*. En *Chiefdoms and Chieftaincy in the Americas*, Elsa M. Redmond Ed., University of Florida Press, Gainesville, pp. 189-216.

LANGEBAEK, Carl. 1986. *Las ofrendas en los Andes septentrionales de influencia chibcha, el caso de un ofrendatario muisca encontrado en Fontibón*, Museo del Oro, Boletín No. 16, pp.40-47.

_____. 1987. *Mercados, poblamiento e integración étnica entre los muiscas*. Banco de la República, Bogotá, Colombia.

_____. 1992. *Competencia por prestigio político y momificación en el norte de Suramérica y el istmo de Panamá*, *Revista Colombiana de Antropología*, Volumen xxix, pp. 7-26.

_____. 1992b. *Noticias de caciques muy mayores. Origen y desarrollo de sociedades complejas en el nororiente de Colombia y norte de Venezuela*. Universidad de Los Andes, Santafé de Bogotá, Colombia.

_____. 1995. *Regional Archaeology in the Muisca Territory, A study of the Fuquene and Susa Valleys*. University of Pittsburgh Memoirs in Latin American Archaeology, University of Pittsburgh and University of Los Andes, Pittsburgh.

_____. 2000. *Cacicazgos, orfebrería, y política prehispánica: una perspectiva desde Colombia*. *Arqueología del área Intermedia*, No. 2, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Sociedad Colombiana de Arqueología, Bogotá.

_____. 2001. *Arqueología en el valle de Leiva: procesos de ocupación humana en una región de los Andes orientales de Colombia*. Informes Arqueológicos del Instituto Colombiano de Antropología e Historia, No 2, Bogotá.

LOCKHART, James. 1992. *The Nahuas, After the Conquest, A Social and Cultural History of the Indians of Central Mexico, Sixteenth Through Eighteenth Centuries*. Stanford University Press, Stanford.

LONDOÑO, Eduardo. 1986. *Un mensaje del tiempo de los muisca*, Museo del Oro, Boletín No. 16, pp. 48-56.

_____. 1989. *Santuarios, santillos, tunjos: objetos votivos de los muisca en el siglo XVI*, Boletín del Museo del Oro, 25: 93-119.

_____. 1994. *Los muisca en las crónicas y los archivos*, Revista Colombiana de Antropología, Vol. XXI, pp. 105-120.

LUCENA Salmoral, Manuel. 1967. "Gramática chibcha del siglo XVII." Revista Colombiana de Antropología. XIII: 31-90.

LUGO, Fray Bernardo de. 1619 (1979). *Gramática en la Lengua General del Nuevo Reyno, Llamada Mosca*. Ediciones Sol y Luna, Bogotá.

MARCUS, Joyce and Kent V. Flannery. 1996. *Zapotec Civilization, How Urban Society Evolved in Mexico's Oaxaca Valley*, Thames and Hudson, London.

PINEDA, Roberto. 1987. *Malocas de terror y jaguares españoles: aspectos de la resistencia indígena del Cauca ante la invasión española en el siglo XVI*. Revista de Antropología, 3(2):83-114.

MCANANY, Patricia. 1993. *The Economics of Social Power and Wealth among Eighth-Century Maya Households*. En *Lowland Maya Civilization in the Eighth Century. A.D.*, Jeremy A. Sabloff y John S. Henderson Eds., pp. 65-89. Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington, D.C.

_____. 1995. *Living with the Ancestors, Kinship and Kingship in Ancient Maya Society*. University of Texas Press, Austin.

MCKINNON, Susan. 2000. The Tanimbarese Tavu: The Ideology of Growth and the Material Configurations of Houses and Hierarchy in an Indonesian Society. En *Beyond Kinship, Social and Material Reproduction in House Societies*, edited by Rosemary Joyce and Susan Gillespie, pp. 135-160, University of Pennsylvania Press, Philadelphia.

OSBORN, Ann. 1989. *Multiculturalism in the Andes*. En *Archaeological Approaches to Cultural Identity*, Stephen Shennan Ed., pp. 141-156, Routledge, London.

OSTLER, Nicholas. 1993. *Cases, Directionals, and Conjunctions in Chibcha*. *Estudios de lingüística chibcha*, Tomo XII, Editorial de La Universidad de Costa Rica, pp. 7-34.

_____. 1994. *Syntactic Typology of Muisca. A Sketch*. En *Language in the Andes*, Peter Cole, Gabriella Hermon, y Mario Daniel Martin Eds., pp. 129-142, University of Delaware, Newark.

_____. 2000. *The Development of Transitivity in the Chibchan Languages of Colombia*. En *Historical Linguistics 1995: General Issues and Non-Germanic Languages*, John Smith y Delia Bentley Eds, pp. 279-293, John Benjamins Publishing Company, Amsterdam.

PARKER Pearson, Michael y Richards (editores). 1994. *Ordering the World: Perceptions of Architecture, Space, and Time*. En *Architecture and Order, Approaches to Social Space*, edited by Michael Parker Pearson and Colin Richards, pp. 1-37. Routledge, London.

PRADILLA Rueda, Helena, G. VILLATE Santander, and F. Ortiz Gómez. 1995. *Arqueología del Cercado Grande de los Santuarios*, Boletín Museo del Oro No.32-33, pp. 21-148.

QUATTRIN, Dale. 2000. *Prehispanic Chiefdoms in the Valle de la Plata, Vertical Economy, Interchange, and Social Change during the Formative Period*. University of Pittsburgh Memoirs in Latin American Archaeology, University of Pittsburgh and University of Los Andes, Pittsburgh.

QUESADA Pacheco, Miguel A. 1991. "Vocabulario Mosco. 1612". *Estudios de lingüística chibcha*. x, Editorial de La Universidad de Costa Rica, pp. 29-100.

REICHEL-DOLMATOFF, Gerardo. 1975. *Templos Kogi. Introducción al simbolismo y la astronomía del espacio sagrado*, Revista Colombiana de Antropología, 19: 199-245.

_____. 1985 *Los Kogi, Una tribu de la Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia*. Procultura S.A., Bogotá.

RENFREW, Colin. 1974. Space, Time, and Polity. En *The Evolution of Social Systems*, edited by J. Friedman and M. Rowlands, pp. 89-144. Duckwork, London.

ROMANO, Francisco. 1998 *Excavaciones arqueológicas en dos unidades residenciales del Clásico Regional Temprano: familia y economía doméstica*. Boletín de Arqueología, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, No. 2, pp. 7-80.

ROZO, José. 1997 *Espacio y tiempo entre los Muiscas*. Editorial El Búho Ltda., Bogotá.

SABLOFF, Jeremy A, and John S. Henderson (editors). 1993. *Introduction*. En *Lowland Maya Civilization in the Eighth Century A.D.*, J. A. Sabloff y J. S. Henderson Eds., pp. 1-9. Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington, D.C.

SANDSTORM, Alan. 2000. *Toponymic Groups and House Organization: The Nahuas of Northern Veracruz, Mexico*. En *Beyond Kinship, Social and Material Reproduction in House Societies*, Rosemary A. Joyce y Susan D. Gillespie Eds., pp. 53-72. University of Pennsylvania Press, Philadelphia.

SANTLEY, Robert y K. Hirth (editores). 1993. *Prehispanic Domestic Units in Western Mesoamerica*. CRC Press, Boca Raton, Florida.

SERVICE, Elman R. 1962. *Primitive Social Organization: An Evolutionary Perspective*. Random House, New York.

SIMÓN, Pedro. 1625 (1981). *Noticias Historiales de las Conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*, Tomo III, Vol. 105, Banco Popular, Bogotá.

TAFT, Mary. 1993. Patterns in of Ceramic Production and Distribution. En *Prehispanic Chiefdoms in the Valle de la Plata*, Vol. 2: Ceramics-Chronology and Craft Production, edited by Robert Drennan, Mary Taft, and Carlos Uribe, pp. 103-105. University of Pittsburgh Memoirs in Latin American Archaeology, University of Pittsburgh and University of Los Andes, Pittsburgh.

TOVAR, Hermes. 1980. *La formación chibcha. Segunda formación*, Cooperativa de Profesores de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

VILLATE, Germán. 2001. *Tunja prehispánica. Estudio documental del asentamiento indígena de Tunja*. Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia y Colciencias, Tunja.

VILLAMARÍN, J. A. y VILLAMARÍN, J. 1975. *Kinship and Inheritance Among the Sabana de Bogotá Chibcha at the Time of the Spanish Conquest*. *Ethnology*, Vol 14: 173-179.

WATERSON, Roxana. 1995. *Houses and Hierarchies in Island Southeast Asia*. En *About the House, Lévi-Strauss and Beyond*, Janet Carsten and Stephen Hugh-Jones Eds., pp. 47-68. Cambridge University Press, Cambridge.

_____. 2000. *House, Place, and Memory in Tana Toraja (Indonesia)*. En *Beyond Kinship, Social and Material Reproduction in House Societies*, Rosemary Joyce y Susan Gillespie Eds., pp. 161-176. University of Pennsylvania Press, Philadelphia.

WILK, Richard. 1991. *Household Ecology, Economic Change and Domestic Life among the Kechi Maya in Belize*. The University of Arizona Press, Tuscon.

WILK Richard R., y W. Ashmore (editores). 1988. *Household and Community in Mesoamerica*. University of New Mexico Press, Albuquerque.

WILK, Richard R. and R. Netting. 1984. *Households: Changing Forms and Functions*. En *Households, Comparative and Historical Studies of the Domestic Group*, Robert McNetting, Richard Wilk, y Eric Arnould Eds., pp. 1-28, University of California Press, Berkeley.

WILK, Richard R., y R. Rathje. 1982. *Household Archaeology*. *American Behavioral Scientist* 25: pp. 617-639.



IV
TRAYECTORIAS EVOLUTIVAS DE UNIDADES DOMÉSTICAS
EN CACICAZGOS DEL ALTIPLANO CUNDIBOYACENSE.
LOS CASOS SAN CARLOS Y EL VENADO

Francisco Romano G.
Universidad Nacional Autónoma de México

INTRODUCCIÓN. PATRONES DE ASENTAMIENTO EN LA SABANA DE BOGOTÁ

SOBRE LA SABANA DE BOGOTÁ SE CUENTA CON INFORMACIÓN VARIADA QUE HA permitido establecer que, desde tiempos remotos, sus antiguos habitantes han hecho uso de diferentes zonas ecológicas (Ardila, 1984; Cardale, 1981, 1983, 1988-89; Correal, 1979, 1981; Correal y Pinto, 1983; Correal y Van der Hammen, 1977; Groot, 1992, 1995; Herrera, 1972; Paepe y Cardale, 1990; Rivera, 1992) y que desarrollaron diferentes tipos de *arquitectura*, al momento de establecerse en sus sitios de habitación. En épocas tempranas, alrededor del 12000 a. P., bandas trasahumantes de cazadores y recolectores acondicionaron como sitios de residencia temporal abrigos rocosos (Correal, 1979, 1981; Correal y Van der Hammen, 1977). Algunos miles de años más tarde, entre el 9000 y 3000 a.P. los grupos que ocupaban territorio sabanero vivieron simultáneamente en abrigos rocosos y en estaciones a cielo abierto en construcciones de pequeñas dimensiones (Ardila, 1984; Correal, 1979, 1981, 1989, 1990; Correal y Pinto, 1983; Correal y Van der Hammen, 1977; Groot, 1992, 1995; Rivera, 1992). Desde más o menos el año 3000 a. P. hasta épocas de la conquista española, se han reportado hallazgos de poblaciones de tamaños mayores, asentadas en amplios territorios, en donde sobresalen desde épocas recientes (entre los años 950 y 850 a. P.), agregaciones de población rodeadas de viviendas dispersas (Boada, 1998, 2000a, 2000b; Cardale, 1988-89; Enciso, 1995; Langebaek, 1995, 2000).

Aunque se podrían hacer categorías de los patrones de asentamiento por tipos de grupos sociales durante las diferentes épocas de ocupación de la sabana de Bogotá, se encuentra que en tiempos de plena constitución de cacicazgos muisca (Boada, 1987, 1998, 2000a, 2000b; Botiva, 1987; Broadbent, 1964, 1966, 1974; Duque, 1965, 1967; Falchetti y Plazas, 1973; Langebaek, 1987, 1992, 1995, 2000; Londoño, 1985; Lleras, 1989, 2000; Reichel-Dolmatoff, 1961, 1978, 1985; Therrien y Enciso, 2000) se convivía en una variedad de asentamientos; los trabajos arqueológicos han reportado sitios de habitación muisca en abrigos rocosos (Ardila, 1984; Correal, 1979; Correal y Pinto, 1983; Correal y Van der Hammen, 1977), viviendas aisladas a cielo abierto (Boada, 1987, 2000b; Botiva, 1987; Cardale, 1981, 1983, 1987; Enciso, 1995; Reichel-Dolmatoff, 1943), y agregaciones demográficas (Boada, 1998, 2000a, 2000b; Langebaek, 1995, 2000) que constituyeron desde pequeños poblados hasta grandes lugares centrales. Esto permite proponer que los muisca, últimos pobladores indígenas de la sabana, *culturizaron* diferentes tipos de espacio desarrollando una arquitectura vernácula, que tuvo un arraigo bastante profundo. El que se haya encontrado en abrigos rocosos y estaciones a cielo abierto cerámicas antiguas como las Mosquera roca triturada, Mosquera rojo inciso o Zipaquirá desgrasante tiestos (tipos característicos del período Herrera), hasta restos del tipo desgrasante gris (tipo característico del período muisca), indica la salvaguarda de una memoria de larga duración por parte de tales habitantes, cuyas raíces sin duda estuvieron en las primeras poblaciones de cazadores y recolectores que vivieron hace 12000 a. P. Así, el análisis de los patrones de asentamiento desde épocas de cazadores recolectores hasta momentos de la constitución y consolidación de los grandes cacicazgos muisca, es básico para el estudio de una larga secuencia evolutiva en las que hubo factores y variables de cambio que incidieron y determinaron las diversas sociedades.



Varios autores (Blanton et al., 1981; Drennan, 1991, 1992, 1993; Feinman, 1991; Feinman y Neitzel, 1984; Johnson y Earle, 1987, Romano, 1998) han expuesto la importancia que tiene para los estudios de complejidad social, llevar a cabo análisis comparativos. A partir de la propuesta diseñada por Drennan (1993), esos estudios pueden realizarse en una dimensión vertical (temporal) y en una horizontal

(entendida como el grado y la forma de la complejidad adquirida) para entender los desarrollos y procesos tanto generales como singulares que tuvieron las sociedades hacia el establecimiento y reconocimiento de jerarquías sociales. En otras palabras, es fundamental comparar trayectorias de cambio social tanto en un ámbito diacrónico como sincrónico, teniendo presente que se puede determinar como universal y/o singular.

En este artículo se hace énfasis en el análisis comparativo en ambas dimensiones, y se escogió la unidad doméstica como unidad de análisis comparativo; a través de ella se quiso dar cuenta de cursos de cambio y procesos de desarrollo. Parte de la esencia de hacer comparaciones de cursos evolutivos a diferentes escalas está considerada para entender que en una misma sociedad o en varias se pudo dar disimilitud evolutiva entre las distintas unidades y segmentos sociales que la o las conformaron. Con este propósito, se escogió como base comparativa los trabajos sobre unidades domésticas arqueológicas localizadas en las mencionadas regiones del altiplano cundiboyacense. Esas trayectorias de cambio proveen información desde los períodos Herrera hasta los períodos Muisca, con énfasis en rasgos de la organización social y las bases de jerarquía social.

DESARROLLO Y COMPLEJIDAD DE UNIDADES DOMÉSTICAS: PATRONES DE ASENTAMIENTO EN EL VENADO (BOYACÁ) Y SAN CARLOS (CUNDINAMARCA)

Según los estudios arqueológicos realizados en Boyacá y Cundinamarca (Colombia), se ha planteado que las comunidades muiscas se formaron de acuerdo con patrones especializados en la producción de algunos objetos como cerámicas y textiles (Boada, 1987; Falchetti, 1975). Se ha expuesto también que la formación de concentraciones de población estuvo determinada por actividades festivas organizadas con el ánimo de mantener adheridos a un poder “semicentral” grupos mayoritarios de gente (Langebaek, 1995). También se pudieron formar como lugares agregados en ciertas condiciones naturales (rodeados de vastas porciones de agua, por ejemplo) para contrarrestar acciones guerreras (Langebaek, 1995). La

permanencia de aglomeraciones de gente en vecindad de suelos ricos, que permitieran buenas y más rápidas cosechas, ha sido otro tema en consideración (Boada, 1998). El modelo de intercambio de bienes exóticos, que ha sido planteado como fuente de surgimiento de elites (Langebaek, 1992) ha encontrado pormenores al deducirse que son pocos los elementos que se intercambiaron, y su importancia pudo radicar más en las redes sociales que se implican, que en ellos como fuente de acumulación de riqueza (Boada, 1987, 1998).

Se ha mencionado que en comunidades del período Muisca Temprano, las diferencias sociales pudieron estar basadas en condiciones como el sexo y la edad, bajo las cuales el cargo sería detentado por hombres adultos (Boada, 2000b). El hallazgo de tumbas de niños, que se han encontrado en cercanías de las de adultos hombres, y que poseían ajuares como collares, de los que carecían otros individuos (otros niños y otros hombres y mujeres mayores) (Boada, 2000b), permite inferir que en ellos recayó la sucesión de algún tipo de estatus. Interpretando los datos de algunos etnohistoriadores, se ha argüido, que las elites muiscas ejercían el poder en dos sentidos: la persuasión y la coerción, estando la primera más extendida (Boada, 1998, 2000b). Este ha sido uno de los argumentos para exponer las diferencias sociales y políticas de unidades cacicales diferentes entre los muiscas.

La comunidad de El Venado

En El Venado, un gran asentamiento arqueológico investigado por Ana María Boada (1998) en el valle de Samacá (Boyacá, Colombia), se encontró que al interior del área total de ocupación, las cantidades de unidades residenciales (barrios)¹ variaban de un período a otro. Así, en el período Herrera (800-1000 d.C., de la cronología propuesta por la autora) el sitio estuvo ocupado por 11 uni-

1. La autora llama “barrios” a las agrupaciones de esas unidades residenciales alrededor de una zona despejada. Son correlativos a las agrupaciones de casas que se hallaron en el valle de Samacá (Boada, 1987) y en Soacha (Boada, 1998).

dades residenciales en un área de 0,5 ha, de las cuales cada una ocupó un área de 15 m; durante el período Muisca Temprano (1000-1300 d.C., del mismo esquema) el asentamiento fue ocupado por 14 unidades residenciales esparcidas en 0,9 ha, y el área ocupada por cada una aumentó con respecto al período anterior, entre 20 y 30 m; durante el período Muisca Tardío (1300-1600 d.C., de tal cronología), a la par que la cantidad de unidades residenciales aumentó a 21, el área ocupada por cada una de ellas se mantuvo entre 10 y 30 m, esparcidas en una amplia área de 4,9 a 12 ha. Esto muestra como, en la secuencia de El Venado hubo una clara tendencia a la agregación y crecimiento de unidades domésticas generando un asentamiento de mayor tamaño en población y extensión a lo largo del tiempo y el espacio.

Durante el período Muisca Tardío hubo un crecimiento considerable de la cantidad de unidades residenciales con respecto a los períodos Muisca Temprano y Herrera, pero la agregación de ellas formando barrios guarda el mismo patrón de los períodos anteriores. Se evidencian la agregación de ellas en grupos, algunos de tres casas seguidas en línea recta, otros de tres casas formando triángulos o simplemente ubicadas algunas de manera sencilla (una que otra casa sola), muchas veces en proximidad de los dos tipos anteriores (ver figura 4.1). Durante ese período, los nuevos barrios que surgieron en áreas diferentes, así como los que ocupaban las mismas zonas, tendieron a agregarse más o por lo menos a emplazarse más cerca unos de otros. El uso de las mismas zonas por parte de unidades residenciales a lo largo de una secuencia temporal, y la permanente agregación de ellas en ciertas zonas, sugieren que de generación a generación hubo transmisión de la propiedad (la casa y parte de sus enseres), y muy posiblemente, el rango de las figuras cabeza de familia también se sucedía de la misma manera (de una generación a otra); no obstante, es difícil aún saber si acontecía lo mismo con las porciones de tierra en donde ellas estuvieron ubicadas; es decir que, aunque se visualiza una transmisión de cosas y cargos, no es fácil discernir lo mismo con la tierra.

A partir de datos extraídos de los textos de cronistas del siglo XVI y de documentos de archivo, se ha expuesto (Villamarín y Villamarín, 1979: 32-33; Londoño, 1983) que esas zonas eran habitadas por unidades sociales territoriales que representaban

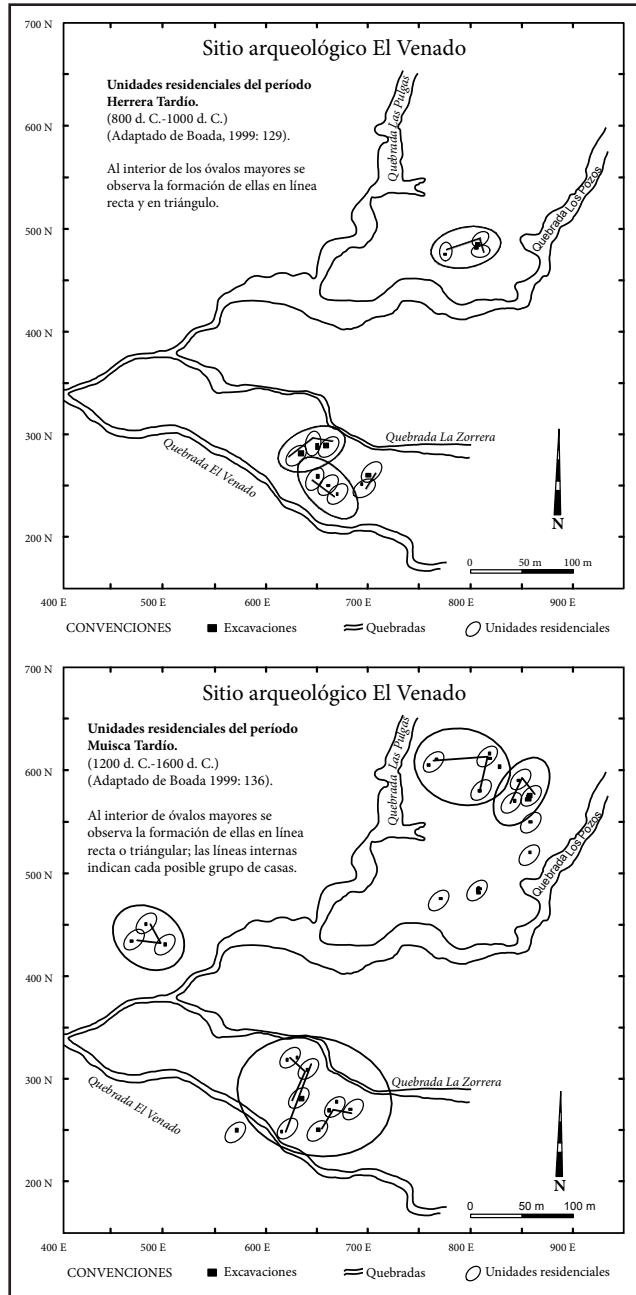


Figura 4.1. Sitio arqueológico El Venado.

grupos discretos de parentesco, que parece estuvieron formadas por varias familias nucleares. También se ha considerado (Villamarín y Villamarín, 1979: 32-33; Londoño, 1983, 1985) que en esas agrupaciones estaban emplazadas las casas de los caciques y su grupo parental primario; y al seno de ellas los caciques muisca adquirirían estatus político y social través de la herencia; a su vez, ese estatus era mantenido, por acumulación de riqueza, usada para financiar empresas sociales.

Durante ese período, también se notaron diferencias sociales entre grupos de unidades residenciales o barrios, de acuerdo con las proporciones y formas de grupos de ciertos objetos cerámicos; no obstante, las diferencias entre varias de esas unidades fueron modestas. De allí se destaca que hubo grupos de unidades residenciales que estuvieron dedicados al ofrecimiento y disposición de fiestas y ceremonias, mientras otros habrían estado dedicados a la preparación de comida, a la producción de herramientas y a la manufactura de textiles, entre otros menesteres (Boada, 1998: 272). Así, aunque modesta, en El Venado existió una clara diferenciación de labores económicas entre las unidades residenciales y consecuentemente los barrios que conformaban.

San Carlos

Los resultados del estudio realizado en el sitio San Carlos, (Funza, Cundinamarca), permiten dar cuenta de aspectos particulares de un sector de un lugar central del cacicazgo Bogotá (Romano, 2002, 2003). Durante el período Herrera Temprano (900 a.C-1 d.C; tabla 4.1) se observó un patrón de distribución de unidades residenciales, formando unidades domésticas discretas, constituidas por grupos de tres a cuatro casas ubicadas en línea recta y triangular, con unidades sencillas ubicadas muy cerca en sentido diagonal (Figuras 4.2, 4.3 y 4.4). Esas unidades residenciales formaban conjuntos muy parecidos a los hallados en Samacá en el valle de la Laguna (Boada, 1987), en El Venado (Boada, 1998) y en Soacha y Candelaria la Nueva (Boada, 2000b), todos asociados a los períodos Muisca Temprano y Muisca Tardío (en las Figuras 4.5 y 4.6 se muestran los casos de Soacha). En San Carlos, con respecto a los períodos Herrera Tardío (1 d.C-700 d.C) y los Muisca Temprano y Tardío (700 d.C-1100 d.C; y 1100 d.C-1600 d.C, respectivamente; tabla 4.1), la distribución

Nº de fragmentos	Muisca Tardío (1100 d.C-1600)	Muisca Temprano (700 d.C-1100 d.C)	Herrera Tardío (0-700 d.C)	Herrera Temprano (900 a.C-0)
Densidades por unidad constante de excavación (prueba de pala)	9-12	8-11	5,5-8,5	1-4
Período en el área total del asentamiento	45	32	22	4

Tabla 4.1. Proporciones y densidades de fragmentos cerámicos por período.

de basuras no evidencia anillos claros de basuras que den indicios estables de antiguas plantas de vivienda agrupadas discretamente; se observan casas dispuestas de manera aislada, pero se nota un patrón de arrojo de basuras en sectores particulares (el sector central de la zona de muestreo) con amplias zonas adjuntas de bajas densidades de material que probablemente hayan correspondido a la formación de grandes anillos de basuras, producto del emplazamiento de viviendas cada vez más cercano. A falta de claridad sobre la disposición discreta de unidades residenciales, no se corresponde un descenso en la población, más bien se trata de cambios demográficos particulares. Por el contrario, es claro que entre todos los períodos hubo aumento de población, dado que se tiene una relación de incrementos progresivos de las proporciones de fragmentos cerámicos de un período a otro, aún teniendo en cuenta las diferencias en centenares de años de un período a otro.

En San Carlos la sucesión de ocupaciones en la mayor parte del asentamiento (Romano, 2002, 2003), así como en un área doméstica particular (Patiño, 2002), la producción cerámica (Hernández, 2002), las actividades de caza, pesca y de obtención de recursos faunísticos en general (Rincón, 2003), acaecidas por cadenas de generaciones de gente, durante largos períodos y en lugares discretos, evidencian

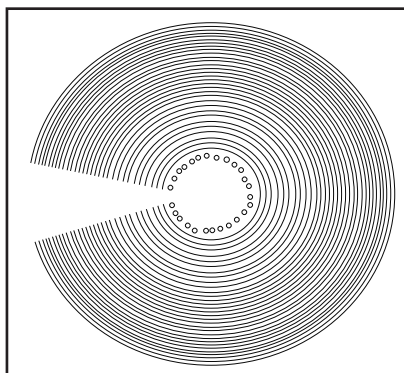


Figura 4.2. Casa sola.

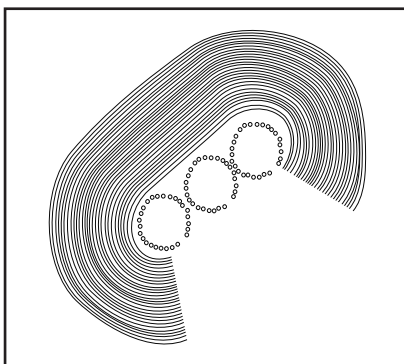


Figura 4.3 Casas formando una línea recta.

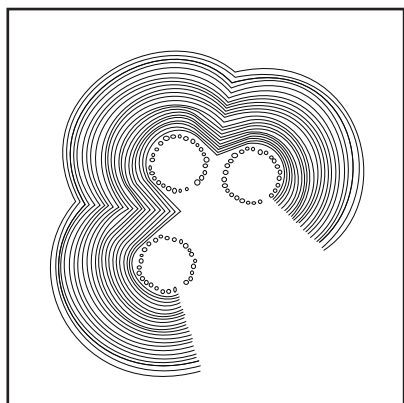


Figura 4.4 Casas formando un triángulo.

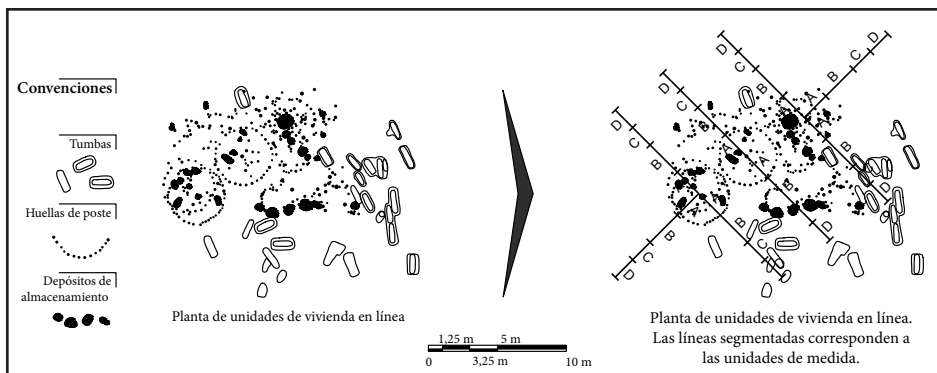


Figura 4.5. Excavaciones en Soacha (adaptado de Boada, 2000: 24).

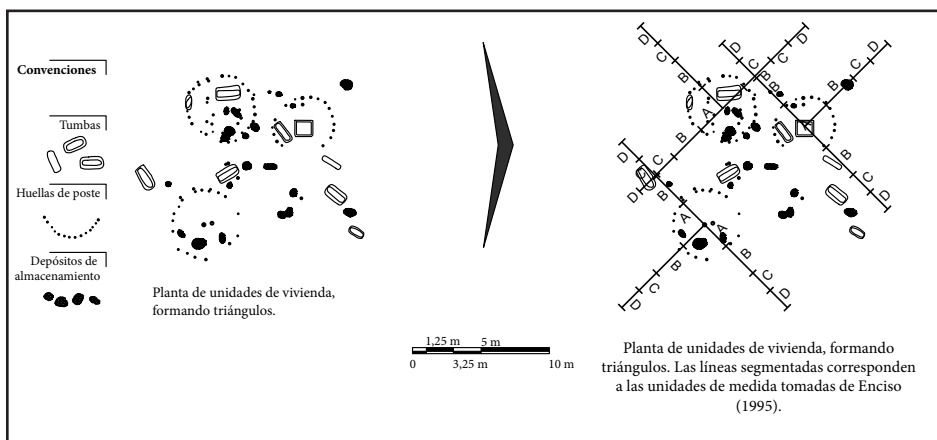


Figura 4.6. Excavaciones en Soacha (adaptado de Boada, 2000: 24).

la transmisión de bienes (herencia) sobre el espacio (porciones de tierra) pero no del espacio mismo (la tierra) y de enseres, conocimientos técnicos y tecnológicos (endoculturación); como resultado de ese proceso se nota que en grupos sociales discretos como una unidad doméstica o varias de ellas, se heredaron de una generación a otra desde la casa o las casas, las vajillas y otros objetos elaborados en cerámica y en piedra, hasta conocimientos técnicos y tecnológicos que permitieron a los gru-

pos sociales la obtención de materias primas y energéticas. Eso, sumado a la presencia de varios entierros situados en unidades habitacionales o en la vecindad de ellos (Acero, 2004), refuerza la idea de la transmisión del cargo o de la sucesión durante lapsos largos, de una generación a otra entre parientes muy cercanos.

En resumen, en la comunidad de El Venado se observa que las familias crecen y se especializan a lo largo de su trayectoria histórica; de San Carlos se puede sostener sólo lo primero, pues por el momento no se cuenta con la información necesaria para saber si hubo diferencias en las labores cotidianas y rituales entre unas unidades y otras. En ambos casos se nota que hubo una serie de necesidades crecientes y acomodamientos políticos y económicos que redundaron en cambios demográficos y aumento poblacional o aumento de las unidades familiares. El crecimiento de la población fue fundamentalmente de orden cuantitativo; el crecimiento en el tamaño de las familias muy posiblemente se debió a que la prole aumentó; a esto contribuyó el que las redes de parentesco se ampliaron, coayudando a que las fiestas y otras ocasiones especiales se llevaran a cabo con una mayor cantidad de miembros, que pertenecieron a la misma unidad política u otra(s) diferente(s).

La evolución de las unidades sociales en El Venado muestra cómo los bienes suntuarios, la producción textil, el acceso a ciertos recursos como la sal, siempre estuvieron presentes en la sociedad como elementos que dinamizaban las relaciones sociales, puesto que su uso y usufructo se dio desde el período Herrera hasta los períodos Muisca. De tal manera, la creciente diferenciación social que allí se dio tuvo, fundamentalmente, una base cuantitativa; los rasgos cualitativos, también presentes, sólo se acentuaron. Por eso, se nota que las bases de poder pudieron radicar en la *confianza social* que se depositó en ciertos individuos y sus grupos de elite, en tanto sabían y debían manejar factores como los mencionados: ampliación y especialización entre grupos mayores de gente.

BREVES COMENTARIOS

Sabemos sobre los procesos de cambio y complejidad entre las unidades políticas muiscas (Boada, 1987, 1998, 2000a, 2000b; Langebaek, 1987, 1992, 1995, 2000), que las bases de poder durante el período Herrera se circunscribían más en el ámbito político determinado por la jerarquía que ocupaban ciertos individuos dentro de las comunidades; en tanto que durante los períodos muiscas hay un aumento del poder por parte de individuos que no solo poseían prestigio sino que acumulan riqueza (Boada, 1998); se ha inferido que en la evolución de esas sociedades desde los períodos Herrera hasta los Muisca hubo factores sociales, fundamentalmente de tipo económico-político, que condicionaron cambios cuantitativos en un orden demográfico y de parentesco, que a su vez redundaron en la organización de mayores cantidades de población asentadas de manera agregada (Romano, 2002, 2003); también se ha explicado que la guerra interétnica, el manejo y control de recursos internos y foráneos, la organización de festividades, el usufructo de suelos ricos para mayores y mejores cosechas en menores tiempos, entre otros condicionantes, fueron los factores generadores de cambios (Boada, 1987, 1998, 2000a, 2000b; Langebaek, 1987, 1992, 1995, 2000).

Paralelo a esto, es de notar que tras la comparación de los resultados de nuestro trabajo con los que se han hecho sobre unidades domésticas en regiones aledañas surgió una pregunta: ¿cuáles fueron las condiciones que hicieron que las unidades domésticas entre los períodos Muisca y Herrera no variaran sustancialmente su patrón de distribución espacial, es decir, que no cambiaran su forma de ubicarse en grupos de tres o cuatro casas formando líneas rectas, triangulares, acompañadas de unidades sencillas de un casa? Por extensión, eso permite preguntarse ¿Por qué su constitución social o su estructura de parentesco se mantuvo a lo largo de los dichos períodos?

Las investigaciones arqueológicas están evidenciando que hay estructuras que cambian, en tanto hay otras que permanecen en estado de latencia, de invariabilidad (Geertz, 1992 [1973]; Lévi-Strauss, 1981) o involutivas (Service, 1973). Queda claro que en las trayectorias de cambio analizadas las estructuras económicas y

políticas se desarrollaron constantemente; pero algunas estructuras sociales como las de parentesco, que se deducen de la localización y disposición de grupos discretos de viviendas, parecen que no lo hicieron. Expresado en otras palabras, la similitud en la secuencia de patrones de asentamiento local y la disposición de unidades domésticas que se evidenciaron en San Carlos, en Samacá en el valle de la Laguna, en El Venado, en Soacha y Candelaria la Nueva, permiten concluir que la constitución social o parental de esas unidades no cambió sustancialmente; en tanto que sí hubo crecimiento de la población y cambios demográficos en ellas. Esto permite decir que las estructuras de parentesco y las concomitantes redes de relaciones sociales, tales como el matrimonio, la filiación, la herencia y la sucesión siguieron respondiendo favorablemente a condiciones socioculturales cambiantes durante períodos largos.

El uso del espacio y la disposición de la arquitectura en él, son fenómenos aparejados con acontecimientos políticos, económicos e ideológicos, razón por la cual cuando se suceden cambios en uno de esos lados esperaríamos vislumbrarlos en el otro; está claro que las unidades sociales (verbigracia para nuestro caso, las unidades domésticas) dejan su impronta en el espacio, y por ende deduciríamos cambios o no en ellas si encontráramos o no cambios en tal impronta. El tipo de unidades domésticas en consideración fueron creadas socialmente para responder y para asumir una variedad de funciones, dentro de las cuales se cuentan los roles económicos, políticos y los propios de parentesco. La importancia social de esas unidades pudo radicar en dos aspectos básicos; primero, en la fuerza que ejercían, para que por intermedio de ellas se pudieran establecer alianzas políticas con otras unidades sociales de filiación política diferente, vía redes de matrimonio (esto puede ser sugerido por medio del hallazgo, en varias unidades de residencia de El Venado, de cerámicas foráneas, que pueden representar redes de intercambio y no solo comercio); y segundo, en la forma de la organización que daban a esas alianzas para efectos reales del desenvolvimiento interno a la unidad social y política. Por esa razón, entre más y mejores parientes se tuvieran, mejor se podían asegurar las condiciones de vida y las redes de prestigio y poder. Esa pudo ser una de las razones por las cuales desde el período Herrera Temprano hasta el Muisca Tardío la adscripción de roles de estatus entre

unidades domésticas se dio. De acuerdo con algunos datos bioarqueológicos que se tienen (Acero, 2004; Boada, 1998, 2000b) es posible pensar que casi siempre se estableció de un hombre mayor a uno menor, o quizá de un tío a su sobrino, como se ha documentado en trabajos etnohistóricos (Correa, 2001; Villamarín y Villamarín, 1981).

Por tal motivo, es de considerar críticamente el hecho (Boada, 1998) que solo en un período, como el Herrera, las bases de jerarquía social y las relaciones de poder al interior y entre unidades domésticas hayan estado basadas en roles de parentesco como la adscripción del estatus entre ciertas categorías de personas. Ese tipo de relaciones se siguieron dando y se mantuvieron a lo largo de los períodos Muisca, y la característica de la adscripción al cargo dentro de la unidad doméstica de un individuo hombre a otro era la misma en todas las unidades domésticas. Asunto particular es que, como se ha mostrado, las unidades domésticas no hayan cambiado su estructura interna, para acomodarse a nuevas condiciones y dinámicas de la sociedad como la mayor exigencia de producción de ciertos bienes; eso pudo encontrar sentido en la extensión demográfica y en el crecimiento poblacional de varias unidades domésticas. Ese puede ser el resultado por el cual las unidades domésticas se extendieron en el espacio, sin que hayan cambiado su constitución o su estructura. Si un grupo posee muchos parientes en similares o diferentes zonas geográficas y políticas, no es difícil activar ciertos derechos y obligaciones. Las alianzas crean diversidad de compromisos, y esos compromisos generan respaldo entre las personas que hacen parte de las redes sociales comprometidas. Por ejemplo, se puede dar un tipo de cooperación económica en trabajos comunales; se puede establecer mancomunidad política para el ofrecimiento de fiestas, ceremonias y la protección de personas en caso de conflicto. Sin embargo, esto no implica que entre grupos cooperativos no se hayan dado diferencias políticas y económicas. Es claro, como se muestra en el trabajo de Boada (1998) en El Venado, que hubo barrios más ricos y prestigiosos que otros. Pero, en todos los que constituían la comunidad, la adscripción del estatus entre ciertos individuos era una regla, fuesen ricos o pobres, prestigiosos o no.

Si se analizan algunos datos bioarqueológicos (Acero, 2004; Boada, 1998, 2000b), a la luz de otros referentes teóricos, podría decirse que la sucesión o la herencia

del cargo tuvo un comienzo y un delineamiento particular desde épocas Herrera (y quizá mucho antes en grupos precerámicos), que se afianzó durante el período Muisca Temprano. Si se tienen indicios de infantes que recibieron un estatus social un poco mayor y se ha planteado la sujeción de estatus en hombres adultos o ancianos (Boada, 1998), se podría sugerir que se trata de la sucesión al cargo en el interior de unidades sociales desde el padre hacia el hijo o desde el tío al sobrino o *in abstractum* desde un pariente masculino hacia otro en la misma línea de descendencia, en donde el padre o algún pariente masculino colateral era la cabeza de dichas unidades y el hijo o un pariente colateral a la misma generación, mantenía la línea de sucesión. Al interior de conjuntos de residencia (particularmente representados por la ubicación de unidades domésticas), el tipo de jerarquía que se sucedía estaba más determinado por algún tipo de prestigio condicionado por referentes de sexo y edad, que por la posesión de muchos bienes o riqueza.

En síntesis, entre los Muisca y los Herrera, las bases de poder pudieron ser las mismas, manifestándose entre uno y otro período de forma cuantitativamente diferente. La importancia del cacique pudo estar centrada en la dirección y coordinación de las labores (prestigio) y en un pago dado por eso (riqueza) (Boada, 1998), pero la adscripción de un sujeto a cierto estatus no era privativa de los grupos de elite. La adscripción al cargo se trató más bien de *un derecho* que poseían todos los individuos jefes de las mismas unidades sociales (privilegiadas o no), a lo largo de todas las que constituían la sociedad. Parece ser que los patrones ideológicos de sucesión al cargo se deben más a una regla de parentesco que cobija toda la sociedad, que a un factor que incidió, desde épocas tempranas, en los cambios hacia la estratificación social.

Estas líneas fueron fruto del trabajo de análisis y síntesis de datos propios y provenientes de otros autores. Pensamos que lo que se ha expuesto tiene un grado asertórico, pero no es conclusión definitiva ni es verdad revelada. Esperamos que estas inferencias susciten inquietudes y críticas que permitan avanzar en líneas epistemológicas y teóricas sobre la complejidad social en general, con particular énfasis en las sociedades Herrera y Muisca.



BIBLIOGRAFÍA

ACERO A., M. A. 2004. *Bioarqueología de una población muisca temprano en San Carlos, Funza, Cundinamarca*. Tesis de grado. Departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia. Sin publicar

ARDILA C., G. 1984. *Chía. Un sitio precerámico en la Sabana de Bogotá*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas del Banco de la República. Bogotá.

BLANTON, R. E., S. A. Kowaleski, G. Feinman y J. Appel. 1981. *Ancient Mesoamerica. A Comparison in Change in Three regions*. Cambridge University Press, New York.

BOADA R., A. M. 2000b. Variabilidad mortuoria y organización social prehispánica en el sur de la Sabana de Bogotá. En Mónica Therrien y Braidá Enciso (comp.), *Sociedades complejas en la Sabana de Bogotá Siglos VIII al XVI d.C.* ICANH, Bogotá.

_____. 2000a. *Patterns of Regional Organization in the Sabana de Bogotá, Colombia (Funza, Mosquera and Fontibón Municipios)*. Instituto Colombiano de Antropología, Heinz Foundation Report.

_____. 1998. *Basis of Social Hierarchy in a Muisca Central Village of the Northeastern Highlands of Colombia*. Doctoral Dissertation. Department of Anthropology, University of Pittsburgh, Pittsburgh, Pennsylvania.

_____. 1987. *Asentamientos indígenas en el valle de La Laguna*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Banco de la República. Bogotá

BOTIVA, A. 1987. La Altiplanicie Cundiboyacense. En *Colombia prehispánica. Regiones Arqueológicas*. Colcultura, Instituto Colombiano de Antropología, pp 77-115. Bogotá.

BROADBENT, S. 1974. *Situación del Bogotá Chibcha*. Revista Colombiana de Antropología XVII: 119-131, Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá.

_____. 1966. The site of Bogotá Chibcha. *Ñawpa Pacha* 4: 1-14. Berkeley.

BROADBENT, S. 1964. Agricultural terraces in Chibcha territory Colombia. *American Antiquity* 29 (4):501-504.

CARDALE, M. 1988-89. En Busca de los Primeros Agricultores del Altiplano Cundiboyacense. *Maguaré*, Revista del departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia. Vol V, No. 5 (1987), pp 99-125

_____. 1987. *En busca de los primeros agricultores del altiplano cundiboyacense*. *Maguaré*, 5(5):99-125.

_____. 1983. *Ocupaciones humanas en el Altiplano Cundiboyacense*. Boletín, Museo del Oro, Banco de la República, Año 4, Septiembre - Diciembre. Bogotá.

_____. 1981. *Las Salinas de Zipaquirá, su Explotación Indígena*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Banco de la República. Bogotá.

CORREA, F. 2001. Fundamentos de la organización social muisca. En: *Los chibchas. Adaptación y diversidad en los Andes orientales de Colombia*. José Vicente Rodríguez (Ed). Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

CORREAL U., G. 1990. *Los albores culturales en Colombia*. Parques Arqueológicos de Colombia, Instituto Colombiano de Antropología, pp 41-54, Bogotá.

_____. 1989 *Aguazuque: evidencias de cazadores, recolectores y plantadores en la altiplanicie de la cordillera Oriental*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá.

_____. 1981. *Evidencias culturales y megafauna pleistocénica en Colombia*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas del Banco de la República. Bogotá.

_____. 1979. *Investigaciones arqueológicas en los abrigos rocosos de Nemocón y Sueva*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas del Banco de la República. Bogotá.

CORREAL U., G. y M. Pinto N. 1983. *Investigación arqueológica en el municipio de Zipacón*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas del Banco de la República. Bogotá.

CORREAL U., G. y T. van der Hammen. 1977. *Investigaciones arqueológicas en los abrigos rocosos del Tequendama. 11000 años de prehistoria en la Sabana de Bogotá*. Biblioteca Banco Popular, Bogotá.

DRENNAN, R. D. 1993. Sociedades complejas precolombinas. Variación y trayectorias de cambio. En *La construcción de las Américas. Memorias del VI Congreso de Antropología en Colombia*. Carlos A. Uribe (Ed). Uniandes. Bogotá, p. 31-49.

_____. 1992. Stratigraphic Excavations. En Robert D. Drennan, Mary M. Taft, y Carlos A. Uribe (eds). *Cacicazgos prehispánicos en el valle de la Plata*, Tomo 2, Cerámica-cronología y producción artesanal. University of Pittsburgh, Memoirs in Latin American Archaeology 5. Pittsburgh, pp. 27-77.

_____. 1991. Pre-Hispanic Chiefdom Trajectories in Mesoamerica, Central America and Northern South America En *Chiefdoms: Power, Economy and Ideology*. Timothy Earle (Ed.), pp. 263-293. Cambridge University Press. Cambridge.

DUQUE G., L. 1967. Tribus indígenas y sitios arqueológicos. *Historia extensa de Colombia*. Vol. 1. Tomo II. Prehistoria. Academia Colombiana de Historia. Ediciones Lerner. Bogotá.

_____. 1965. Etnohistoria y arqueología. *Historia extensa de Colombia*. Vol. 1. Tomo I. Academia Colombiana de Historia. Ediciones Lerner. Bogotá.

ENCISO, B. E. 1995. *Ruinas de un poblado muisca en el valle del río Tunjuelito. Urbanización Nueva Fábrica, antes Industrial Las Delicias*. Manuscrito. Instituto Colombiano de Antropología. ICAN. Bogotá.

FALCHETTI, A. M. 1975. *Arqueología de Sutamarchán*. Biblioteca Banco Popular. Bogotá.

FALCHETTI, A. M. y PLAZAS, C. 1973. El territorio de los muisca a la llegada de los españoles. *Cuadernos de Antropología 1*. Universidad de los Andes. Bogotá.

FEINMAN, G. S. 1991. Demography, Surplus, and Inequality: Early Political Formations in Highland Mesoamérica. En *Chiefdoms: Power, Economy and Ideology*. Timothy Earle (Ed). Pp. 229-262. Cambridge University Press. Cambridge.

FEINMAN, G., S. y J. Neitzel. 1984. Too many types: An overview of prestate sedentary societies in the Americas. En *Advances in Archaeological Method and Theory* 7. M. Schiffer (Ed), pp. 39-102. New York: Academic Press.

GEERTZ, C. 1992 [1973]. *La interpretación de las culturas*. Gedisa Editorial. Barcelona.

GROOT, A. 1995. Checua: un aporte para el conocimiento del precerámico de la sabana de Bogotá. *Ámbito y ocupaciones tempranas de la América tropical*, Inés Cavelier y Santiago Mora (Eds), pp 45-58. Erigaie-ICAN, Bogotá.

_____. 1992 *Checua: una secuencia cultural entre 8500 y 3000 años antes del presente*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá.

HERNÁNDEZ, B. 2002. *Análisis comparativo de la cerámica Herrera Tardío y Muisca Temprano en San Carlos, Funza*. Monografía de grado. Departamento de Antropología, Universidad de los Andes. Bogotá.

HERRERA, L. F. 1972. *Excavaciones arqueológicas en Pasca: una zona limítrofe de posibles contactos muisca-panche*. Tesis de Grado, inédito. Universidad de los Andes. Bogotá.

JOHNSON, A. y T. Earle. 1987. *The Evolution of Human Societies*. Stanford University Press.

LANGENBAEK, C. H. 2000. Recientes investigaciones etnohistóricas y arqueológicas sobre la evolución de cacicazgos muisca. El caso de los valles de Fúquene y Susa. En: Mónica Therrien y Braida Enciso (comp.), *Sociedades complejas en la Sabana de Bogotá Siglos VIII al XVI d.C.* ICANH, Bogotá

_____. 1995. *Regional Archaeology in the Muisca Territory. A Study of the Fuquene and Susa Valleys*. University of Pittsburgh, *Memoirs in Latin American Archaeology*. No. 9

_____. 1992. *Noticias de caciques muy mayores. Origen y desarrollo de sociedades complejas en el nororiente de Colombia y norte de Venezuela*. Universidad de Antioquia, Universidad de los Andes, Medellín.

_____. 1987. *Mercados, poblamiento e integración étnica entre los Muisca del siglo XVI*. Colección Bibliográfica, Banco de la República. Bogotá.

LÉVI-STRAUSS, C. 1981. *Las estructuras elementales del parentesco*. Paidós. Buenos Aires.

LONDOÑO, E. 1985. *Los cacicazgos muisca a la llegada de los españoles. El caso del zacazgo o "Reino" de Tunja*. Tesis de grado, Universidad de los Andes. Bogotá.

_____. 1983. *La conquista de la laguna de Cucaita para el Zaque. Un hecho militar prehispánico muisca conocido por documentos de archivo*. Informe de semestre de campo. Bogotá: Departamento de Antropología, Universidad de los Andes. Bogotá.

LLERAS, R. 2000. La orfebrería y los cacicazgos muisca. Los problemas del material arqueológico y las etnias de la sabana de Bogotá. En Mónica Therrien y Braida Enciso (comp.), *Sociedades complejas en la Sabana de Bogotá Siglos VIII al XVI d.C.* ICANH, Bogotá.

_____. 1989. *Arqueología del alto valle de Tenza*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Banco de la República. Bogotá

PAEPE, P. de, y M. Cardale. 1990. *Resultados de un estudio petrológico de cerámicas del período Herrera, provenientes de la Sabana de Bogotá y sus implicaciones arqueológicas*. Museo del Oro, Boletín No. 27, pp 99-119.

PATIÑO C., A. 2002. *Acceso a líticos y cerámica decorada en un grupo residencial prehispánico en Funza, Cundinamarca*. Monografía de grado. Departamento de Antropología, Universidad de los Andes. Bogotá.

REICHEL-DOLMATOFF, G. 1985. *Arqueología de Colombia. Un texto introductorio*. Fundación Segunda Expedición Botánica. Bogotá.

_____. 1978. Colombia indígena: período prehispánico. En *Manual de historia de Colombia*. 1:35-115. Instituto Colombiano de Cultura. Bogotá.

_____. 1961. The Agricultural Basis of Sub-Andean Chiefdoms of Colombia. En *The Evolution of Horticultural Systems in Native South America: Causes and Consequences*. Edited by Johannes Wilbert, Caracas: Antropológica. Sociedad de Ciencias Naturales de la Salle. Supplement 2: 83-89.

_____. 1943. Apuntes arqueológicos en Soacha. *Revista Instituto Etnológico Nacional*, 1: 15-25. Instituto Etnológico Nacional. Bogotá.

RINCÓN, L. S. 2003. *La fauna arqueológica del sitio San Carlos, Municipio de Funza, sabana de Bogotá*. Tesis de grado. Departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia. Sin publicar.

RIVERA, S. 1992. *Neusa 9000 años de presencia humana en el páramo*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá.

ROMANO G, F. 2003. San Carlos: documentando trayectorias evolutivas de la organización social de unidades domésticas en un cacicazgo de la Sabana de Bogotá. *Boletín de Arqueología*, Vol. 18, pp.3-53. Bogotá D.C.

_____. 2002. *¿Y Usted con quien se casa? San Carlos: documentando 2500 años de organización social en una comunidad central de la sabana de Bogotá (Funza, Cundinamarca)*. Informe final. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Banco de la República. Bogotá.

_____. 1998. *Hacia un modelo de grupos corporados. Patrones de asentamiento agregado y complejidad social en San Agustín (Colombia), Moundville (Estados Unidos) y Wessex (Inglaterra)*. Ponencia Presentada en el Primer Congreso de Arqueología en Colombia. Universidad de Caldas. Manizales.

SERVICE, E. R. 1973. *Evolución y Cultura*. Librería Carlos Cesorman, S.A. Editorial Pax -México. México.

THERRIEN, M. y B. Enciso. 2000. Presentación general e Introducción. En Monika Therrien y Braid Enciso (Comp.), *Sociedades complejas en la Sabana de Bogotá Siglos VIII al XVI d.C.* ICANH, Bogotá.

VILLAMARÍN J. A. y J. E. VILLAMARÍN, 1981. Parentesco y herencia entre los chibchas de la Sabana de Bogotá al tiempo de la conquista española. En *Universitas Humanística*. 10 (16): 90-96. Bogotá.



V

LA COMUNIDAD Y EL CACICAZGO: UN ESTUDIO COMPARATIVO DE PATRONES DE ASENTAMIENTO REGIONAL EN EL ALTO MAGDALENA, EL VALLE DE OAXACA Y MONGOLIA INTERIOR

Robert D. Drennan

Universidad de Pittsburgh

Christian E. Peterson

Universidad de Hawaii

INTRODUCCIÓN¹

EXISTE UNA AMPLIA VARIEDAD DE ORGANIZACIÓN ENTRE LOS CACICAZGOS TEM-
pranos, pero todos representan, en sus respectivas regiones, el desarrollo inicial
de relaciones sociales de carácter jerárquico permanente. En estas sociedades,
quienes querían ser caciques tenían éxito al crear relaciones desiguales con otros
miembros de sus propias comunidades. Su éxito, en este sentido, fue suficiente
para transformar los principios fundamentales de organización comunitaria.

Las comunidades en las que sucedió esta transformación eran de diversas escalas.
En antropología siempre se ha manejado un concepto de pequeñas comunidades
locales compuestas por un conjunto de habitantes que mantienen una interacción
personal casi diaria. Estas pequeñas comunidades locales pueden existir al inte-
rior de comunidades de orden mayor, las cuales, a su turno, pueden formar los
componentes de comunidades todavía más extensas. Desde esta perspectiva, la
formación inicial de un cacicazgo consiste en la creación de una comunidad de
escala más amplia, con mecanismos de integración más fuertes que las anteriores.

1. Agradecemos a Stephen Kowalewski, quien nos facilitó datos de patrones de asentamiento del valle de Oaxaca en formato electrónico y a Gideon Shelach, quien compartió comentarios acerca de una versión anterior.

Los estudios de patrones de asentamiento proporcionan una oportunidad para la delimitación de estas comunidades, de manera que facilita su comparación. El análisis correspondiente parte del supuesto de que las comunidades de interacción social se reflejan en los patrones de distribución de la ocupación humana en el paisaje.

Cuando se definió el enfoque arqueológico que se ha denominado “patrones de asentamiento”, Parsons (1972) observó que las comunidades humanas son reconocibles en el registro arqueológico. También enfatizó que la tarea de identificarlas y delimitarlas requiere atención analítica explícita; no es suficiente asumir que aquello que conviene definir por varias razones como un sitio arqueológico, automáticamente corresponde a una comunidad social. También señaló la importancia de enfocar la atención por separado, pero de manera complementaria, en diferentes escalas de análisis. Todas estas observaciones son fundamentos del punto de vista analítico adoptado para realizar las comparaciones que aquí se describen (Peterson y Drennan, 2005).

LA REGIÓN DE CHIFENG (MONGOLIA INTERIOR ORIENTAL, REPÚBLICA POPULAR DE CHINA)

Los patrones complejos de la organización social surgieron en el noreste de China durante el período Hongshan (ca. 4500-3000 a.C.) (Barnes, 1993: 108-110; Chang, 1986: 181-188; Guo, 1995; Nelson, 1990, 1994, 1997; Shelach, 1999). Los objetos espectaculares, tales como esculturas de jade y cerámica fina con diseños pintados, sugieren la presencia de especialización artesanal, y su inclusión en unos cuantos entierros muy elaborados se considera evidencia de una jerarquía social impresionante, aunque no se conoce mucho sobre el carácter exacto de estas relaciones sociales desiguales (Childs-Johnson, 1991; Chiou-Peng, 1994; Guo, 1995, 1997; Liaoning, 1997; Nelson, 1994: 9-10; 1997: 60; 2001). En ese período, grandes grupos de obreros construyeron, mediante coordinación, estructuras de posible función ceremonial, que fueron utilizadas por los habitantes de comunidades extensas con cierto grado de centralización (Barnes y Guo, 1996; Guo, 1995; Guo y Zhang, 1984; Fang y Liu,

1984; Liaoning, 1986, 1997). El fenómeno Hongshan ha sido denominado un “Estado”, como si se tratara de una sola unidad política integrada, pero es evidente que esta “cultura arqueológica” representa un número elevado de unidades políticas o sociedades de carácter más local. La escala demográfica y el grado de jerarquía social de estas sociedades concuerdan más con las que muchas veces se denominan “cacicazgos”. Se tiene información detallada sobre patrones de asentamiento para un área de 765 km² al oeste de la ciudad de Chifeng (Figura 5.1), una parte muy pequeña del área total de distribución de la cultura Hongshan (Chifeng, 2003a, 2003b; Chinese-American, 2002; Linduff, Drennan y Shelach, 2004); el mapa de localización de los sitios en donde la cerámica Hongshan fue recuperada en la región de reconocimiento sistemático (Figura 5.2), muestra un patrón de pequeños asentamientos de agricultores, generalmente no muy lejanos de lo que hoy en día son las zonas de cultivo más productivas del valle. Es evidente que no fue difícil mantener el contacto entre los habitantes de la región, ya que la población pudo haber sido de entre 4.000 y 8.000 (Drennan *et al.*, 2003) en un área que puede ser atravesada a pie en un día. Se habrían podido abastecer sin problemas las necesidades nutritivas de esta población con la producción de una parte muy pequeña de la región y la interacción social habría sido más fácil si la ocupación se hubiera concentrado en uno o pocos lugares. Sin embargo, la ocupación se extendió por toda la región, lo cual sugiere que toda esta población no fue integrada en una interacción social muy intensa.

La figura 5.2 muestra una serie de agrupaciones de pequeñas áreas ocupadas muy próximas unas de otras, con una separación mayor de otras agrupaciones. La delineación sistemática de estas agrupaciones nos permite examinar en detalle los patrones de interacción social y la formación de las comunidades. Peterson y Drennan (2005) sugieren que las comunidades de interacción social pueden ser delineadas con base en la representación de la distribución de población en una región como una superficie, partiendo del supuesto que, generalmente, la interacción social disminuya a medida que la distancia aumenta. Las poblaciones prehistóricas de Chifeng han sido reconstruidas con base en las áreas y densidades de restos arqueológicos de distintos períodos en la superficie (Drennan *et al.*, 2003). La superficie que

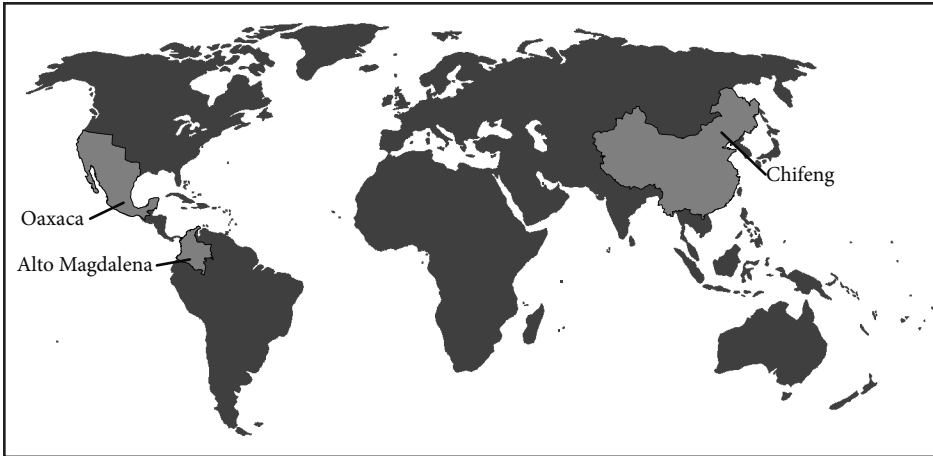


Figura 5.1. Las tres regiones arqueológicas comparadas en este artículo.

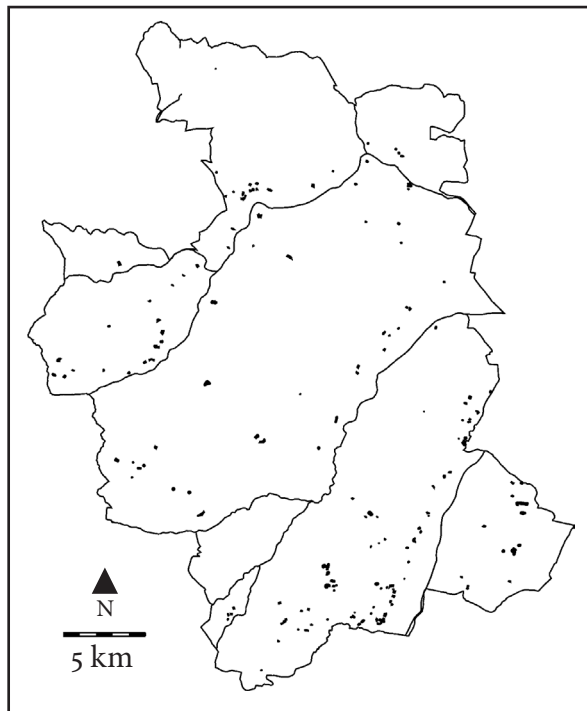


Figura 5.2. Distribución de la cerámica Hongshan en el área de reconocimiento sistemático de Chifeng.

aparece en la figura 5.3 sin duda representa mejor que la figura 5.2 la distribución de la ocupación Hongshan, ya que refleja no solamente las áreas de distribución superficial de cerámica, sino también sus densidades. Algunos de los “picos” de la figura 5.3 incluyen varias áreas, separadas pero vecinas, en donde se recuperó cerámica Hongshan. La combinación de distintas áreas de ocupación formando un solo pico ocurre especialmente cuando se trata de un área mayor de ocupación y/o una densidad más alta de cerámica. Esta tendencia puede ser aprovechada como un método natural y sistemático para agrupar las distintas áreas de ocupación en lo que pueden ser comunidades. Si la superficie de la figura 5.3 se presenta como un mapa topográfico se puede seleccionar una línea de contorno muy baja para delinear las bases de los picos donde se elevan del terreno plano (sin ocupación) que los rodea. En el caso de la ocupación Hongshan, dicha línea define claramente unas 125 agrupaciones de ocupación (Figura 5.4). Las más pequeñas parecen representar las residencias aisladas de una sola familia, pero las más extensas pueden comprender a varios cientos de habitantes. La claridad de las agrupaciones sugiere que la interacción social tuvo una estructura fuerte basada en pequeñas comunidades locales. Todas las agrupaciones que se definen tienen menos de 900 m de extensión y los habitantes de un área tan reducida bien pueden mantener una interacción personal casi diaria, por lo que la distribución regional de la ocupación Hongshan parece reflejar una unidad bien definida de interacción social. Su tamaño varía, pero el promedio sería de unas 10 a 12 unidades domésticas, posiblemente integradas por lazos de parentesco, que compartían una serie de rutinas y actividades diarias. Esta clase de interacción tenía importancia para las familias Hongshan, ya que decidieron ubicar sus residencias en estos conjuntos y no, por ejemplo, al lado de sus respectivos campos de cultivo.

Algunas de las pequeñas comunidades Hongshan (pero no todas) también forman agrupaciones de escala mayor, como conjuntos de varias comunidades a poca distancia unas de otras, con una buena separación de otras agrupaciones. Para facilitar la identificación de interacción a esta escala mayor, Peterson y Drennan (2005) “suavizaron” matemáticamente las superficies que representan la distribución de la ocupación. A medida que se aplican fórmulas de suavización más fuertes a la super-

ficie de ocupación Hongshan, los picos de agrupación se amplían y algunos se unen (Figura 5.5). De nuevo, una línea de contorno muy bajo delinea agrupaciones de ocupación, aunque ahora el patrón es más complicado (Figura 5.6). Hacia el norte y el oeste las formas circulares definen las agrupaciones de las pequeñas comunidades locales identificadas en la superficie no suavizada. Hacia el sudeste se define una sola agrupación muy extensa, aunque una segunda mirada a la superficie revela que esta caracterización es demasiado simplista. En realidad, son varios los picos en el sudeste, pero con una separación reducida. El resultado es que la superficie “plana” a partir de la cual suben los picos se ha levantado de manera general por todo este sector. La línea de contorno que define las bases de los seis picos en el sudeste es, en efecto, más alta que la línea que hace lo mismo en el noroeste. Entre estos dos niveles, la topografía del sudeste forma “valles” que separan los picos de ocupación (Figura 5.6). Otras pequeñas comunidades locales se agrupan con uno u otro de los picos, a los lados de estos valles ocupacionales, que pueden ser tomadas como los límites de “distritos”, es decir unidades de interacción social como las comunidades mayores del noroeste, pero con una dimensión territorial adicional.

En total son 65 agrupaciones de pequeñas comunidades locales, algunas de las cuales solo tienen una comunidad pequeña. De las 65, unas 14 tienen poblaciones que probablemente exceden los 150 habitantes y que se diferencian de las otras en la distribución de frecuencias de poblaciones de agrupaciones. Estas 14 comunidades sugieren la presencia de una estructura de comunidades de orden mayor que el de las pequeñas comunidades locales de interacción personal y diaria. Aparentemente, no todos los habitantes Hongshan de la región se integraron en tales comunidades de orden mayor. Aproximadamente el 25% de la población regional vivía en las 51 pequeñas comunidades locales no incluidas en alguna de las 14 comunidades de orden mayor. En la mayoría de éstas, en donde vivía el 75% de la población regional, las pequeñas comunidades locales funcionan como unidades para la construcción social de las comunidades mayores, que incorporan hasta 10 de las pequeñas (aunque en dos instancias las mayores están conformadas por una sola comunidad local). Las de orden mayor tienen hasta 3 km de largo, una escala espacial que no permite la interacción personal diaria de todos sus habitantes. Interpretamos estas

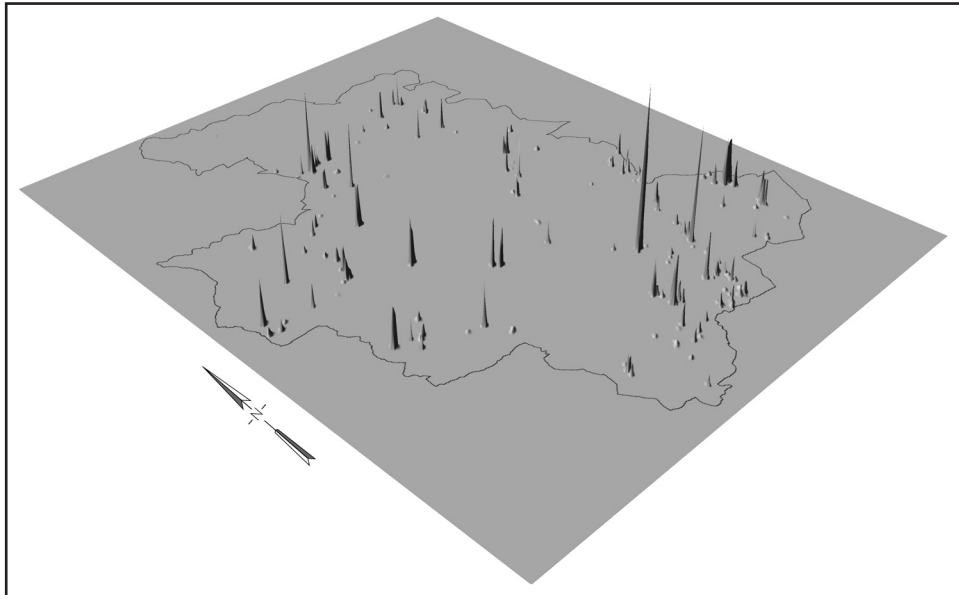


Figura 5.3. Superficie no suavizada que representa la distribución de la población Hongshan en la región de Chifeng.

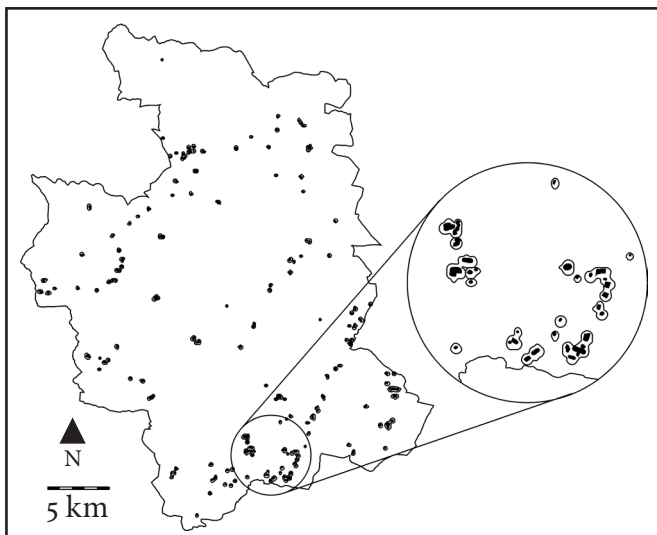


Figura 5.4. Línea de contorno baja que define las bases de los picos de ocupación Hongshan que se ven en la Figura 5.3. Se identifican agrupaciones de la ocupación que pueden corresponder a pequeñas comunidades locales de interacción social.

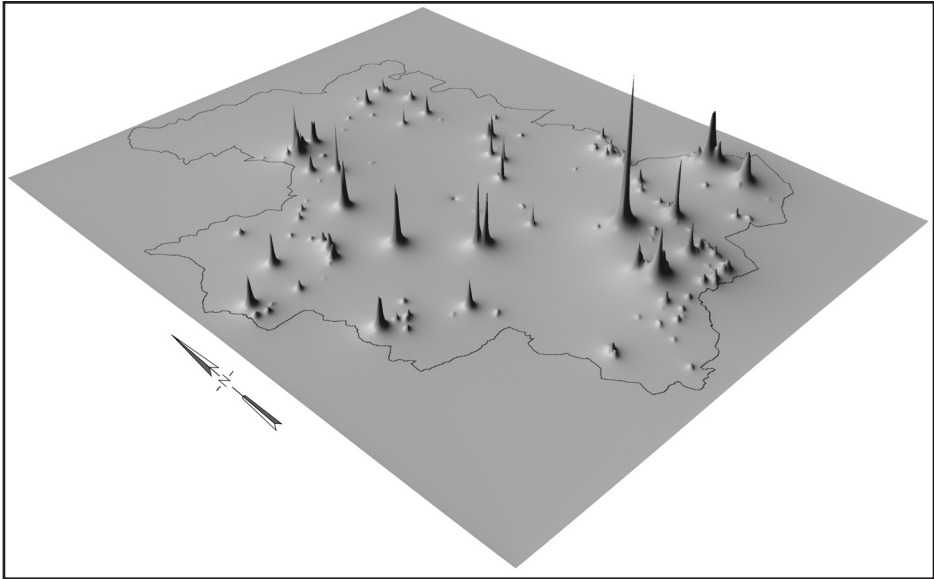


Figura 5.5. Superficie suavizada que representa la distribución de la población Hongshan en la región de Chifeng.

agrupaciones como una indicación de que la interacción entre las pequeñas comunidades locales unidas en una agrupación fue más intensa que la interacción entre pequeñas comunidades en diferentes agrupaciones.

Esta riqueza de estructura de orden mayor no se ve en las distribuciones de los períodos anteriores en Chifeng. La primera ocupación sedentaria, de tal vez 300 habitantes, durante el período Xinglongwa (ca. 6000-5250 a.C.), formó pequeñas comunidades locales, de vez en cuando agrupando algunas áreas separadas de ocupación (Figura 5.7), pero el número de pequeñas comunidades es tan reducido que no hay posibilidad de formar una estructura multi-escalar tan complicada como la de Hongshan. En el período Zhaobaogou (ca. 5250-4500 a.C.), la población regional creció, alcanzando entre 800 y 1.600 habitantes, y las áreas de ocupación también se dispersaron en todas partes de la región, formando pequeñas comunidades locales con muy poca señal de estructura de orden mayor (Figura 5.8). Así, los 14 distritos y comunidades mayores de Hongshan, conforman una estructura de interacción

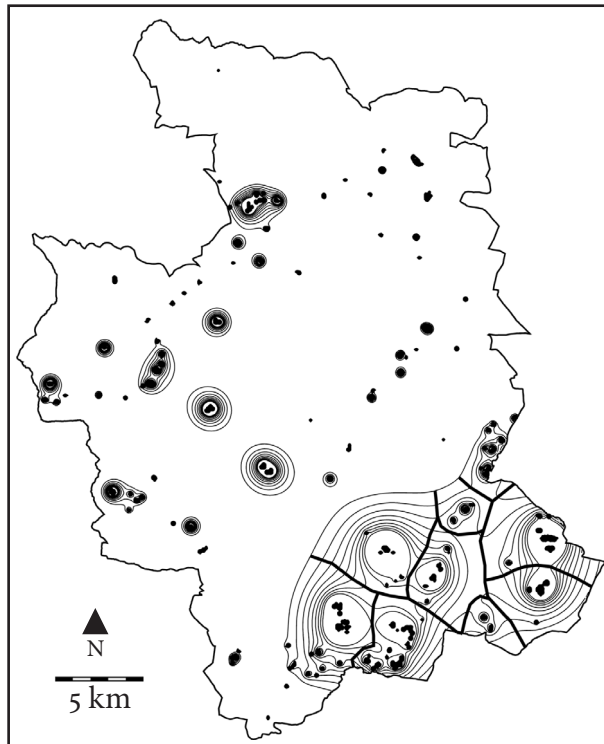


Figura 5.6. Líneas de contorno para la superficie suavizada de la Figura 5.5. Hacia el noroeste definen las bases de picos que corresponden a comunidades de orden mayor; hacia el sudeste, en el paisaje de ocupación más complicada, las líneas gruesas indican la división en distritos.

social que no existió antes en Chifeng. Sus poblaciones varían desde un mínimo de unos 150 habitantes hasta un máximo de tal vez 1.000. Dentro de la mayoría de las comunidades más amplias se puede identificar una sola comunidad local cuya población es mucho más grande que la de las otras. De los gráficos de rango-tamaño (*rank-size graphs*) correspondientes a cada una de las comunidades de orden mayor (Figura 5.9), casi todos muestran los patrones *log-normal* o *primate*, que reflejan las unidades sociopolíticas centralizadas. El gráfico rango-tamaño del área total del reconocimiento tiene una fuerte forma convexa (Figura 5.10) y probablemente

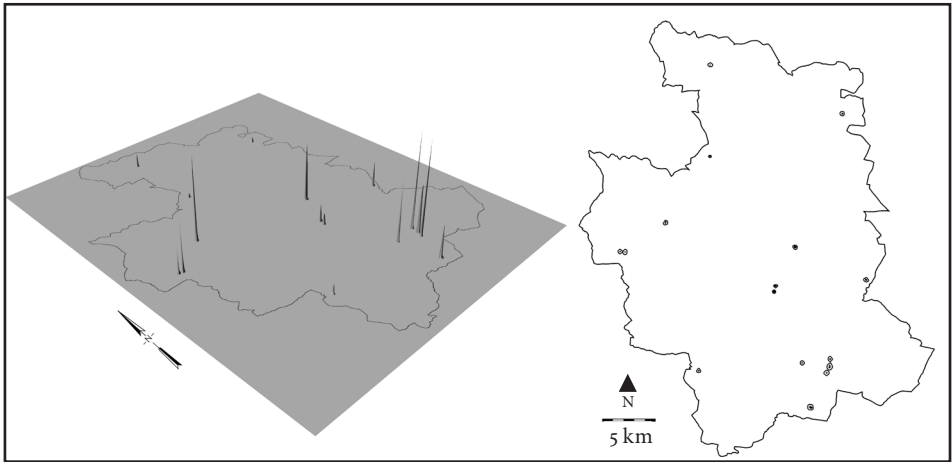


Figura 5.7. Superficie no suavizada que representa la distribución de la población Xinglongwa en la región de Chifeng (izquierda) y línea de contorno baja que indica las bases de los picos de ocupación para agrupar las áreas de ocupación individuales en pequeñas comunidades locales (derecha).

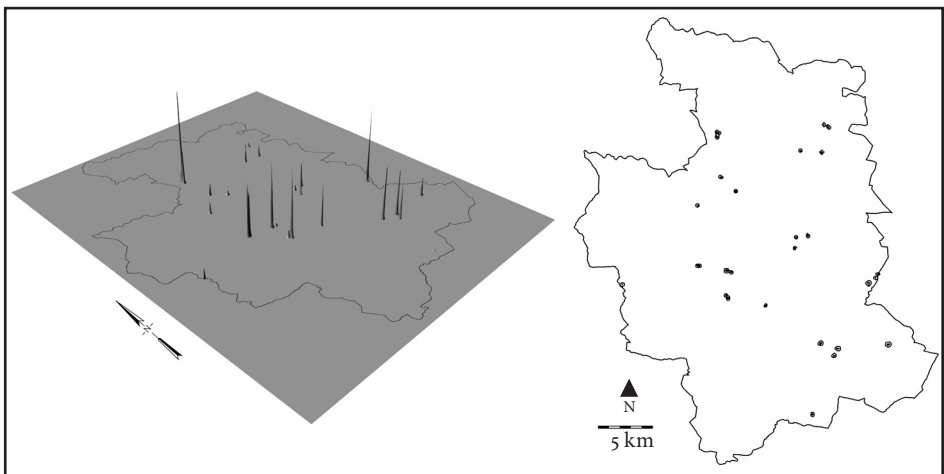


Figura 5.8. Superficie no suavizada que representa la distribución de la población Zhao-baogou en la región de Chifeng (izquierda) y línea de contorno baja que indica las bases de los picos de ocupación para agrupar las áreas de ocupación individual en pequeñas comunidades locales (derecha).

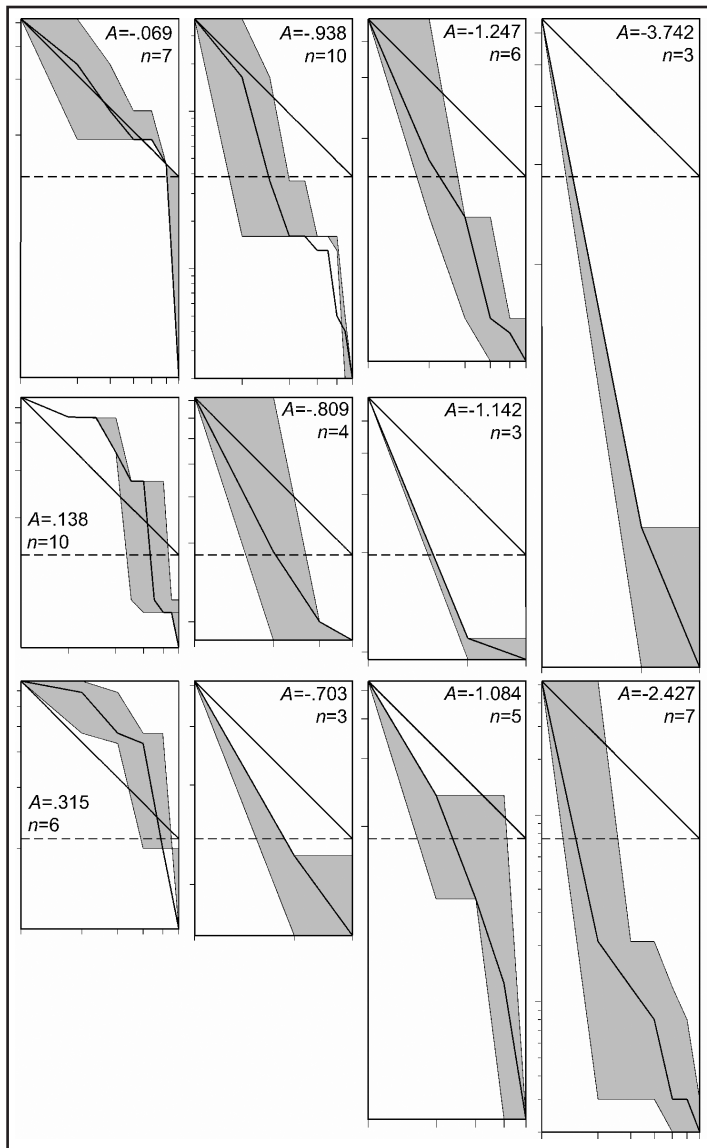


Figura 5.9. Gráficos de rango-tamaño (*rank-size graphs*) para las pequeñas comunidades locales en cada una de las comunidades de orden mayor o distritos del periodo Hongshan. Las comunidades de orden mayor que no tienen por lo menos tres comunidades locales distintas, no se incluyen. Los valores A y las zonas de confianza de 67% correspondientes a las líneas de rango-tamaño están indicadas (Drennan y Peterson, 2004).

indica la presencia en el área de una multiplicidad de unidades no integradas en ninguna organización centralizada superior.

Así vemos en los patrones regionales de asentamiento, los tipos de comunidad Hongshan que han sido postulados anteriormente con base en evidencias menos directas. Estas comunidades pueden haber sido originadas por el aumento de interdependencia económica que se genera con la producción especializada. También pueden haber desarrollado las actividades para las cuales se construyeron los edificios públicos o ceremoniales y pueden haber proporcionado la mano de obra organizada para su construcción. Tales comunidades bien pueden haber sido organizadas según los principios jerárquicos de los rangos sociales indicados por los entierros Hongshan. En la zona de reconocimiento analizada, aún no se han excavado estructuras públicas ni entierros sofisticados del período; por lo tanto, su presencia es incierta. Sin embargo, al occidente del área de este análisis, todavía se conservan montículos de piedra en sitios Hongshan (Shelach, 1999: 79-83).

EL ALTO MAGDALENA (COLOMBIA)

Evidencias arqueológicas de la organización social compleja se encuentran en el alto Magdalena (Figura 5.1) durante el período Clásico Regional (1-900 d.C.). Están conformadas por tumbas monticulares, muchas veces asociadas con estatuaria monumental que representa figuras humanas, de animales y sobrenaturales (Duque, 1964; Duque y Cubillos, 1979, 1983, 1988; Cubillos, 1980, Reichel-Dolmatoff, 1972; Llanos, 1995). Obviamente, esta clase de tratamiento tan espacial para los difuntos sólo se proporcionaba a pocos y determinados personajes de gran importancia, pero (como en el caso de la sociedad Hongshan) desconocemos el carácter exacto de las posiciones sociales que ocuparon estas personas durante su vida. Aunque son bien conocidas en muchas partes de Colombia tumbas dotadas con ajuares suntuosos, las monumentales del Clásico en el alto Magdalena no contienen muchos elementos identificables como de riqueza personal; tal vez sugieren una jerarquía social basada más en símbolos o en rituales que en el manejo de riqueza económica (Drennan, 1995). Aquí enfocamos la atención en datos de asentamiento prehispánico de un

área de reconocimiento sistemático en el valle de la Plata (Drennan, 2000; Drennan ed., 1985, 2005; Drennan y Quattrin, 1995; Drennan, Taft y Uribe eds., 1993; Drennan *et al.*, 1991; Herrera, Drennan y Uribe eds., 1989). La población total de esta área de 317 km² durante el Clásico Regional probablemente fue entre 7.000 y 14.000 habitantes (comparada con la de 4.000 a 8.000 para Hongshan en un área mucho más extensa). Esta densidad de población (unas 20 a 40 personas por km²) es mucho mayor a la de Hongshan (5 a 10 por km²), pero las evidencias no sugieren presión demográfica en el alto Magdalena.

El patrón de distribución de esta ocupación en el alto Magdalena no es de unas cuantas pequeñas comunidades locales separadas por gran cantidad de terrenos desocupados, como en el caso Hongshan, sino de una dispersión impresionante sobre gran parte del paisaje (Figura 5.11). En el área de reconocimiento, los restos del Clásico cubren el 7,3% del área total, comparado con el 0,3% en el caso de Hongshan. Si tratamos de encontrar pequeñas comunidades locales en una superficie que representa la distribución de ocupación en el alto Magdalena (Figura 5.11), como se hizo para Hongshan, no encontramos nada semejante. Las bases de algunos de los picos que se forman son pequeñas y separadas, pero muchas otras se unen y sus áreas combinadas se extienden hasta 2 km² o más. Las unidades domésticas del alto Magdalena no decidieron consistentemente ubicar sus residencias en agrupaciones, como lo hicieron las familias Hongshan. Concluimos que la interacción humana en el alto Magdalena probablemente no tenía una intensidad especial dentro de las pequeñas comunidades locales (y menos intensidad entre comunidades diferentes) porque no es posible identificar tales comunidades en la distribución de los desechos de la ocupación. Las áreas extensas de ocupación del período Clásico cubren distancias de casi 3 km, es decir, demasiado largas para posibilitar la interacción personal diaria. Estudios más detallados de áreas residenciales del Clásico (por ejemplo, González, 1998) sugieren unidades domésticas que generalmente tenían sus residencias en las parcelas que cultivaban, un patrón similar al que se aprecia hoy en partes del alto Magdalena. A la vez, el patrón que se observa para Hongshan, se asemeja al patrón de asentamiento moderno de la región de Chifeng, con aldeas compactas separadas por áreas de cultivo abiertas, aunque las aldeas Hongshan fueron

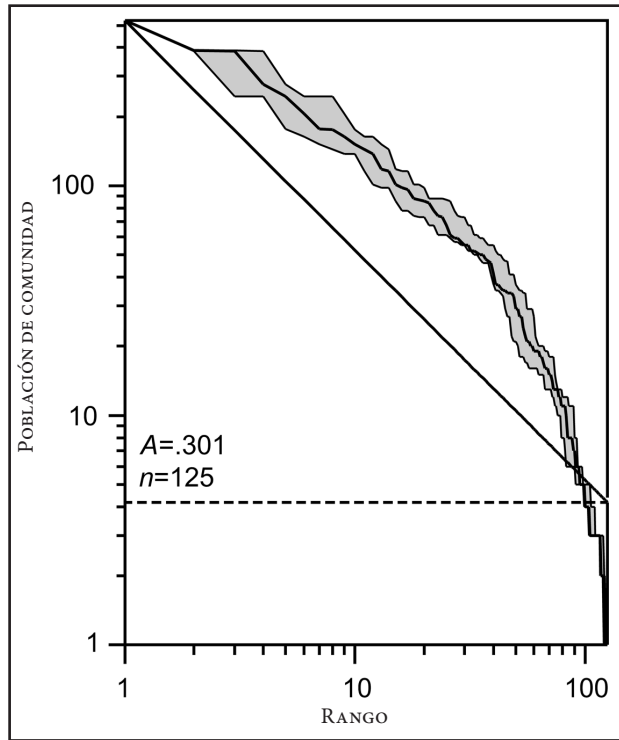


Figura 5.10. Gráfico de rango-tamaño (*rank-size graph*) para todas las pequeñas comunidades locales en la zona de reconocimiento sistemático de Chifeng. El valor A y la zona de confianza de 67% correspondientes a las líneas de rango-tamaño están indicadas (Drennan y Peterson, 2004).

más pequeñas y mucho más alejadas de sus vecinas que las modernas (Peterson y Drennan, 2005).

La comunidad local, entonces, es muy fácil de identificar en el registro arqueológico de Hongshan y parece que sirvió como unidad importante en la construcción social de las comunidades de orden mayor que conforman agrupaciones de unidades locales. En cambio, en el alto Magdalena, posibles pequeñas comunidades locales aparecen únicamente en las periferias donde el asentamiento es más esparcido. Grandes aglomeraciones de ocupación dispersa se extienden por kilómetros sin ninguna indicación de estructura espacial a escala menor. La superficie que

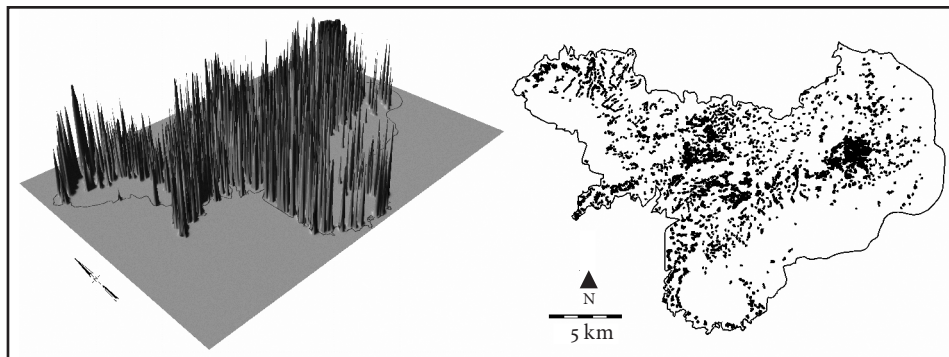


Figura 5.11. Superficie no suavizada que representa la distribución de la población del Clásico Regional en la zona occidental de reconocimiento del valle de la Plata en el alto Magdalena (izquierda), basada en las ubicaciones en donde la cerámica del Clásico Regional ha sido encontrada (derecha).

representa la distribución de ocupación clásica del alto Magdalena también puede ser suavizada matemáticamente en busca de estructura a escala mayor (Figura 5.12), así como se hizo en el caso Hongshan. En esta superficie suavizada, la multiplicidad de picos pequeños que aparecen en la no suavizada se convierten en dos “colinas” principales y tres más bajas de ocupación densa. La ocupación del alto Magdalena tiene tal grado de dispersión que, en contraste con la superficie correspondiente a Hongshan, no existe en ninguna parte del área alguna superficie plana de la cual se levanten picos aislados. Toda la superficie tiene las características que nos condujeron a delinear distritos en el sector sudeste de la superficie suavizada Hongshan, según los valles ocupacionales entre las colinas. Para el Clásico en el alto Magdalena, los valles sugieren dos distritos extensos y relativamente completos (Figura 5.12) y tal vez tres más de los cuales solamente se incluye una parte en el área de reconocimiento.

Para el Clásico del alto Magdalena, algunas evidencias adicionales apoyan la interpretación de estas colinas de ocupación como distritos o comunidades territoriales. Los dos distritos complejos y dos de los tres fragmentos de distritos, tienen un solo sitio de tumbas monumentales y estatuaria, que conforma un posible centro

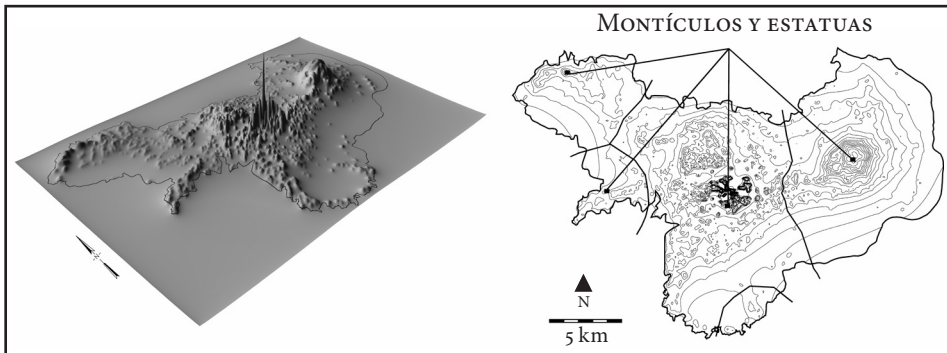


Figura 5.12. Superficie suavizada que representa la distribución de la población del Clásico Regional en la zona occidental de reconocimiento del valle de la Plata en el alto Magdalena (izquierda) y mapa topográfico de la misma superficie (derecha) mostrando la división del área en distritos.

ceremonial para el distrito correspondiente. Las identidades sociopolíticas de los distritos del alto Magdalena pueden haber sido creadas y mantenidas en los rituales funerarios de los personajes de alto rango y en las ceremonias para las cuales se prestan las plazas con estatuaria adyacentes a las tumbas. De manera parecida, los centros ceremoniales (con algunas de las características de los sitios rituales Hongshan excavados fuera de la zona de reconocimiento Chifeng) pueden haber ejercido fuerzas sociales centrípetas en los distritos Hongshan. La presencia de tales centros dentro del área de reconocimiento Chifeng queda por demostrar, pero su presencia en el valle de la Plata corresponde bien a la delineación de los distritos. Los distritos del Clásico en el alto Magdalena son más extensos que los de Hongshan en Chifeng (cubren distancias de 10 a 12 km, comparadas con 4 a 6 en Hongshan) y sus poblaciones también fueron mayores, pues los dos completos en el valle de la Plata tuvieron varios miles de habitantes (tal vez hasta 7.000), mientras que los distritos Hongshan no alcanzaron más de 1.000.

La ocupación sedentaria más temprana del alto Magdalena ca. 1000 a.C. (Formativo 1) fue mucho más reducida que la del Clásico, aunque en un lapso de 400 años creció, por lo menos, a 1.500 habitantes. Aunque la población fue muy esparcida, su

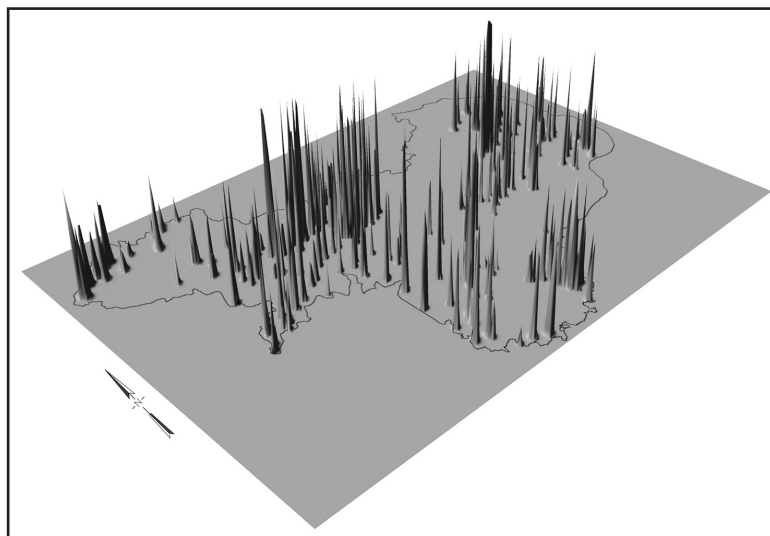


Figura 5.13. Superficie no suavizada que representa la distribución de la población del Formativo 1 en la zona occidental de reconocimiento del valle de la Plata en el alto Magdalena.

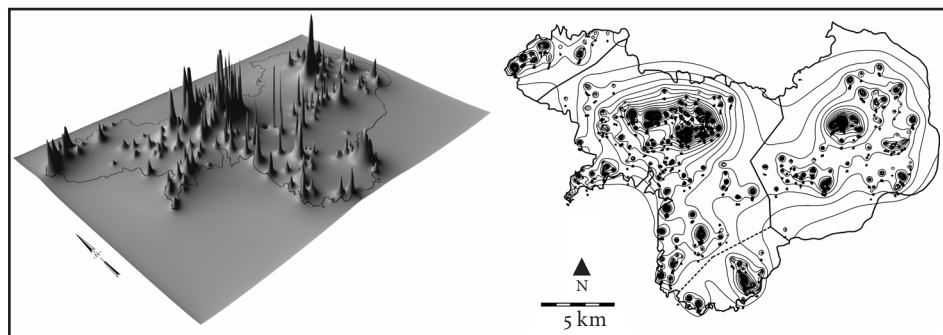


Figura 5.14. Superficie suavizada que representa la distribución de la población del Formativo 1 en la zona occidental de reconocimiento del valle de la Plata en el alto Magdalena (izquierda) y mapa topográfico de la misma superficie (derecha) mostrando la división del área en distritos.

distribución no se presta para la delineación de pequeñas comunidades locales, incluso si se presenta como una superficie no suavizada (Figura 5.13). Existen algunos picos de ocupación aislados, pero muchos se combinan especialmente en cuatro áreas. Como en el Clásico, la estructura espacial es más visible en una superficie suavizada (Figura 5.14), cuyas ondulaciones sugieren tres o posiblemente cuatro distritos. Los dos incluidos en forma más o menos completa en el área de reconocimiento tienen áreas muy parecidas a las de los distritos del período Clásico, pero sus poblaciones son mucho más reducidas. Las características básicas de esta estructura espacial de escala más amplia se ven en los patrones de asentamiento del alto Magdalena a partir del comienzo de la vida sedentaria. Hubo crecimiento demográfico durante los siglos subsecuentes y las fuerzas sociales centrípetas de los distritos jalaron con más fuerza hacia el centro, probablemente a medida que se elaboraron los centros funerarios y sus monumentos. Sin embargo, los distritos y comunidades de orden mayor en el alto Magdalena, en contraste con los de Hongshan, no aparecen por primera vez como una novedad de estructura mayor construida con unidades pequeñas que existieron en períodos anteriores.

EL VALLE DE OAXACA (MÉXICO)

Las evidencias arqueológicas de los cacicazgos no son tan obvias en el paisaje del valle de Oaxaca (Figura 5.1) como en el alto Magdalena, y no aparecen en un momento bien definido, como en el caso de Hongshan. La vida sedentaria y agrícola se estableció hacia 1500 a.C. (Blanton *et al.*, 1982; Flannery, 1983; Kowalewski *et al.*, 1989; Winter, 1976). Hay indicaciones claras de jerarquía social unos 300 años después; algunos individuos fueron enterrados sin ningún tipo de ofrenda, mientras que otros fueron enterrados con vasijas cerámicas, figurillas y objetos ornamentales de hueso, concha, magnetita, jade y otros materiales. Las familias de más alto rango eventualmente vivían en grandes casas de piedra construidas sobre plataformas, y algunas unidades domésticas con evidencias claras de especialización artesanal se ubicaron en asociación con las residencias de las elites (Drennan y Flannery, 1983; Flannery y Marcus, 1983b; Flannery y Winter, 1976). Estas indicaciones de organización social

compleja se intensificaron gradualmente durante 700 años divididos en tres fases arqueológicas (San José, Guadalupe y Rosario). Al final de este período, la evidencia escultórica demuestra que las elites proyectaron un poder coercitivo considerable sobre sus subordinados (Flannery y Marcus, 1983b).

Durante la fase Rosario (700-500 a.C.), la población de todo el valle de Oaxaca (2.125 km²) fue solo de unos 1.000 a 2.500 habitantes (Kowalewski *et al.*, 1989), para una densidad (0,5 a 1,2 personas por km²) mucho menor que las del alto Magdalena en el Clásico y Chifeng durante Hongshan, aunque los recursos agrícolas del valle pueden satisfacer fácilmente las necesidades de una población 100 veces más elevada. La superficie no suavizada que representa la distribución de la población durante la fase Rosario (Figura 5.15) se asemeja a la de Hongshan. Se identifican claramente 65 pequeñas comunidades locales; la mayoría consiste en una sola área de ocupación aislada, pero en algunos casos se forman combinaciones de dos o tres cercanas. Una comunidad, la de San José Mogote, es muy diferente; aquí se forma una agrupación de ocho asentamientos con una población de 400 a 800 habitantes (Kowalewski *et al.*, 1989). Esta población equivale, aproximadamente, a la de la comunidad local Hongshan más grande y es mucho mayor que la de cualquier otra comunidad local de la fase Rosario. Entonces, en Oaxaca, como en Chifeng, las comunidades locales que conformaban focos de interacción intensa son muy fáciles de reconocer, mientras que esto no es posible en el alto Magdalena. Las comunidades locales de la fase Rosario habían existido desde la ocupación sedentaria inicial y una creció a un tamaño demográfico mucho mayor en el lapso de unos 300 años (siglos antes de la fase Rosario).

Una superficie suavizada indica estructura a escala mayor, pero el patrón de Oaxaca durante la fase Rosario es muy diferente a los que se observan en Chifeng y en el alto Magdalena (Figura 5.16). Su elemento dominante es un solo pico de ocupación que se levanta en un paisaje muy plano. Las pendientes inferiores del pico grande incorporan otros asentamientos, formando un distrito de 30 comunidades locales alrededor de San José Mogote, que contiene más de la mitad de la población de la región, pero las indicaciones de agrupación de comunidades locales, en las otras partes del área de reconocimiento, son mínimas. Ningún atributo de la superficie sugiere

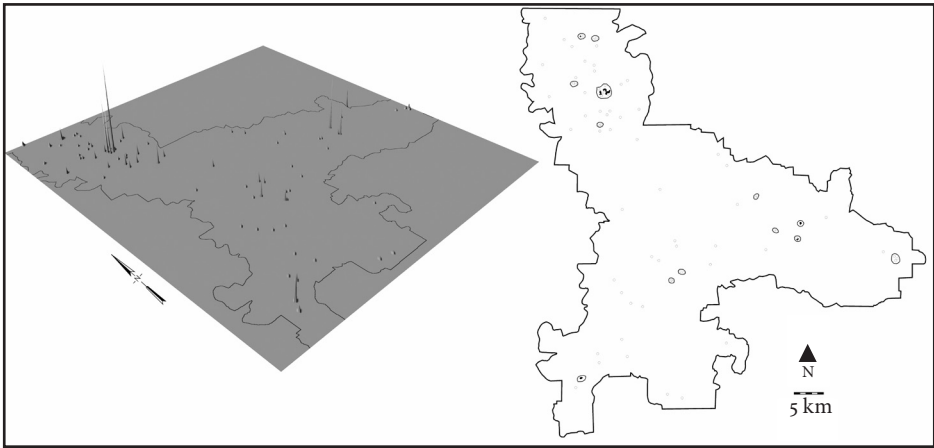


Figura 5.15. Superficie no suavizada que representa la distribución de la población de la fase Rosario en el valle de Oaxaca (izquierda) y línea de contorno baja que define las bases de los picos de ocupación, agrupando así áreas de ocupación en pequeñas comunidades locales (derecha).

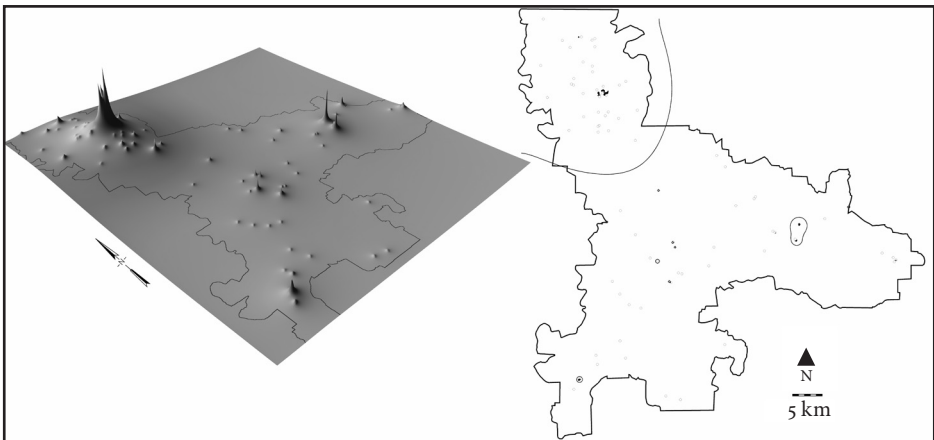


Figura 5.16. Superficie suavizada que representa la distribución de la población de la fase Rosario en el valle de Oaxaca (izquierda) y línea de contorno baja que define las bases de los picos de ocupación en la misma superficie, mostrando así una sola comunidad de orden mayor.

subdivisiones de este distrito, ya que no existen valles ocupacionales separando picos diferentes. Este distrito cubre una distancia de unos 20 km, pues incluye un área mucho más amplia que la de los distritos Hongshan o del alto Magdalena. Su población (entre 600 y 1.400 habitantes) es semejante a la del distrito más extenso de Hongshan y mucho menos que las de los distritos del alto Magdalena. El gráfico de rango-tamaño para las comunidades locales dentro del distrito no es muy diferente al gráfico para el área total de estudio (Figura 5.17). Ambos demuestran un patrón *primate* fuerte y significativo que indica una unidad sociopolítica muy centralizada, cuya comunidad principal no tiene ningún rival demográfico en el valle. En contraste, tanto en Chifeng como en el alto Magdalena, había un número de comunidades de orden mayor o distritos de tamaños comparables.

LAS COMUNIDADES DE LOS CACICAZGOS TEMPRANOS EN LAS TRES REGIONES

En un milenio o dos después del establecimiento de la vida sedentaria y agrícola, en las tres regiones se verificaron algunos cambios sociales semejantes. Los asentamientos sedentarios iniciales se transformaron en comunidades más inclusivas con principios de organización jerárquicos. Sin embargo, la comparación de patrones de asentamiento revela diferencias en las características de estas comunidades y en sus trayectorias de desarrollo; en las tres regiones existieron algunas residencias aisladas, de una familia o dos y las excavaciones en asentamientos más extensos confirman que estaban conformadas por pequeñas unidades domésticas. En Chifeng y en Oaxaca se trata de pequeñas comunidades locales —generalmente de entre 5 y 10 unidades domésticas— fáciles de identificar y separar, pero en Oaxaca una de estas comunidades locales y en Chifeng varias de ellas, son más grandes, con 100 unidades domésticas o más. En el alto Magdalena, las densidades de población son mayores y las unidades domésticas no están muy lejos unas de otras, pero no son identificables pequeñas comunidades locales separadas. Este hecho puede reflejar patrones de interacción social más difusos y menos estructurados que los patrones enfocados en las bien definidas comunidades locales de Chifeng y de Oaxaca.

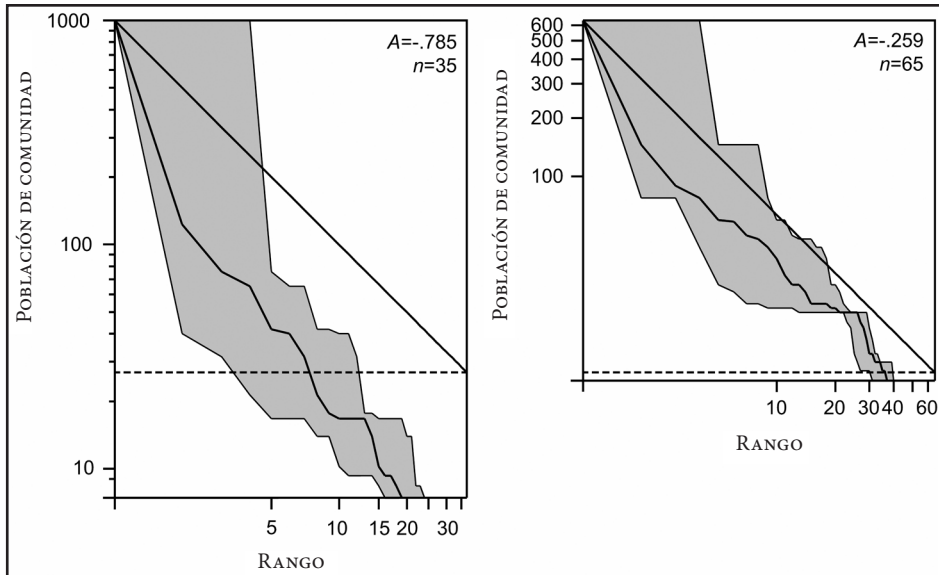


Figura 5.17. Gráficos de rango-tamaño (*rank-size graphs*) para las comunidades locales del distrito San José Mogote durante la fase Rosario (izquierda) y para todas las comunidades locales de la fase Rosario en el valle de Oaxaca (derecha). Los valores A y las zonas de confianza de 67% correspondientes a las líneas de rango-tamaño están indicados (Drennan y Peterson, 2004).

Si las comunidades pequeñas de Chifeng y Oaxaca reflejan interacción más intensa, vale preguntar: ¿en qué consistió esta interacción? ¿En qué se diferenció de la del alto Magdalena? Una posibilidad es que hubo más interacción económica dentro de las comunidades locales de Chifeng y Oaxaca. De Oaxaca tenemos buenas evidencias arqueológicas sobre apreciable especialización de las unidades domésticas en la producción de cerámica, utensilios de hueso, implementos líticos, textiles y ornamentos de concha, jade y otros materiales (Flannery y Winter, 1976). Aunque desconocemos los mecanismos de intercambio mediante los cuales estos materiales se distribuyeron, debió ocasionar interacción de importancia considerable entre las unidades domésticas, especialmente dentro de las comunidades locales (el patrón de especialización por aldea documentado etnográficamente en Oaxaca parece de origen moderno [Kowalewski, 2003:17]). La cerámica fina con decoración pintada

y las esculturas de jade de Hongshan tienen que haber sido producidas por especialistas, pero no sabemos dónde ni cómo se organizó la producción, tampoco si los elementos utilitarios también fueron producidos por especialistas. En el alto Magdalena, algunas evidencias relativamente buenas sugieren poca especialización económica (Drennan, 2000; González, 1998). Por lo tanto, parece que el componente económico de la interacción personal diaria se desarrolló mucho más en Chifeng y en el valle de Oaxaca que en el alto Magdalena, factor que podría ayudar a explicar el carácter mucho más difuso de la interacción en el alto Magdalena.

La organización de tenencia de la tierra o de la producción agrícola también puede relacionarse con la formación de comunidades locales bien definidas y fuertemente integradas. Hoy en día, la ocupación del alto Magdalena conforma dos patrones muy diferentes. En el área de reconocimiento del valle de la Plata descrita aquí, la mayoría de los habitantes residen como propietarios en las parcelas que cultivan como unidad doméstica. En consecuencia, sus residencias se encuentran muy dispersas en el paisaje, sin comunidades locales muy marcadas (con excepción de las que aparecen como puntos de articulación con la economía y la política nacional); en contraste, en las zonas más bajas, la población habita en pueblos compactos rodeados por grandes áreas de cultivo con muy pocas viviendas, pues los terrenos corresponden a fincas extensas cuyos propietarios, en muchos casos, no viven en la región. Los obreros contratados para las labores agropecuarias en estos predios viven con sus familias en los pueblos, que tienen un comercio mucho más desarrollado que en los pueblos de las zonas más altas, pues no producen lo que consumen, sino que satisfacen sus necesidades de productos básicos mediante compra con sus salarios.

En Chifeng y en Oaxaca los sistemas de tenencia de tierra y de producción agrícola son muy diferentes, pero las dos se organizan no a nivel de la unidad doméstica, sino de la comunidad o pueblo. En Oaxaca se trata de terrenos comunales, a veces con sus correspondientes sistemas de irrigación, bajo el control de los municipios o la modalidad de ejidos, resultado de la expropiación de las haciendas durante la Revolución. En Chifeng, el pueblo es el agente local de un sistema de tenencia de la tierra y producción agrícola aún más centralizado, también producto de una revolución ocurrida durante el siglo xx. No obstante, el patrón de asentamiento

resultante corresponde al de comunidades locales muy compactas en un paisaje de cultivos que carece casi por completo de residencias aisladas. Seguramente, los arreglos políticos y económicos fueron muy diferentes en tiempos prehistóricos, pero la comunidad local parece haber sido una unidad importante desde inicios de la vida sedentaria en Chifeng y Oaxaca. Kowalewski (2003) considera que la autonomía de los pueblos modernos en Oaxaca no tiene antecedentes prehispánicos, pero, autónomas o no, sí existieron comunidades de interacción durante la fase Rosario. Pueden ser necesarias estructuras políticas de mayor escala para garantizar la estabilidad de los sistemas de tenencia de la tierra, pero las unidades propietarias de los terrenos se manifiestan localmente y, en el caso de Oaxaca prehispánica, bien pueden haber sido comunidades locales y no unidades domésticas individuales. La ausencia de comunidades locales bien definidas en el alto Magdalena, por las mismas razones, probablemente indica un papel más importante de la unidad doméstica en la tenencia de la tierra y la organización de su cultivo.

Desde hace mucho se ha notado una correlación general entre el tamaño y densidad de la población y la complejidad sociopolítica: las sociedades complejas generalmente tienen poblaciones más elevadas y más densas que las sociedades sencillas (por ejemplo, Carneiro, 1972). Las tres regiones analizadas aquí demuestran crecimiento demográfico considerable después del establecimiento de la agricultura sedentaria, pero también diferencias (Figura 5.18). En los inicios de la vida sedentaria, la densidad demográfica del alto Magdalena fue 10 veces mayor que la de Chifeng y la de Oaxaca; es más, esta densidad ya alta creció rápidamente, comparada con la de las otras regiones. En Chifeng, la densidad demográfica en el momento de iniciación de la ocupación sedentaria fue baja y su crecimiento subsecuente muy paulatino, aunque para el período Hongsang alcanzó niveles mucho mayores que la densidad durante la fase Rosario en Oaxaca. En Oaxaca la densidad baja creció durante tres o cuatro siglos mientras que apareció la comunidad local muy concentrada de San José Mogote. Esta comunidad creció y la organización social llegó a ser mucho más compleja y jerárquica durante los 500 años siguientes, pero la densidad demográfica regional no cambió.

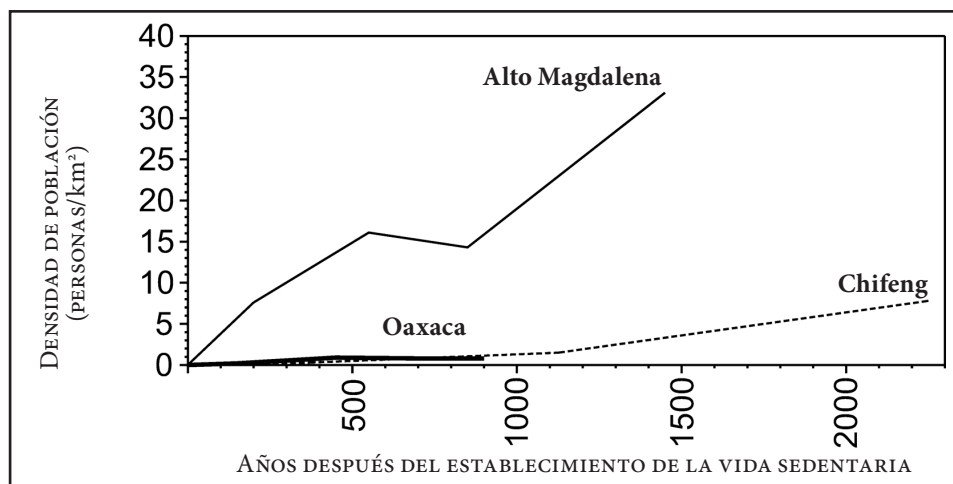


Figura 5.18. Cambio de densidad demográfica en las tres regiones comparadas a partir del establecimiento de la vida sedentaria hasta el desarrollo de los cacicazgos discutidos en el texto (es decir, hasta el periodo Hongshan para Chifeng, la fase Rosario para Oaxaca y el Clásico Regional para el alto Magdalena).

Las sociedades de la fase Rosario de Oaxaca se desarrollaron muy rápidamente, a pesar de la muy baja densidad de población, la cual, después de determinado momento, dejó de crecer completamente. Las sociedades Hongshan son, por supuesto, las más antiguas de las tres, pero su desarrollo después del establecimiento de la vida sedentaria requirió de un período más prolongado que en las otras regiones. En el alto Magdalena, a pesar de la falta de pequeñas comunidades locales, las de orden mayor pueden ser identificadas poco después de la ocupación sedentaria inicial y la organización social demuestra aumentos de complejidad hasta el período Clásico. El desarrollo rápido en el alto Magdalena se asocia con alta densidad de población y crecimiento demográfico rápido. La escala demográfica de las comunidades de orden mayor es semejante entre Hongshan y Rosario, y mucho mayor en el alto Magdalena durante el Clásico, pero esta escala demográfica mayor no se correlaciona con más complejidad social. A pesar de la importancia de los personajes enterrados en las tumbas del alto Magdalena, la especialización económica

y la interdependencia de unidades domésticas parecen haberse desarrollado menos que en Oaxaca y probablemente también menos que en Chifeng. Desde luego, las reconstrucciones demográficas son muy aproximadas en la arqueología, pero las diferencias observadas entre las tres regiones son mucho más sobresalientes que los errores probables en las reconstrucciones.

DESARROLLO POSTERIOR

No entendemos exactamente cómo terminó el período Hongshan de Chifeng, pero alrededor del 2200 a.C., las 14 comunidades de orden mayor fueron reemplazadas por 21 unidades del período Xiajiadian Inferior (Figura 5.19). Estas 21 comunidades tenían áreas espaciales no muy diferentes a las de los distritos de Hongshan, pero sus poblaciones fueron mucho más elevadas y su organización interna más parecida a la del Estado (Shelach, 1999), aunque cada una estaba conformada por un conjunto de pequeñas comunidades locales bien definidas, similares a los distritos del período Hongshan anterior. En el alto Magdalena, los distritos del Clásico persistieron durante el período subsiguiente Reciente (Figura 5.20) y sus poblaciones crecieron. No se erigieron nuevos entierros monumentales de personajes de importancia especial, pero la especialización artesanal y la producción agrícola pueden haberse intensificado (Taft, 1993; Sánchez, 2005). Estos cambios podrían reflejar un aumento en la importancia de control económico como base para la jerarquía social (Drennan, 1995). No se sabe mucho acerca de la organización económica del período Reciente, pero la distribución de ocupación siguió siendo extremadamente dispersa sin evidencia de agrupación de unidades domésticas en pequeñas comunidades locales. Después de la fase Rosario, el valle de Oaxaca siguió dominado por un solo centro (Figura 5.21), la nueva ciudad de Monte Albán, cuya población creció rápidamente a 20.000 habitantes o más y una serie de lajas esculpidas registraron conquistas por parte de sus ejércitos (Blanton, 1978; Flannery y Marcus, 1983a; Marcus, 1983).

En las trayectorias de cambio social en Chifeng y Oaxaca, la organización sociopolítica aumentó en escala y complejidad. En las dos regiones hay evidencia de

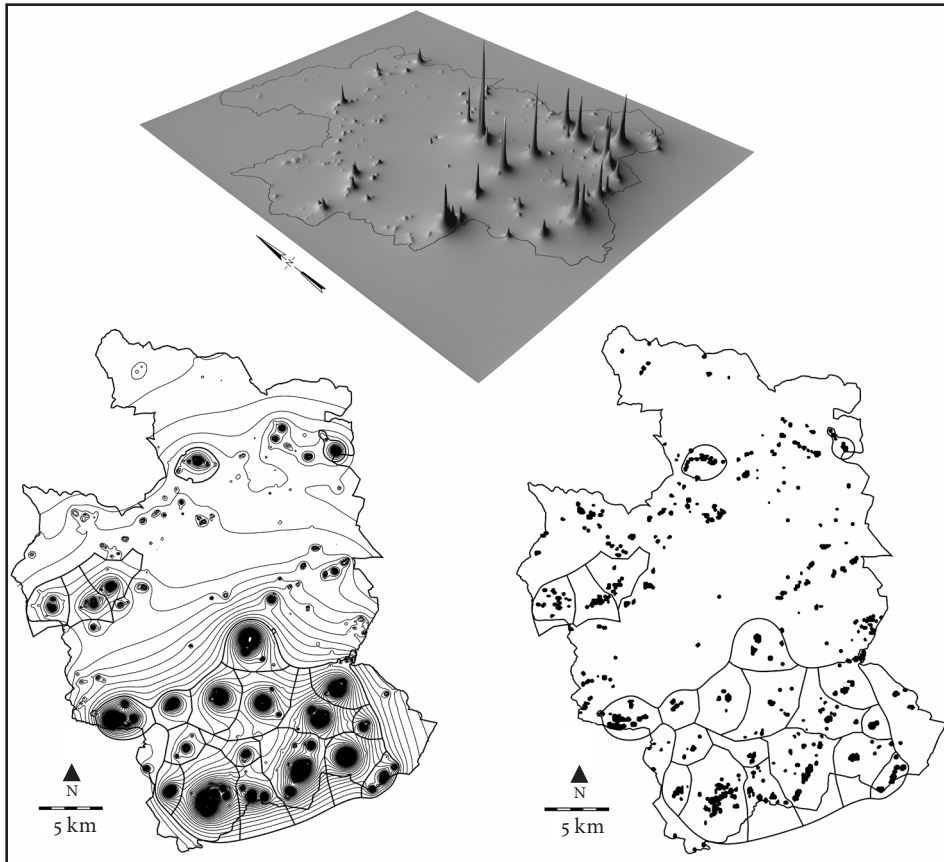


Figura 5.19. Superficie suavizada que representa la distribución de la población del período Xiajiadian Inferior en la región de Chifeng (arriba), mapa topográfico de la misma superficie con división en distritos (izquierda abajo) y las comunidades locales a partir de las cuales se conforman los distritos (derecha abajo).

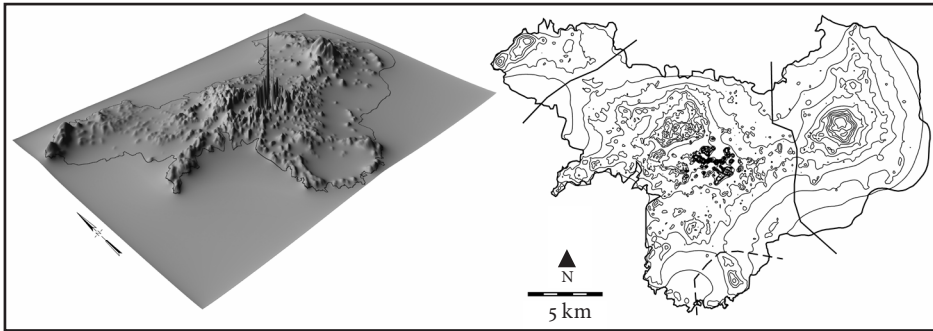


Figura 5.20. Superficie suavizada que representa la distribución de la población en la zona occidental de reconocimiento del valle de la Plata en el alto Magdalena (izquierda) y mapa topográfico de la misma superficie (derecha) mostrando la división del área en distritos.

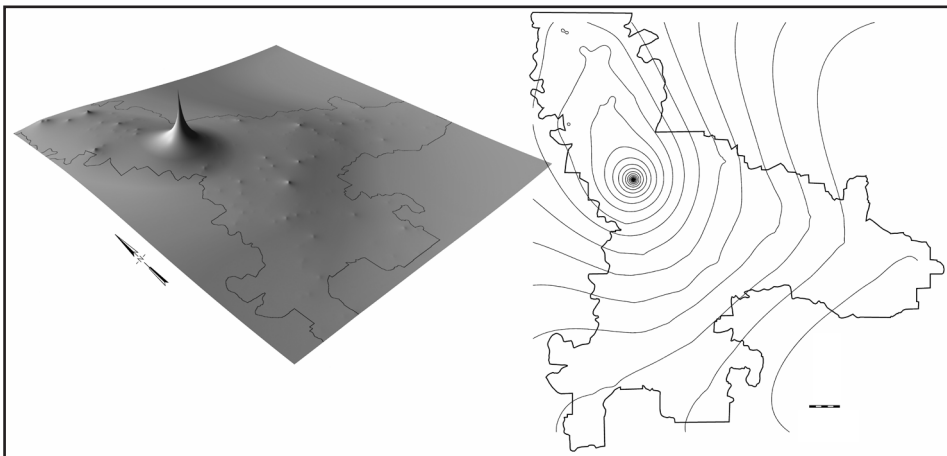


Figura 5.21. Superficie suavizada que representa la distribución de la población de la fase Monte Albán II en el valle de Oaxaca (izquierda) y mapa topográfico de la misma superficie (derecha).

las actividades políticas y burocráticas del Estado. En el alto Magdalena, después del Clásico Regional, se observa cambio sociopolítico, pero esto no refleja escala mayor de integración ni jerarquía más elaborada. En esta instancia, en las dos regiones con mayor crecimiento demográfico (Chifeng y Oaxaca) se ve el aumento de escala y complejidad de organización, mientras que en el alto Magdalena, el cambio más modesto en este sentido se combina con un crecimiento más ligero de población (Figura 5.22). No obstante, la densidad de población en el alto Magdalena siguió siendo mayor que la del valle de Oaxaca, en donde se desarrolló la entidad política más extensa y compleja de todas las regiones comparadas aquí. La velocidad de cambio siguió siendo muy lenta en Chifeng, comparada con la de las otras dos regiones. En total, la secuencia discutida en Chifeng ocupa más de 4.000 años, mientras que la del alto Magdalena es de 2.200 años y la del valle de Oaxaca de 1.500 años. Desde muy temprano, en el valle de Oaxaca había una sola unidad sociopolítica mucho más extensa (tanto en términos demográficos como espaciales) que cualquier otra. En las otras dos regiones se desarrollaron unidades múltiples de aproximadamente el mismo tamaño espacial y demográfico. Esta situación persistió en Chifeng hasta ca. 600 a.C., cuando la región fue integrada en una sola unidad por la intrusión de un poder externo (Figura 5.23), mientras la multiplicidad de unidades sociopolíticas persistió en el alto Magdalena hasta la llegada de los españoles en el siglo XVI.

CONCLUSIÓN

En forma repetida e independiente han aparecido, en muchas partes del mundo en el contexto de sociedades igualitarias, patrones de integración sociopolítica jerárquica. En este artículo hemos observado tres regiones muy lejanas unas de otras, entre las que no pudo haber contacto e influencia. A pesar de que los procesos tienen sus paralelos generales, los cambios sociales en las tres regiones se efectuaron de forma disímil y produjeron sociedades jerárquicas con características diferentes. Una observación que merece más exploración es la presencia de pequeñas comunidades locales bien definidas en Chifeng y Oaxaca, situación que presenta gran contraste

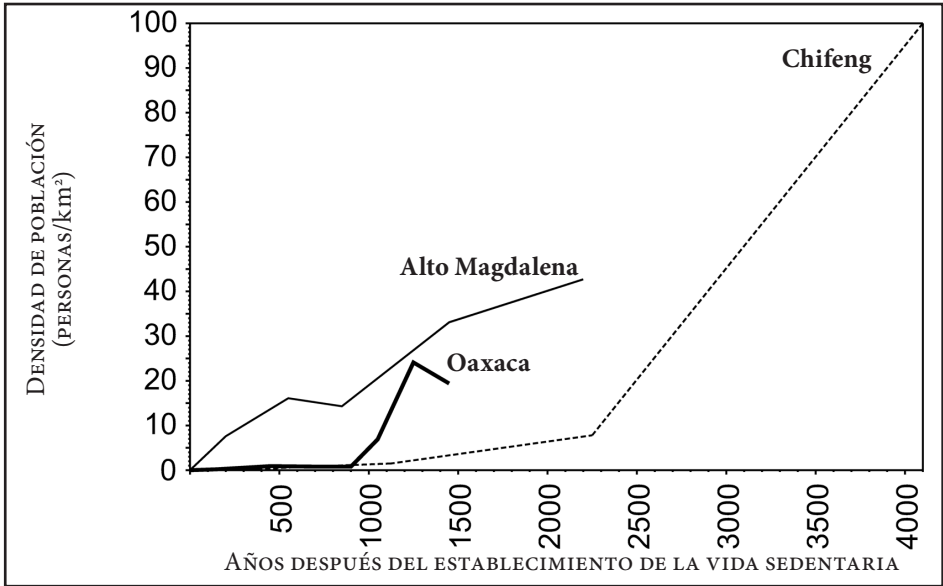


Figura 5.22. Cambio de densidad demográfica en las tres regiones comparadas a partir del establecimiento de la vida sedentaria hasta los desarrollos subsecuentes a los cacicazgos iniciales (es decir, hasta el período Xiajiadian Inferior para Chifeng, la fase Monte Albán II para Oaxaca y el Reciente para el alto Magdalena).

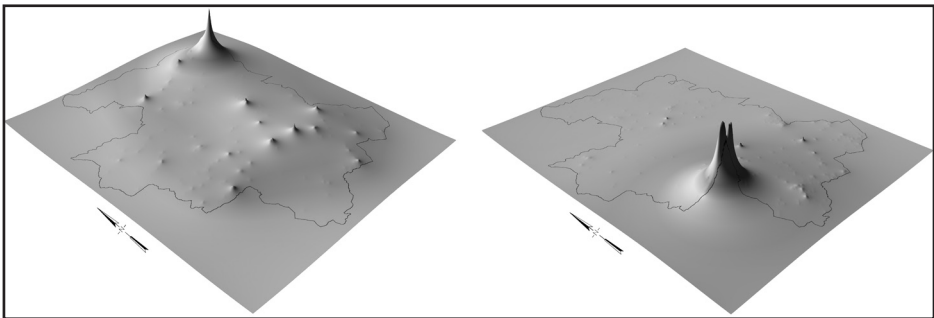


Figura 5.23. Superficies suavizadas que representan las distribuciones de las poblaciones de los períodos Zhangguo-Han (izquierda) y Liao (derecha) en la región de Chifeng.

con la persistencia de ocupaciones dispersas en el alto Magdalena. Los acontecimientos aquí descritos cuestionan el supuesto implícito pero casi universal de que tales comunidades siempre son la unidad básica para la construcción de organizaciones sociales complejas. Por lo tanto, vale evaluar la importancia de diversas clases de interacción que pueden haber influido en la formación y persistencia de las comunidades locales de Oaxaca y Chifeng. Se podría investigar si estas clases de interacción estuvieron ausentes en el alto Magdalena u organizadas de manera diferente. Tales estudios tienen la capacidad de aportar a nuestros esfuerzos de entender mejor la dinámica particular de los cacicazgos de cada región y cómo surgieron formaciones políticas de mayor escala en Chifeng y Oaxaca, mientras que la trayectoria de cambio en el alto Magdalena siguió otro curso.



BIBLIOGRAFÍA

BARNES, Gina L. 1993. *China, Korea, and Japan: The Rise of Civilization in East Asia*. Thames and Hudson, Londres.

BARNES, Gina L., y Guo Dashun. 1996. The Ritual Landscape of 'Boar Mountain' Basin: The Niuheliang Site Complex of Northeastern China. *World Archaeology* 28(2): 209-219.

BLANTON, Richard E. 1978. *Monte Albán: Settlement Patterns at the Ancient Zapotec Capital*. Academic Press, New York.

BLANTON, Richard E., Stephen Kowalewski, Gary Feinman y Jill Appel. 1982. *Monte Albán's Hinterland, Part I: The Prehispanic Settlement Patterns of the Central and Southern Parts of the Valley of Oaxaca, Mexico*. *Memoirs of the Museum of Anthropology, University of Michigan*, No. 15.

CARNEIRO, Robert L. 1972. From Autonomous Villages to the State, a Numerical Estimation. En *Population Growth: Anthropological Implications*, editado por Brian Spooner, pp. 64-77. MIT Press, Cambridge, Massachusetts.

CHANG, Kwang-Chih. 1986. *The Archaeology of Ancient China*. Yale University Press, New Haven.

CHIFENG COLLABORATIVE ARCHAEOLOGICAL SURVEY TEAM. 2003a. Neimenggu Chifeng diqu 1999 nian quyu xing kaogu diaocha baogao. *Kaogu* 2003(5): 24-34.

CHIFENG INTERNATIONAL COLLABORATIVE ARCHEOLOGICAL RESEARCH PROJECT. 2003b. *Regional Archeology in Eastern Inner Mongolia: A Methodological Exploration*. Science Press, Beijing.

CHILDS-JOHNSON, Elizabeth. 1991. Jades of the Hongshan Culture: The Dragon and Fertility Cult Worship. *Arts Asiatiques* 46: 82-95.

CHINESE-AMERICAN CHIFENG COLLABORATIVE ARCHEOLOGICAL TEAM. 2002. Neimenggu Chifeng diqu quyu xing kaogu diaocha jieduan xing baogao (1999-2001). En *Bianjiang Kaogu Yangjiu*, Tomo. 1, pp. 357-368. Science Press, Beijing.

CHIOU-Peng, Tze-Huey. 1994. Jade Carving in Neolithic China: A Review of Recent Discoveries. En *Archaic Chinese Bronzes, Jades, and Works of Art*. J. J. Lally, New York.

CUBILLOS, Julio César. 1980. *Arqueología de San Agustín: El Estrecho, El Parador y Mesita C*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República, Bogotá.

DRENNAN, Robert D. (editor). 1985. *Regional Archaeology in the Valle de la Plata, Colombia: A Preliminary Report on the 1984 Season of the Proyecto arqueológico valle de la Plata / Arqueología regional en el Valle de la Plata, Colombia: Informe preliminar sobre la temporada de 1984 del Proyecto arqueológico valle de la Plata*. Museum of Anthropology, University of Michigan, Technical Reports, No. 16.

_____. 1995. Mortuary Practices in the Alto Magdalena: The Social Context of the "San Agustín Culture". En *Tombs for the Living: Andean Mortuary Practices*, editado por Tom D. Dillehay, pp. 79-110. *Dumbarton Oaks*, Washington, D.C.

_____. 2000. *Las sociedades prehispánicas del Alto Magdalena*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.

_____. 2005. *Prehispanic Chiefdoms in the Valle de la Plata, Volume 5: Regional Settlement Patterns / Cacicazgos prehispánicos del Valle de la Plata, tomo 5: Patrones de asentamiento regional*. University of Pittsburgh Memoirs in Latin American Archaeology, No. 16. University of Pittsburgh Department of Anthropology, Pittsburgh, y Departamento de Antropología, Universidad de los Andes, Bogotá.

DRENNAN, Robert D. y Kent V. Flannery. 1983. The Growth of Site Hierarchies in the Valley of Oaxaca: Part II. En *The Cloud People: Divergent Evolution of the Zapotec and Mixtec Civilizations*, editado por Kent V. Flannery y Joyce Marcus, pp. 65-71. Academic Press, New York.

DRENNAN, Robert D., Luis Gonzalo Jaramillo, Elizabeth Ramos, Carlos Augusto Sánchez, María Angela Ramírez y Carlos A. Uribe. 1991. Regional Dynamics of Chiefdoms in the Valle de la Plata, Colombia. *Journal of Field Archaeology* 18: 297-317.

DRENNAN, Robert D., y Christian E. Peterson. 2004. Comparing Archaeological Settlement Systems with Rank-Size Graphs: A Measure of Shape and Statistical Confidence. *Journal of Archaeological Science* 31: 533-549.

DRENNAN, Robert D., Christian E. Peterson, Gregory G. Indrisano, Teng Mingyu, Gideon Shelach, Zhu Yanping, Katheryn M. Linduff y Guo Zhizhong. 2003. Chapter 4: Approaches to Regional Demographic Reconstruction / Quyuxing Renkou Guimo Chongjian Zhi Changshi. En *Regional Archeology in Eastern Inner Mongolia: A Methodological Exploration / Nei Mengu Dongbu (Chifeng) Quyū Kaogu Diaocha Jieduanxing Baogao*, pp. 152-165. Science Press, Beijing.

DRENNAN, Robert D. y Dale W. Quattrin. 1995. Social Inequality and Agricultural Resources in the Valle de la Plata, Colombia. En *The Foundations of Social Inequality*, editado por Gary M. Feinman y T. Douglas Price, pp. 207-231. Plenum Press, New York.

DRENNAN, Robert D., Mary M. Taft y Carlos A. Uribe (editores). 1993. *Prehispanic Chiefdoms in the Valle de la Plata, Vol. 2: Ceramics—Chronology and Craft Production / Cacicazgos prehispanicos del Valle de la Plata, tomo 2: Cerámica—cronología y producción artesanal*. University of Pittsburgh Memoirs in Latin American Archaeology No. 5. University of Pittsburgh Department of Anthropology, Pittsburgh, y Departamento de Antropología, Universidad de los Andes, Bogotá.

DUQUE Gómez, Luis. 1964. Exploraciones arqueológicas en San Agustín. *Revista Colombiana de Antropología*, Suplemento No. 1. Imprenta Nacional, Bogotá.

DUQUE Gómez, Luis, y Julio César Cubillos. 1979. *Arqueología de San Agustín: Alto de los Idolos, montículos y tumbas*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República, Bogotá.

_____. 1983. *Arqueología de San Agustín: Exploraciones y trabajos de reconstrucción en las Mesitas A y B*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República, Bogotá.

_____. 1988. *Arqueología de San Agustín: Alto de Lavapatas*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República, Bogotá.

FANG Dianchun y Liu Baohua. 1984. Liaoning Fuxin xian Hutougou Hongshan wenhua yuqi mu de faxian. *Wenwu* 1984(6): 1-5.

FLANNERY, Kent V. 1983. The Tierras Largas Phase and the Analytical Units of the Early Oaxacan Village. En *The Cloud People: Divergent Evolution of the Zapotec and Mixtec Civilizations*, editado por Kent V. Flannery y Joyce Marcus, pp. 43-50. Academic Press, New York.

FLANNERY, Kent V. y Joyce Marcus. 1983a. The Earliest Public Buildings, Tombs, and Monuments at Monte Albán, with Notes on the Internal Chronology of Period I. En *The Cloud People: Divergent Evolution of the Zapotec and Mixtec Civilizations*, editado por Kent V. Flannery y Joyce Marcus, pp. 87-91. Academic Press, New York.

_____. 1983b. The Growth of Site Hierarchies in the Valley of Oaxaca, Part I. En *The Cloud People: Divergent Evolution of the Zapotec and Mixtec Civilizations*, editado por Kent V. Flannery y Joyce Marcus, pp. 53-65. Academic Press, New York.

FLANNERY, Kent V. y Marcus C. Winter. 1976. Analyzing Household Activities. En *The Early Mesoamerican Village*, editado por Kent V. Flannery, pp. 34-47. Academic Press, New York.

GONZÁLEZ Fernández, Víctor. 1998. *Prehispanic Change in the Mesitas Community: Documenting the Development of a Chiefdom's Central Place in San Agustín, Colombia*. Disertación Ph.D., University of Pittsburgh.

GUO Dashun. 1995. Hongshan and Related Cultures. En *The Archaeology of Northeast China: Beyond the Great Wall*, editado por Sarah M. Nelson, pp. 21-64. Routledge, Londres.

_____. 1997. Understanding the Burial Rituals of the Hongshan Culture Through Jade. En *Chinese Jades*, editado por Rosemary E. Scott, pp. 27-36. Colloquies on Art & Archaeology in Asia, No. 18. Percival David Foundation of Chinese Art, Londres.

GUO Dashun y Zhang Keju. 1984. Liaoning sheng Kezuo xian Dongshanzui Hongshan wenhua jianzhu qunzhi fajue jianbao *Wenwu* 1984(11): 1-11.

HERRERA, Luisa Fernanda, Robert D. Drennan y Carlos A. Uribe (editores). 1989. *Prehispanic Chiefdoms in the Valle de la Plata, Vol. 1: The Environmental Context of Human Habitation / Cacicazgos prehispánicos del Valle de la Plata, tomo 1: El contexto medioambiental de la*

ocupación humana. University of Pittsburgh Memoirs in Latin American Archaeology, No. 2. University of Pittsburgh Department of Anthropology, Pittsburgh, y Departamento de Antropología, Universidad de los Andes, Bogotá.

KOWALEWSKI, Stephen A. 2003. What Is the Community? The Long View from Oaxaca, Mexico. *Social Evolution and History* 2: 4-24.

KOWALEWSKI, Stephen A., Gary M. Feinman, Laura Finsten, Richard E. Blanton y Linda M. Nicholas. 1989. *Monte Albán's Hinterland, Part II: Prehispanic Settlement Patterns in Tlacolula, ETLA, and Ocotlán, the Valley of Oaxaca, Mexico*. Memoirs of the University of Michigan Museum of Anthropology, No. 23.

LIAONING Sheng Wenwu Kaogu Yanjiusuo. 1986. Liaoning Niuheliang Hongshan wenhua "nushenmiao" yu jishi zhong qun fajue jianbao. *Wenwu* 1986 (8): 1-17.

_____. 1997. *Niuheliang Hongshan wenhua yizhi yu yuqi jingcui*. Wenwu Chubanshe, Beijing.

LINDUFF, Katheryn M., Robert D. Drennan y Gideon Shelach. 2004. Early Complex Societies in Northeast China: The Chifeng International Collaborative Archaeological Research Project. *Journal of Field Archaeology* 29: 45-73.

LLANOS Vargas, Héctor. 1995. *Los chamanes jaguares de San Agustín: Génesis de un pensamiento mitopoético*. H. Llanos Vargas, Bogotá.

MARCUS, Joyce. 1983. The Conquest Slabs of Building J, Monte Albán. En *The Cloud People: Divergent Evolution of the Zapotec and Mixtec Civilizations*, editado por Kent V. Flannery y Joyce Marcus, pp. 106-109. Academic Press, New York.

NELSON, Sarah M. 1990. The Neolithic of Northeastern China and Korea. *Antiquity* 64: 234-248.

_____. 1994. The Development of Complexity in Prehistoric North China. *Sino-Platonic Papers* 63: 1-17.

_____. 1996. Ideology and the Formation of an Early State in Northeast China. En *Ideology and the Formation of Early States*, editado por Henri J. M. Claessen y Jarich G. Oosten, pp. 153-169. Brill, Leiden.

_____. 1997. *Hongshan: An Early Complex Society in Northeast China*. En *Indo-Pacific Prehistory: The Changmai Papers, Vol. 3*, editado por Peter Bellwood y Dianne Tilloson, pp. 57-62. Bulletin of the Indo-Pacific Prehistory Association, No. 16. Australian National University, Canberra.

_____. 2001. Hongshan. En *Encyclopedia of Prehistory, Vol. 3: East Asia and Oceania*, editado por Peter N. Peregrine y Melvin Ember, pp. 77-81. Kluwer Academic/Plenum, New York.

PARSONS, Jeffrey R. 1972. Archaeological Settlement Patterns. *Annual Review of Anthropology* 1: 127-150.

PETERSON, Christian E., y Robert D. Drennan. 2005. Communities, Settlements, Sites, and Surveys: Regional-scale Analysis of Prehistoric Human Interaction. *American Antiquity* 70: 5-30.

REICHEL-DOLMATOFF, Gerardo. 1972. *San Agustín: A Culture of Colombia*. Praeger, New York.

SÁNCHEZ, Carlos Augusto. 2005. Sociedad y agricultura intensiva en el Alto Magdalena. *Informes Arqueológicos, No. 4*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.

SHELACH, Gideon. 1999. *Leadership Strategies, Economic Activity, and Interregional Interaction: Social Complexity in Northeast China*. Kluwer Academic/Plenum, New York.

TAFT, Mary M. 1993. Part Two: Patterns of Ceramic Production and Distribution / Parte segunda: Patrones de producción y distribución de la cerámica. En *Prehispanic Chiefdoms in the Valle de la Plata, Vol. 2: Ceramics--Chronology and Craft Production / Cacicazgos prehispanicos del Valle de la Plata, tomo 2: Cerámica--Cronología y producción artesanal*, editado por Robert D. Drennan, Mary M. Taft, y Carlos A. Uribe, pp. 106-172. University of

Pittsburgh Memoirs in Latin American Archaeology No. 5. University of Pittsburgh Department of Anthropology, Pittsburgh, y Departamento de Antropología, Universidad de los Andes, Bogotá.

WINTER, Marcus C. 1976. The Archaeological Household Cluster in the Valley of Oaxaca. En *The Early Mesoamerican Village*, editado por Kent V. Flannery, pp. 25-31. Academic Press, New York.

‡

VI

LA PRODUCCIÓN PREHISPÁNICA DE SAL EN SALADOBLANCO: ¿UNA FUENTE DE DIFERENCIACIÓN SOCIAL EN UN GRUPO LOCAL?¹

John Alexander González Larrotta

Antropólogo, Universidad Nacional de Colombia

INTRODUCCIÓN

EL CONTROL SOBRE EL ACCESO A DIFERENTES TIPOS DE RECURSOS ES UNA DE LAS vías (aunque no la única) que se ha utilizado con frecuencia en los procesos evolutivos de los grupos humanos, como un mecanismo para sustentar las diferencias sociales presentes en las sociedades jerarquizadas de tipo cacical (Johnson y Earle, 1987; Earle, 1997; Langebaek, 1998, entre otros); se esgrime que, en la medida en que hay una mayor producción es porque se está generando un excedente utilizado por las elites para mantener a un sector de la población que no participa en los procesos productivos.

No existe un consenso generalizado sobre las estrategias que utilizan algunos individuos para consolidarse como líderes de determinado grupo social, pues son tan diversas que resulta imposible establecer una regularidad en las mismas; sin embargo, parece que las vías más utilizadas para institucionalizar el poder de las elites en una sociedad corresponden al manejo que éstas hacen de la economía, la ideología, los aspectos militares y las relaciones sociales, aunque en general, estas últimas se relacionen con la economía (Earle, 1997).

1. Parte de la información aquí consignada se encuentra publicada en el segundo número de la *Revista de Estudiantes de Arqueología* de la Universidad Nacional de Colombia (González y Villate, 2004).

La forma como actúa cada una de estas fuentes es diferente de acuerdo con las circunstancias en las que se desarrolla una sociedad, y en el caso de las sociedades jerarquizadas de tipo cacical que habitaron el sur del alto Magdalena, Clásico Regional (1 a 900 d.C.), según se deduce de los estudios realizados por diversos investigadores, parece que las vías que tuvieron mayor preponderancia en los procesos de jerarquización de las sociedades agustinianas fueron el manejo de la ideología en el período y el manejo de la economía durante el período Reciente (900 a 1536 d.C.) de la cronología definida para esta región del país.

En el primer caso, teniendo como base que la construcción de las obras de arte monumental funerario que caracterizan a las sociedades agustinianas se llevó a cabo durante el período Clásico Regional y que a su vez tales obras constituyen la materialización de una ideología dominante, se asume que la diferenciación social se sustentó en el manejo dado por algunos segmentos de la población a los aspectos ideológicos imperantes como un mecanismo para mantener una posición social privilegiada.

Además, según los estudios realizados por el Proyecto arqueológico del valle de La Plata, parece que los centros de toma de decisiones se ubicaron en los sitios en los que se halló arte monumental funerario y que, a su vez, a pesar de la dispersión de los asentamientos, la población presentó la tendencia a ubicarse en relación con dicho centro (Drennan y Quattrin, 1995). Sin embargo, a partir del año 900 d.C. las condiciones que determinaban la posición privilegiada de las elites cambiaron, pues dejó de construirse el arte monumental funerario.

El período Reciente (900 a 1536 d.C.), que fue interrumpido por la llegada de los españoles, se caracterizó porque las sociedades agustinianas fueron un poco más complejas que en los períodos anteriores y, además, es probable que en algunos sectores del sur del alto Magdalena el centro sobre el que gravitaba la posición privilegiada de las elites era el manejo de las relaciones económicas basadas en la agricultura (Sánchez, 2000a, 2000b, 2005).

No obstante, ante la presencia de una comunidad local prehispánica que no erigió arte monumental funerario y en cuyo territorio se ubicaban las únicas fuentes salinas registradas en todo el sur del alto Magdalena, cabe preguntarse por la forma en

la que se gestaron los procesos de diferenciación social, pues la sal es un recurso crítico cuya producción pudo ser controlada con el objetivo de sentar las bases económicas de la jerarquización. Sin embargo, gracias a la evidencia arqueológica, así como algunas comparaciones con otras localidades inmersas en el desarrollo cultural agustiniano, queda en tela de juicio la preponderancia que pudo tener el manejo de las relaciones económicas por parte de la elite local, y se abre la posibilidad de examinar el papel que desempeñaron algunos aspectos ideológicos y del manejo de las relaciones sociales en dichos procesos de jerarquización.

Este es el caso de la comunidad local² agustiniana sobre la que trata el presente artículo. Ésta se asentó en el actual territorio de Saladoblanco (en lo que hoy corresponde a las veredas Las Pitás, La Palma, El Porvenir, Providencia y parte de la vereda La Argentina que distan entre 5 y 7 km al occidente de la cabecera municipal). La base empírica sobre la cual se realiza este estudio la constituyen los resultados de la investigación llevada a cabo durante el año 2000, en dicho municipio³.

Básicamente, el objetivo de ésta se concentró en evaluar si el acceso a las fuentes salinas o sobre la producción de sal, fue el mecanismo que utilizó algún segmento de la comunidad para erigirse como elite en alguno de los períodos de la cronología regional; a su vez, también se buscó evaluar la fabricación de sal como una actividad económica especializada que permitiera la producción de excedentes, específicamente, durante el período Reciente y además, si esta producción involucraba a la comunidad local de Las Pitás como sector poblacional especializado o si se trataba de una especialización desarrollada por algunos individuos.

Finalmente, el presente artículo pretende explorar algunos aspectos relacionados con el manejo de la ideología y de las relaciones sociales en la comunidad local de Las Pitás, pues como se verá, la evidencia arqueológica recabada no solo lo per-

2. La comunidad local es el equivalente al grupo local, definido por Johnson y Earle (1987). Es una unidad sociopolítica autónoma que se caracteriza por la ausencia de jerarquización social; no hay liderazgo permanente ni hereditario y tampoco genera excedentes en la producción. Se equipara con las sociedades tribales descritas por Service (1962). En el texto se utilizará indistintamente los términos comunidad o grupo local.

3. Dicho trabajo se realizó conjuntamente con el antropólogo Alexis Villate.

mite, sino que lo hace necesario. Por supuesto, es posible que con el tiempo lo que aquí se presente sea revaluado, pero ese es el proceso de construcción de la ciencia.

EL CONTEXTO DE LA INVESTIGACIÓN

Las primeras investigaciones realizadas en Saladoblanco se localizaron en el corregimiento de Morelia (Llanos, 1988) y en la vereda El Mondey (Moreno, 1991) y en ellas se señala la importancia que pudieron tener las actividades agrícolas en las sociedades que vivieron allí, gracias a la presencia de las adecuaciones antes mencionadas, asociadas a sitios de vivienda prehispánicos⁴; además, en ambos casos se excavaron diferentes tipos de tumbas, siendo más relevante para los propósitos de este artículo el montículo funerario asociado a estatuaria megalítica presente en el corregimiento de Morelia (Llanos, 1988; Uribe y Sotomayor, 1988), pues se trata de las únicas estatuas reportadas en este municipio.

A pesar de ser mencionadas por Llanos y Moreno en sus respectivos trabajos, las fuentes salinas de la vereda de Las Pitas⁵ (Figura 6.1) no habían sido estudiadas en el contexto arqueológico y, por lo tanto, no se sabía nada sobre su papel en las actividades productivas de las sociedades agustinianas que habitaron esta parte del alto Magdalena.

LA IMPORTANCIA DE LA SAL Y LAS FUENTES SALINAS

El caso de la sal es tan intrigante como el del acceso a las tierras más fértiles (Langebaek, 1998: 66-7), pues se trata de un recurso crítico de consumo masivo cuya producción se encontraba localizada en solo unos pocos lugares y, por lo tanto, es factible que el acceso diferencial a éste haya sido la base para sustentar diferencias de tipo económicas y sociopolíticas. Infortunadamente, no se cuenta con

4. Para una discusión más detallada sobre estas investigaciones ver Sánchez, 2005.

5. Estas fuentes ya no existen gracias a que a comienzos del siglo xx fueron tapadas por orden de los dueños del predio.

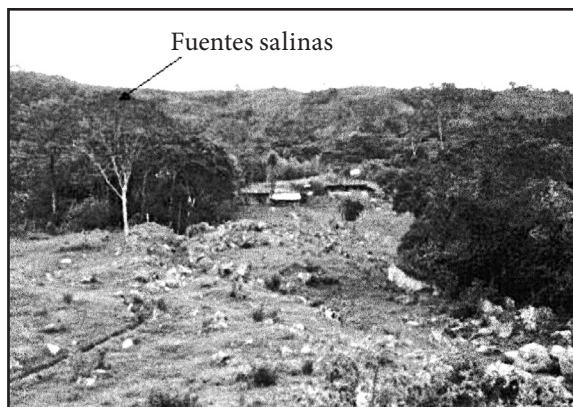


Foto 6.1. Panorámica del área de estudio. Obsérvese la presencia de coluvios. Se indica la localización aproximada de los manantiales salinos.

información de archivo que proporcione alguna orientación sobre las sociedades que habitaron el sur del alto Magdalena y, por consiguiente, no existe mayor referencia a las connotaciones que pudo tener un recurso tan importante como la sal. No obstante, gracias a las descripciones de la campaña de Conquista efectuada por el capitán Pero López (1540[1970: 61]), en 1540, es posible hallar un punto de referencia en relación con el papel del recurso salino ya que según el mencionado militar, cuando los españoles se encontraban en el sur del alto Magdalena:

“El rey Piguanza nos envió una carga de sal que en aquella tierra se tiene en más que oro, algunas cargas de turmas de tierra y frutos de que en aquella tierra había cantidad”.

Con base en esa información, no es improcedente afirmar que en esa región la sal era considerada como un recurso bastante apreciado por las sociedades prehispánicas que allí vivieron, pero lo que no queda claro es el tipo de razones (económicas) por las cuales se tenía en alta estima el mineral. Por lo anterior, resulta pertinente reseñar algunas de las connotaciones de dicho recurso, con el objetivo de estimar los

motivos que pueden llevar a que un sector de la población se interese en mantener el control sobre el acceso o la producción de sal.

CONNOTACIONES IDEOLÓGICAS DE LA SAL

A pesar de la reconocida importancia del cloruro de sodio para el mantenimiento del equilibrio homeostático del cuerpo (Villé, 1974; Maffly, 1989: 720), algunos autores sostienen que el uso o la falta de uso de sal en algunas sociedades no depende de la cantidad de productos agrícolas que consumen, por lo que el nivel de sal ingerido es a menudo una variable cultural, más que de tipo estrictamente fisiológico (Multhauf, 1985: 16; Pomeroy, 1986: 35). Desde esta perspectiva no resulta asombroso que la sal y los salados⁶, lleguen a ser considerados como aspectos constituyentes del marco simbólico establecido por una sociedad y, por lo tanto, no es una cuestión de azar que este mineral haga parte del conjunto de elementos que conforman la identidad de una comunidad o de una sociedad.

Según los estudios realizados por Ann Osborn (1995), en el caso de los indígenas u'wa, la sal constituyó un elemento de diferenciación intragrupal, pues cada clan perteneciente a esta sociedad parece haber tenido “derechos” sobre la elaboración o extracción de determinados productos. Algunos de estos últimos eran utilizados en las relaciones de intercambio entre clanes y dentro del conjunto de objetos intercambiables se encontraba la sal. Cada clan se identificaba con determinado producto, lo cual quiere decir que en algún tiempo existió un “clan de sal”. No obstante, muchos de los productos “exclusivos” de ciertos clanes también eran producidos y consumidos por otros (Osborn, 1995: 64), lo cual indica que, a pesar de ello, la sal probablemente se mantuvo como un elemento de identidad.

En el sur del país, en el departamento del Cauca, entre los indígenas guambianos, la ideología asociada con la sal estaba encaminada a ofrecer resistencia ante las nuevas formas organizativas impuestas por los españoles durante la invasión y la colonia:

6. Nombre con el que también se conoce a los manantiales salinos.

“los españoles [...] cogieron a los guambianos y los bautizaron; con eso, muchos enfermaron por comer sal del blanco, sal del Reino que llamaban los mayores. Esos muchachos pobrecitos, al comer la sal en el bautismo y como nunca la habían probado, quedaron una semana sin deseos de probar bocado porque les supo fea y todos esos días pasaron vomitando hasta que ya aprendieron a gustar cosas con sabor de sal del Reino” (Vasco et al., 1993: 10)

“Los Pishau no eran gentes, eran los mismos guambianos, gigantes muy sabios que comían sal de aquí, de nuestros propios salados, y no eran bautizados”; “Los Pishau comían sal de los propio, los de abajo (los guambianos) comieron sal de los españoles, fueron bautizados [...], quien come sal del blanco también olvida todo lo propio” (Vasco et al., 1993: 14-5).

Además, debido a que en los salados se congregan diversas especies animales para satisfacer sus requerimientos del mineral, éstos constituyen un espacio apropiado para el desarrollo de actividades de cacería con miras al aprovisionamiento de carne de algunas comunidades de la amazonia colombiana, pero además, también se trata de espacios sagrados en los que convergen varios espíritus (Pineda, 1993). Así las cosas, bien sea por la importancia ideológica o económica que pueden representar los manantiales salinos, es claro que se trata de un espacio y un recurso susceptible de ser manipulado con el objetivo de lograr algunos beneficios, prebendas que a la larga llevarán a la diferenciación social en una comunidad.

Infelizmente, en el caso de Saladoblanco no se cuenta con información etnohistórica o etnográfica que permita pensar en una comunidad cuya principal actividad económica la constituyera la producción de sal, ni tampoco es posible indagar sobre el papel que desempeñó este recurso en los procesos identitarios del grupo local de Las Pitás. En cuanto a la ausencia de referencias etnohistóricas acerca de la existencia de las fuentes salinas en lo que hoy en día es Saladoblanco, es particularmente llamativo, pues como se sabe, una de las principales preocupaciones de los españoles era reseñar la presencia de fuentes de recursos críticos como la sal, tal como ocurrió en la Sabana de Bogotá y el piedemonte llanero de la cordillera Oriental (Cardale, 1981; Argüello, Rodríguez y González, 2004).

¿MANEJO DE ASPECTOS IDEOLÓGICOS, ECONÓMICOS O DE LAS RELACIONES SOCIALES?

El manejo de la ideología en el grupo local de Las Pitas

La ideología puede entenderse como la porción del significado cultural que se utiliza estratégicamente para instituir la dominación o la resistencia política; ésta establece una estructura de autoridad e institucionaliza la práctica de las reglas. Las ideologías presentan el código del orden social, es decir, la forma como se estructura la organización política y social (Earle, 1997). En el caso de las sociedades que se asentaron en el sur del alto Magdalena, parte de la ideología fue materializada a través de la construcción de monumentos funerarios caracterizados por la presencia de montículos, templetas, sarcófagos monolíticos y esculturas megalíticas que presentan una amplia variedad de diseños antropozoomorfos y zoomorfos (Duque y Cubillos, 1993; Llanos, 1995a, 1995b; Velandia, 1994; Drennan, 2000). Tales estructuras, así como sus características, han servido como base para que algunos trabajos arqueológicos enfatizen en el posible carácter mágico-religioso de la cotidianidad de las sociedades agustinianas y, a la vez, se han tomado como un indicador de la existencia de diferenciación social (Drennan y Quattrin, 1995; Drennan, 1985, 2000), gracias a que muestran la capacidad que tuvieron algunos individuos para lograr que otros invirtieran su fuerza de trabajo en la construcción de dicho arte monumental; sin embargo, como anota Drennan (2000), aún está por esclarecerse el carácter religioso o económico de la diferenciación social y la ideología que subyace a tales estructuras funerarias.

Esto último reviste especial importancia, pues pone de manifiesto la existencia de una amplia serie de contenidos simbólicos e ideológicos detrás de todo un despliegue artístico presente en los complejos funerarios; contenidos que muy probablemente sirvieron para institucionalizar y mantener unas condiciones económicas, políticas y sociales favorables para los líderes de la sociedad, de forma que el arte monumental fue una de las maneras mediante las cuales las elites transmitían su mensaje de dominación.

Una comparación de características tales como el tamaño de los complejos funerarios, la presencia o ausencia de temples, la presencia y el número de estatuas, así como el tamaño y la forma de la tumba, ha permitido establecer tres órdenes jerárquicos entre los diferentes centros funerarios que se encuentran diseminados en el actual municipio de Isnos; esta categorización fue realizada únicamente con los sitios que presentan arte monumental y no tiene en cuenta los enterramientos correspondientes a los comuneros (Sánchez, 2005). De acuerdo con el autor, la relación que existe entre la complejidad de los enterramientos y la jerarquía de los individuos inhumados allí, puede explicarse gracias a las relaciones de parentesco, las cuales determinarían que el pariente más cercano al ancestro común, en la línea de descendencia, gozara de mayor importancia a la hora de definir y delimitar unidades políticas y territoriales (ver Sánchez, 2005).

En el caso de Saladoblanco, un municipio que se encuentra en el centro geográfico del alto Magdalena y que por lo mismo es posible que sus pobladores prehispánicos hayan establecido algún tipo de relación con aquéllos que habitaron en Isnos o en el valle de La Plata, resulta bastante complicado hacer una evaluación del manejo de los aspectos ideológicos como los esbozados hasta ahora, debido a la carencia de investigaciones arqueológicas de carácter regional que permitan establecer un marco de referencia para este tipo de análisis y a la casi total ausencia de arte monumental funerario en su territorio, pues sólo se cuenta con las estatuas megalíticas, asociadas a montículos, ubicadas en el corregimiento de Morelia (Llanos, 1988; Uribe y Sotomayor, 1987).

Estas características llevan a preguntarse por la forma en que se originó y se manifestó la diferenciación social en las sociedades agustinianas que ocuparon el actual Saladoblanco y especialmente en el área de estudio, pues no se cuenta con ninguna evidencia de enterramientos con arte monumental. Por lo tanto, es importante señalar que si se retomaran los órdenes jerárquicos propuestos por Sánchez (2000, 2005), se tendría que el enterramiento hallado en Morelia correspondería al segundo orden debido a que se trata de un montículo funerario asociado a sólo dos estatuas y no cuenta con la complejidad de las tumbas que se encuentran en el alto de Ídolos y el alto de Las Piedras. De esta manera, también

por asociación, es factible pensar que posiblemente la comunidad de Morelia estaba adscrita políticamente a algún centro primario ubicado fuera de lo que hoy en día es el territorio municipal; entre tanto, los mayores interrogantes se refieren directamente al papel del manejo de los aspectos ideológicos en el área de estudio.

A pesar de la opinión de los autores que defienden la existencia de una cotidianidad ritualizada y mágico-religiosa ligada a un profundo sentimiento de respeto por la muerte en las sociedades agustinianas, parece que la comunidad de Las Pitas (por no decir aquellas comunidades del sur del alto Magdalena que no construyeron complejos funerarios o erigieron estatuas) es una excepción, pues el argumento de tales autores descansa enteramente sobre la presencia de estatuaria y como ya se señaló en el área de estudio no hay estatuas.

Por otra parte, si se tiene en cuenta que la comunidad o grupo local de Las Pitas hizo parte del desarrollo cultural agustiniano, podría asumirse que al igual que en otras comunidades que se asentaron en el sur del alto Magdalena los procesos de jerarquización y de diferenciación social se iniciaron durante el período Clásico Regional y se acentuaron durante el Reciente; sin embargo, el indicador de tales procesos, es decir la estatuaria y el arte monumental funerario, no se encuentra presente. Entonces, ¿cuál fue la base sobre la que se sustentó la diferenciación social? ¿Acaso el control sobre un recurso crítico como la sal no proporcionaría el suficiente estatus y los recursos necesarios como para lograr que los comuneros construyeran un complejo funerario como aquellos de primer o segundo orden jerárquico?

Visto de esa manera, parece factible pensar que la comunidad de Las Pitas se encontraba distante del ancestro común en la línea de descendencia (en el caso en el que ésta hiciera parte del linaje ancestral) o que, a pesar de la importancia del manejo de la ideología en otras zonas del sur del alto Magdalena, en esta parte de Saladoblanco la diferenciación social se sustentó en otro tipo de manejo económico.

El manejo de la economía: la producción de sal

La sal es un producto de consumo masivo que ha estado presente a lo largo del desarrollo de las sociedades humanas gracias a que, además de sus propiedades como condimento, ha sido utilizada en la conservación de alimentos, en curtiembres, en

la preparación de pólvora, como objeto intercambiable y en muchos otros ámbitos. Se trata de un recurso básico o de primera necesidad cuya producción, distribución y circulación puede estar sujeta a manipulaciones por parte de un sector de la población con el objetivo de cimentar las bases de la jerarquía en una sociedad; dicha manipulación sería un mecanismo efectivo para alcanzar el poder político si, además, ese mismo sector poblacional controlara el acceso a la única fuente de obtención en determinada región.

En términos generales pueden identificarse dos formas para obtener sal de la naturaleza: la directa y la indirecta. A la primera corresponde la explotación de fuentes como las minas⁷, el mar y los manantiales salinos (salados), las cuales se encuentran en el territorio colombiano y cuyo aprovechamiento se ha documentado ampliamente (Argüello, Rodríguez y González, 2004; Brhuns, 1976, 1995; Cardale, 1981; Groot, 1974; Langebaek, 1996; Pineda, 1993, entre otros); la segunda se refiere a la obtención de sal a partir de la geofagia (Langebaek, 1992: 110), de orina humana (Friede, 1960: 259), del procesamiento de plantas (Cieza de León, 1985; Godelier, 1980; Multhauf, 1985; Sotomayor, 1992: 20) y, como en el caso de algunas zonas de México, a partir de la lixiviación de tierras salitrosas (Parsons, 1994).

Habitualmente, en el caso de los manantiales salinos la producción de sal se realiza implementando la técnica de hervimiento del aguasal. Ésta tiene por objetivo compactar el mineral en un recipiente elaborado exclusivamente para ese propósito; el aguasal extraída de los manantiales se somete a altas temperaturas para lograr que el agua se evapore, mientras que la sal va tomando la forma del recipiente a manera de bloque. Una vez se haya terminado la evaporación, se debe romper el recipiente para dejar al descubierto el producto final: “un bloque o pan de sal” que resulta fácilmente transportable y almacenable. Esta técnica de producción ha sido documentada por varios investigadores (Cardale, 1981; Groot, 1974; Drennan, 1976) y se caracteriza por la gran cantidad de fragmentos cerámicos que se producen como

7. Cardale (1981) afirma que las minas de sal de Zipaquirá sólo empezaron a explotarse después de la llegada de los españoles, pues la sal que era producida por las sociedades muiscas provenía exclusivamente de los manantiales presentes en la Sabana de Bogotá.

resultado del resquebrajamiento de los recipientes (cuya vida útil es relativamente corta) en los que se compacta la sal. Así, es claro que en la medida en que aumente la producción de sal, de igual forma aumentará la cantidad de fragmentos que serán depositados en los basureros; sin embargo, a pesar de que varios arqueólogos sugieran que esa fue la técnica productiva empleada por otras comunidades prehispánicas que ocuparon el actual territorio andino colombiano (Brhuns, 1976, 1995; Santos, 1986, 1995), son muy pocos los casos en los que el registro arqueológico permite identificar esta producción y, más importante aún, aunque buena parte de ellos plantee la posibilidad de la existencia de redes de intercambio de productos, en las que la sal desempeñó un papel importante, no existe evidencia alguna de producción en gran escala como la que se halla en la Sabana de Bogotá (Cardale, 1981) y Tierradentro (Groot, 1974; Langebaek, 1998); ni siquiera en el caso del valle de Aburrá, en donde se sostiene la idea de la presencia de conflicto generado por el acceso a las fuentes salinas, además de las fuentes de oro y los suelos fértiles (Langebaek, Dever y Piazzini, 2002), se cuenta con la evidencia arqueológica necesaria para deducir que la técnica productiva de hervimiento haya sido utilizada por los antiguos pobladores de esa región.

Con todo, gracias a la importancia que reviste el control sobre un recurso de primera necesidad como mecanismo utilizado por algunos individuos para obtener el poder político, resulta indispensable indagar por las estrategias que utilizaron las elites para fomentar la diferenciación social y la centralización de la toma de decisiones. Pero para lograr entender este tipo de inquietudes, es fundamental analizar algunos aspectos relacionados con la producción, pues también se trata de un proceso organizativo; en este sentido, cabe aclarar que la obtención de sal para el consumo humano, como cualquier otra actividad, es un proceso productivo que exige el establecimiento de pautas que rigen el desempeño de las personas involucradas en tal actividad y, al mismo tiempo, esas pautas están determinadas por la escala de la producción. En otras palabras, las estrategias de producción no serán las mismas si la demanda por el producto es mínima, mientras que una mayor demanda de sal necesariamente obliga a que la producción deba organizarse de tal forma que esté en capacidad de suplir los requerimientos. De otro lado, se

tiene que si se tratara de una producción en gran escala, es probable que parte de lo producido esté destinado a la generación de excedentes en favor de la elite.

Si la producción de sal fuese una actividad económica que involucrara a un sector de la población en calidad de productores especializados, se tendría a un grupo de personas dedicadas única y exclusivamente a la elaboración de sal (Muller, 1987; Melliasoux, 1977) y en estas circunstancias, es claro que la demanda por el recurso sería tan alta que es preciso que haya gente produciendo constantemente con el objetivo de cumplir con todos los requerimientos; pero además, una situación como ésta también supone la existencia de una amplia red de intercambio que lleva a que la elite local decida mantener una producción constante. Así las cosas, también es preciso emplear un conjunto de estrategias orientadas a proteger y mantener las fuentes salinas y con todo esto, es evidente que se facilita el camino para lograr el poder político de la comunidad, pues es la oportunidad perfecta para institucionalizar el liderazgo.

Otra posibilidad que debe tenerse en cuenta, se refiere a la producción de sal en calidad de especialidad, es decir, como una actividad que se realiza paralelamente con otras de tipo productivo (Melliasoux, 1977). Ésta, a pesar de parecer un poco más simple que la especialización, resulta ser algo compleja en la medida en que se requiere de un liderazgo más arraigado e institucionalizado para hacer que buena parte, si no toda, la comunidad se involucre en el proceso productivo. En el caso de la especialización, la supervivencia de los productores se asegura mediante los mecanismos de redistribución, mientras que en la especialidad, la producción de sal, hace parte del conjunto de actividades desarrolladas por las unidades domésticas (Melliasoux, 1977) y por lo tanto, si se tiene un control sobre la producción para suplir la demanda local y extralocal, las estrategias de cohesión y organización deben ser lo suficientemente fuertes como para mantener bajo control una producción descentralizada.

Ya tratara de especialización o especialidad, en las consideraciones anteriores se advierte la presencia de una fuerte demanda de sal y por lo mismo, se pensaría en

la necesidad de una producción intensiva⁸. Según algunos autores, estas circunstancias se presentan cuando la economía de subsistencia es intensificada debido al crecimiento de la población (Johnson y Earle, 1987). En otras palabras y aplicando lo planteado por dichos autores al caso de las sociedades agustinianas que nos ocupan, se tendría un panorama en el que durante el período Formativo (1000 a.C.-1 d.C.), las actividades económicas estarían encaminadas a suplir las necesidades de las unidades domésticas sin la generación de excedentes, pues la economía de subsistencia es la misma economía familiar; ésta tiene la particularidad de estar presente en todos los tipos de sociedades, solo que en aquellas jerarquizadas de tipo cacical, como las que existieron durante los períodos Clásico Regional (1-900 d.C.) y Reciente (900-1536 d.C.), la economía de subsistencia se ve afectada en la medida en que las unidades domésticas, además de producir para suplir sus propias necesidades ahora deben generar excedentes, los cuales son acopiados y administrados por la elite de la sociedad (Johnson y Earle, 1987; Melliasoux, 1977). De acuerdo con esto, y con las hipótesis descritas al comienzo del texto, se tendría que para el período Reciente, la escala de producción de sal sería suficiente como para suplir la demanda local y extralocal, de manera que tal vez se haya tratado de una especialización en la producción, la cual estuvo acompañada por un incremento en la población que llevó a la intensificación de la producción, es decir al mejoramiento de la tecnología para aumentar la productividad de las fuentes. Sin embargo, como se verá, hay un contraste entre esta hipótesis y lo hallado en el registro arqueológico.

8. Por ésta se entienden el conjunto de prácticas o estrategias encaminadas a mantener y mejorar las fuentes salinas con el objetivo de incrementar su productividad. Se incluyen dentro de estas estrategias, las modificaciones en el paisaje tales como construcción de tanques de almacenamiento, sitios de producción u otra estructura que permita incrementar la productividad de unas mismas fuentes.

El manejo de las relaciones sociales: la presencia de reglas culturales

La demanda extralocal de sal se refiere a las relaciones que estableció la comunidad local de Las Pitas con otras, sin embargo, la escala de la investigación no es la adecuada para poder indagar sobre este aspecto.

No obstante, debe señalarse que además de la economía y de los aspectos ideológicos, una pieza fundamental para el funcionamiento del mecanismo sociopolítico lo constituye el manejo de las relaciones sociales en un grupo local y éste se logra gracias al establecimiento de reglas culturales (Johnson y Earle, 1987; Earle, 1997). Éstas se relacionan estrechamente con la economía y la ideología, pues pueden estar orientadas a explotar o regular el aprovechamiento de recursos críticos, a evitar el riesgo de conflictos, a mantener un orden social y político y/o establecer alianzas con otras comunidades. Es solo a través de estructuras sociales y reglas culturales que las relaciones estables que van más allá de pequeños grupos familiares, pueden ser mantenidas en un medio ambiente competitivo. Cualquier exhibición económica de tales estructuras y reglas se considera una economía política (Johnson y Earle, 1987).

La economía política involucra el intercambio de bienes y servicios en una sociedad integrada por familias interconectadas. Todas las culturas tienen al menos una economía política rudimentaria, debido a que las familias no pueden ser enteramente autosuficientes y están ligadas por la necesidad de seguridad, apareamiento e intercambio. Hay que tener en cuenta que la economía política realiza cambios en la economía de subsistencia, produce un excedente y éste a su vez es usado para financiar instituciones sociales o religiosas que en su más elaborada forma son administradas por personas que no producen. La economía política busca maximizar los ingresos para la elite dirigente. Este tipo de economía crece gracias al proceso de retroalimentación positiva entre inversión y expansión de los ingresos (Johnson y Earle, 1987).

Precisamente, tales reglas también pueden estar mediadas por el manejo del parentesco o por la pertenencia a un linaje ancestral, como se vio atrás. En el caso de Las Pitas a pesar de no contar con enterramientos asociados a estatuaria, la evidencia arqueológica recabada es pertinente para abordar estos aspectos y de hecho, permite explorar y proponer su influencia en la evolución social del grupo local de Las Pitas.

LA INVESTIGACIÓN Y SUS CARACTERÍSTICAS

Las escalas, los indicadores y el reconocimiento arqueológico

En la medida en la que hasta ahora se ha hablado de un grupo local, es claro que para abordar la problemática de estudio no era adecuado abarcar un solo sitio, pero dadas las limitaciones económicas existentes para el desarrollo del trabajo de campo, tampoco se escogió una región como unidad de análisis. Lo que se hizo fue delimitar un área en la que se estimó que hubo ocupaciones prehispánicas correspondientes a la unidad sociopolítica a estudiar.

Dicha área corresponde a un sector ubicado al occidente del casco urbano del municipio de Saladoblanco (Figuras 6.2 y 6.3). Está delimitada al norte por un escarpe originado por un fenómeno de deslizamiento ocurrido hace varios miles de años, lo cual hace que el terreno presente grandes cantidades de coluvios especialmente en la zona próxima al escarpe; al occidente se encuentra delimitada por el cauce de la quebrada La Colorada y al oriente, por el de la quebrada El Derrumbo; al sur se encuentra el río Bordones, el cual desemboca en el río Magdalena unos pocos kilómetros más abajo del área seleccionada. Según la información obtenida durante el desarrollo del trabajo de campo, las fuentes salinas se ubicaron en el sector norte, muy cerca del escarpe.

Como ya se ha mencionado, el esquema cronológico utilizado corresponde al definido por Luis Duque Gómez y Julio César Cubillos (1979) y refinado por Drennan (1989; 1993). Éste contempla tres divisiones cronológicas así: período Formativo (1000 a.C.-1d.C.), período Clásico Regional (1-900 d.C.) y Reciente (900-1536 d.C.); a su vez, el primer período se subdivide en Formativo 1 (1000-600 a.C.), Formativo 2 (600-300 a.C.) y Formativo 3 (300 a.C.-1 d.C.).

Por otra parte, para poder identificar la producción de sal en Las Pitas, mediante la técnica de hervimiento, se definieron tres indicadores contrastables en terreno. En primer lugar se asumió que, gracias al empleo de la técnica mencionada, debía hallarse gran acumulación de fragmentos cerámicos correspondientes a los recipientes utilizados en el proceso productivo y que debieron ser resquebrajados una vez se lograra la compactación de la sal; en consecuencia, en caso de tratarse de

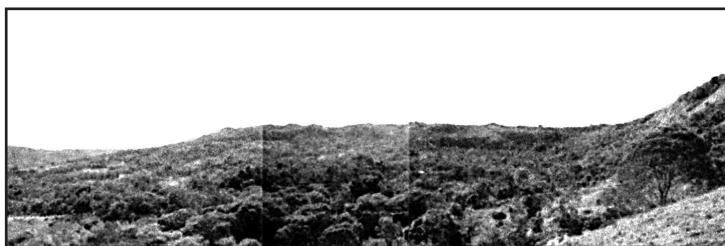


Figura 6.2. Panorámica del área de estudio.

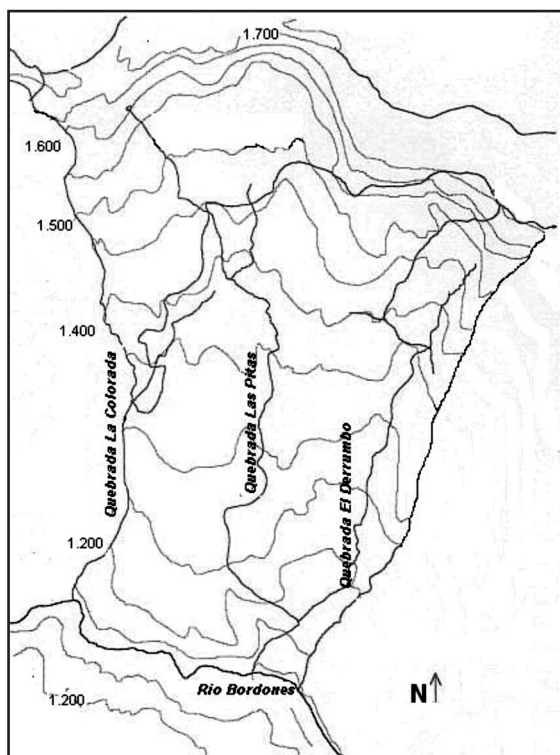


Figura 6.3. Área de estudio.

producción a gran escala, los depósitos arqueológicos relacionados con esta actividad, debían ubicarse en sitios aledaños al lugar en el que se hallaban las fuentes. En segundo lugar, teniendo como base los trabajos arqueológicos dedicados al estudio de la producción de sal en distintas zonas de Colombia (Cardale, 1981; Groot, 1974; Langebaek, 1998), se asumió que los recipientes y en consecuencia los fragmentos cerámicos resultantes del resquebrajamiento, debían presentar unas características formales diferentes de las que se han definido para los grupos cerámicos del sur del alto Magdalena (por ejemplo mayor grosor de los fragmentos, presencia de engobe en las superficies internas de los recipientes o de los fragmentos y formas de vasijas distintas, más funcionales para la actividad para la que fueron diseñados los recipientes). Y en tercer lugar, que si fue necesaria la intensificación de la producción, es probable que el grupo local de Las Pitas llevara a cabo adecuaciones o modificaciones en el paisaje, identificables en el registro arqueológico.

En cuanto a la estrategia utilizada para recabar la información pertinente, se recurrió a la implementación de la técnica de Reconocimiento Arqueológico de Cubrimiento Total (RACT). Éste se realizó con las características de aquéllos realizados en otras regiones del país como el valle del río La Plata (Drennan, 1985), en San Agustín e Isnos (Sánchez, 1994), en Tierradentro (Langebaek, 1998), en el valle de Aburrá (Langebaek, Dever y Piazzini, 2002), entre otras⁹. Esta técnica es la más acorde con la problemática de la investigación debido a que permite rastrear la ubicación de las ocupaciones prehispánicas a través de la secuencia cronológica regional con un alto grado de confianza; pero además, permite contrastar en terreno los indicadores propuestos para la identificación y ubicación de la producción de sal.

Finalmente, la delimitación de las áreas de ocupación (sitios) se efectuó de acuerdo con los procedimientos utilizados por el proyecto arqueológico valle de La Plata (Drennan, 1985) y por el Programa de Arqueología Regional en el alto Magdalena (PARAM) (Sánchez, 1994).

9. La descripción pormenorizada de este reconocimiento arqueológico se encuentra en González y Villate (2004), razón por la cual no se presenta en este texto.

RESULTADOS DEL TRABAJO DE CAMPO

A pesar de la rigurosidad con la que se desarrolló la inspección sistemática de la totalidad del área de estudio, no fue posible identificar ninguno de los indicadores propuestos para determinar la ubicación y las características de la producción de sal mediante la técnica de hervimiento. No se encontraron grandes acumulaciones o depósitos arqueológicos que pudiesen corresponder con dicha actividad económica, ni tampoco se hallaron recipientes o fragmentos cerámicos que presentaran las características propias de este tipo de producción; tampoco fue posible determinar si las modificaciones en el paisaje que actualmente se aprecian, corresponden a eventos producidos en épocas prehispánicas, pues no se halló evidencia arqueológica que así lo indicara y además, debe recordarse que posiblemente el registro arqueológico haya sido alterado, ante la orden de taponamiento de las fuentes (según algunos informantes locales). Sin embargo, lo anterior no quiere decir que no se haya producido sal en Las Pitás, pues es posible que se haya empleado otra forma de obtener el mineral y por lo tanto, se haya implementado otro sistema para organizar el proceso productivo, tal como se verá más adelante (Figura 6.4).

CRECIMIENTO DEMOGRÁFICO vs. INTENSIFICACIÓN DE LA PRODUCCIÓN DE SAL

Como ya se mencionó, una de las hipótesis sostiene que durante el período Reciente (900-1536 d.C), la producción de sal se desarrolló como una especialización por parte de algún sector poblacional del grupo local, lo cual correspondería con un aumento local y extralocal de la demanda por el recurso salino debido a un incremento de la población. Sin embargo, la evidencia arqueológica no es consistente con la idea de una especialización en la producción, lo que permite deducir que esta actividad fue desarrollada como una especialidad parcial acompañada de otros procesos productivos, lo cual a su vez, requiere la implementación de estrategias de control más efectivas por parte de la elite, ya que la elaboración de sal no es una actividad focalizada en un solo sitio y podría decirse que, en esa medida, no es centralizada.



Figura 6.4. Aspecto actual del sitio en el que se ubicaban las fuentes salinas.

De esta forma, plantear alternativas para explicar lo que sucedió en el grupo local de Las Pitas impone la necesidad de evaluar la correlación existente entre el incremento en los índices demográficos con el aumento de la demanda de sal, pues se asume que a mayor población, más será la necesidad de intensificar la producción.

Para evaluar el comportamiento demográfico en términos de crecimiento se utilizó la información proveniente de la clasificación cerámica, del promedio de fragmentos hallados por sondeos de acuerdo con el período cronológico al que corresponden y a la cantidad de espacio ocupado dentro del área de estudio; así las cosas, una correlación positiva entre el cruce de las tres variables mostraría aumento en la población, mientras que de haber inconsistencias entre ellas, debía buscarse otra estrategia para explicar el comportamiento de la población.

La clasificación cerámica se realizó de acuerdo con los parámetros establecidos por el Proyecto Arqueológico Valle de La Plata (Drennan, 1985, 1993) y se llevó a

cabo con base en las características de la superficie, bordes, formas, desgrasantes y decoraciones, aunque en general debe destacarse la poca presencia de fragmentos decorados. La correspondencia cronológica de los grupos cerámicos, así como los resultados de la clasificación pueden apreciarse en la tabla 6.1.

PERÍODO	GRUPO CERÁMICO
Formativo 1 (1000-600 a.C.)	Tachuelo pulido
Formativo 2 (600-300 a.C.)	Planaditas rojo pulido
Formativo 3 (300 a.C.-1 d.C.)	Lourdes rojo engobado
Clásico Regional (1-900 d.C.)	Guacas café rojizo
Reciente (900-1536 d.C.)	Barranquilla crema

Tabla 6.1. Grupos cerámicos y períodos cronológicos

Se observa que las proporciones muestran un incremento poblacional constante desde el inicio del período Formativo hasta el período Clásico Regional, pero se aprecia una leve disminución de las proporciones correspondientes al período Reciente, lo cual aparentemente mostraría una leve disminución de la población. Del mismo modo, al comparar los promedios correspondientes a los fragmentos por sondeo, se aprecia nuevamente una disminución en el período Reciente.

No obstante, al analizar la cantidad y la proporción de espacio ocupado, se hace evidente una contradicción, pues el período Reciente es el que muestra una mayor proporción de espacio ocupado.

En general, es posible afirmar que con el paso del tiempo hubo un incremento en la cantidad de espacio ocupado por el grupo local de Las Pitas, de forma que se pasa de 28,56 ha ocupadas en el período Formativo, a 42,03 ha en el período Clásico Regional y luego a 45,92 ha durante el período Reciente, lo cual puede tomarse como un indicador de aumento en la población. Sin embargo, estos datos no concuerdan con la disminución que reportan los datos correspondientes a las

otras dos variables (proporción del grupo cerámico y promedios de fragmentos por sondeo) (ver tablas 6.2 y 6.3), lo que supone un análisis más detallado de la distribución espacial de la población.

Para llevarlo a cabo, se recurrió al conteo de las áreas de ocupación (sitios) y de las posibles áreas de vivienda o actividad (lotes), que fueron registradas a través del reconocimiento sistemático realizado. Además, se comparó el número total de dichas áreas, así como aquéllas que fueron ocupadas (ver tabla 6.4), abandonadas y reocupadas durante los tres períodos cronológicos. Este ejercicio brindó la posibilidad de obtener mayor resolución en cuanto al comportamiento de la población en relación con la concentración o dispersión. De igual forma, la información además de ser consistente con un aumento demográfico, permitió inferir un proceso de reacomodamiento poblacional durante el período Reciente.

Para el análisis de la concentración de población se compararon las cifras correspondientes al total de áreas ocupadas (ver tabla 6.5). De esta forma, se aprecia que mientras que en el período Clásico Regional, en los 108 sitios (áreas de

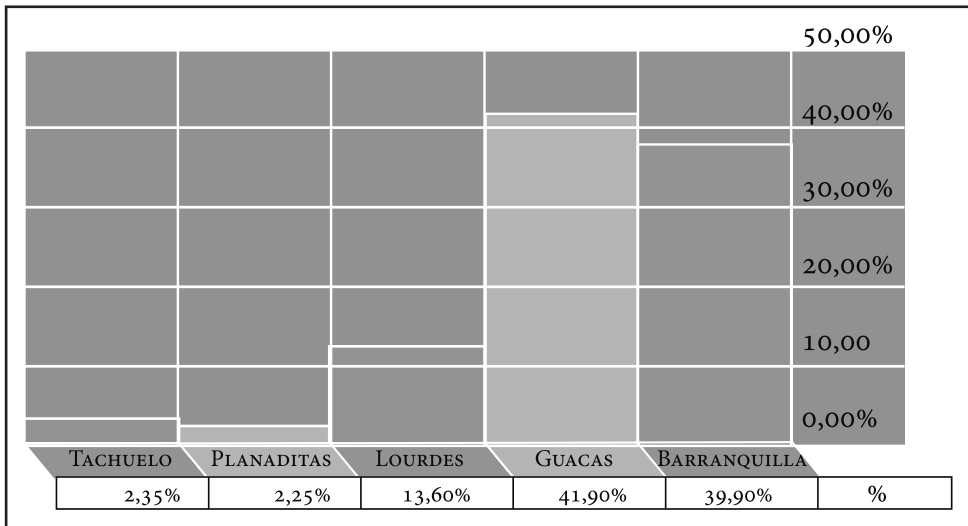


Tabla 6.2. Porcentaje de los grupos cerámicos.

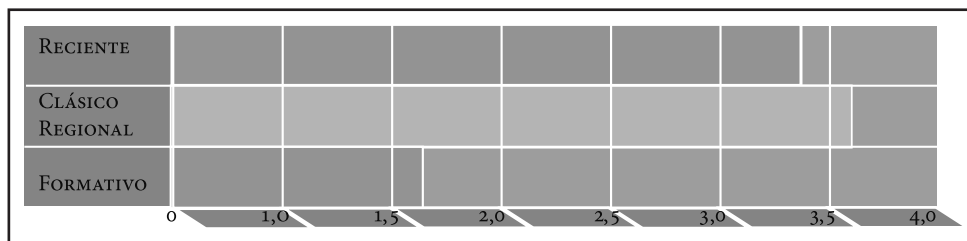


Tabla 6.3. Comparación de los promedios de fragmentos por sondeo, por período.

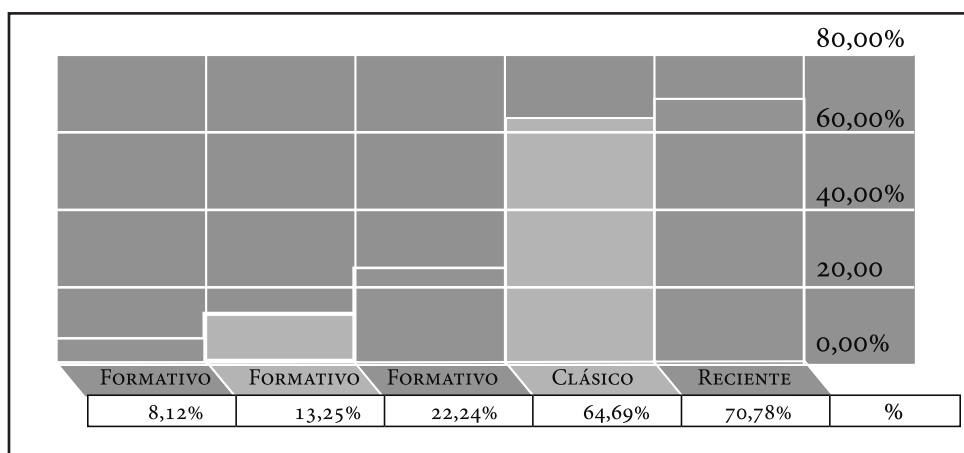


Tabla 6.4. Porcentaje de área ocupada por período.

ocupación) se registraron 157 posibles áreas de vivienda y/o actividad, durante el período Reciente, en 116 sitios (tan sólo 8 más que en el período anterior) se registraron 234 posibles áreas de vivienda y/o actividad. Adicionalmente, el número de áreas nuevas durante el período Reciente es bastante superior al número de áreas abandonadas y supera por poco la cantidad de áreas de ocupación continua, lo que se traduce en un aumento demográfico y lo que es más interesante aún, en un reacomodamiento de la población. Pero ¿Cuáles fueron los factores que determinaron esa nueva forma de reubicación espacial? ¿Acaso tuvo que ver el acceso o la

<i>Periodos</i>	Áreas de ocupación			Áreas de vivienda/ actividad		
	<i>F</i>	<i>CR</i>	<i>R</i>	<i>F</i>	<i>CR</i>	<i>R</i>
<i>Total áreas</i>	79	108	116	96	157	234
<i>Áreas de ocupación continua</i>	13	32	76	14	43	102
<i>Áreas abandonadas</i>	21	16	49	22	16	55
<i>Áreas nuevas</i>	48	70	32	61	106	124
<i>Áreas reocupadas</i>	6	6	8	7	6	8

Tabla 6.5. Comparación entre áreas de ocupación (sitios) y áreas de vivienda y/o actividad (lotes), por periodo.

explotación de las salinas? ¿De qué otra forma se pueden apreciar esos cambios en la distribución espacial de los asentamientos?

LA COMUNIDAD PREHISPÁNICA DE LAS PITAS

Con base en la evidencia arqueológica recabada durante el desarrollo de la investigación, así como mediante la asociación con otros procesos correspondientes a las sociedades agustinianas de regiones aledañas, puede decirse que los primeros asentamientos se presentaron en algún momento durante el período Formativo I, es decir, entre el año 1.000 a.C. y el 600 a.C. Se trataba de sociedades sedentarias que se distribuyeron en el paisaje de forma dispersa y que no construyeron viviendas en zonas próximas a las fuentes salinas. Enfrentaron unas condiciones ambientales caracterizadas por una disminución en la temperatura¹⁰ y un aumento

10. La información paleoambiental que aquí se presenta fue tomada de Drennan (1993).

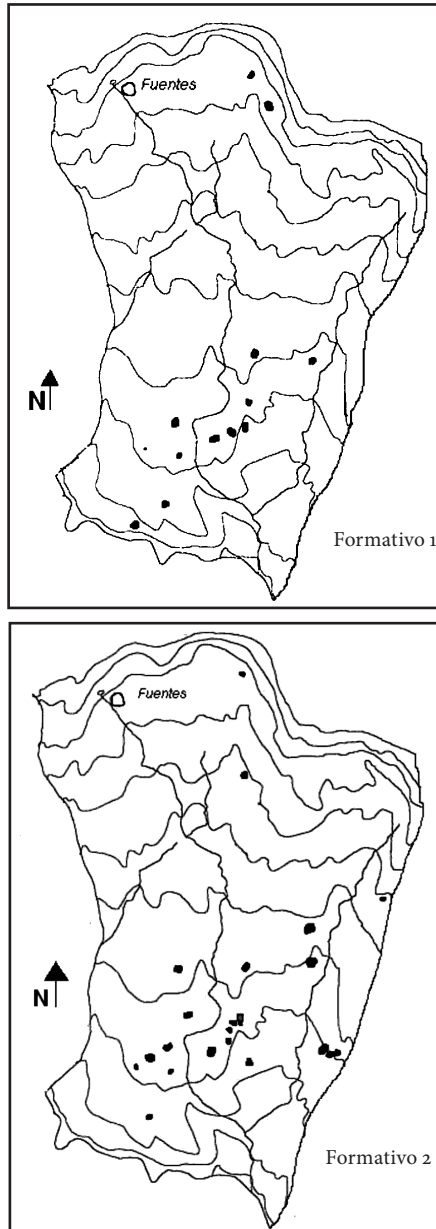
en la precipitación, las cuales, posiblemente, incidieron en que la salinidad del agua que emanaba de los manantiales no fuera alta.

Debido a que los niveles demográficos correspondientes a esta época no fueron altos, no debió presentarse una fuerte demanda por la consecución de sal, lo cual explicaría la ausencia de asentamientos alrededor de las fuentes, ya que no se necesitaba de un control permanente sobre éstas. Por otra parte, es preciso señalar que éstos, por ser los primeros asentamientos, corresponden a lo que puede denominarse “las familias fundadoras”.

Estas condiciones se mantuvieron más o menos estables durante el período Formativo 2, pues no se presentaron variaciones medioambientales drásticas y el grupo local de Las Pitas no manifestó mayores cambios en cuanto al patrón de asentamiento; aún se observa dispersión de las áreas de ocupación y no hay concentraciones de población que puedan asociarse a la consolidación de un centro de toma de decisiones (ver figuras 6.5 y 6.6).

El Formativo 3 constituye un período crítico en los procesos de cambio social del grupo local de Las Pitas. La población aumentó y el patrón de asentamiento se modificó de tal forma que al interior de la comunidad se forman dos concentraciones de población; una ubicada en el sector norte, cuyas pendientes son pronunciadas y presenta gran cantidad de coluvios (ver figura 6.1) y la otra, en el sector sur, en donde el grado de inclinación de las pendientes y la presencia de grandes coluvios es menor que en la zona anterior. Esta división en las concentraciones de población puede ser indicativa de la aparición de diferencias o conflictos al interior de la comunidad local de Las Pitas, desafortunadamente, debido a la escala de la investigación, no es posible identificar adscripción o pertenencia política a comunidades cercanas ubicadas fuera del área de estudio, por lo que se asumirá que durante esta época hubo una escisión parcial dentro de la unidad política que se asentó en Las Pitas.

Esta aparente división territorial concuerda con un aumento demográfico y con un medioambiente que se tornó muy similar al actual a partir del año 50 a.C., lo cual pudo mejorar el grado de salinidad de los manantiales y por tanto, su productividad; sin embargo, no hay asentamientos aledaños a las fuentes que pudieran indicar un control más efectivo del acceso a éstas. Ante estas circunstancias, indudablemente,



Figuras 6.5 y 6.6. Patrón de asentamiento durante los períodos Formativo 1 y Formativo 2.
Escala aproximada 1:42.000

el manejo de las relaciones sociales pudo cobrar importancia debido a que fue necesario encontrar estrategias que permitieran dirimir el conflicto y este panorama se convierte en el escenario propicio para la formulación e institucionalización del conjunto de reglas culturales que facilitaría el establecimiento de alianzas a futuro, máxime si se trata de asegurar el aprovechamiento del recurso salino por ambos segmentos del grupo local de Las Pitas.

Ya durante el período Clásico Regional, el conflicto parece haber sido resuelto en favor del segmento sur, pues la población tendió a concentrarse en esta zona, lo cual confirmaría que la aparición, durante el período anterior, de las reglas culturales o de la economía política rudimentaria (Johnson y Earle, 1987), fue una estrategia exitosa para la anulación de la separación interna del grupo local y sentó las bases para el surgimiento del liderazgo.

Por primera vez se establecieron ocupaciones en proximidades de las fuentes salinas y con ello, tal vez se inició una nueva etapa en la producción de sal. Para los años comprendidos entre el 1 d.C. y el 900 d.C., se presentó un aumento demográfico que pudo traer como consecuencia aumento en la demanda de sal; además, debe recordarse que durante esta época se inician los procesos de integración regional característicos de las sociedades jerarquizadas de tipo cacical del sur del alto Magdalena y por lo tanto, el grupo local de Las Pitas pudo estar inmerso en tales procesos, lo que aumentaría, aún más, la demanda por el recurso salino ya que ahora se trata de una producción orientada a satisfacer no solo las necesidades locales sino también las supralocales.

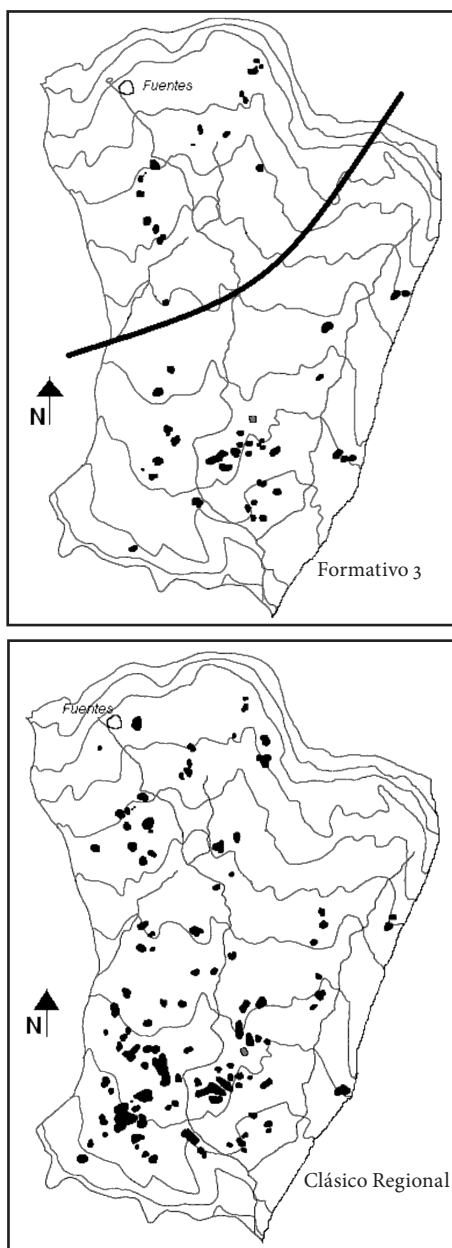
Sin embargo, parece que el control sobre el acceso a las fuentes salinas no fue un evento que permitiera a la naciente elite local sufragar los gastos que implicaría la construcción de un complejo funerario como los que se encuentran diseminados en regiones aledañas; lo único que pudo registrarse mediante el reconocimiento arqueológico fue un montículo de 2 m de diámetro, ubicado en la zona centro-oriental del área de estudio, aquélla en donde la presencia de asentamientos es mínima. Así, si se asumiera que esta tumba haya sido construida durante el período Clásico Regional y se aplicara el modelo propuesto por Sánchez (2005), esbozado con anterioridad, este enterramiento correspondería al tercer orden jerárquico, es

decir, el más bajo de la tipología; además, contrario a lo que sucede en otros centros de desarrollo cultural agustiniano, la población no tendió a concentrarse en torno a dicho montículo.

Lo anterior podría significar que el manejo de los aspectos ideológicos y en especial su materialización, no fue tan importante a la hora de manifestar la diferenciación social en el grupo local de Las Pitás. Quizá el control sobre los manantiales salinos y/o la estrategia utilizada para dirimir el conflicto, fueron los elementos que proporcionaron las bases para el surgimiento del liderazgo y la jerarquización social.

Pero ¿por qué no se construyó arte monumental funerario en Las Pitás, si el control sobre un recurso crítico como la sal bien podría convertir al grupo local y su territorio en un sitio de relevancia regional? Posiblemente, al momento de ingresar a las redes de integración regional, el grupo local de Las Pitás pudo entrar en una situación de desventaja frente a un centro político mayor, lo cual llevaría a que la elite local cediera en algunos aspectos como en el manejo de elementos simbólicos e ideológicos. Otra posibilidad consiste en que tal vez hayan existido algunos requisitos culturales o ideológicos que restringieran la construcción de los complejos funerarios, es decir, que pudo existir algún código que solo permitiera a algunas elites erigir este tipo de monumentos; quizá la pertenencia y proximidad en línea de descendencia de un ancestro común u otro tipo de manejo político e ideológico hayan negado a la elite de la comunidad local de Las Pitás la posibilidad de acceder a este símbolo de prestigio. Sin embargo, estas elucubraciones están a la espera de ser contrastadas por un estudio cuya escala sea la adecuada para ese objetivo.

Al observar la figura 6.9, se hace evidente que durante el período Reciente la población se reacomoda y buena parte de ella prefiere ubicarse en el sector sur del área reconocida. El área de las ocupaciones fue en promedio de 0,29 ha, apenas 0,02 ha más que en el período anterior, a pesar del gran incremento en las áreas de vivienda y/o actividad (pues de 157 presentes durante el período Clásico Regional, se pasa a 234 en el Reciente); lo anterior confirma la tendencia hacia la concentración de los asentamientos y correspondería a una panorámica en la que tal vez se



Figuras 6.7 y 6.8. Patrón de asentamiento durante los períodos Formativo 3 y Clásico Regional. Escala aproximada 1:42.000.

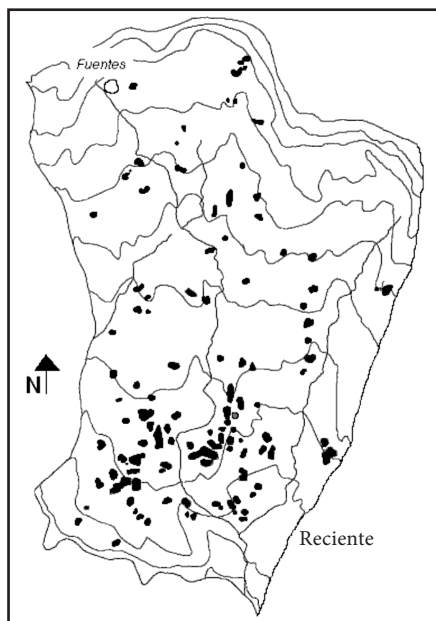


Figura 6.9. Patrón de asentamiento durante el periodo Reciente. Escala aproximada 1:42000

pudo observar varias viviendas ocupando una misma cima de colina (asumiendo que los asentamientos hayan sido contemporáneos).

¿Cuál era el elemento que aglutinaba a la población en dicho sector? Según se plantea en algunos textos, existe una tendencia de la población a distribuirse respecto del sitio en el que se toman las decisiones de la comunidad y en el caso del sur del alto Magdalena, parece ser que éstos se ubicaron en sitios con presencia de arte monumental funerario (Drennan, 1985, 1993), lo cual ha hecho que se tome a la ideología como el elemento preponderante en los procesos de diferenciación y jerarquización social durante el período Clásico Regional; sin embargo, como se ha visto, éste no es el caso del grupo local de Las Pitás.

En el caso de Las Pitás en particular, podría pensarse que la ubicación de un área de ocupación en proximidades de los manantiales salinos proporcionaría una posición privilegiada respecto de los otros habitantes de la localidad debido

al control que ofrece una ubicación como esa sobre un recurso crítico y de consumo masivo como la sal y, por tanto, reuniría las condiciones para erigirse como centro de toma de decisiones. No obstante, a pesar de la presencia de un asentamiento a pocos metros del lugar en el que se ubicaban las fuentes, se vio que una vez resuelta la escisión sufrida por el grupo local de Las Pitas, la población tendió a concentrarse cada vez más en el sector opuesto al de la localización de los manantiales salinos.

Esto podría deberse a las condiciones geomorfológicas del área, pues como ya se señaló, la zona sur posee menor grado de pendiente y menos presencia de grandes coluvios, que la zona norte. Pero además de esto, si se aprecian detenidamente los mapas de patrón de asentamiento por período, es posible percatarse de la presencia de un pequeño asentamiento que aparece remarcado y decolorado en la zona centro-sur del área de estudio. Sencillamente, este asentamiento fue el único ocupado durante toda la secuencia cronológica, es decir, que probablemente allí se haya asentado la familia fundadora de la comunidad y posiblemente, gracias a la existencia de algún código o regla cultural, el sitio permaneció ocupado a través de los años. Por supuesto, no se descartan los procesos de construcción, destrucción, abandono y reocupación a los que estuvieron sujetos los sitios arqueológicos, lo que se intenta destacar es que la población del grupo local de Las Pitas tendió a concentrarse en relación con dicho asentamiento y no con las fuentes, lo que lleva a pensar que el elemento aglutinante sobre el cual giró el proceso de diferenciación social, lo constituyó la tradición de las familias fundadoras, la pertenencia al linaje de los fundadores o en otras palabras, el manejo de las relaciones sociales.

A partir del año 1250 d.C. la temperatura y la humedad disminuyeron hacia las condiciones actuales y posiblemente los manantiales presentaron cambios en su productividad; aún se mantiene el área de ocupación en proximidades de las fuentes, lo que sugiere que tal vez esta área haya sido un sitio de control sobre el acceso al recurso salino.

¿CÓMO SE PRODUCÍA LA SAL EN LAS PITAS?

Infortunadamente la evidencia arqueológica no es suficiente ni adecuada para lograr algún grado de certeza en relación con la forma en que se llevó a cabo el proceso productivo de la obtención de sal en Las Pitas. No obstante, referencias correspondientes a la época de la invasión española como la de fray Pedro Aguado (1956: 517) permiten esbozar algunas posibilidades para explicar la producción de sal en el área de estudio. Según Aguado, un indígena...:

“... trajo de presente al capitán abra de una arroba de sal y le dijo cómo él y otra mujer viuda eran señores de ciertas salinas que en aquel valle había, de las cuales artificialmente hacían sal, con que por vía de rescates se sustentaban y proveían de lo necesario, sin embargo de que todos los caciques e indios de aquella provincia que querían hacer sal, no se les estorbaba ni impedía hacerla, y los que no se querían poner a este trabajo ellos se la daban por que les ayudasen a guerras contra los pixos”.

Esta descripción permite ver cómo el acceso a un recurso de consumo masivo como la sal, sirve como mecanismo para establecer alianzas a futuro con otras comunidades, pero aún más llamativo resulta el hecho de que el “señor” o “propietario” de la fuente salina permite que otras personas lleguen a producir sal a su territorio sin ningún inconveniente. Ésta sería una estrategia económica que funcionaría para satisfacer la demanda local y supralocal de sal, sin necesidad de mantener a un grupo de especialistas (cuyo trabajo sea una especialización) dedicado única y exclusivamente a la actividad de producir sal; a nivel del manejo de las relaciones sociales, también es una estrategia que permite dirimir conflictos y establecer alianzas con otras comunidades. Pero en cualquiera de los dos casos, se trata de un mecanismo que de una u otra forma facilita los procesos de jerarquización o diferenciación social, pues como afirman Johnson y Earle (1987), proporciona las bases para el surgimiento del liderazgo.

Esta estrategia de las comunidades visitantes también fue documentada en el Mississippi (Muller, 1987) y mostró ser bastante efectiva para el establecimiento

de alianzas entre comunidades. Así, podría explicarse la ausencia de evidencia arqueológica relacionada con la producción de sal, pues es posible que tales comunidades emplearan otro método de producción.

Por otra parte, podría pensarse que la producción de sal era llevada a cabo al interior de las unidades domésticas. Éste también sería un método efectivo para satisfacer el requerimiento del mineral, pero necesitaría de un mayor control por parte de la elite sobre los comuneros; por ejemplo, si gracias a las redes de alianza establecidas, la elite adquiría compromisos para satisfacer la demanda supralocal, podría hacer que cada unidad doméstica produjera determinada cantidad de sal en su vivienda y que al cabo de unos días, toda la producción fuera acopiada y luego distribuida. Desde luego, un método como éste implicaría un mayor control por parte de la elite sobre los comuneros y la existencia de amplias redes de intercambio, así como de trabajadores encargados del transporte de sal.

Finalmente, estas consideraciones y análisis quedan a la espera de otra investigación que contribuya al conocimiento de las sociedades agustinianas, y a resolver los interrogantes que aún mantiene vivo el interés por entender cómo vivieron y cómo se organizaron las sociedades prehispánicas del sur del alto Magdalena.



BIBLIOGRAFÍA

AGUADO, Fray Pedro. 1956. *Recopilación historial*. Academia Colombiana de Historia, Empresa Nacional de Publicaciones. Primera parte. Tomo 2. Bogotá.

ARGÜELLO, Pedro M; RODRÍGUEZ, Juan Carlos; GONZÁLEZ, John Alexander. 2004. *Memoria histórica y cultural de Medina*. Gobernación de Cundinamarca-Edicundi. Bogotá.

BRHUNS, Karen. 1976. La Salina de Los Quingos: nueva información sobre el intercambio prehispánico de sal, en *Cespedesia*. Enero-Junio. Cali

_____. 1995. *Archaeological Investigations in Central Colombia*. Hadrian Books. Oxford.

CARDALE, Marianne. 1981. *Las salinas de Zipaquirá, su explotación indígena*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales-Banco de la República.

CIEZA DE LEÓN, Pedro. 1985. *La Crónica del Perú*. Edición de Manuel Ballesteros. Madrid.

DRENNAN, Robert. 1976. *Fábrica San José and middle Formative Society in the Valley of Oaxaca*. Memoirs of the Museum of Anthropology-University of Michigan. No. 8. Michigan.

_____. 1985. *Arqueología regional en el valle de La Plata, Colombia: Informe preliminar de la temporada de 1984 del Proyecto Arqueológico Valle de La Plata*. Museum of Anthropology-University of Michigan. Michigan.

_____. 1989. *Cacicazgos prehispánicos en el Valle de La Plata. El contexto medio-ambiental*. University of Pittsburgh-Universidad de Los Andes. Tomo 1. Pittsburg-Bogotá.

_____. 1993. *Cacicazgos prehispánicos en el Valle de La Plata. Cerámica, Cronología y Producción artesanal*. University of Pittsburgh-Universidad de Los Andes. Tomo 2. Pittsburg-Bogotá.

_____. 2000. *Las sociedades prehispánicas del alto Magdalena*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Bogotá.

DRENNAN y QUATTRIN. 1995. Patrones de asentamiento y organización sociopolítica en el valle de La Plata. En *Perspectivas regionales en la arqueología del suroccidente de Colombia y norte del Ecuador*. Cristóbal Gnecco (ed.). Editorial Universidad del Cauca. Popayán.

DUQUE Gómez, Luis; Cubillos, Julio César. 1979. *Arqueología de San Agustín: alto de Los Ídolos, montículos y tumbas*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales-Banco de la República. Bogotá.

_____ 1993. *Arqueología de San Agustín: exploraciones arqueológicas en el alto de Las Piedras*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales-Banco de la República. Bogotá.

EARLE, Timothy. 1997. *How Chiefs come to Power*. Stanford University Press. Stanford.

FRIEDE, Juan. 1960. *Descubrimiento del Nuevo Reino de Granada y Fundación de Bogotá (1536-1539)*. Banco de la República. Bogotá.

GODELIER, Maurice. 1980. La moneda de la sal y la circulación de mercancías entre los Baruya de Nueva Guinea. En *Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas*. Siglo XXI Editores. México.

GONZÁLEZ, John, VILLATE, Alexis. 2004. Reconstrucción del proceso prehispánico de producción de sal en Las Pitas (Saladoblanco-Huila). En *Revista de estudiantes de arqueología*. Universidad Nacional de Colombia-Facultad de Ciencias Humanas. No. 2. Bogotá.

GROOT, Ana María. 1974. *Excavación arqueológica en Tierradentro, estudio sobre cerámica y su posible uso en la elaboración de la sal*. Universidad de Los Andes-Departamento de Antropología. Monografía de trabajo de grado sin publicar. Bogotá.

JOHNSON, Allen & EARLE Timothy. 1987. *The evolution of human societies*. Stanford University Press. Stanford.

LANGEBAEK, Carl. 1992. *Noticias de Caciques muy mayores*. Universidad de Los Andes. Bogotá.

_____. 1996. *Noticias de caciques muy mayores*. Universidad de los Andes-Universidad de Antioquia. Segunda edición. Bogotá-Medellín.

_____. 1998. "Arqueología de Tierradentro. Procesos de cambio social del 1000 a.C. al presente en una región de Colombia". Universidad de Los Andes (informe sin publicar). Bogotá.

LANGEBAEK, Carl, DEVER, Alejandro, PIAZZINI, Emilio. 2002. *Arqueología y guerra en el valle de Aburrá. Estudio de cambios sociales en una región del noroccidente de Colombia*. Universidad de Los Andes Bogotá.

LLANOS, Héctor. 1988. *Arqueología de San Agustín. Pautas de asentamiento en el Cañón del río Granates Salado blanco*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales-Banco de la República. Bogotá.

_____. 1995a. *Montículo funerario del alto de Betania (Isnos). Territorialidad y espacio de los muertos en la cultura de San Agustín*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales-Banco de la República. Bogotá.

_____. 1995b. *Los chamanes jaguares de San Agustín. Génesis de un pensamiento mitopoético*. Talleres Cuatro y Cía.

LÓPEZ, Pero. 1970. *Rutas de Cartagena de Indias a Buenos Aires. Sublevaciones de Pizarro, Castilla y Hernández Girón, 1540-1570*. Transcripción y anotaciones de Juan Friede. Ediciones Atlas. Madrid.

MEILLASSOUX, Claude. 1977. *Mujeres, graneros y capitales*. Siglo XXI Editores. México.

MORENO, Leonardo. 1991. *Arqueología de San Agustín. Pautas de asentamiento agustinianas en el noroccidente de Salado blanco (Huila)*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales-Banco de la República. Bogotá.

MULLER, Jon. 1987. Salt, chert and shell: Mississippian exchange and economy. En *Specialization, Exchange, and Complex Societies*. Elizabeth Brumfiel y Timothy Earle (eds.). Cambridge University Press. Londres.

MULTHAUF, Robert. 1985. *El legado de Neptuno. Historia de la sal común*. Fondo de Cultura Económica. México.

OSBORN, Ann. 1995. *Las cuatro estaciones. Mitología y estructura social entre los U'wa*. Banco de la República-Museo del Oro. Bogotá.

PARSONS, Jeffrey. 1994. Late Postclasic SALT Production and Consumption in the Basin of Mexico. Some Insights from Nexquipayac. En *Economies and politics in the Aztec Realm, Studies on Culture and Society*. Vol 6. Mary G Hodge y Michale E. Smith. Albany. The University at Albany, State University of New York. Albany.

PINEDA CAMACHO, Roberto. 1993. Convivir con las Dantas. En *La selva humanizada. Ecología alternativa en el trópico húmedo colombiano*. François Correa (ed.). Instituto Colombiano de Antropología-FEN-CEREC. Bogotá.

POMEROY, Cheryl. 1986. *El significado de la sal para las culturas andino-ecuatorianas*. Mundo Andino-Ediciones Abya-Yala. Quito.

REICHEL-DOLMATOFF, Gerardo. 1972. *San Agustín: A culture of Colombia*. Praeger Publishers. Nueva York.

SÁNCHEZ, Carlos. 1994. Programa de arqueología regional del alto Magdalena. Temporada de 1993 en San José de Isnos, Huila. *Revista Colombiana de Antropología*. Vol. xxxi.

_____. 2000a. Ponencia presentada en el x Congreso de Antropología en Colombia, Popayán.

_____. 2000b. Agricultura intensiva, dinámica de población y acceso diferencial a la tierra en el alto Magdalena. En *Arqueología del Área Intermedia 2*. Instituto Colombiano de Antropología-Sociedad Colombiana de Arqueología. Bogotá.

_____. 2005. *Sociedad y agricultura prehispánica en el alto Magdalena*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Informes Arqueológicos.

SANTOS, Gustavo. 1986. Investigaciones arqueológicas en el "oriente" antioqueño. El sitio Los Salados. *Boletín de Antropología*. 6(20).

_____. 1995. Las sociedades prehispánicas de Jardín y Riosucio. En *Revista Colombiana de Antropología*. xxxii.

SERVICE, Elman. 1962. *Primitive Social Organization: an Evolutionary Perspective*. Random House. Nueva York.

SOTOMAYOR, Hugo. 1992. *Arqueomedicina en Colombia Prehispánica*. Cafam-Comisión V Centenario. Bogotá.

URIBE, María Victoria; SOTOMAYOR, Lucía. 1987. *Estatuaria del macizo Colombiano*. Instituto Colombiano de Antropología. Bogotá.

VASCO, Luis Guillermo et al. 1993. En el quinto día la gente grande (Numisak) sembró la autoridad y las plantas y, con su jugo, bebió el sentido. En *Encrucijadas de Colombia amerindia*. François Correa (ed). Instituto Colombiano de Antropología. Bogotá.

VELANDIA, Roberto. 1994. *San Agustín: arte, estructura y arqueología*. Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular. Bogotá.

VILLÉ, Claude. 1974. *Biología*. Nueva Editorial Interamericana. México.



VII
UNA TRAYECTORIA DIVERSA:
CAMBIO SOCIAL, HETEROGENEIDAD Y DESIGUALDAD
EN LA CUENCA ALTA DE LA QUEBRADA PIEDRAS BLANCAS

Mauricio Obregón Cardona

Docente Universidad de Antioquia

Liliana Isabel Gómez Londoño

Investigadora CISH Universidad de Antioquia

Luis Carlos Cardona Velásquez

Investigador CISH Universidad de Antioquia

“...describir con precisión lo que no sucedió nunca es, no solamente tarea del historiador, sino también un privilegio inalienable para cualquier hombre culto y con talento”. (Oscar Wilde. El crítico artista [1887] 1999).

SOCIEDADES COMPLEJAS: DESIGUALDAD Y HETEROGENEIDAD

EL CONTEXTO ACADÉMICO EN EL QUE CONSTRUIMOS NUESTRA REFLEXIÓN SE ARTICULA a la estructura del debate sobre el problema del origen y desarrollo de las “sociedades complejas” en el noroccidente de Suramérica. Partimos de la consideración básica de que buena parte del discurso arqueológico que actualmente se produce en Colombia, y en lo que Reichel-Dolmatoff (1986) denominara el “área intermedia”, se vincula directa o indirectamente con la discusión general sobre las trayectorias de cambio de las estructuras sociales y políticas que han llevado, en algunos casos, a la aparición de grupos humanos jerarquizados y centralizados, denominados con frecuencia como “sociedades complejas”.

La insistencia entre los arqueólogos que trabajamos en esta zona en la formación de preguntas de investigación vinculadas con el estudio de las trayectorias de cambio social en la perspectiva evolucionista señalada, ha convertido este tema en un lugar común y, por qué no decirlo, en una fracción dominante en el ámbito limitado de nuestro discurso arqueológico. De esta forma, parecería que muy pocos arqueólogos pueden desarrollar proyectos o problemáticas de trabajo que no retomen total o parcialmente las explicaciones formuladas o los supuestos a través de los cuales pretendemos entender la existencia de estados y cacicazgos (sociedades complejas) a partir de la transformación sucesiva de las sociedades tribales y las bandas igualitarias, con las que creemos se inició hace ya varios milenios el poblamiento de estas tierras. El discurso sobre el surgimiento de las sociedades “complejas” a partir de sus antecesores más “simples” se ha convertido en un marco restringido que predirecciona y limita nuestro pensamiento y nuestra praxis disciplinar, hasta el punto que ignorarlo equivale a atraer sobre sí el rechazo y el señalamiento de una importante fracción de la comunidad académica de arqueólogos.

Por esta razón y retomando la invitación formulada en el siglo XVIII por Manuel Kant (1994), pretendemos “valernos de nuestro propio entendimiento”, y asumir ante la situación descrita una actitud que nos conduzca poco a poco hacia una “mayoría de edad” (*Ibíd.*). De esta forma, al aceptar la invitación del filósofo, nos enfrentamos a la tarea de examinar con nuestras propias herramientas conceptuales la forma como se ha estructurado localmente el discurso sobre las trayectorias de cambio social y el surgimiento de las sociedades complejas. Esperamos pues, que valernos de nuestro propio entendimiento nos permita avanzar más allá de la repetición mecánica de una forma estereotipada de mirar el registro arqueológico y, por qué no, comencemos a propiciar condiciones que favorezcan una transformación efectiva de nuestro campo disciplinar.

Nuestra revisión del discurso sobre las “sociedades complejas” con las herramientas conceptuales de las cuales disponemos, arroja a nuestro juicio una estructura del debate que incluye por lo menos tres elementos profundamente interconectados: en primer lugar el modelo clásico formulado por Gerardo Reichel-Dolmatoff (1965,

1978, 1986), en segundo lugar las críticas planteadas desde la escuela procesual norteamericana (Drennan, 1992; Langebaek, 1992) y en tercer lugar las observaciones más recientes formuladas al modelo desde otros ámbitos discursivos contemporáneos (Gnecco, 1996; Flórez, Mora y Patiño, 1997). El desarrollo de la estructura y contenidos de estos tres elementos sería objeto de otro ejercicio reflexivo. Para efectos del presente texto sólo nos detendremos en algunos de los elementos críticos aportados desde otros ámbitos discursivos contemporáneos, en la articulación del discurso de Reichel-Dolmatoff y de los elementos procesuales en el ámbito de la arqueología antioqueña.

Retomando una observación importante formulada por Gnecco (1996), consideramos que en Antioquia, al igual que en el suroccidente colombiano, también resulta correcto señalar que los arqueólogos nos hemos dedicado a repetir mecánicamente la afirmación de Reichel-Dolmatoff sobre la existencia de sociedades complejas “sin realmente tratar de buscar evidencias que permitan confirmarla o rechazarla” (*Ibid.*: 43); en Antioquia, al igual que en el sur, los planteamientos del autor al respecto de la existencia de las sociedades cacicales¹ jamás fueron tomadas como hipótesis de trabajo y en cambio han sido asumidos “equivocadamente, como una verdad establecida” (*Ibid.*).

Los comentarios presentados por Gnecco (*Ibid.*) sobre el estudio de la complejidad social, incluyen además algunas herramientas conceptuales que hemos analizado. A nivel conceptual este autor descompone la complejidad social en una pareja complementaria de conceptos: “centralización” y “segregación” (en términos de Flannery, 1972) o “desigualdad” y “heterogeneidad” (en términos de McGuire, 1983). Los conceptos de “segregación” y “heterogeneidad” son aproximadamente equivalentes en ambos autores y hacen referencia a la aparición de “subsistemas especializados” dentro del conjunto social, mientras los conceptos de “centralización” y “desigualdad” no son exactamente equivalentes, puesto que Flannery ve la

1. Caracterizadas según Reichel-Dolmatoff por una serie de rasgos tales como “construcción de grandes obras públicas y el acceso a cierto tipo de bienes; el desarrollo de sistemas excedentarios y los patrones de agregación demográfica” (Gnecco, 1996: 44).

centralización como una consecuencia necesaria de la segregación, lo que genera un esquema mucho más rígido y lineal. Siguiendo a Gnecco, optamos por la propuesta de McGuire, quien entiende que el aumento de la “heterogeneidad” o de la “segregación” genera colectivos sociales más diversos, sin que esto signifique necesariamente que sean más centralizados. En la perspectiva de McGuire, el surgimiento de subsistemas especializados aumenta la desigualdad interna, sin entender esta desigualdad como una condición suficiente para generar el surgimiento de un poder central que controle los nuevos subsistemas.

Queda claro entonces que, desde la perspectiva teórica que asumimos, es posible comprender cómo un colectivo social puede hacerse cada vez más complejo (heterogéneo, segregado), es decir, puede volverse cada vez más desigual, sin que llegue a ser necesariamente más jerarquizado (centralizado). Hasta este punto, las herramientas conceptuales que retomamos de Gnecco/McGuire (desigualdad y heterogeneidad) resultan coherentes con el reconocimiento de la importancia de la “variación horizontal” en las secuencias de cambio social, realizada desde las posturas procesuales vanguardistas (Drennan, 1992; Langebaek, 2002). Esta reflexión en el modelo permite construir explicaciones más cercanas a las secuencias locales, y por lo tanto respeta la diversidad registrada en los estudios de caso, algunos de los cuales se alejan de la forma clásica como se ha entendido el surgimiento de las sociedades complejas en Colombia.

LAS SOCIEDADES COMPLEJAS EN EL NOROCCIDENTE DE COLOMBIA: UN MODELO LINEAL

La forma como el discurso arqueológico antioqueño retoma la problemática del cambio social tiene lugar a través de la inclusión desarticulada de algunos elementos del modelo de Reichel-Dolmatoff, a través de los cuales se ha argumentado especulativamente la supuesta complejidad social de los grupos portadores de las producciones cerámicas de los primeros siglos de la era cristiana: “ferrería” y “pueblo viejo” —alias “marrón inciso”— (Castillo, 1995; Santos, 1998). De hecho, durante varias décadas, la arqueología de Antioquia se construyó sin una

preocupación manifiesta por estudiar los procesos o transformaciones a través de las cuales surgen las llamadas “sociedades complejas”, pero a mediados de los noventa y cuando aún el modelo de Reichel-Dolmatoff conservaba cierta vigencia, las investigaciones arqueológicas y los ejercicios de síntesis que se desarrollaron localmente, decidieron retomar algunos rasgos de la noción de cacicazgos de Reichel-Dolmatoff, para argumentar una supuesta estructura sociopolítica jerarquizada en los famosos grupos portadores de los mencionados estilos cerámicos.

En efecto, los investigadores locales consideraban que la presencia de agricultura de maíz, la manufactura cuidadosa de los conjuntos alfareros, el reporte de orfebrería, el aprovechamiento de fuentes de aguasal y la existencia de caminos antiguos empedrados constituían una serie de características que atestiguaban, sin duda alguna, el carácter “jerarquizado” de los conjuntos sociales relacionados especialmente con el estilo cerámico Marrón Inciso (Castillo, 1995; Santos, 1998). Es preciso señalar que estos rasgos siempre se tomaron de manera aislada y sin un examen profundo y cuidadoso de cada uno en su contexto social específico. Es así que, más allá del reporte de hachas, metales, manos de moler y maíz, todavía hoy falta por comprobar que existieron sistemas agrícolas excedentarios; aún se debe trabajar duro para demostrar que más allá del refinamiento de la cerámica “ferreña” y “marrón inciso”, existió un conjunto de especialistas dependientes al servicio de elites (Gómez y Obregón, 2003); todavía falta por presentar la evidencia empírica que nos hable del modo de producción, de la escala y el tipo de especialización relacionados con la producción alfarera y salina; todavía es necesario un estudio detallado de la orfebrería regional en cuanto a los significados simbólicos a los que se encontraba asociada, y hace falta probar que su producción, distribución y consumo estuvieron controlados por fracciones dominantes y privilegiadas dentro del grupo; también están abiertas las preguntas en cuanto a la cronología de los caminos empedrados, a las formas de trabajo que los hicieron posibles, a su carácter como monumento público, a su relación con individuos poderosos y a los contenidos simbólicos que portan. Estos argumentos nos llevan a plantear que para el caso de Antioquia, al igual que en el suroccidente colombiano, la afir-

mación sobre la existencia de sociedades complejas desde los primeros siglos de nuestra era sigue siendo una hipótesis de trabajo antes que una conclusión.

También señalamos cómo la introducción de elementos del modelo de Reichel-Dolmatoff en el esquema estático de periodización histórico-cultural que existía en Antioquia (“fase ferrería”, “fase marrón inciso” y “período tardío”) generó nuevas incoherencias estructurales que acentuaron aún más el carácter fragmentario de nuestro discurso sobre el pasado. De hecho, la noción de cacicazgo tomada de Reichel-Dolmatoff hace parte de un continuo evolutivo, de una estructura conceptual coherente que se transforma por la acción de factores similares desde sus elementos más simples (bandas) hasta los más complejos (federación de aldeas). En Antioquia, en cambio, las sociedades complejas llegan de la nada y no se dirigen a ninguna parte, pues arriban de la mano oleadas migratorias (los “grupos portadores de estilo”...) cuyo origen nunca se definió² y desaparecen bajo la égida de nuevos “invasores” y “catástrofes”, supuestos a partir del siglo IX d.C. En el esquema cronológico antioqueño, carente de dinámica propia, el cacicazgo es otra rueda suelta que ni siquiera se articula con las estructuras sociopolíticas del período Tardío, las cuales son vistas por el mismo arqueólogo que formaliza la denominación de este período como “unidades locales tribales de carácter igualitario” (Bermúdez, 1997: 198).

Una de las raíces teóricas de la incoherencia que señalamos se encuentra en que la periodización tradicional en Antioquia: “ferrería”, “marrón inciso” y “tardío” (la cual no cambia de naturaleza si agregamos “cancana” al comienzo) está construida sobre la base de una concepción histórica cultural que asimila *a priori* los conjuntos artefactuales con entidades étnicas y con períodos históricos, de tal forma que orienta y restringe la explicación del cambio hacia eventos exógenos de tipo catastrófico, tales como las invasiones, los exterminios, la asimilación cultural o los desastres

2. Aunque los planteamiento de Reichel-Dolmatoff señalaban que el origen de estos grupos se encontraba indudablemente en la costa atlántica colombiana, los arqueólogos antioqueños jamás se atrevieron a asumir esta parte del modelo.

ambientales. Por su parte, el modelo de Reichel-Dolmatoff está construido sobre la base de una concepción evolucionista y en cierta medida procesual, puesto que concibe una secuencia lógica y progresiva de transformaciones como resultado de la acción objetiva de elementos infraestructurales (aspectos económicos, tecnológicos y ambientales) sobre las estructuras sociales. Los dos conceptos teóricos que se funden en el discurso arqueológico antioqueño parten de nociones del cambio social radicalmente diferentes, de ahí surge pues, la incoherencia señalada.

Sólo a comienzos de la presente década se han dado los primeros pasos hacia el estudio de los patrones de asentamiento, de las dinámicas demográficas y el control de recursos en el valle de Aburrá y en otras regiones de Antioquia. Estas búsquedas novedosas en nuestro ámbito disciplinar se relacionan con la formulación de proyectos de investigación que contemplaron de manera directa preguntas y problemáticas relacionadas en el estudio del “cambio social” y el surgimiento de las “sociedades complejas”. En el año 2000 se llevó a cabo un estudio en dos amplias zonas de este valle, orientado a “evaluar” la propuesta de Robert Carneiro (1991) según la cual “los cacicazgos en las montañas del occidente de Colombia surgieron debido a un proceso de crecimiento demográfico y competencia por suelos fértiles” (Langebaek *et al.*, 2002: 7).

El modelo teórico de Carneiro (1991), sobre el que trabajó Langebaek y su equipo, es bastante simple: basado en la interpretación de la información proveniente de las fuentes documentales relativas a los grupos que ocuparon la zona en el siglo XVI d.C., los autores proponen que la *causa* que llevó al surgimiento de los cacicazgos registrados en los documentos, fue el aumento demográfico, el cual, *condicionado* por la circunscripción (límites sociales y físicos para la expansión) y por la presión sobre el valioso y limitado recurso de los suelos fértiles, puso en movimiento el *mecanismo* de la guerra. El cual finalmente llevó a la institucionalización de las diferencias de rango y la centralización del poder bajo la forma de las llamadas jefaturas o cacicazgos.

Para poner a prueba la formulación de Carneiro, los investigadores en referencia implementaron la metodología del reconocimiento regional sistemático, la cual en el contexto colombiano tenía ya para ese entonces una trayectoria muy respetable,

si nos remitimos a experiencias similares en el alto Magdalena (Drennan, 1985), en el altiplano cundiboyacense y en la costa atlántica (Langebaek, 1995; Langebaek *et al.*, 1998). Sobre la base de una cronología clara para los materiales cerámicos (lo cual no siempre es un insumo seguro, especialmente en el caso del valle de Aburrá) esta metodología permite la elaboración de mapas de distribución de contextos de vivienda por períodos, a los que se asocia información sobre su área y sobre la densidad de vestigios, de tal forma que es posible identificar patrones de asentamiento, realizar estimaciones de las dinámicas demográficas e identificar la existencia de jerarquías entre las unidades de poblamiento, así como contrastar ciertas relaciones entre la ocupación humana y algunos recursos del entorno.

Los resultados obtenidos por Langebaek y su equipo de trabajo indican, en términos generales, que no se observan relaciones claras entre las “primeras” sociedades agrícolas (“Ocupación Ferrería” del siglo I al siglo II d.C.) y la existencia de altas densidades demográficas; por el contrario, las “primeras” evidencias de agricultura se dan en unas condiciones de muy baja densidad de población, lo cual de entrada contradice la hipótesis de Carneiro. En segundo lugar, las primeras evidencias de aumento demográfico y de centralización, vistas a través del aumento en el número de sitios y de quiebras en la jerarquía de los asentamientos, es decir, la existencia de muchos sitios pequeños y de unos pocos grandes alrededor de los cuales se distribuyen los primeros, no ocurren vinculadas a los suelos fértiles, como predice Carneiro, sino que al contrario aparecen asociadas preferentemente a la “ocupación Pueblo Viejo” (datada entre el siglo III a.C. y VII d.C.) la cual se relaciona con los suelos más estériles y las zonas más secas del valle, pero con un alto potencial minero en fuentes de aguasal y depósitos auríferos (Langebaek *et al.*, 2002: 82).

En este punto, de nuevo aparecen contradicciones manifiestas que se apartan tanto de las predicciones de Carneiro como del mismo modelo de Reichel-Dolmatoff, pues de nuevo las primeras manifestaciones de complejización no aparecen asociadas ni a los sistemas agrícolas excedentarios o a la producción agrícola maicera, ni al recurso suelo y menos a la competencia o a la guerra entre los grupos por su control. Finalmente, en la secuencia de cambio social presentada por estos

investigadores, se identifica la presencia de “cacicazgos”, vinculados con la llamada ocupación Tardía, período sobre el que se reporta un notable aumento demográfico comparado con las ocupaciones anteriores, así como el mantenimiento en la jerarquía de los asentamientos (*Ibid.*).

A partir del modelo generado por Langebaek y su equipo, se han desarrollado nuevas intervenciones arqueológicas en diferentes regiones de Antioquia (Cardona *et al.*, 2002 en el valle del río Chico; Cardona *et al.*, 2001 en el occidente medio; Moscoso *et al.*, 2001 en la cuenca de la quebrada La Miel; Cardona Nieto, 2000 en la cuchilla de Romeral; Martínez *et al.*, 2000 en la ladera suroccidental del valle de Aburrá) orientadas hacia el estudio de los procesos de cambio social en relación con variables que contemplan las dinámicas demográficas y el aprovechamiento de recursos (suelos, bosques, minerales). Estos estudios han revisado, ajustado y transformado tanto las preguntas como las estrategias y herramientas con las que se han abordado clásicamente las investigaciones sobre la problemática del cambio social en Colombia.

No obstante, podríamos decir que los estudios recientes orientados hacia el asunto del cambio y la complejidad social en Antioquia, tienen en común el desarrollo de muestreos sistemáticos en escalas amplias, a partir de los cuales se identifican y analizan patrones especiales de asentamiento, se estiman las dinámicas demográficas y se visualiza el ordenamiento jerárquico de los contextos de vivienda (según tamaño y cantidad de vestigios), y su relación con la distribución de recursos tales como suelos fértiles, fuentes auríferas y salados, entre otros.

UNA TRAYECTORIA DIVERSA

De esta forma, la problemática básica de la que partimos se articula con el estudio de los procesos de cambio social que recientemente empiezan a construirse en el ámbito académico local. Más allá de contrastar el modelo de Reichel-Dolmatoff (1986) o de refutar las formulaciones teóricas de Carnerio (1991) y otros autores (Castillo, 1995; Santos, 1998; Langebaek *et al.*, 2002), hemos querido recopilar información útil que nos permita avanzar sobre el reconocimiento de las estructuras

sociopolíticas locales y sus trayectorias particulares de cambio, descomponiéndolas en sus niveles y tipos de segregación y centralización (Gnecco, 1996). Entendemos también que el estudio de las estructuras sociales (o si se quiere de la “complejidad social”), descompuesta en segregación (heterogeneidad) y centralización (desigualdad), implica un acercamiento al registro de los patrones y sistemas de asentamiento, a los aspectos demográficos, al estudio de la jerarquización en los asentamientos, y al conocimiento de los modos y escalas en la organización de la producción.

Antes que afirmar o negar la existencia de “cacicazgos”, nos interesa construir una trama y una urdimbre densa de información que nos permita entender en una perspectiva dinámica, cómo se estructuraron social, política y culturalmente los grupos humanos que habitaron una zona específica del noroccidente de Colombia, cómo fue específicamente su relación con el entorno y cómo se transformaron en el tiempo sus maneras de “hacer sociedad” y de relacionarse con el mundo biofísico y el porqué de los cambios identificados.

Para avanzar en la perspectiva formulada, desarrollamos una prospección sistemática en un área con una extensión aproximada de 10 km² en la cuenca alta de la quebrada Piedras Blancas, en el municipio de Medellín. Esta prospección incluyó muestreos sistemáticos a través de la aplicación de técnicas tales como la recolección superficial de materiales arqueológicos así como sondeos con control estratigráfico de 50 cm de lado espaciados regularmente (cada 50 m). Los muestreos se orientaron tanto a localización y registro de contextos de vivienda como a la identificación de contextos asociados a actividades tales como la agricultura (campos circulados), la producción salina (basureros contiguos a las fuentes) y aurífera (entables mineros, acequias, socavones, aluviones intervenidos y quebradas canalizadas).

En la investigación, identificamos 161 contextos arqueológicos³. El estudio estratigráfico y las pruebas cronológicas realizadas nos permitieron ordenar los contextos en tres unidades cronológicas de análisis: la unidad cronológica uno, correspondiente a un lapso comprendido entre los primeros siglos de la era cristiana

3. Denominados en el estudio como Unidades de Intervención Arqueológica (UIA).

(s II d.C.) y el siglos XI d.C.; la unidad cronológica dos, la cual se inicia alrededor del siglo XII d.C. y se prolonga hasta un momento no determinado anterior a la llegada de los europeos en el siglo XVI d.C.; por último, la unidad cronológica tres, que comprende los tiempos coloniales y republicanos.

Los análisis especiales (patrones de asentamiento, jerarquías y análisis de tránsito sobre las vías), el estudio tecnológico de los artefactos y la información paleobotánica, nos han permitido proponer la siguiente secuencia de cambios en el poblamiento de la cuenca sobre la base de las tres unidades cronológicas identificadas.

POBLAMIENTO TEMPRANO DE LA CUENCA

El poblamiento inicial de la cuenca sigue siendo un asunto oscuro y bastante conjetural. Hasta la fecha, las evidencias más tempranas relacionadas con la presencia humana en la cuenca alta de la quebrada Piedras Blancas han sido registradas por Sofía Botero y Norberto Vélez en el campo circundado “La Concha”, el cual arrojó una datación de 2900 +/- 70 b.p (950 a.C.) (Botero, 1999: 302). Aunque el contexto no registra una relación directa con materiales artefactuales (cerámica o líticos), la datación corresponde claramente al momento en que se inició la perturbación asociada a la construcción del campo. Un aspecto que refuerza la validez de la datación para referenciar la presencia humana en la zona, es la clara correspondencia de este resultado con el registro paleoambiental estudiado en la laguna de Guarne (Restrepo, 1998). En efecto, la columna de sedimentos estudiada indica que para el año 1050 a.C. (datación relativa) se presenta, por primera vez en la secuencia paleoambiental, un momento de clara perturbación de los bosques de la zona, el cual resulta cronológicamente cercano a la fecha reportada para el campo circundado “La Concha”.

En un contexto espacial más amplio, el cual incluye necesariamente los vecinos valles de Aburrá y Rionegro, la presencia de algunos contextos arqueológicos que testimonian la ocupación temprana de ambientes similares se constituye en un poderoso llamado de atención que nos obliga a no descansar a priori la ocupación de la cuenca en tiempos anteriores al inicio de la era cristiana (Botero y Salazar, 1998; Gaia, 2002).

SOCIEDADES “COMPLEJAS” DURANTE LOS PRIMEROS SIGLOS DE LA ERA CRISTIANA

Es precisamente durante los primeros siglos de la era cristiana, entre los siglos II y VI, cuando aparecen por toda la cuenca restos muy visibles y diversos de actividad humana. Entre los vestigios más notables contamos con algunos lugares de vivienda (21 en el área estudiada) y con grandes acumulaciones de fragmentos cerámicos y basureros (5 registrados en la zona muestreada) asociados al aprovechamiento de las fuentes salinas.

La configuración de mapas y el estudio de las relaciones entre los contextos arqueológicos registrados nos han permitido analizar especialmente algunas de las principales características del poblamiento de la cuenca durante el primer milenio de la era cristiana (ver figura 7.1). Hemos observado, dentro de sus rasgos más notables, que las unidades de ocupación para esta época no parecen presentar diferencias notables en cuanto a su tamaño, a la cantidad de basuras acumuladas, a la diversidad de las materias cerámicas ni al área ocupada. Por el contrario, los contextos de vivienda resultan bastante similares entre sí, lo que sugiere en principio ausencia de jerarquías de asentamiento y un contraste, en este sentido, con ocupaciones similares en su cronología y materiales reportados en el valle de Aburrá. A diferencia de lo que encontramos en el área muestreada, investigaciones recientes desarrolladas en el valle de Aburrá indican la existencia clara de asentamientos jerarquizados en el norte (Girardota) los cuales contienen cerámica similar (Ocupación Pueblo Viejo: tipos cerámicos Marrón Inciso y Carmelito Inciso) e indican, a juicio de sus autores, la evidencia especial clara de procesos de complejización social relacionados con el surgimiento y la institucionalización de importantes diferencias sociales (Langebaek *et al.*, 2002).

Más allá de la relativa homogeneidad de las unidades de ocupación, encontramos que su distribución en el paisaje de la cuenca se da de forma dispersa, sin presentar ninguna concentración sobresaliente. Las unidades de vivienda son relativamente pequeñas y aparecen ocupando de igual forma las cimas de las colinas y las zonas de pendientes suaves en las laderas. El análisis detallado (mediante una retícula

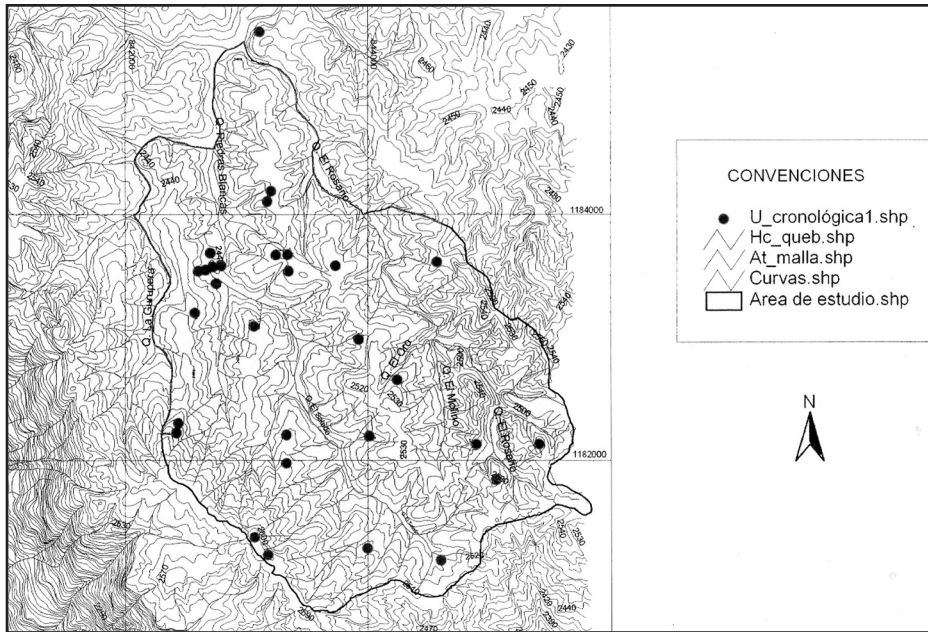


Figura 7.1 Contextos de vivienda del primer milenio d.C.

de sondeos sistemáticos) de dos de ellas (UIA 106 y UIA 5) nos sugiere la existencia de unidades simples de vivienda (integradas por un tambor) y unidades complejas (integradas por varios tambors).

De otro lado, con respecto a los basureros, no deja de ser sorprendente la baja frecuencia de huellas de uso (hollines y ahumados) dentro de la cerámica. Esta situación, si bien puede estar relacionada con el hecho de que los basureros podrían representar contextos de producción cerámica, antes que de producción salina, también puede estar relacionada con la técnica misma de evaporación del aguasal, la cual no tiene necesariamente que incluir el fuego, como tradicionalmente se ha supuesto (Santos, 1986; Ochoa, 1998). La localización misma de los basureros con respecto a los ojos de aguasal en el contexto de la topografía local parece contradecir cualquier lógica ergonómica que indique una intención de minimizar el esfuerzo y maximizar la producción. En buena parte de estos contextos de producción, los tra-

bajadores debieron transportar el aguasal a lo largo de trayectos que tienen más de cien metros horizontales y cincuenta verticales.

La ausencia de grandes unidades de vivienda, o de una concentración de unidades pequeñas alrededor de los basureros y ojos de aguasal, nos sugiere un tipo de especialización productiva (de sal y de cerámica) que al parecer no está vinculada directamente a ningún centro de poder local. Si este centro existió, entonces debió localizarse por fuera del área muestreada y relativamente lejos del recurso que controlaba (ojos de aguasal). Si bien la imagen de los salineros y los alfareros de los primeros siglos de la era cristiana en la cuenca de la quebrada Piedras Blancas parece coincidir con la de artesanos con cierto nivel de especialización, no resulta del todo claro si estos productores eran dependientes o independientes con respecto a posibles centros de poder local o regional. De otro lado, tampoco resulta claro si la producción relacionada con estos basureros tuvo el carácter “intensivo” que tradicional y especulativamente se ha supuesto. Nuevos estudios orientados por preguntas relacionadas con organización y escala de la producción salina podrán avanzar en esta aspecto.

Junto con el aprovechamiento de las salinas y la producción alfarera, durante los primeros siglos de la era cristiana los habitantes de la cuenca aprovecharon también sus aluviones auríferos. Aunque la evidencia en este sentido es menos directa, contamos a la fecha con el reporte de algunas piezas de orfebrería (19 cuencas de collar de tumbaga) dentro de un contexto funerario local (UIA32) datado para el siglo IV d.C. (1700+/-50 b.p, Beta — 190497) las cuales, a juzgar por el tipo de impurezas en la materia prima (plata y sulfuros), podrían haber sido elaboradas con oro de aluvión, extraído localmente.

Los suelos difíciles de la cuenca, considerando los problemas de acidez y de toxicidad, así como el rango de temperaturas con respecto a los ciclos productivos⁴, antes que un atractivo para el doblamiento de las zonas, fueron necesariamente

4. Por encima de los 2000 msnm los ciclos productivos de cultivos como el maíz se reducen notablemente (una cosecha al año) en comparación con los registrados en zonas más bajas y cálidas (hasta dos y tres cosechas anuales).

una dificultad. De ahí que la construcción de los campos circundados haya sido una estrategia cultural de subsistencia ante las limitaciones planteadas por el entorno. De manera consecuente, el sustento alimentario de la población se apoyaba sobre un tipo de agricultura practicada en pequeñas unidades especiales de suelos preparados y mejorados que hoy denominamos campos circundados; la asociación entre algunos de estos y cerámica de la misma cronología, así como la datación directa de dos de ellos (“Campo 8” y campo “El Carmelo”, ver: Botero, 1999) sustentan esta afirmación.

El registro de artefactos líticos sencillos tallados y pulidos elaborados en materias primas locales, tales como raspadores, cuchillos, cinceles e instrumentos relacionados con la molienda y preparación de vegetales, resultan coherentes con la estrategia agrícola de subsistencia que hemos formulado. Igualmente, el registro de polen fósil (recuperado en la UIA5) nos indica la presencia de cultígenos tales como maíz, amaranto, arracacha y algunas hierbas medicinales (*Zea*, *Amaranthus*, *Arracacia*, *Labiatae* y *Physalis*).

Aunque es relativamente pequeña en comparación con momentos posteriores del poblamiento de la cuenca, la intervención sobre los bosques y ecosistemas locales produce ya impactos importantes en el paisaje. La información que generamos alrededor de un contexto de vivienda correspondiente a esta temporalidad (UIA5), nos indica que los porcentajes de polen representativos del bosque y los de las zonas abiertas se encuentran en proporciones similares. De todas maneras, aunque durante el primer milenio de nuestra era el número de unidades de vivienda y de huertas es comparativamente menor al registrado con posterioridad, el desarrollo de actividades mineras (salinas y auríferas) debió también afectar la cobertura boscosa de la cuenca. Si la explotación de las fuentes salinas se dio mediante la utilización del fuego, como se ha afirmado de manera tradicional, entonces el impacto sobre los ecosistemas debió ser todavía de una magnitud mucho mayor. En este sentido, el registro ambiental estudiado en la laguna de Guarne parece indicar, para momentos próximos al primer milenio de nuestra era, que los bosques cercanos se encuentran ya intervenidos de manera fuerte.

CENTRALIZACIÓN Y SEGREGACIÓN

Con respecto a las estructuras sociales, o si se quiere, al tipo y nivel de “complejidad social” relacionada con este momento de la secuencia de ocupación, encontramos que al descomponerla en sus indicadores de centralización (o desigualdad) y de segregación (o heterogeneidad) (Gnecco, 1996), el panorama generado resulta “complejo” e interesante. De un lado, los indicadores clásicos de centralización simplemente no aparecen en el registro arqueológico del área estudiada, puesto que no identificamos centros o lugares con niveles jerárquicos contrastantes que estructuren el patrón de asentamiento local. Esta afirmación no niega de forma completa la existencia de este tipo de lugares, pues como resulta obvio, estos podrían estar fuera de la zona muestreada, lo que sin embargo resultaría bastante sorprendente, especialmente si miramos a estos centros como unidades políticas de control sobre recursos estratégicos muy localizados tales como las fuentes de aguasal y los aluviones de la quebrada Piedras Blancas. Desde esta perspectiva, el carácter poco centralizado de esta ocupación local de la cuenca resulta coherente, o bien con la inexistencia de centros locales de control sobre los recursos importantes, o bien con su localización especialmente alejada de los recursos estratégicos.

De otro lado, los indicadores de segregación o heterogeneidad aparecen con bastante claridad en el registro arqueológico del área durante el primer milenio d.C. Es claro cómo la explotación de aguasal, la producción de cerámica y el trabajo orfebre desarrollados localmente indican, a nuestro juicio, la existencia de conocimientos específicos, de estructuras de organización del trabajo y de unidades de producción segregadas de las viviendas en forma especial. La existencia de salineros y alfareros con cierto nivel de especialización parece ser coherente con el hallazgo de los basureros relacionados con unidades de producción salineras y alfareras separadas especialmente de los contextos de vivienda. De manera coherente, el registro local en la aplicación de técnicas orfebres con cierto nivel de complejidad —tales como la fundición con cera perdida— y el conocimiento sobre aleaciones y puntos de fusión, parecen testimoniar también la existencia de un conocimiento local especializado en el campo de la orfebrería.

Con respecto a los modelos de sociedades complejas tradicionales, esta situación representada por la existencia de especialistas en la producción, sin el registro claro e inmediato de centros de control, resulta sumamente interesante, pues abre la discusión sobre el tipo de relaciones sociales y de estructuras políticas que sustentan el trabajo especializado sin las clásicas jerarquías, centros de poder o “caciques” locales que controlen a los trabajadores, los recursos o los productos. En esta perspectiva, se generan nuevos interrogantes, especialmente en lo tocante a las relaciones (interacción) existentes entre esta situación local de la cuenca alta de la quebrada Piedras Blancas con lo registrado en otros lugares del valle de Aburrá, donde los centros jerárquicos han sido reportados de un modo aparentemente claro (Langebaek *et al.*, 2002).

TODO CAMBIA. TRANSFORMACIONES SOCIALES POSTERIORES AL SIGLO XII D.C.

Con posterioridad al siglo XII d.C. comienzan a ser muy visibles en el registro arqueológico de la cuenca cambios importantes. Una de las transformaciones más notables se relaciona con las unidades de vivienda y su distribución en el espacio. En efecto, resulta bastante claro que la cantidad de contextos ocupados en la cuenca aumentó alrededor de cinco veces y el área ocupada por unidades de vivienda casi en cuatro veces, todo esto en un lapso equivalente a un tercio del tiempo correspondiente a la unidad cronológica anterior. Pero entre los siglos XII y XV d.C., no sólo aumentó la cantidad absoluta de sitios y el área ocupada, sino también su tamaño promedio y registramos por primera vez en la cuenca, la aparición de unidades de vivienda con indicadores claros de jerarquía (ver figura 7.2); entre éstas se destacan por lo menos dos en el área muestreada, las cuales presentan superficies ocupadas y cantidades de vestigios comparativamente mayores que las demás unidades de la cuenca.

Uno de estos “centros” locales se ubica entre los sectores de Mazo y El Rosario, sobre la cuchilla de cimas amplias que hace de divisoria de aguas entre la cuenca de la quebrada Piedras Blancas y la quebrada El Rosario. Este centro se estructura

alrededor de una amplia cima con evidencias intensas de ocupación denominada “La Floristería” (UIA50). Alrededor de esta unidad de vivienda se concentran otros importantes contextos de ocupación que configuran una pequeña nucleación. El otro contexto con mayor jerarquía se localiza cerca del anterior (1 km) en el sector del Alto del Oro, y se conoce localmente como “Cuatro Esquinas” (UIA36); al igual que el anterior, corresponde a una cima amplia con evidencias de ocupación intensa que congrega en sus alrededores otras unidades de vivienda importantes por su tamaño y cantidad de vestigios. No parece una casualidad que estas dos unidades de vivienda, de jerarquía superior, estén comunicadas por un importante camino que todavía recorre la divisoria de aguas entre las quebradas Piedras Blancas y El Rosario y que además, en un ámbito especial un poco más amplio, permite el acceso a las principales fuentes salinas de la cuenca y la comunicación con los vecinos valles de Aburrá (al noroccidente) y Rionegro (hacia el suroriente). Esta vía

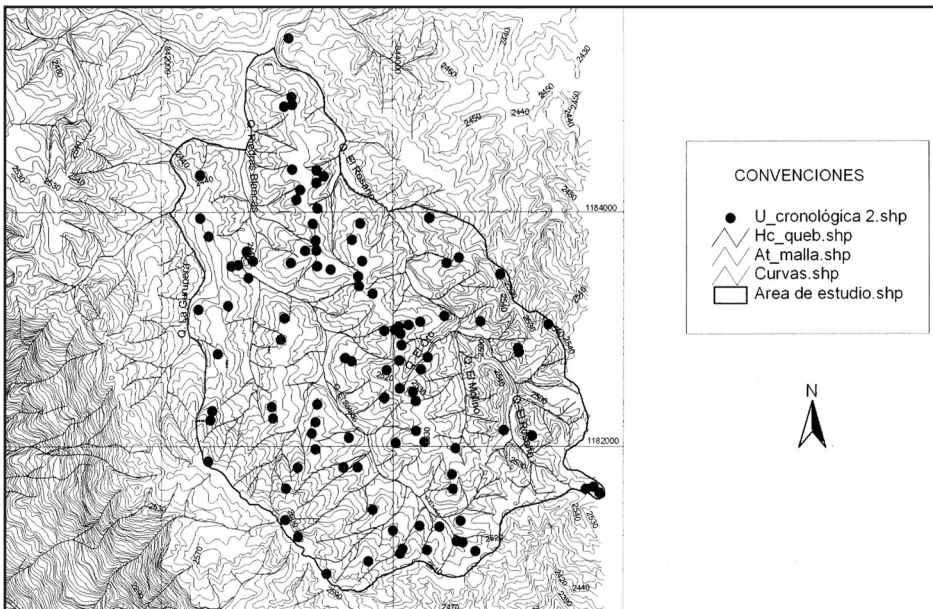


Figura 7.2. Contextos de vivienda entre los siglos XII d.C. y XV d.C.

de comunicación fue también, en tiempos coloniales y republicanos, parte de la importante ruta que comunicaba los valles de Aburrá y Rionegro, así como los del Cauca y Magdalena.

Aunque la localización de los “centros” no está demasiado lejos de las fuentes salinas, estos se ubican separados de ellas sobre las cimas de colinas, dando la impresión de estar más relacionados con las actividades agrícolas que se facilitan en estos espacios. De hecho, la cantidad de campos circundados asociados a esta temporalidad aumenta en cinco veces con respecto a la unidad cronológica anterior. Las evidencias de agricultura corresponden al registro de polen fósil de cultivos tales como maíz y algunas plantas medicinales (*Zea*, *Fabaceae* y *Labiatae*) cerca de unidades de vivienda como la UIA113 en el sector de Mazo. Un cierto énfasis sobre los cultivos se visualiza, además, cuando comparamos la cantidad de basuras cerámicas depositadas en unidades de vivienda y en los campos circundados con respecto a la unidad cronológica anterior, puesto que mientras que el número de tios depositados en contextos de habitación aumenta en tres veces, la cantidad de cerámica depositada en las huertas o campos circundados lo hace en seis veces.

La intensificación de la agricultura y el notable aumento demográfico testimoniados en los patrones de asentamientos registrados, nos hablan también de un impacto sin precedentes en los ecosistemas locales. En efecto, los bosques retrocedieron tanto alrededor de los sistemas de vivienda (UIA113) como en el sector de la laguna de Guarne. En el registro paleoambiental cercano a las viviendas, el polen de bosque llega apenas a ser el 30% con respecto al 70% aportado por las zonas abiertas. La agricultura, el doblamiento intensivo de la cuenca, la minería aluvial y el aprovechamiento de las fuentes de aguasal en un lapso cronológico relativamente corto (apenas cuatro siglos), debieron menguar de manera notable los recursos de la zona, a tal punto que todavía, en el siglo XVI d.C. era visible, a los ojos de los europeos, el predominio de vegetación arbustiva, tal como se relata en las crónicas de la conquista (Vélez y Botero, 1997).

Aunque para este lapso cronológico no registramos los típicos basureros relacionados con las fuentes salinas que caracterizan la unidad cronológica anterior, esto no significa que los salados no continuaran siendo aprovechados. Tenemos

información proveniente de un contexto de vivienda (UIAII3), la cual nos revela la presencia de aguasal (vista a través de las diatomeas) asociada a las basuras domésticas durante toda la secuencia de formación del depósito. El aprovechamiento del aguasal en los abundantes contextos de vivienda que ocupan las cimas, si bien representa un cambio importante en la estrategia de aprovisionamiento del recurso, no implica necesariamente una reducción en la escala de la producción ni en la orientación de la misma. Estas preguntas, relacionadas con el volumen producido, con la organización del trabajo conexas y con la circulación (local o externa del producto) deben ser objeto de nuevas investigaciones en la zona.

En efecto, tanto la cantidad de diatomeas presentes en los sitios de vivienda, el volumen mismo de cerámica asociada a ellas y la cantidad de contextos en que se encuentra cerámica con características similares, abren la posibilidad de que la producción salina se diera en un volumen considerable. Adicionalmente, las claras evidencias de interacción comercial que se identifican en este lapso cronológico con los valle vecinos al oriente y occidente, también abren la posibilidad de que la orientación de la producción superara la demanda local y se articulara a redes comerciales más amplias.

De otro lado, el reporte de un instrumento en piedra (un fragmento de lítico pulido hallado en la UIAIOO) con huellas claras de trabajo orfebre, nos indica que, al igual que durante el primer milenio d.C., se continuó entre los siglos XII y XV con el aprovechamiento y transformación de las fuentes de oro locales, todavía abundantes para ese entonces bajo la forma de depósitos aluviales y sedimentos activos en los lechos de las quebradas.

Si bien el interés por las salinas y por el oro testimonian una cierta continuidad entre el poblamiento del primer milenio de la era cristiana y el que se desarrolla entre los siglos XII y XV d.C., aspectos tales como la producción alfarera incluyen, además de las continuidades, rupturas muy interesantes sobre las cuales vale la pena detenerse. De hecho, al revisar los conjuntos cerámicos que caracterizan ambas unidades cronológicas de análisis, encontramos importantes elementos de continuidad en aspectos tecnológicos y también rupturas o discontinuidades no menos importantes en aspectos formales.

Entre las continuidades tecnológicas tenemos la utilización preferencial como materia prima de las mismas arcillas derivadas de los cuerpos gneisíticos presentes en el área. No obstante, es preciso señalar que en este aspecto registramos también la presencia, por primera vez, de algunos fragmentos con pastas que presentan composiciones químicas claramente diferenciadas, las cuales atribuimos a materiales cerámicos foráneos que llegan a la cuenca a través del intercambio. También los gestos técnicos relacionados con la preparación de las arcillas (limpieza y triturado), con el armado de los recipientes (enrollado y modelado) e incluso en lo relativo a las condiciones de cocción, resultan muy similares entre este conjunto cerámico y su antecesor. Al parecer existió todo un “saber hacer” alfarero que se mantuvo como una continuidad muy fuerte entre las dos unidades cronológicas. Continuidades como ésta y como otras antes mencionadas, hacen pensar en que los responsables de los cambios observados en el registro arqueológico sean procesos sociales dentro de una misma secuencia de poblamiento y no eventos catastróficos tales como invasiones, guerras o crisis ambientales, como tradicionalmente se ha supuesto.

A nivel de las rupturas en la producción alfarera llaman la atención, además del cambio en los contextos o unidades de producción cerámica, las variaciones notables en las formas, decoraciones y funciones de los objetos cerámicos. Con respecto a los contextos de producción, no contamos en esta unidad cronológica de análisis con basureros diferenciados y articulados con unidades productoras especializadas en el trabajo alfarero, en su lugar, las basuras cerámicas aparecen en grandes cantidades, pero integradas completamente dentro de las unidades de vivienda junto con los demás desechos domésticos. Aunque el saber hacer de la cerámica se mantiene, el trabajo alfarero pasa de unidades especiales diferenciadas y del trabajo de “especialistas” a los propios contextos domésticos y de las manos de las propias unidades familiares.

El cambio en las formas de la cerámica se hace evidente la popularización de formas de bordes “sencillas”, es decir, bordes poco modificados (engrosados o directos) que contrastan con las formas “más elaboradas” de la unidad anterior. La decoración también cambia de manera radical, desaparecen por completo los

dentados estampados y los motivos decorativos en rombos, achurados, líneas paralelas verticales o espina de pescado, tan frecuentes anteriormente; en su lugar se observan muy pocos fragmentos decorativos con puntos impresos, incisiones sencillas o dispuestas en motivos geométricos que hacen pensar en tramas de cestería. No solo decrece la cantidad absoluta de fragmentos decorados, la diversidad de motivos decorativos y de formas de bordes, sino que también cambia la forma general de los recipientes. A diferencia de la unidad cronológica anterior, entre los siglos XII y XV predominan las ollas (globulares y subglobulares) sobre los cuencos, los cuales también reducen considerablemente su tamaño.

El cambio en las formas tal vez está relacionado, entre otros aspectos, con cambios en el uso de la cerámica dentro de los contextos domésticos. Parece bastante coherente que el predominio de las ollas sobre los cuencos esté relacionado con la frecuencia mucho mayor de huellas de uso (hollines y ahumados), la cual efectivamente registramos en los recipientes cerámicos entre los siglos XII y XV. Es claro que los recipientes del tipo “olla” facilitan la cocción en agua de los alimentos mediante su exposición al fuego, mientras que los cuencos y recipientes poco profundos y de bocas abiertas se prestan mucho más para tareas de contención de sólidos y líquidos relacionados con el almacenamiento y el servicio.

Los cambios importantes registrados en la alfarería, en su contexto de producción, su uso y en los elementos formales a través de los cuales se codifican mensajes sociales, posiblemente están relacionados con cambios en el papel de este tipo de artefactos como vehículo a través del cual los grupos sociales elaboran y circulan mensajes, y no con la sustitución radical de una etnia por otra, tal como se ha interpretado, de manera tradicional, en el contexto de la arqueología antioqueña. En efecto, tanto localmente como en buena parte del noroccidente de Antioquia, Colombia y Suramérica, la cerámica, con posterioridad al siglo IX d.C., pierde paulatinamente su importancia como vehículo mediante el cual algunos grupos sociales manifiestan sus diferencias (reales o imaginarias) e intentan consolidar sus posiciones. Esta tendencia, evidente en muchos conjuntos o estilos cerámicos diferentes, resulta un problema de trabajo sumamente interesante para investigaciones desarrolladas tanto a nivel local como en escalas regionales y macroregionales.

Con respecto a los artefactos líticos, registramos también importantes continuidades con la unidad cronológica anterior tanto en lo relativo al uso de tecnologías sencillas de talla (percusión directa y unifacial) como en la presencia de líticos pulidos destinados a la manipulación de vegetales. No obstante, como un cambio notable, registramos la aparición, entre los siglos XII y XV d.C., de una importante cantidad de artefactos elaborados con materias primas exógenas. En varias unidades de intervención arqueológica relacionadas con esta temporalidad (UIA 94, 23, 88, 100, III) recuperamos artefactos para corte correspondientes a cuchillos y núcleos, elaborados en materiales tales como chert, chert negro, calcita, basalto y diabasa, cuyos puntos de procedencia posibles más cercanos corresponden a contextos geográficos localizados hacia el oriente (en la vertiente hacia el Magdalena) y hacia el occidente en la cuenca del río Cauca, en un radio de acción que abarca hasta 80 km.

De esta forma, tanto desde la identificación de las materias primas exógenas en la cerámica y los líticos recuperados en la cuenca durante esta unidad cronológica, queda bastante claro que los procesos de interacción social vinculaban a las comunidades locales con otros pueblos asentados en espacios ambientales y geográficos bien diferenciados y especialmente distantes con los que establecieron relaciones de intercambio. La naturaleza y volumen de estas relaciones será, muy seguramente, objeto de futuras investigaciones.

UNA TRAYECTORIA NO LINEAL

En cuanto a la estructura social y política vinculada al poblamiento entre los siglos XII y XV en la cuenca alta de la quebrada Piedras Blancas encontramos, con respecto a los parámetros de centralización (o desigualdad) y de segregación (o heterogeneidad) una situación opuesta a la descrita para la unidad cronológica anterior. A diferencia de lo registrado durante el primer milenio, con posterioridad al siglo XII, resulta bastante clara la existencia de asentamientos que contrastan por su jerarquía (tamaño y densidad de vestigios) con las demás unidades de vivienda. Aparecen pues, indicadores especiales claros de centralización o desigualdad entre las unidades de asentamiento.

Sin embargo, el registro de “centros” contrasta con la aparente desaparición de los indicadores de segregación o heterogeneidad, formulada a partir de la imposibilidad de referenciar, a través del registro arqueológico, formas de trabajo especializado en la producción salina y alfarera. Contrario a lo esperado en una secuencia lineal de cambio, la consolidación de fracciones sociales que institucionalizan las desigualdades, no aparece relacionada localmente con la existencia de divisiones técnicas y sociales del trabajo controladas desde los centros de poder o con el control de algún recurso estratégico (ni los suelos, ni la sal ni el oro).

Esta situación resulta en todo caso de sumo interés puesto que las unidades políticas jerarquizadas que posiblemente se estructuraron en la cuenca entre los siglos XII y XV se desarrollan, en apariencia, sin ninguna relación con el control de suelos fértiles o con la producción salina —que durante el primer milenio presentaba ya evidencias claras respecto a la organización del trabajo y la segregación de unidades productivas a cargo de especialistas—. Pareciera como si el relativo “avance” en el campo de la centralización fuera compensado por un relativo “retroceso” en el campo de la segregación. El surgimiento de sociedades “complejas” en la cuenca de la quebrada Piedras Blancas sigue siendo un problema realmente “complejo”.

El hecho de que la secuencia descrita a partir de los datos que construimos para la cuenca alta de la quebrada Piedras Blancas no sea coherente ni con las predicciones de los modelos clásicos (evolucionistas lineales) sobre el surgimiento de las sociedades complejas⁵, ni siquiera con las variaciones identificadas localmente por investigaciones recientes (Langebaek *et al.*, 2002) señala, a nuestro juicio, una perspectiva de trabajo con dos énfasis definidos de manera clara: de un lado, el fortalecimiento de las herramientas teóricas, en especial lo concerniente a los modelos sociales en los que se registran y se explican trayectorias de cambio similares a las presentadas; y de otra parte la necesidad de continuar con las investigaciones en la cuenca y en la región, a partir de los múltiples interrogantes que han surgido a lo largo del trabajo realizado.



5. Ni la versión original de Reichel-Dolmatoff ni en su transplante forzado a la arqueología antioqueña.

BIBLIOGRAFÍA

BERMÚDEZ, Mario. 1997, “Los grupos portadores de estilo cerámico tardío en el centro del departamento de Antioquia”. En: *Boletín de antropología*, Universidad de Antioquia, Vol. 11 No. 27, pp 187-201, Medellín.

BOTERO, Sofía y SALAZAR, Alejandro. 1998, “El pedrero. Evidencias de antiguos especialistas en el municipio de El Carmen de Viboral, Antioquia–Colombia. En: *Boletín de antropología*, Universidad de Antioquia, Vol. 12 No. 29, pp 168-195, Medellín.

BOTERO, Sofía. 1999, “Gente antigua, Piedras Blancas, campos circundados. Vestigios arqueológicos en el altiplano de Santa Helena (Antioquia–Colombia)”. En: *Boletín de antropología*, Universidad de Antioquia, Vol. 13 No. 30, pp 287-305, Medellín.

CARDONA, Luis Carlos y NIETO, Luis Eduardo. 2000, *Transformaciones territoriales en los ecosistemas estratégicos del Valle de Aburrá. La cuchilla de Romeral. Prospección arqueológica*, CORANTIOQUIA-CISH, Universidad de Antioquia, Medellín, s.p.

CARDONA, Luis y NIETO, Luis Eduardo; MUÑOZ, Sandra y ORREGO, Sandra. 2001, *Poblamiento antiguo, hitos patrimoniales y construcción del territorio en el Occidente medio antioqueño. Componente arqueológico*, CORANTIOQUIA-CISH, Medellín. s.p.

CARDONA, Luis Carlos; NIETO, Eduardo y GÓMEZ, Liliana. 2002, *Transformaciones territoriales y procesos de poblamiento en el sistema de páramos y bosques altoandinos del noroccidente medio antioqueño. Reconocimiento y prospección arqueológica*, CORANTIOQUIA, Medellín.

CARNERIRO, Robert. 1991, “The nature of the Chiefdom as Reveled by Evidence from the Cauca Valley of Colombia”. En: *Profiles in cultural evolution paper from a conference in honor of Elman R. Service* (A.T. Rambo y K. Gillogly eds.) pp 167-190. *Memoirs 85*, Museum of Anthropology. Ann Arbor: University of Michigan.

CASTILLO, Neyla. 1995, “Reconocimiento arqueológico en el Valle de Aburrá”. En: *Boletín de antropología*, Universidad de Antioquia, Vol. 9, No. 25, Medellín, pp 49-90.

DRENNAN, Robert. 1985, *Regional archaeology in the Valle de la Plata, Colombia: A preliminary report on the 1984 season of the Proyecto Valle de la Plata*. Ann Arbor: University of Michigan.

_____. 1992, "Sociedades complejas precolombinas: Variación y trayectoria de cambio". En: *La construcción de las Américas*. Carlos A. Uribe, editor. Universidad de los Andes. Bogotá, pp 31-50.

FLANNERY, Kent. 1972, "The cultural evolution of civilizations". En: *Annual review of ecology and systematics*, No. 3, pp 399-426.

FLÓREZ, Franz; MORA, Santiago y PATIÑO, María Isabel. 1997, "De la edad de piedra a la edad de la inocencia". En: *Nuevas memorias sobre antigüedades neogranadinas. O de la cronología en la arqueología colombiana y otros asuntos*. COLCIENCIAS. Bogotá, pp 9-28.

GAIA. 2002, *Ocupaciones tempranas en el Valle de Aburrá. Sitio la Baquita*. Fondo Mixto para la promoción de la cultura y las artes de Antioquia y CORANTIOQUIA. s.p.

GNECCO, Cristóbal. 1996, "Reconsideración de la complejidad social en el suroccidente colombiano". En: *Dos lecturas críticas. Arqueología en Colombia*. Fondo de Promoción de la Cultura. Banco Popular. Bogotá, pp 43-73.

GÓMEZ, Liliana y OBREGÓN, Mauricio. 2003, "Un taller alfarero prehispánico, La producción cerámica más allá del ámbito doméstico". En: *Boletín de antropología*, Universidad de Antioquia, Vol. 17, No. 34. Medellín, pp 167-184.

KANT, Inmanuel. 1994, "Respuesta a la pregunta: ¿Qué es la Ilustración?". En: *Revista colombiana de psicología*. No. 3, pp 7-10.

LANGEBAEK, Carl. 1992, *Noticias de caciques muy mayores. Origen y desarrollo de sociedades complejas en el noroccidente de Colombia y norte de Venezuela*. Ediciones Unian-des y Universidad de Antioquia. Bogotá.

_____. 1995. *Regional archaeology in the Muisca territory — A study of the Fúquene and Susa valleys*. University of Pittsburg memoirs in Latin American Archaeology, 9. Pittsburgh.

LANGEBAEK, Carl. 1998, *Propuesta para un estudio regional del Valle de Leiva*. 1999–2000. Universidad de los Andes. Bogotá s.p.

LANGEBAEK, Carl; CUELLAR, Andrea y DEVER, Alejandro. 1998, “Medio ambiente y poblamiento en la Guajira: Investigaciones arqueológicas en el Rancharía Medio”. En: *Estudios antropológicos 1*. Universidad de los Andes, Bogotá.

LANGEBAEK, Carl; PIZZIANI, Emilio; DEVER, Alejandro y ESPINOSA, Iván. 2002, *Arqueología y guerra en el Valle de Aburrá: Estudio de cambios sociales en una región del noroccidente de Colombia*, Ediciones Uniandes, Bogotá.

MACGUIRE, R.H. 1983, “Breaking down cultural complexity: Inequality and heterogeneity”. En: *Advances in archaeological method and theory*. Vol. 6 (M.B. Shiffer, ed): 91–142. New York: Academic Press.

MARTÍNEZ, Luz Elena; BOTERO, Silvia; MONSALVE, Óscar y ACEVEDO, Jorge. 2000, *Localización y contextualización de los asentamientos Aburraes*. CORANTIOQUIA-GAIA, Medellín, s.p.

MOSCOSO, Óscar; MUÑOZ, Ómar y OROZCO, Carlos. 2001, *Reconocimiento y prospección arqueológica en la cuenca de la quebrada La Miel, Municipio de Caldas*. Informe de investigación, municipio de Caldas –CORANTIOQUIA– Fondo Mixto, Medellín. s.p.

OCHOA, Marjory. 1998, “Análisis y clasificación cerámica de un sitio de explotación prehispánica de sal: Mazo, corregimiento de Santa Helena, Antioquia, Colombia”. Monografía de grado. Departamento de Antropología. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.

REICHEL-DOLMATOFF, Gerardo. 1996, *Colombia*. Londres: Thames and Hudson.

_____. 1978, “Colombia indígena. Periodo prehispánico”. En: *Manual de historia de Colombia*, Tomo I. COLCULTURA, Bogotá, pp 32–115.

_____. 1986, *Arqueología de Colombia: un texto introductorio*, Fundación Segunda Expedición Botánica, Bogotá.

RESTREPO, Alejandra. 1998, “Análisis polínico de una columna estratigráfica hecha en la laguna de Guarne, municipio de Medellín (estudio preliminar)”. Trabajo de grado. Departamento de biología. Universidad de Antioquia, Medellín.

SANTOS, Gustavo. 1998, “La cerámica marrón inciso en Antioquia. Contexto histórico y sociocultural”. En: *Boletín de antropología*, Vol. 12 No. 29, Universidad de Antioquia, Medellín, pp 128–147.

‡

VIII
LA PRODUCCIÓN DE TEXTILES DE ALGODÓN
EN LA POLÍTICA ECONÓMICA DE LOS CACICAZGOS MUISCAS
DE LOS ÁNDES COLOMBIANOS

Ana María Boada Rivas
Universidad de Pittsburgh

INTRODUCCIÓN

LA ESPECIALIZACIÓN ARTESANAL HA SIDO PROPUESTA COMO UN FACTOR IMPORTANTE en el desarrollo de la jerarquía social. La gran importancia de los textiles en las políticas económicas en sociedades estatales prehispánicas ha sido evaluada en varios estudios (c.f. Brumfiel, 1996; Costin, 1993; Murra, 1989; Stark, Heller y Ohnorsorgen, 1998). En muchas sociedades los textiles constituyeron un medio de riqueza usado como mecanismo para integrar poder pero al mismo tiempo formaron parte esencial de la vida diaria de las sociedades (Earle, 1996, 180-181; Murra, 1989; Weiner, 1989); los textiles marcaron los ciclos de vida (Murra, 1989: 279-281; Weiner, 1989), fueron usados como objeto de intercambio (Parsons, 1975), símbolos de identidad y rango social (Murra, 1989; Parsons, 1972), objetos de tributación, de sacrificio y ofrenda; como un medio de competencia por prestigio y una medida de la capacidad productiva de un sector social (Codere, 1950; Murra, 1989; Weiner, 1989). Los textiles fueron tan importantes en la vida cotidiana de algunas sociedades que se convirtieron en una forma de circulante. Es decir, en objetos que podían ser intercambiados casi por cualquier cosa (ver D'Altroy y Earle, 1985: 188). En este sentido, la importancia de los textiles radicó en que, dependiendo de las políticas económicas de cada sociedad, se constituyó en algunas de ellas en un fondo de riqueza esencial para competir, ganar y mantener prestigio y poder. Este ensayo analiza el papel de la producción textil en la vida social, económica, religiosa y política de las sociedades muiscas del altiplano andino colombiano.

Los textiles de algodón son descritos por los documentos etnohistóricos como una de las fuentes de riqueza más importantes para los caciques muisca, porque los textiles podían ser intercambiados casi por cualquier otra cosa (Piedrahita, 1973: T.I: 258). Sin embargo, la producción especializada de textiles de algodón está poco documentada a pesar de que constituyó una avenida importante para fomentar actividades sociales y políticas. Sabemos muy poco acerca del proceso de producción textil y del papel que desempeñaron los textiles en mantener e incrementar el prestigio y poder de los caciques y sus unidades domésticas. Este artículo documenta las etapas de producción de las mantas de algodón y su importancia como fuente de riqueza para las elites de un pequeño cacicazgo muisca de la cordillera Oriental de los Andes colombianos. Aquí se analiza si la producción fue controlada y por quién; si fue controlada, cómo y en qué grado ese control fue ejercido en las diversas etapas de la producción; y finalmente, si la producción fue controlada, quién se benefició de ella. Estos aspectos de la producción son analizados con base en los datos recolectados en El Venado (Boada, 1998a), una aldea central localizada en el valle de Samacá (Boyacá).

El control sobre los textiles permite que la elite los use como una especie de circulante, lo cual se convierte en una poderosa fuente de riqueza. Cuando la elite controla la producción, tiene que controlar al menos la distribución y consumo del producto final o algunas, si no todas, las fases de producción; éstas son la adquisición de materia prima, el hilado del algodón, el tejido, distribución y consumo de los textiles (D'Altroy y Earle, 1985: 188). Cuando la elite controla la producción de tejidos de algodón, el control sobre el acceso a la fibra de algodón asegura el aprovisionamiento y exclusividad sobre la materia prima. Si la elite controló la adquisición de la fibra tuvo que haberla cultivado o intercambiado directamente. Si el hilado de algodón fue controlado por la elite es muy probable encontrar estandarización en la calidad del hilo (D'Altroy y Earle, 1985: 188); en este caso, por ejemplo, se esperaría encontrar en el registro arqueológico volantes de huso con forma, diámetro y peso similares. La centralización de la producción de hilaza es indispensable para que la elite pueda controlar la producción, en cuyo caso, esperaría encontrar concentraciones de herramientas de hilado y tejido en áreas específicas del asentamiento. Cuando la elite

suministra las herramientas de hilado y tejido, se espera encontrar concentraciones de desechos de talla en donde se producen las herramientas. También debería esperarse grandes casas para almacenar enormes cantidades de textiles.

Cuando las fases de producción textil son independientes del control de la elite, cada individuo tiene acceso a la fibra de algodón y puede intercambiarla en cualquier lugar de mercado o cultivarla en su propia parcela. Cada persona produce su propio hilo de algodón y sus textiles, y se esperaría encontrar gran variedad en la forma, tamaño y peso de volantes de huso y herramientas de tejido en casi todas las áreas del asentamiento como resultado de una producción individual. Cada persona fabrica sus propias herramientas de manera que esperaría encontrar desechos de talla de piedra de volantes de huso distribuidas por todo el asentamiento.

Pero si la producción de hilo y tejidos es intensificada por unas pocas familias del asentamiento, cualquiera debería tener acceso a la fibra de algodón aunque aquellos especializados en la producción textil deberían haber adquirido mayores cantidades. También esperaría que muchas personas hilaran algodón y tejieran telas pero se esperaría mayor diversidad en la composición de los equipos de herramientas para hilado y tejido en las zonas en donde hubo una producción intensiva y especializada de textiles. Esta diversidad debe reflejarse directamente en el tamaño, peso y forma de los volantes de huso, agujas y telares. Todas las áreas del asentamiento deben tener herramientas de hilado y tejido, pero debe haber mayor abundancia en las zonas en donde hay intensificación de la producción de hilos y textiles. Toda la población produce herramientas para hilar y tejer de manera que todos los sectores del asentamiento deben tener desechos de talla, aunque las áreas de producción intensiva deben tener mayor abundancia de herramientas.

El análisis de la producción de textiles es relevante para evaluar el papel que jugó la especialización artesanal en la formación y mantenimiento de la jerarquía socio-política de los cacicazgos muiscas entendidos en el sentido de Drennan y Uribe (1987: x-xii).

LOS CACICAZGOS MUISCAS DEL SIGLO XVI

El altiplano de Cundinamarca y Boyacá ubicado en los Andes nororientales de Colombia estuvo habitado por diversos cacicazgos muisca. Los cacicazgos más complejos tuvieron hasta cuatro niveles de jerarquía sociopolítica (Broadbent, 1964; Langebaek, 1987; Londoño, 1983, 1985, 1992; Villamarín, 1972). Los caciques regionales tenían bajo su mando varios caciques de distrito, quienes a su vez, mandaban sobre varios caciques locales. Los caciques locales tenían bajo su mando al menos un *sybyn*¹, el cual estaba formado por al menos una *uta*², una unidad social y territorial más pequeña que la anterior por encima de la unidad doméstica (Villamarín y Villamarín, 1981: 31-33; Londoño, 1985). Esta estructura de jerarquía política básicamente se repitió en los cacicazgos más pequeños pero con menos niveles, como aquellos del valle de Samacá, los cuales parecen haber tenido sólo dos o tres niveles de jerarquía (Londoño, 1983). Los caciques muisca fueron descritos por los documentos del siglo XVI como individuos ricos que acumulaban bienes tales como mantas de algodón, caracoles marinos, plumas, oro, esmeraldas, armas y comida en casas de almacenamiento dentro de áreas rodeadas por palizadas llamadas cercados (Aguado, 1956, T.1: 407; Piedrahita, 1973, T.1: 257; Simón, 1981: T.3: 185). Desde el período Muisca Tardío hasta la Colonia, las mantas y el oro fueron los bienes de tributación más comunes (Eugenio Martínez, 1977: 235-259; Tovar, 1970).

Una de las fuentes de riqueza y prestigio más importantes para los caciques muisca fueron las mantas de algodón. El cronista Lucas Fernández de Piedrahita lo hace particularmente explícito cuando cita al conquistador Gonzalo Jiménez de Quesada después del asalto al cercado del Tunja:

1. Es muy poco lo que se conoce del *sybyn* pero parece haber sido una unidad social y territorial con un representante reconocido como jefe (Rozo Gauta, 1978; Villamarín y Villamarín, 1981: 31-33).

2. La *uta* constituyó una unidad social más pequeña que el *sybyn*, igualmente con derechos territoriales y un jefe. Una *uta* podía estar constituida por varias familias; los censos prehispánicos incluyen a varios hombres casados como parte de la misma *uta* (ver Villamarín y Villamarín, 1981:31-33, Londoño, 1983).

“...que si los nuestros hubieran guardado las mantas de algodón finas, y la infinidad de sartas de cuentas que hallaron, para rescatar con ellas después entre los indios, es cierto que les hubiera valido más oro que cuanto vieron junto en el montón del cercado, por ser ellos dos géneros tan estimados de los señores Mozcas para el arreo de sus personas, que lo tenían por su principal tesoro” (Piedrahita, 1973, T.1: 258).

Las mantas eran tributadas a caciques y personajes de alto rango, almacenadas como fondo de riqueza, usadas como regalos en intercambios ceremoniales entre caciques (Simón, 1981, T.3: 389, 405; Tovar, 1970), para amortajar los muertos (Boada, 1998a; Simón, 1981, T.3:261, 407) y ofrecidas en ritos religiosos (Cortés Alonso, 1960). Los caciques también entregaban mantas como premio y para aumentar el prestigio social de guerreros e individuos de buen desempeño en competencias de carreras que tenían lugar durante algunas ceremonias (Simón, 1981, T.3:394). Las mantas también fueron usadas para intercambiar y fueron un bien tan apreciado, que podían ser cambiadas por una gran variedad de productos (Langebaek, 1987: 129-130).

EL SITIO ARQUEOLÓGICO EL VENADO

El sitio arqueológico de El Venado produjo evidencia sobre la producción intensiva y especializada de textiles. El sitio, ubicado a 2600 msnm en el valle de Samacá (ver Figura 8.1), constituye un valle frío y seco (IGAC, 1977). El Venado fue una aldea central localizada en el lado oriental del valle, con suelos fértiles y muy cerca al páramo donde abundaba el venado (Boada, 1998a). El asentamiento fue poblado de forma permanente alrededor del 900 después de Cristo durante el período Herrera Tardío (800-1000 d.C) y comenzó como una pequeña aldea de media hectárea de extensión. Habitado continuamente, el asentamiento creció sustancialmente durante el período Muisca Temprano (1000-1300 d.C) y el resto del valle comenzó a ser colonizado. La población de El Venado y la de todo el valle, siguió creciendo durante el período Muisca Tardío (1300-1600 d.C) y El Venado siempre permaneció como el asentamiento más extenso del valle (Boada, Mora

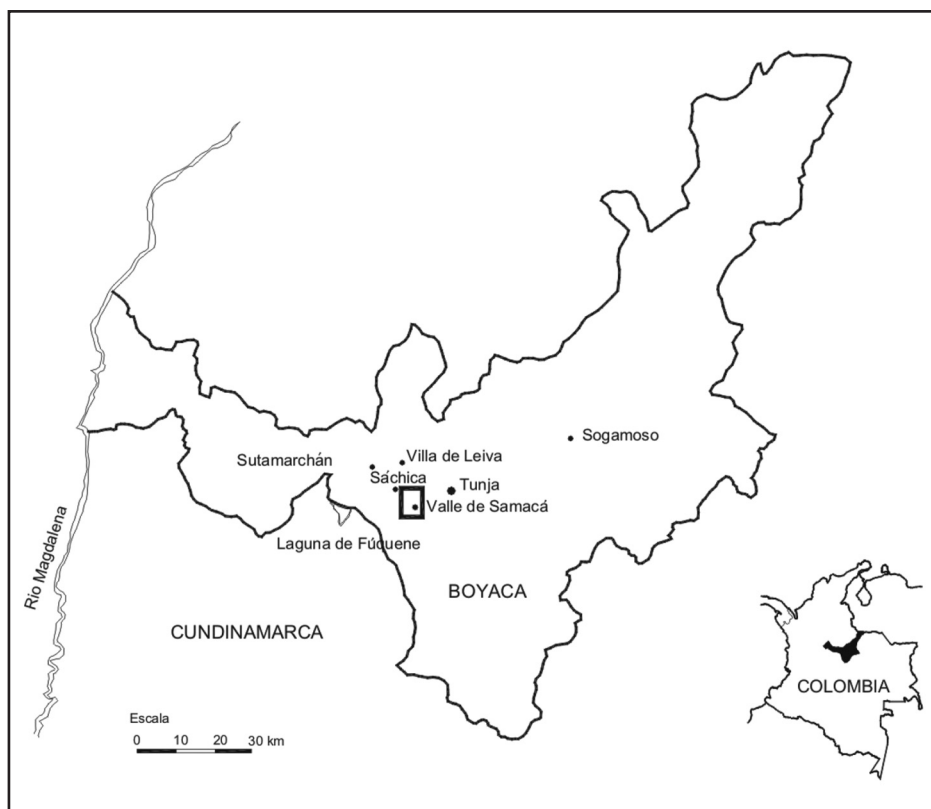


Figura 8.I. Localización del valle de Samacá.

y Therrien, 1988; Boada, 1991; Boada, 1998a, 1999). Posteriormente, durante la Colonia, la población decayó notoriamente aunque algunas unidades domésticas permanecieron en el sitio (Boada, 1998a).

Los factores y condiciones que impulsaron el desarrollo de jerarquía social de los cacicazgos muisca son de mayor interés aquí. Uno de estos factores para explorar es la especialización de la producción textil y su uso como fondo de riqueza en El Venado.

La información arqueológica sobre la especialización textil proviene de unidades de recolección superficial de 4 m de diámetro sistemáticamente hechas a intervalos de 10 m en un área total de 14,4 ha. Todos los objetos dentro de este diámetro fueron recogidos. Esta recolección intensiva permitió identificar las áreas de mayor densidad de artefactos para cada período de ocupación (ver Figura 8.2), en las cuales se excavaron 65 pozos de sondeo de 2 m x 1 m y algunos se ampliaron hasta 24 m² (Boada, 1998a: 38-48). Los resultados de estas recolecciones indican que el poblamiento del sitio fue organizado en grupos residenciales compuestos por unidades residenciales con unidades sociales cuya composición aún no es clara. Cada uno de estos grupos residenciales tuvo un carácter social, económico, religioso y político distintivo. Estos grupos residenciales estaban separados unos de otros por áreas en donde las recolecciones superficiales y sondeos no produjeron material cultural; estas áreas desocupadas, probablemente fueron utilizadas como campos de cultivo. Los grupos residenciales examinados aquí son Abejas, El Recuerdo, San Antonio y La Esmeralda, denominados según los nombres actuales de las propiedades.

Dado que las estructuras residenciales no fueron hechas en terrazas o con materiales duraderos como la piedra, la unidad residencial se definió con base en varios aspectos: 1) el material de recolección superficial sistemática produjo un patrón de distribución de basura que se caracteriza por tener un área con muy poca basura rodeada por anillos de abundante material cultural (Boada, 1998a). Éste es un patrón presente en las excavaciones de viviendas arqueológicas de la zona (Boada, 1987b) y también se observa en la actualidad en la región; la gente conserva limpio el interior de su casa pero arroja la basura en los alrededores de sus viviendas (Drennan y Boada, 2006). De esta forma, las áreas con menos material cultural fueron tomadas como espacios en donde estuvieron emplazadas las unidades residenciales; las áreas con abundante material que las rodean fueron tomadas como las zonas de descarte de basuras de las unidades residenciales (Boada, 1998a; Drennan, 1985: 133-135). 2) el patrón de distribución de terrazas con unidades residenciales del sitio arqueológico de Marín (Boada, 1987b, 1998b) fue otro criterio que ayudó a la ubicación de unidades residenciales. Las excavaciones en varias terrazas de este sitio sugieren que cada terraza tenía al menos una unidad residencial con al menos una estructura o bohío.

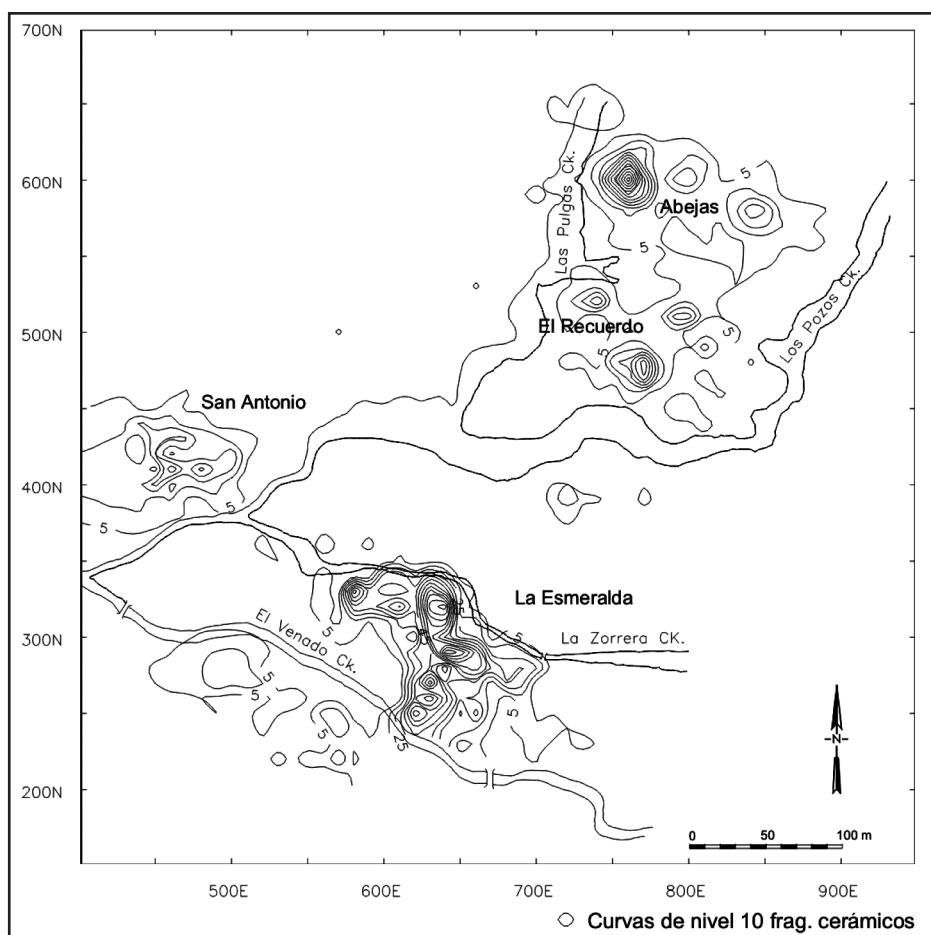


Figura 8.2. Barrios arqueológicos de El Venado durante el período Muisca Tardío.

La distancia promedio entre una terraza a su vecina más cercana es de unos 15,6 “ 6,5 m (Boada, 1998b). Esta distancia dio una idea inicial del espaciamiento entre las unidades residenciales aplicable a sitios como El Venado. El diámetro promedio de las casas muisca (n=6) en el valle de Samacá es de 4,3 m de diámetro (Boada, 1998a: 353; Boada, 1998b: 60). 3) otro elemento complementario en la identificación de unidades residenciales fueron las características distintivas del material cerámico procedente

de los pozos de prueba. Algunos pozos de prueba fueron situados a distancias mayores de 10 m de distancia y éstos fueron considerados como pertenecientes a unidades residenciales diferentes. Aquellos pozos ubicados a distancias más cercanas en donde existió la duda de si la basura perteneció a una misma unidad residencial o a dos unidades residenciales independientes presentaron una situación más problemática. En este caso, el material de cada pozo se analizó y si las características del material eran similares, se asumió que los pozos pertenecieron a una misma unidad residencial. Si el material de ambos pozos tenía características diferentes los materiales de ambos pozos fueron asumidos como pertenecientes a diferentes unidades residenciales. Este procedimiento tiene el riesgo de separar basura de la misma casa producida por actividades diferentes y desechadas separadamente y asumir que la diferencia responde a unidades residenciales distintas. Sin embargo, analizar este material separadamente sería menos dañino que ponerlo junto y obliterar diferencias reales de dos unidades residenciales distintivas (Boada, 1998a).

La unidad residencial estuvo constituida por al menos una estructura circular en la que se realizaron labores domésticas y también sirvió de morada. Probablemente, cada estructura estuvo habitada por una familia nuclear y esta idea se basa en los conjuntos de entierros que aparecen dentro y fuera de las plantas de vivienda, así como también en la presencia de fogones semi-subterráneos y depósitos en forma de U (Boada, 1998a, 1998b).

El análisis del material arqueológico para el período Herrera Tardío, mostró patrones espaciales de distribución de artefactos que indican claras diferencias sociales entre las unidades residenciales, que se mantienen durante los períodos posteriores. La Esmeralda produjo la mayor concentración de cerámica temprana asociada a las familias fundadoras que se asentaron en El Venado. El área de este grupo residencial exhibe también la mayor proporción de cerámica ceremonial como copas, cucharas, vasijas miniatura y jarras, la mayor proporción de cerámica decorada y objetos importados procedentes de un mayor número de áreas foráneas (Boada, 1998a). Los entierros de La Esmeralda también tienden a ser más elaborados que los de los demás grupos residenciales (Boada, 1998a). Las otras áreas del asentamiento no mostraron un material tan rico sino, por el contrario, uno

muy modesto indicando un contraste social y económico de la riqueza y las actividades sociales entre ellos (i.e. Abejas, El Recuerdo y San Antonio), pero siendo La Esmeralda el de mayor riqueza y más alto estatus social. El análisis del material correspondiente a los períodos más tardíos indica que los patrones observados en este período temprano continuaron y se tornaron aún más pronunciados durante los períodos Muisca Temprano y Muisca Tardío (Boada, 1998a).

CULTIVO Y ACCESO A LA FIBRA DE ALGODÓN

Existe muy poca información sobre el tipo de fibras hiladas y tejidas en el altiplano, esencialmente por la poca preservación de material orgánico en la región. La escasa evidencia disponible identifica muy pocas fibras: algodón (*Gossipium vitifolium* también llamado *G. barbadense* (ver Brücher, 1989: 145-154; Boada, 1987b; Cardale, 1981; Morcote, 1996, aunque Raymond y Bayona, 1987: 13 argumentan que el *G. hirsutum* de fibra corta era más común en Colombia), cabuya o fique (*Furcraea sp.*) y liber de majagua (Cardale en Boada, 1987b).

Algunas muestras preservadas de textiles tejidos en diversas fibras han sido encontradas en diversos contextos funerarios como entierros y cuevas (Boada, 1987a, 1987b, 1998a; Broadbent, 1985, 1990; Cardale, 1978; Cortés, 1990; Silva Celis, 1978). Pero la mejor evidencia del uso temprano de mantas de algodón proviene de textiles encontrados en cuevas en el departamento de Santander (Colombia), en donde fueron halladas algunas momias envueltas en varias mantas finas (Broadbent, 1985, 1990; Cardale, 1978, 1986; Schottelius, 1946; Silva Celis, 1946). Las indicaciones más tempranas del hilado provienen de Zipaquirá en donde fueron encontradas impresiones de textiles y esteras en fragmentos cerámicos en estratos del período Herrera (Cardale, 1981: 135). Evidencia del uso de fibra de algodón proviene de textiles, impresiones en arcilla, ovillos de hilo de algodón y herramientas usadas en la producción textil, halladas en excavaciones arqueológicas en sitios del valle de Samacá (Boada, 1987b, 1998a).

Aunque el algodón fue comúnmente utilizado durante todos los períodos cerámicos, el altiplano es demasiado frío para su cultivo (Patiño, 1977: 244). El algodón fue

adquirido a través del intercambio, tributo y/o cultivo en tierras bajas (Langebaek, 1987; Tovar, 1970). Los cacicazgos del norte del altiplano, como Tunja y las áreas circundantes, adquirieron algodón a través del intercambio en lugares de mercado como Sogamoso, a donde la fibra de algodón era llevada de áreas cálidas cercanas para ser intercambiada (Aguado, 1956, T.I: 406-407). Tanto la fibra de algodón como las mantas fueron adquiridas en lugares de mercado donde cualquiera, incluidos los caciques, podían intercambiarla libremente (Langebaek, 1987:82-83; Pérez, 1990: 17-18). En otros casos, unos pocos caciques muisca tuvieron áreas de cultivo en tierras cálidas para cultivar todo tipo de productos incluido el algodón. Algunos autores han argumentado que los caciques almacenaron y controlaron la distribución de la fibra de algodón (entre otros productos) para ser dada a las mujeres para hilarla (Langebaek, 1993: 173). Aunque algunos caciques pudieron haber tenido mayor capacidad para obtener mayores cantidades de fibra a través de su cultivo en tierras cálidas, mediante su extracción a la población o a través del intercambio, no hay suficiente evidencia para afirmar que los caciques controlaron el acceso a la fibra de algodón. Por el contrario, los documentos etnohistóricos describen que cualquier unidad doméstica localizada cerca a las vertientes de los Andes nororientales pudo cultivar algodón en campos agrícolas situados en tierras cálidas cercanas independientemente del control de los caciques (ver Langebaek, 1987: 43). La fibra también pudo ser adquirida por cualquier persona en los mercados en donde el algodón y las mantas fueron libremente intercambiados entre individuos de todos los estratos sociales (Kurella, 1998: 200). Incluso, había medidas establecidas para el intercambio de la fibra de algodón. Una carga de algodón, equivalente a lo que una persona podía acarrear, podía ser intercambiada por una manta fina. Una carga de fibra era suficiente para tejer al menos una manta fina y dos o tres mantas burdas (Aguado, 1956, T.I: 406-407; Langebaek, 1987: 84-86).

LA PRODUCCIÓN DE HILO DE ALGODÓN EN EL VENADO

Tradicionalmente se ha asumido que los volantes de huso o torteros fueron usados para hilar algodón. En realidad, la evidencia más directa que tenemos sobre

la producción de hilo de algodón y la producción de mantas en el valle de Samacá proviene de fragmentos de telas de algodón, impresiones de telas en arcilla y ovillos de hilo de algodón recuperados de tumbas en el sitio de Marín (Boada, 1987b). Adicionalmente, tenemos la descripción del uso de mantas de algodón en crónicas y documentos etnohistóricos escritos por los españoles. La evidencia indirecta más frecuente de la producción textil es la gran cantidad de volantes de huso de piedra hallados a lo largo de la región muisca. En términos generales, el algodón tiene una fibra delgada, débil y corta y hay muchas formas de hilarla. El hilado del algodón requiere de algún grado de tensión para evitar que el hilo resultante se enrede y se desentorche (Barber, 1991: 42). Esta tensión es proveída por el huso y por el peso de los volantes de huso. La ventaja de usar el volante es que hace rotar al huso más rápidamente. El uso de un volante pesado, sin embargo, puede causar que la fibra se reviente continuamente de manera que un rango de peso apropiado es necesario para que un huso funcione más eficientemente y aun así, el hilo se revienta con frecuencia (Barber, 1991: 43). Los volantes han sido encontrados en todos los asentamientos del valle de Samacá, pero sólo grandes cantidades de ellos fueron encontradas en muy pocos sitios. La mayor frecuencia fue recolectada en El Venado. Los volantes de huso de El Venado fueron hechos en su mayoría de pizarra local negra, gris, carmelita o verde. Ellos exhiben una amplia variedad de formas tales como: cono truncado con paredes rectas o convexas, bicónico, rectangular oval, esférico, sub-globular, discoidal y compuesto (ver Figuras 8.3 y 8.4). Los volantes fueron profusamente decorados con diseños incisos y la mayoría de ellos sigue un patrón planeado en donde la pieza fue dividida en mitades cada una reflejando el diseño de la otra. Algunos tienen el espacio dividido en dos o tres secciones en donde fue hecho un diseño similar, pero la mayoría lo tienen dividido en cuatro planos y los diseños fueron repetidos en el espacio opuesto (Figuras 8.3 y 8.4). Algunos de estos diseños también son encontrados en textiles y vasijas cerámicas. Los volantes de huso encontrados en La Esmeralda tienen más y mejor decoración que los encontrados en otros barrios del asentamiento. Es muy posible que la decoración de los volantes de huso fuera un marcador de identidad como ha sido propuesto para otras partes del mundo (McCafferty y McCafferty, 1996: 30).



Figura 8.3. Volantes de huso.

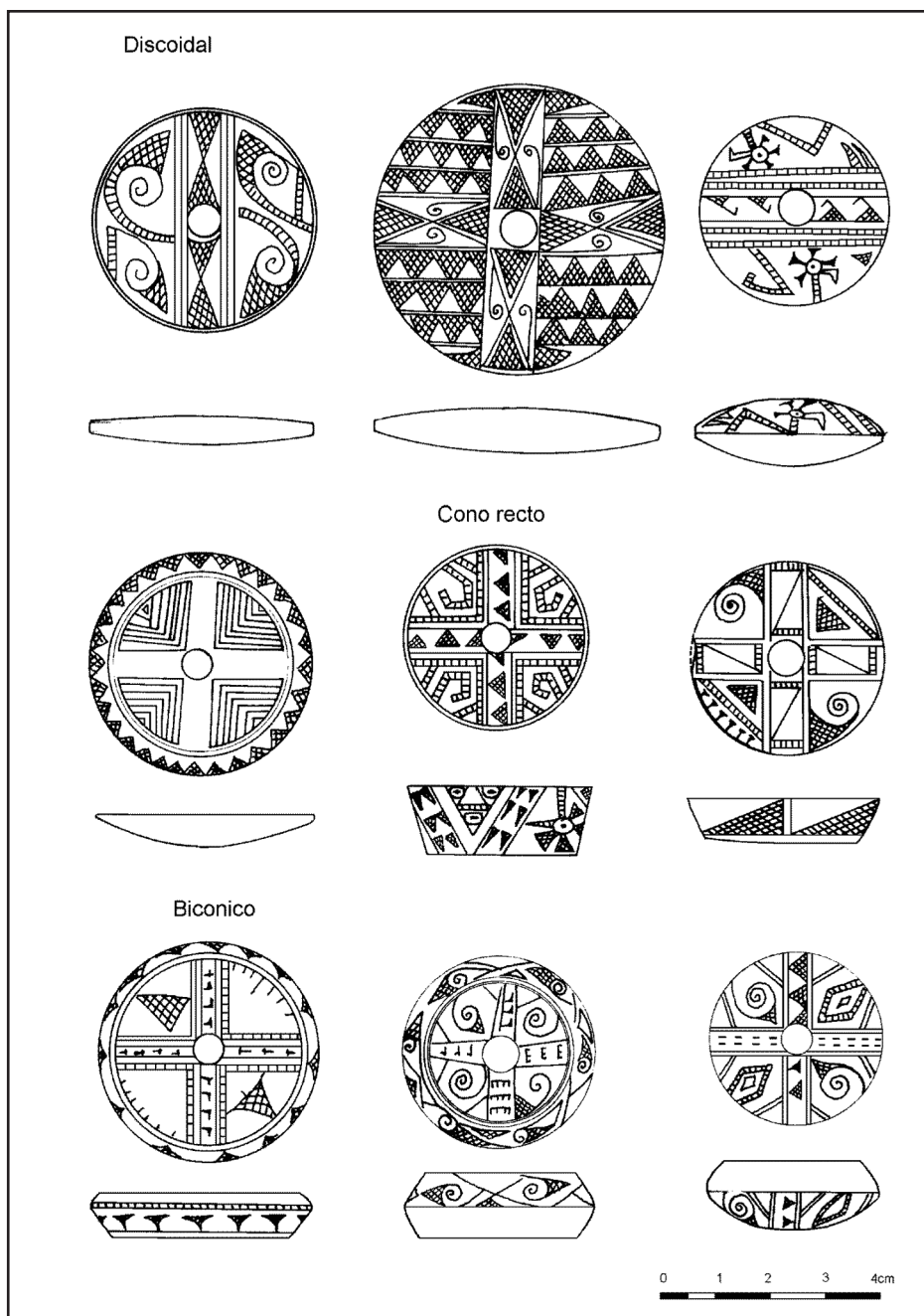


Figura 8.4. Volantes de huso.

Otros artefactos arqueológicos involucrados en la producción textil encontrados en El Venado fueron agujas, lanzaderas y punzones hechos en hueso.

De un total de 103 volantes encontrados en El Venado, 18 fueron recogidos en recolecciones superficiales sistemáticas y excavaciones en El Venado (Boada 1998a, Boada, Mora y Therrien, 1988). La Tabla 8.1 resume la distribución espacial y por períodos de la muestra controlada de volantes. Adicionalmente, 85 volantes fueron recogidos por propietarios locales mientras trabajaban sus campos de cultivo (ver Tabla 8.2).

<i>Barrio</i>	<i>Herrera Tardío</i>		<i>Muisca Temprano</i>		<i>Muisca Tardío</i>		<i>Total</i>	
	No.	%	No.	%	No.	%	No.	%
<i>Esmeralda</i>	3	100,0	6	75,0	6	72,0	15	83,3
<i>El Recuerdo</i>	0	0,0	1	12,5	1	14,0	2	11,1
<i>San Antonio</i>	0	0,0	0	0,0	0	0,0	0	0,0
<i>Abejas</i>	0	0,0	0	12,5	1	14,0	1	5,6
<i>TOTAL</i>	3	100,0	7	100,0	8	100,0	18	100,0

Tabla 8.1. Frecuencia de volantes huso por barrio y período cultural de muestras controladas en El Venado.

La distribución de volantes de huso sistemáticamente recolectados sugiere que el hilado fue más intensivamente practicado por los habitantes de La Esmeralda a través de todos los períodos. Aunque la muestra es pequeña, durante el período Herrera Tardío parece haber habido una mayor concentración de volantes de huso en La Esmeralda. Durante los siguientes períodos, aunque esta tendencia continúa, el hilado parece volverse más común en los otros barrios, aunque de forma muy modesta. La concentración de volantes de la muestra controlada de La Esmeralda concuerda con la distribución de los 85 volantes que no tienen procedencia exacta, de los cuales el 94% provino de La Esmeralda y el 6% de los otros dos barrios (ver Tabla 8.2).

<i>Volantes de huso</i>		
<i>Barrio</i>	No.	%
<i>Esmeralda</i>	80	94,0
<i>El Recuerdo</i>	2	2,5
<i>San Antonio</i>	3	3,5
<i>TOTAL</i>	85	100,0

Tabla 8.2. Frecuencia de volantes recolectados por propietarios en campos de cultivo por zonas del asentamiento.

Aunque la asignación cronológica de estos 85 volantes es desconocida, es muy probable que la mayoría de ellos perteneciera a los períodos Muisca Temprano y Muisca Tardío, dado que fueron recolectados en áreas donde las áreas residenciales excavadas fueron asociadas a esos dos períodos. La distribución tan extremadamente dispar de los volantes de huso en El Venado (tanto de la recolección sistemática como de la recolección hecha por propietarios locales) indica patrones diferenciales de producción dentro del asentamiento a lo largo de toda la secuencia cultural. Los pocos volantes de huso encontrados en los barrios Abejas, El Recuerdo y San Antonio indican una producción modesta de hilo de algodón que parece haber satisfecho las necesidades de consumo básico de mantas, vestido, cordelería y mochilas. Por otra parte, la enorme cantidad de volantes de huso hallados en La Esmeralda indica que las unidades domésticas de esta área estuvieron intensamente comprometidas en la producción de hilo que, comparada con las otras zonas, de lejos excedió la producción básica e indica una producción dirigida a crear un gran excedente de hilo de algodón.

Las fuentes etnohistóricas describen que la mayor parte del hilado de algodón fue hecho por mujeres y niños (Archivo Nacional de Colombia, Visitas Venezuela, T: XIII f734r-734v, citado en Langebaek, 1987: 82; Zamora, 1980; T.1: 286). Sin embargo, las fuentes también describen que en la zona de Fontibón y Ubaque los hombres de alto rango como los sobrinos de caciques y capitanes estuvieron involucrados de

forma intensiva en la producción de hilo de algodón y tejido de mantas durante su período de aprendizaje (Santiago, 1563-1569, en Tovar, s.f.: 257). El hilado, entonces, no estuvo exclusivamente en manos de las mujeres como se ha creído y se podría hacer extensiva esta costumbre a El Venado, en donde se encontró un volante de huso asociado a un esqueleto de sexo masculino (Boada, 1998a: 400).

Algunos investigadores proponen que el peso de los volantes está relacionado con el tipo de fibra que se hila. Los volantes más grandes y pesados fueron usados para hilar fibras largas y resistentes como el fique, mientras que los volantes más pequeños y livianos fueron usados para hilar fibras cortas y débiles como el algodón (Parsons, 1972: 57-66; Parsons y Parsons, 1990: 317-332). Una gráfica de rama y hoja del peso de los volantes encontrados en El Venado dio una distribución con un ligero sesgo hacia un mayor peso y cuatro casos con valores altos por fuera del rango de los valores normales de la muestra (Tabla 8.3).

Eliminando los valores extremos, la mayoría tiene un peso entre 8,4 y 25,4 gramos con una media de $15,05 \pm 4,25$ gm (a una desviación estándar). La mayoría de los volantes probablemente fueron usados para hilar fibra de algodón, mientras que los de mayor peso pudieron haber sido usados para hilar fibras más gruesas. Uno en particular, tiene un peso de 63,1 gm y es un valor tan extremo que muy posiblemente fue usado para hilar fique o lana. La lana de oveja fue una introducción colonial que posteriormente reemplazó por completo a la fibra de algodón. Hoy en día aún es frecuente observar a las mujeres hilar lana mientras cuidan el ganado o las ovejas, caminan o conversan pero jamás son vistas hilando algodón. Una muestra de torteros para hilar algodón de México tiene una media de 10 gm (Parsons, 1972: 79). Al compararla con la de El Venado, la muestra de México parece en extremo liviana. Un aspecto que puede influenciar el peso de los volantes es que las especies de algodón descritas para México (*Gossipium hirsutum*) tienen una fibra más corta que la descrita para la costa Pacífica de Sur América (*Gossipium vitifolium* o *G. barbarense*) cuya longitud varía entre 2-4 cm y hasta 6 cm (Brücher, 1989: 154; Feltham, 1989: 16; Ramos y Blasco, 1977: 11; Simpson y Connon, 1995: 515).

El *G. barbarense* fue comúnmente usado en Perú (Brucher, 1989: 152; Feltham, 1989: 16; Ramos y Blasco, 1977: 11; Vreeland, 1984) y también identificada en el

8	45
9	1599
10	23667
11H	1123455788
12	002677
13	2226899
14M	123489
15	02459
16	0056779
17	1114
18H	3
19	0146
20	47
21	89
22	067
23	7
24	03
25	4
***Valores extremos ***	
29	7
30	3
37	0
63	1

Tabla 8.3. Gráfica de rama y hoja del peso de los volantes de huso.

altiplano nororiental de los Andes colombianos para períodos prehispánicos (Morcote, 1996: 60). Sin embargo, Raymond y Bayona (1987: 13) mencionan a la variedad *G. hirsutum* como la más común para la zona de Santander (Colombia). Es probable que la diversidad en la longitud de las fibras de algodón tenga diferentes requerimientos en el peso de los volantes. Sin embargo, la información etnográfica de Colombia (Raymond y Bayona, 1987: 43-52), Perú (Ramos y Blasco, 1977: 40; Vreeland, 1984) y la India (Barber, 1991: 43) indican que el hilado con huso suspendido no fue muy común a causa de la dificultad de mantener el hilo de algodón sin reventarse aun cuando se usaran volantes livianos y el hilado horizontal era una práctica más común (Brüning, 1989: Fotografía 24; Raymond y Bayona, 1987: Foto II; Vreeland, 1984). En varias etnografías los autores (Ramos y Blasco, 1977: 40; Raymond y Bayona, 1987: 50) describen que el hilo era torcido a mano, pero en vez de suspender el huso y el volante por el hilo, el huso era apoyado en la pierna o sobre una superficie firme (cerámica o totuma) y rotado a mano. Es posible que el volante fuera suspendido para acelerar el hilado sin romper el hilo en una etapa más tardía de la producción, como por ejemplo, para torcer dos hilos para hacer un hilo grueso de dos cabos.

Diversas formas de volantes de huso dentro del mismo rango de peso parecen haber sido usadas para hilar diferentes calidades de hilos (Voorhiers, 1991: 238-240; Barber, 1991: 53). Los volantes de huso de forma verticalmente alargada y delgada rotan rápido, un movimiento que produce hilos delgados y torcidos apretadamente. Por el contrario, los volantes de mayor diámetro rotan más lentamente y producen un hilo más grueso torcido menos apretadamente (Barber, 1991: 53; Voorhiers, 1991: 238-240). La diversidad en tamaños y formas de los volantes de huso de La Esmeralda (Figuras 8.3 y 8.4) probablemente representan la diversidad en la composición de la caja de herramientas para producir diferentes calidades de hilo. La Tabla 8.4 resume frecuencias y proporciones de las formas de los volantes por barrio.

FORMAS	Esmeralda		El Recuerdo		San Antonio		Abejas		Total	
	No.	%	No.	%	No.	%	No.	%	No.	%
<i>Esferoidal</i>	1	1,1	0	0,0	1	33,3	0	0,0	2	33,3
<i>Subglobular</i>	23	24,5	0	0,0	0	0,0	0	0,0	23	22,6
<i>Compuesto</i>	8	8,5	0	0,0	0	0,0	0	0,0	8	7,8
<i>Oval</i>	5	5,3	0	0,0	0	0,0	0	0,0	5	4,9
<i>Rectangular</i>	1	1,1	0	0,0	0	0,0	0	0,0	1	1,0
<i>Discoidal</i>	21	22,3	2	50,0	2	33,3	1	100,0	25	24,5
<i>Cono convexo</i>	3	3,2	0	0,0	0	0,0	0	0,0	3	2,9
<i>Cono recto</i>	18	19,1	1	25,0	0	0,0	0	0,0	19	18,6
<i>Bicónico</i>	15	14,0	1	25,0	0	33,3	0	0,0	17	16,5
TOTAL	94	100,0	4	100,0	3	99,9	1	100,0	103	100,0

Tabla 8.4. Frecuencias totales y proporciones de formas de volantes de huso por barrio

La gran diversidad de formas de volantes encontrada en La Esmeralda sugiere que en esta área se hiló el algodón de forma intensiva y especializada y se produjeron diferentes calidades de hilo. En contraste, los barrios vecinos Abejas, El Recuerdo y San Antonio parecen haber producido una cantidad de hilo muy modesta y de calidad muy similar a juzgar por la poca variabilidad en las formas de los volantes.

La evaluación de la producción especializada de hilos en ciertos sectores del asentamiento a partir de la variabilidad de las formas y diámetros de los volantes se hizo con base en una clasificación morfológica. Sin embargo, esto no dio resultado porque varios volantes con una misma forma presentaban una enorme variación del diámetro en relación con la altura. Esta variación en ambas dimensiones no permitió hacer una clasificación morfológica consistente, de manera que decidí hacer un índice entre el diámetro máximo y la altura de los volantes para identificar la existencia de varias categorías de volantes.

La Tabla 8.5 es una gráfica de rama y hoja que muestra los resultados de este índice. La distribución multi-modal de la Tabla 8.5 sugiere que hubo varias categorías de volantes. Es muy probable que estas categorías de volantes fueran usadas para la

producción de diferentes calidades de hilo. Por lo general, los estudios sobre volantes sugieren que los volantes de menor diámetro producen hilos más finos que los que se hilan con volantes de mayor diámetro pero con un peso similar (Barber, 1991: 53; Parsons, 1972: 61; Voorhies, 1991: 238-240). En la Tabla 8.5 la categoría 1 corresponde a volantes de menor diámetro y mayor altura mientras que los de categoría 5 corresponden a los volantes de mayor diámetro con menor altura. En La Esmeralda todas las categorías estuvieron presentes mientras que en los otros barrios sólo había 3 de estas categorías (1, 2 y 4). Las tres categorías presentes corresponden a volantes de forma cónica, subglobular, compuesta, esferoidal y discoidal (Ver Tabla 8.6). Las categorías 3 y 5 tienen forma discoidal y son volantes de mayor diámetro y menor altura.

<i>Categoría</i>	<i>Índice</i>
1	0 7
1	1 01333333444
1	1 H 555566667777778888899999
1	2 M 000011222233344
1	2 5566667889
1	3 0223
2	3 8
2	4 H 000144
2	4 788
2	5 0114
3	5 9
3	6 114
4	6 8
4	7 002
*** VALORES EXTREMOS ***	
5	9 0125

Tabla 8.5. Categorías definidas según el índice diámetro: altura de los volantes.

La Tabla 8.6 muestra la distribución de las categorías de volantes según el índice calculado para una muestra de 89 volantes de huso completos. No fue posible hacer una evaluación estadística de la composición de las categorías de volantes definidas con base en los índices entre los barrios del asentamiento, porque la muestra de volantes de los barrios de menor estatus no tiene varianza. Sin embargo, la Tabla 8.6 muestra que la distribución de los diversos tipos de volantes de huso a través del asentamiento es muy similar. En general, las categorías 1 y 2 presentan las proporciones más altas en el asentamiento aunque la 1 es la más alta en La Esmeralda; el índice sugiere que estos volantes probablemente fueron usados para producir hilos delgados. Las otras categorías de volantes para producir hilos más gruesos están presentes en La Esmeralda pero sólo la número 4 se encuentra en los barrios de menos estatus. Los resultados del índice sugieren que en todo el asentamiento se produjeron varios tipos de hilos aunque en La Esmeralda se produjeron hilos más finos, también eran de más variada calidad.

Categorías de índices diámetro: altura											
Barrios	1		2		3		4		5		Total
	No.	%	No.	%	No.	%	No.	%	No.	%	
<i>Esmeralda</i>	61	72,6	12	14,3	4	4,8	3	3,5	4	4,8	84
<i>Otros</i>	2	40,0	2	40,0	0	0,0	1	20,0	0	0,0	5
<i>Total</i>	63	70,8	14	15,7	4	4,5	4	4,5	4	4,5	89

Tabla 8.6. Categorías de volantes de huso según el índice entre diámetro máximo y altura.

El proceso de fabricación de mantas implicó una gran inversión de mano de obra. Para tejer una manta se debe calcular no solo el tiempo invertido en tejerla sino el tiempo invertido en hacer el hilo necesario para tejerla. El hilado indudablemente consumía mucho más tiempo que la tejida de la manta en sí misma y constituyó un cuello de botella en la producción textil.

Para tener una idea de cuánto tiempo se necesita para hilar el material suficiente para una manta se hizo el cálculo del hilo utilizado en una manta regular de 137 cm de ancho por 184 cm de largo, así: la cantidad de hilo necesaria para la trama es de 1,512.5 m (6 hilos por cm x por 184 cm del largo de la manta = 1,104 hilos. Luego se multiplica el ancho de la manta 137cm x 1,104 hilos = 151,248 cm de hilo). Para la urdimbre se necesitan 3,025 m de hilo (12 hilos por cm x 137 cm del ancho de la manta = 1,644 hilos. Luego se multiplica el número total de hilos que se van en el ancho por el largo de la manta, o sea 1,644 x 184 = 302,496 cm). El total de hilo requerido para tejer una manta de este tamaño es de cerca de 4,537.5 m (1,512.5 + 3,025) de hilo de un cabo. El uso de hilo de dos cabos requeriría el doble, o sea 9,075 m. Para estimar el tiempo invertido en hilar esta cantidad de hilo, se usaron las observaciones etnográficas hechas en el Perú (Bird y Mendizábal, 1986: 342). El cálculo más lento es de 35 cm de hilo hilado en 22 segundos y esto daría 100 cm hilados en 63 segundos. Por lo tanto, 9,147 m serían hilados en 160 horas (20 días de trabajo de 8 horas al día). Naturalmente, la mayoría de la gente no hila durante todo un día, ya que tienen que hacer más tareas además de hilar, pero este cálculo da una idea de cuánto tiempo fue invertido en el hilado del algodón de una manta.

La evidencia arqueológica sugiere que las unidades domésticas corrientes hilaron algodón, aunque en una escala muy modesta; por lo tanto, no es muy probable que las elites controlaran la producción de hilo. Sin embargo, las unidades domésticas de La Esmeralda pudieron invertir más tiempo que otras en la producción intensiva de hilo de algodón debido a sus privilegios sociales. Algunos de estos privilegios son descritos por las fuentes etnohistóricas del siglo XVI las cuales señalan que a los caciques se les pagó en trabajo la construcción de sus casas y cercados, y el cultivo y cosecha de sus campos agrícolas (Tovar, 1970). El pago obligatorio en trabajo y en bienes fue un aspecto básico en la creación de riqueza de los caciques. Este servicio en trabajo (tanto masculino como femenino), más que tributo, fue una extracción de servicios que parece haber sido una “obligación” social que la gente común tenía con la elite; una obligación que la elite retribuyó a la población mediante generosas distribuciones de bebida (chicha) y comida, además de otros entretenimientos y regalos (Simón, 1981, T.3: 393-394; Tovar, 1970).

La secuencia cultural de El Venado indica marcadas diferencias sociales aunque durante el período Herrera Tardío fueron menos acentuadas; las unidades domésticas de alto rango parecen haber tenido prerrogativas económicas en el sentido de recibir bienes y servicios en la forma de cacería de venado en donde la elite recibía buenos cortes de carne, mayor variedad en las presas de caza y la preparación de comida y chicha para festividades y ceremonias (Boada, 1998a). No es muy claro qué tan fuertes fueron las diferencias sociales y el control sobre recursos básicos durante el período Herrera Tardío. Sin embargo, la evidencia del hilado de algodón concentrado en La Esmeralda para el período más temprano de la secuencia sugiere modestas diferencias económicas entre los diferentes sectores del asentamiento. Para los períodos Muisca Temprano y Tardío, se observan marcadas diferencias sociales en riqueza y prestigio. La alta concentración de volantes de huso en La Esmeralda refleja la intensificación y especialización en la producción de hilo de algodón en este sector del asentamiento. Por un lado, las elites, gracias a las contribuciones en trabajo, podían alejarse de las actividades cotidianas e invertir más tiempo en actividades especializadas como el hilado y el tejido. Por otro lado, el trabajo de las mujeres de servicio de todas las edades al que hacen referencia los documentos de archivo pudo haber contribuido también a la producción de hilo en las unidades domésticas de las elites (Langebaek, 1985: 168; 1993; Tovar, 1970: 28-29). Infortunadamente, los documentos no proveen información acerca de los vínculos que tenían las mujeres de servicio con la unidad doméstica del cacique (i.e. esposas, parientas, afines, subordinadas, etc.), si su servicio era obligatorio y permanente, o si más bien era un servicio prestado durante ciertas épocas del año como una contribución en trabajo, por ejemplo, durante las épocas de labranza y fiestas. En general, no es claro si el trabajo femenino y de hombres jóvenes en el hilado de algodón fue prestado regular u ocasionalmente, porque la mayoría de las referencias al trabajo de las mujeres de servicio coincide con las reuniones organizadas por caciques locales y capitanes en varias ocasiones del año. En estas ocasiones se formaban partidas de trabajo para cultivar los campos agrícolas y arreglar los cercados de sus caciques. El trabajo femenino es descrito por un documento de archivo basado en el

testimonio del cacique de Chocontá en 1593. Este documento se refiere al tipo de servicio que recibían los caciques antes de la llegada de los españoles así:

... que demás de las d(ic)has sus mujeres este testigo y los dichos capitanes tienen otras indyas viejas y mozas las cuales sirven a éste t(estig)o y los dichos capitanes solamente de hacer Chicha y vollos e guisar de comer por estar obligados a dar de comer y beber cada uno a su gente y ansi es necesario el d(ic)ho servicio porque de otra manera no podrían cumplir con la obligación que tienen y que este testigo tienen seis o siete yndias para el dicho efecto y que duermen las suso dichas en la cocina y algunas se van a dormir a sus casas e queste t(estig)o no trata ni ha tratado carnalmente con ninguna dellas y que los dichos capitanes sabe este testigo no lo hacen porque los castiga este testigo y da noticia dello a quien los castigue y que ningunas de las que este testigo tiene es su parienta ny unas // de otras y esto responde.

(Archivo Nacional de Colombia, Visitas de Cundinamarca, T: 11 147 v. 148v. En Tovar, 1970: 23).

Durante estas ocasiones, las mujeres trabajaban principalmente en la preparación de chicha y comida para alimentar a los trabajadores de los cultivos y para la fiesta que se hacía al final de la siembra (Simón, 1981, T.3: 394; Tovar, 1970). El servicio de las mujeres indígenas en tiempos prehispánicos parece haber sido prestado con alguna frecuencia porque los caciques tenían que atender visitas y patrocinar fiestas varias veces al año. En una fuente etnohistórica de 1593 (ANC Visitas Cundinamarca f. 163 r., en Tovar, 1970: 24) se alude al hilado de algodón como un oficio complementario al de las labores agrícolas y preparación de alimentos. Pero no es claro si lo hilado era un trabajo que formaba parte del servicio de ese día, si el hilado de algodón era un servicio contribuido de forma regular o si era una ocupación esporádica durante el día y lo hilado era para uso personal. Esta última forma de ocupación esporádica es la común entre las mujeres de la región. Hoy en día se observa a las mujeres hilar en los momentos en que no tienen ocupadas las manos o cuando se desplazan hacia algún punto.

Langebaek (1993: 173) argumenta que los caciques controlaron la fibra de algodón en sus cercados para distribuirla a las mujeres a su servicio para que hilaran. Esta referencia es de 1571 (Langebaek, 1985: 167), cuando los sistemas de tributación y encomienda impuestos por los españoles ya habían causado fuertes transformaciones en los sistemas económicos tradicionales y sociales indígenas. Los españoles exigían a los caciques un elevado tributo en mantas porque éstas, siguiendo el uso indígena, fueron usadas como una especie de moneda que podía ser cambiada por casi cualquier cosa. Las exigencias de tributación probablemente forzaron no sólo a que los caciques trataran de monopolizar el algodón, sino también el trabajo femenino. Pero esto parece haber sido un resultado del nuevo régimen Colonial más que una práctica tradicional.

En la medida en que el trabajo femenino constituyó una parte básica en el mantenimiento del rango social de los caciques y sus unidades domésticas, la poligamia fue una gran ventaja porque proveyó una avenida para aumentar la base de trabajo de las unidades domésticas de alto rango. La oposición de la Iglesia Católica a la poligamia ordenada en 1563 asestó un duro golpe a los caciques al despojarlos de una de sus principales fuentes de mano de obra (Villamarín y Villamarín, 1981: 53). Algunas referencias parecen indicar que algunas de estas mujeres fueron realmente esposas de caciques, pero como la iglesia se opuso tan activamente a la poligamia, es muy posible que los caciques explicaran la presencia de mujeres en sus cercados como de servicio y negaran tener múltiples esposas (ver en Tovar, 1970: 23).

Aunque la naturaleza y regularidad del trabajo extraído a las mujeres es bastante confusa, es indudable que ellas contribuyeron de forma importante en el aumento de la base económica de los caciques al liberar a las mujeres de la elite de trabajos agrícolas y domésticos (parcial o totalmente) y por su contribución en el hilado de algodón, aunque hubiese sido un oficio complementario a los otros. Sin embargo, no hay evidencia disponible para argüir que estas mujeres hilaron algodón como una labor obligatoria y permanente controlada por los caciques, así como tampoco hay evidencia de que la elite controló el hilo de algodón. Por el contrario, los datos arqueológicos y las fuentes etnohistóricas proveen evidencia de que las unidades domésticas corrientes produjeron hilo para su propio consumo.

Aun cuando estas unidades domésticas pagaron servicios en la producción de hilo y mantas, difícilmente podría decirse que esta contribución fuera una estrategia para eliminar toda posible producción de mantas fuera del control de las elites. Simplemente, las sociedades muiscas, aun los cacicazgos más complejos, no tuvieron los mecanismos administrativos para ejercer tal control sobre el algodón y la producción de hilo. Más probablemente, la contribución en trabajo liberó a las mujeres y algunos sectores masculinos de la elite de un trabajo intensivo en los campos agrícolas y labores cotidianas, pudiendo intensificar y especializarse en la producción de hilo de algodón de varias calidades, en particular los más finos.

EL TEJIDO Y LA DECORACIÓN DE LAS MANTAS

La producción de hilo de algodón de forma especializada e intensiva fue primordialmente para tejer mantas. La evidencia arqueológica del tejido de mantas es más difícil de evaluar porque las herramientas de tejer fueron generalmente hechas en materiales perecederos. Evidencias de telares de madera y otras herramientas usadas en la producción textil provienen de cuevas en Santander, en donde las condiciones ambientales preservaron muchos de los materiales (Schottelius, 1946). Cortés (1990: 64) propone que los telares verticales probablemente fueron los más usados pues los textiles fueron relativamente grandes (1 m a 1,50 m de ancho por 1,20 m y 1,60 m de largo [Cardale, 1986: 206]). Las herramientas de tejido más comúnmente encontradas son una especie de lezna hecha en hueso de venado (ver Cortés, 1990) y agujas de hueso probablemente usadas para coser, hacer gorros y posiblemente mochilas en la técnica de Ared sin nudo o anillado (Marianne Cardale, comunicación personal, 2000).

La variedad en la calidad de las mantas de algodón muiscas es una característica que ha sido observada en las mantas arqueológicas encontradas en el altiplano (Broadbent, 1985, 1990; Cardale, 1986; Cortés, 1990; Tavera y Urbina, 1994). Igualmente, los documentos de archivo describieron mantas de muy fina calidad, tejidas con hilo fino y pintadas con diseños antropomorfos (Broadbent, 1985; Friede, 1976, T.vi: 460), geométricos o en color sólido (Cardale, 1986; Cortés, 1990: 62; Lon-

doño, 1990a). Parece que había varios tipos de mantas teñidas de rojo llamadas “mantas coloradas” y una de ellas fue llamada “*pachacate*”; otro tipo de mantas coloradas fueron luego pintadas (Londoño, 1990a: 121). Las “mantas buenas” eran usualmente blancas o blancas con franjas carmelitas, pero hechas con hilo delgado, algunas de las cuales fueron usadas como vestido (Londoño, 1990a). Las mantas teñidas de negro fueron un tipo muy especial de textil usado como vestido por personajes de alto rango; algunas de estas mantas también fueron pintadas (Anónimo en Londoño 1990b:121). Las más comunes, las mantas “*chingamanales*”, fueron hechas con hilo más grueso y no muy bien tejidas (Cortés, 1990:62).

Algunos asentamientos vecinos de El Venado proveen información acerca del uso de mantas finas para envolver a los muertos, como pequeños fragmentos de textiles de algodón que envolvían a los muertos e impresiones de textiles en arcilla que formaban parte del tratamiento de los muertos (Boada, 1987b; Cardale en Boada, 1987b). Para El Venado, la evidencia de producción de textiles se basa en algunas pocas agujas de hueso, herramientas para tejer y volantes de huso. Muy probablemente la mayoría de las herramientas usadas para tejer fueron hechas de madera y no se conservaron en el registro arqueológico. Las agujas de hueso para coser y tejer mochilas y otros objetos recolectada en El Venado, sugieren un incremento en la producción textil para el período Muisca Tardío. La Tabla 8.7 indica un patrón de producción de objetos textiles similar al identificado para el hilado del algodón. Las agujas y una lezna de hueso fueron encontradas en todos los barrios, pero fueron más frecuentes en La Esmeralda.

Período	La Esmeralda		Abejas		S. Antonio		El Recuerdo		Total
	No.	%	No.	%	No.	%	No.	%	No.
<i>Herrera Tardío</i>	1	100,0	0	0,0	0	0,0	0	0,0	1
<i>Muisca Temprano</i>	1	100,0	0	0,0	0	0,0	0	0,0	1
<i>Muisca Tardío</i>	2	50,0	1	25,0	1	25,0	0	0,0	4
TOTAL		4		1		1		0	6

Tabla 8.7. Distribución espacial y cronológica de las agujas de hueso en El Venado.

La distribución espacial de las agujas sugiere que la producción de textiles estuvo concentrada en La Esmeralda durante los dos primeros períodos (Herrera Tardío y Muisca Temprano). Para el Muisca Tardío, los textiles parecen haber sido producidos en todas las áreas del asentamiento, un patrón similar al del hilado. Sin embargo, aunque la muestra es demasiado pequeña, el mayor porcentaje de agujas en La Esmeralda sugiere una producción más intensiva en esta área comparada con los otros barrios. Es probable que la producción textil de las unidades domésticas corrientes estuviera dirigida a satisfacer las necesidades básicas (Zamora, 1980, T.1: 286), el intercambio por bienes no producidos localmente y probablemente satisfacer las obligaciones sociales y contribuciones obligatorias. Igualmente, la distribución de volantes de huso sugiere la producción de hilos y tejidos en todo el asentamiento (ver Tabla 8.4). Sin embargo, durante toda la secuencia cultural de El Venado, la mayoría de los volantes estuvo concentrada en La Esmeralda. Esto sugiere una intensificación de la producción de tejidos de algodón en la zona de La Esmeralda. En los otros barrios, la producción parece haber sido muy modesta, posiblemente para satisfacer las necesidades de las unidades domésticas.

Las fuentes etnohistóricas describen el tejido de mantas de algodón como una labor masculina (ANC Visitas de Boyacá, T: IV f 409v, en Langebaek, 1987: 82; Londoño 1990b). Según las crónicas, una persona podía tejer una manta en cinco días (ANC Visitas de Boyacá IV, f410r en Langebaek 1985: 167), aunque el documento no especifica qué tipo de manta. En la medida en que las contribuciones obligatorias fueron más comúnmente pagadas en mantas, es probable que la mayoría de los hombres corrientes estuvieran involucrados en el tejido de mantas particularmente durante el período Muisca Tardío, cuando este tipo de pagos en mantas se encuentran mejor documentados por las fuentes etnohistóricas. Las mantas ordinarias o *chingamanales* (tejidas en hilos más gruesos), fue el tipo de tejido más comúnmente entregado como obligación por los indígenas (Tovar, 1970). Una forma de evaluar si hubo una diferencia en la producción en la calidad de hilo por barrios es comparar si existió una diferencia en el tamaño y peso de los volantes. Infortunadamente, no fue posible establecer una asociación entre la distribución espacial de los volantes más grandes y pesados y los barrios de menor estatus, porque las muestras de la mayoría

de los barrios no tienen varianza. Sólo es claro que las unidades domésticas de menos estatus presentan menor número y variedad en la forma de los volantes, lo que sugiere menos cantidad y variedad en la calidad de los hilos producidos.

Los volantes de menor diámetro y peso fueron herramientas aptas para producir hilos delgados (Barber, 1991; Voorhies, 1991) con los que fueron tejidas mantas más finas, las cuales fueron más costosas en términos de producción (hilos más delgados y mejor torcidos). En La Esmeralda, las unidades domésticas presentan una mayor variedad en formas y pesos de los volantes, con mayor proporción de volantes de menor diámetro. Esto sugiere que en La Esmeralda se produjeron calidades más variadas de hilos (ver Tabla 8.6). El hilo para tejer las mantas más finas probablemente fue hilado por artesanos diestros con herramientas especializadas a juzgar por la concentración de volantes de huso de diámetro angosto en La Esmeralda, ideales para hilar hilos finos. Probablemente, muchas de las mantas más finas fueron tejidas por especialistas de alto rango de La Esmeralda. El tejido de mantas por hombres de alto estatus está descrito en documentos etnohistóricos, los cuales mencionan que sacerdotes y aprendices tejieron mantas como parte de su entrenamiento en el oficio del sacerdocio (Londoño, 1990b: 246; Friede, 1976, T.vi: 460).

Un aspecto muy importante de la producción textil fue la decoración. Las fuentes etnohistóricas describen la decoración de mantas como algo común; sin embargo, también describen la pintura de mantas como un oficio altamente especializado practicado por sacerdotes y aprendices. Los diseños empleados en la decoración de las mantas eran enseñados a los jóvenes durante su prolongado período de entrenamiento para el sacerdocio (Londoño, 1990b: 245-250). Es muy posible entonces, que la decoración de ciertas mantas finas haya estado a cargo de aquellos que tenían conocimiento esotérico o alto estatus. Los motivos decorativos de algunas mantas se repiten en unos pocos volantes y vasijas cerámicas que sólo se encuentran en La Esmeralda. El significado de los símbolos en algunas mantas probablemente asociadas a los ancestros fue notado y asociado por los españoles con prácticas demoníacas y su producción y uso fueron prohibidas bajo pena de un severo castigo (Friede, 1976, T.vi: 460).

Algunas mantas sólo podían ser usadas por ciertos individuos y en ocasiones especiales como el caso de las mantas regaladas por los caciques a guerreros sobresalientes o a ganadores de carreras ceremoniales. Los kogi, un grupo indígena del norte de Colombia de habla chibcha, usan decoraciones en su ropa, típicas de cada clan y sirven como un marcador de identidad social (Reichel-Dolmatoff, 1985, T.1: 183-185). No sería raro encontrar que los muiscas hicieron estas distinciones entre grupos de parentesco a través de la decoración de sus ropas.

Las diferentes etapas de producción de los textiles están estrechamente relacionadas con las políticas económicas de los caciques, pero las mantas no pueden ser desligadas del componente social e ideológico en el que fueron producidas. Este aspecto es fundamental para entender las diferentes esferas en que circularon las mantas y su verdadero rol en la economía. Si la decoración fue un aspecto distintivo de grupos familiares, como pudo haber sido el *sybyn* o la *uta*, probablemente estimuló la producción textil dentro del núcleo local de parentesco, en este caso, dentro de cada sector del asentamiento en donde habitaron estos grupos familiares y los textiles circularon entre miembros del mismo grupo. La descripción de la gran variedad en la decoración, tamaño y calidad de los textiles definió un uso y una circulación restringida que posiblemente marcó los límites de su uso e intercambio. Por ejemplo, las mantas sin decorar parecen haber sido las de más amplio uso, sencillamente porque no tenían la limitación ideológica impuesta por los símbolos, mientras que las mantas producidas por sacerdotes y aprendices debieron ser usadas en contextos ceremoniales restringidos; por su parte, las mantas burdas eran importantes para el intercambio, mientras que las mantas finas y largas, aunque también circulaban en los mercados, eran regaladas por los caciques a los ganadores de las carreras ceremoniales.

Aunque muchas de las mantas fueron producidas intensivamente por la unidad doméstica de la elite, es muy poco probable que la producción textil estuviera centralizada y controlada por los caciques muiscas. Ya hemos visto que el común de la población producía mantas que usaban en vestidos, enterramientos, ofrendas, intercambio y tributo, y cada una de estas ocasiones delimitó una esfera de circulación específica en la que se movió cada tipo de manta. Esta multi-dimensionalidad en la

que funcionaron las mantas probablemente constituyó una limitación al control de la elite sobre la producción de mantas. El único control documentado hasta ahora es que los caciques y sacerdotes controlaron la distribución de cierto tipo de mantas decoradas y algunas destinadas para ofrendas.

LAS MANTAS COMO BASE DE RIQUEZA

Las mantas no sólo fueron usadas como vestimenta sino que estuvieron entremezcladas en todos los contextos culturales de las sociedades muisca, de manera que no es sorprendente que tuvieran tan alto valor y fueran una fuente básica de riqueza en la medida en que podían ser intercambiadas por un amplio rango de objetos. Los caciques distribuían y regían el uso de mantas de algodón finas y pintadas y nadie podía llevar puesto este tipo de mantas sin su consentimiento (Simón, 1981, T.3: 390). Ellos daban mantas finas y pintadas como regalo a individuos de alto rango, como por ejemplo a los caciques locales en retribución al servicio en trabajo y también como recompensa a guerreros sobresalientes. Las mantas también fueron regaladas a los participantes de una serie de carreras ceremoniales en las que competían hombres jóvenes. Aquél que ganaba era premiado por el cacique con una manta que le llegaba hasta los tobillos (Simón, 1981, T.3: 394). El valor de las mantas fue manipulado por los caciques, un rasgo claramente expresado en el hecho de que las obligaciones de un individuo hacia su cacique eran pagadas en mantas, y en retorno al dador le eran devueltas menos mantas pero pintadas o coloradas (Tovar, 1970). A través de la habilidad de aumentar el valor de este bien, los caciques muisca pudieron amasar cierto grado de riqueza que era gastada luego en la siguiente prestación social, un sistema que mantenía su prestigio y sus privilegios.

Es muy probable que los caciques inicialmente crearan su fondo de riqueza a través del trabajo de su propia unidad doméstica. La producción directa de mantas dentro de la unidad doméstica del cacique aseguraba la disponibilidad de un bien de prestigio básico y situaba a la unidad doméstica en posición de mantener e incrementar un alto estatus ya heredado, como en el caso de El Venado. La cantidad de mantas que los individuos podían acumular, en particular los caciques,

dependía del trabajo de su unidad doméstica y también de la extracción de mantas a la población común. Las descripciones de la cantidad y calidad de las mantas recolectadas durante el siglo *xvi* dan una idea del estatus de un cacique y de la cantidad de riqueza que podía acumular (Tovar, 1970). Varios documentos señalan que las mantas finas eran tributadas por indios principales, caciques locales y de distrito a su cacique de rango más alto mientras que los individuos corrientes tributaban por lo general mantas ordinarias (Tovar, 1970). Una vez al año, los caciques principales como el Bogotá, podían recibir (cuando se reunían para sembrar los campos del cacique) 5 ó 6 mantas finas y de 15 a 20 mantas ordinarias de cada cacique de alto estatus (Tovar, 1970: 33), mientras los caciques de distrito podían recibir de 6 a 8 mantas buenas (Tovar, 1970: 22). Los caciques locales independientes recibían, entre otras cosas, una manta fina o una ordinaria o cualquier cosa que los indígenas pudieran llevarles como tributo (Tovar, 1970: 27).

La mayor parte de la producción de mantas hechas por las unidades domésticas de la elite estaba, al final del proceso, en las manos del cacique quien reunía el esfuerzo de todos los participantes de la producción textil. Las mantas producidas por la unidad doméstica del cacique y pintadas por los sacerdotes probablemente fueron las más valiosas y de circulación más restringida. Algunas mantas fluían en la esfera sociopolítica de los jefes y principales. Por ejemplo, las mantas finas altamente cotizadas fueron intercambiadas entre los caciques de más alto rango en prestaciones ceremoniales llevadas a cabo durante ceremonias de finalización de ayunos y legitimación de los caciques, en donde al visitante le era devuelto al menos el doble de la cantidad de lo que había llevado (Simón, 1981, T.3: 389). En la medida en que los regalos recibidos debían ser retornados con un incremento, las distribuciones e intercambios ceremoniales de mantas y otros objetos mantuvieron funcionando el sistema al crear una deuda que debía ser retribuida en la siguiente prestación social. De esta forma, las elites de otros grupos quedaban comprometidas a pagar esta prestación y se aseguraba su participación en la siguiente celebración. Estas celebraciones proveyeron de un medio de interacción social que permitió a los caciques establecer y mantener relaciones de alianza, incrementar su prestigio y una arena de competencia entre caciques en donde su capacidad económica era exhibida y evaluada en la siguiente prestación social.

Aunque las mantas pudieron haber actuado dentro de una esfera de competencia por prestigio entre las elites, la evidencia etnohistórica no apoya la existencia de intercambios competitivos de mantas en la forma en que tales competencias han sido descritas para otras sociedades como en el caso del *potlatch* entre los indígenas de la costa noroeste de Norte América (Codere, 1950; Barnett, 1968). Por el contrario, los intercambios ceremoniales de mantas entre caciques muisca fueron muy modestos. No obstante, los intercambios ceremoniales probablemente fomentaron la intensificación y especialización de la producción de mantas para poder aumentar la participación de un mayor número de caciques y principales.

Este particular proceso de intensificación en la producción de riqueza parece estar apoyado por la evidencia arqueológica de El Venado. Como se vio anteriormente, la concentración de la producción textil en El Venado está estrechamente asociada a las unidades domésticas de alto rango de La Esmeralda desde el comienzo de la secuencia cultural. No solamente la evidencia de la producción de textiles de algodón se incrementó a través del tiempo, sino también hay evidencia de cambios en actividades ceremoniales en La Esmeralda durante los períodos tardíos. Estos cambios sugieren una evolución en la naturaleza de las ceremonias en las que los intercambios ceremoniales entre elites parecen haberse convertido en un ingrediente formal de algunas celebraciones durante el Muisca Tardío (Boada, 1998a). La producción de mantas proveyó una arena para mantener y fortalecer un alto estatus y, naturalmente, competir por él con otros linajes de alto rango. Esta intensificación en la búsqueda de prestigio social y político es sugerida por el incremento en la producción textil por las unidades domésticas de los caciques durante los períodos tardíos. En la medida en que era posible producir mayor número y mantas más finas, una unidad doméstica podía retribuir servicios comunales y participar en un mayor número de prestaciones sociales expandiendo la esfera competitiva entre caciques y principales en intercambios ceremoniales.

La riqueza estaba fundada básicamente en el trabajo de la unidad doméstica del cacique y en las contribuciones obligatorias a las que tenía acceso. Para los cacicazgos pequeños, la fuente de riqueza más efectiva fue su propia unidad doméstica (además del tributo en mantas), de manera que era la productividad de las familias de los jefes la que estaba siendo evaluada en las celebraciones de intercambio

de regalos. Las unidades domésticas de los caciques también se beneficiaron del tipo de relaciones sociales que los jefes pudieran establecer con los parientes de otros caciques de alto estatus. Junto con el aumento del prestigio de los jefes, los miembros de la elite (mujeres y hombres) participantes en la producción textil, recibían un beneficio directo en retorno de su labor al realzar su propio prestigio social y aumentar sus posibilidades de relacionarse (i.e. alianzas matrimoniales) con individuos ricos y de alto rango de otros grupos sociales.

La producción textil fue una actividad practicada de forma intensiva y especializada por la elite desde el comienzo de la secuencia cultural de El Venado, y desde un principio tuvo un papel importante ligado a las funciones de la elite. La acumulación de riqueza, a través de la producción textil y las contribuciones obligatorias, jugaron un papel importante en la política económica de los caciques muisca: aumentar su prestigio y ascendencia no sólo a nivel local sino regional. Los conquistadores españoles señalaron que los caciques muisca amasaban grandes cantidades de riqueza que almacenaban en sus cercados (Simón, 1981, T.3: 185). Sin embargo, no hay evidencia de que los caciques muisca produjeran y acumularan riqueza para mantener un fondo para costear y mantener una burocracia administrativa que organizara y controlara la producción o los recursos básicos. Aunque la riqueza, en la forma de mantas entre otros productos, fue usada para apoyar y fomentar actividades de los caciques muisca, además de otras empresas competitivas, la riqueza fue de una escala muy modesta y la mayoría de ella fue rápidamente gastada en ceremonias distributivas para retribuir servicios e intercambios ceremoniales, más que para ganar poder a través del control de recursos y riqueza.

AGRADECIMIENTOS

Debo mi más cálido reconocimiento a mi esposo Jon Vanden Bosch, recientemente fallecido, por enriquecer este ensayo con sus comentarios. Discusiones sobre el manuscrito final con Augusto Oyuela fueron particularmente iluminadoras. Así mismo, Marianne Cardale contribuyó también a refinar la versión final de este escrito. La información en la que se basa este ensayo fue recolectada con financiación de la National Science Foundation (Grant SBR- 9531536).



BIBLIOGRAFÍA

AGUADO, Fray Pedro. 1581/1956. *Recopilación historial*. Biblioteca de la Presidencia de la República. Bogotá.

BARBER, E. J. W. 1991. *Prehistoric textiles: The development of cloth in the Neolithic and Bronze Ages. With special reference to the Aegean*. Princeton University Press. Princeton.

BARNETT, H. G. 1968. *The nature and function of the Potlatch*. Department of Anthropology, University of Oregon. Eugene, Oregon.

BIRD, Robert McKelvic y MENDIZÁBAL Losack, Emilio. 1986. "Textiles, weaving, and ethnic groups of highland Huanuco, Perú." En Ann Pollard Rowe (ed.). *The Junius B. Bird Conference on Andean Textiles*. April 7th and 8th. The Textile Museum, Washington, D.C.

BOADA Rivas, Ana María. 1987a. *Asentamientos indígenas en el Valle de La Laguna (Samacá-Boyacá)*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República. Bogotá.

_____. 1987b. "Excavación de un asentamiento indígena en el valle de Samacá." Manuscrito en Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República. Bogotá.

_____. 1991. "Patrón de asentamiento a lo largo de ríos y afluentes. El valle de Sutamarchán." Manuscrito en Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República. Bogotá.

_____. 1998a. "Bases of social hierarchy in a central village of the Northeastern highlands of Colombia." PhD. Dissertation. University of Pittsburgh, Pittsburgh.

_____. 1998b. "Mortuary tradition and leadership: A Muisca case from the Valle de Samaca, Colombia." En *Advances in the Archeology of the Northern Andes*. Augusto Oyuela-Caycedo y J. Scott Raymond (eds.). UCLA. California.

BOADA Rivas, Ana María. 1999. "Organización social y económica en la aldea muisca de El Venado-Valle de Samacá, Boyacá." *Revista Colombiana de Antropología*. 35. Instituto Colombiano de Antropología. Bogotá.

BOADA, Ana María, Mora, SANTIAGO y THERRIEN, Monika. 1988. "La arqueología de fragmentos cerámicos. (Debate sobre la clasificación cerámica del Altiplano Cundiboyacense)." En *Revista de Antropología*. IV (2). Departamento de Antropología, Universidad de los Andes. Bogotá.

BROADBENT, Sylvia. 1964. *Los Chibchas: organización sociopolítica*. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

_____. 1985. "Chibcha Textiles in the British Museum." *Antiquity*. 59.

_____. 1990. "More Chibcha textiles." *Antiquity*. 64.

BRÜCHER, Heinz. 1989. *Useful plants of neotropical origin and their relatives*. Springer-Verlag. Berlin.

BRUMFIEL, Elizabeth M. 1996. "The quality of tribute cloth: The place of evidence in archaeological argument." *American Antiquity*. 61 (3).

CARDALE, Marianne. 1978. "Informe preliminar sobre una mochila muisca hallada en la región de Pisba." *Boletín Museo del Oro*. Año 1, Enero-Abril. Banco de la República, Bogotá.

_____. 1981. *Las Salinas de Zipaquirá. Su explotación indígena*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República. Bogotá.

_____. 1986. "Painted Textiles from Caves in the Eastern Cordillera, Colombia." En Ann Pollard Rowe (ed.). *The Junius B. Bird Conference on Andean Textiles*. The Textile Museum, Washington.

CODERE, Helen. 1950. *Fighting with property. A study of Kwakiutl Potlatching and warfare 1790-1930*. Monographs of the American Ethnological Society XVIII. J. J. Augustin Publisher. New York.

CORTÉS Moreno, Emilia. 1990. "Mantas Muisca." *Boletín Museo del Oro*. 27. Banco de la República. Bogotá.

CORTÉS Alonso, Vicenta. 1960. "Visita a los santuarios indígenas de Boyacá." *Revista Colombiana de Antropología*. ix. Instituto Colombiano de Antropología. Bogotá.

COSTIN, Cathy L. 1993. "Textiles, women and political economy in late Prehispanic Peru." En B. L. Isaac (ed). *Research of Economic Anthropology*. JAI Press. Greenwich.

D'ALTROY, Terence N. y EARLE, Timothy K. 1985. "Staple finance, wealth finance, and storage in the Inka political economy." *Current Anthropology*. 26 (2).

DRENNAN, Robert D. 1985. *Regional Archaeology in the Valle de La Plata, Colombia*. A Preliminary Report on the 1984 season of the Proyecto Arqueológico valle de La Plata. Technical Reports 16. Museum of Anthropology, University of Michigan.

DRENNAN, Robert D. y BOADA RIVAS, Ana María. 2006. "Demographic patterns." En Robert D. Drennan (ed.). *Prehispanic chiefdoms in the Valle de la Plata, Regional Settlement Patterns*. Pittsburgh Memoirs in Latin American Archaeology, University of Pittsburgh, Pittsburgh.

DRENNAN, Robert D. y URIBE, Carlos A. 1987. "Introduction." En Robert D. Drennan y Carlos A. Uribe (eds.). *Chiefdoms in the Americas*. University Press of America. Lanham.

EARLE, Timothy. 1996. "Specialization and the production of wealth: Hawaiian chiefdoms and the Inka Empire." En Robert W. Preucel y Ian Hodder (eds.). *Contemporary Archaeology in Theory*. Blackwell Publishers, Gran Bretaña.

EUGENIO MARTÍNEZ, María Ángeles. 1977. *Tributo y trabajo del indio en Nueva Granada*. Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla. Sevilla.

FELTHAM, Jane. 1989. *Peruvian textiles*. Shire Ethnography. C.I. Thomas & Sons. Great Britain.

FRIEDE, Juan. 1976. *Fuentes documentales para la historia del Nuevo Reino de Granada. Desde la instalación de la Real Audiencia en Santafé*. 8 vols. Biblioteca Banco Popular. Bogotá.

Instituto Geográfico AGUSTÍN CODAZZI (IGAC). 1977. *Zonas de vida o formaciones vegetales de Colombia*. Vol. XIII (11), Subdirección Agrológica, IGAC. Bogotá.

KURELLA, Doris. 1998. "The Muisca: Chiefdoms in Transition." En Elsa M. Redmond (ed.). *Chiefdoms and Chieftaincy in the Americas*. University Press of Florida, Gainesville.

KRUSCHEK, Mike. 2002. *The evolution of the Bogotá chiefdom: A household view. Doctoral Dissertation*. Department of Anthropology. University of Pittsburgh, Pittsburgh.

LANGEBAEK, Carl Henrik. 1985. "Mercados y circulación de productos en el altiplano cundiboyacense. Siglo XVI." Tesis de pregrado. Universidad de los Andes, Bogotá.

_____. 1987. *Mercados, poblamiento e integración étnica entre los muisca, siglo XVI*. Colección Bibliográfica, Banco de la República. Bogotá.

_____. 1993. "Patterns of human mobility and elite finances in 16th century northern Colombia and western Venezuela." En C. Langebaek y F. Cárdenas (Comps.). *Caciques, intercambio y poder: interacción regional en el área intermedia de las Américas*. Departamento de Antropología, Universidad de los Andes. Bogotá.

LONDOÑO, Eduardo. 1983. *La conquista de la laguna de Cucaita por el Zaque -Un hecho militar prehispánico Muisca conocido por documentos de archivo*. Departamento de Antropología, Universidad de los Andes. Manuscrito en Biblioteca Universidad de los Andes y Biblioteca Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá.

_____. 1985. "Los cacicazgos muisca a la llegada de los conquistadores españoles." Departamento de Antropología, Universidad de los Andes. Tesis de licenciatura Manuscrito en Biblioteca Universidad de los Andes y Biblioteca Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá.

_____. 1988. "La conquista del cacicazgo de Bogotá." *Boletín Cultural y Bibliográfico*. 25 (16).

_____. 1990a. "Mantas Muisca. Una tipología colonial." *Boletín Museo del Oro*.

LONDOÑO, Eduardo. 1990b. "Memoria de los ritos y ceremonias de los Muisca en el siglo XVI. Transcripción de las visitas de Miguel de Ibarra, Oidor de la Real Audiencia y Francisco de Porras Mexía, Provisor del Arzobispado. Transcripción y notas de Eduardo Londoño." *Revista de Antropología y Arqueología*. VI. Departamento de Antropología, Universidad de los Andes. Bogotá.

_____. 1992. "Guerras y fronteras: los límites territoriales del dominio prehispánico del Tunja." *Boletín Museo del Oro*. 32-33.

MCCAFFERTY, Sharisse D. y MCCAFFERTY, Geoffrey G. 1996. "Spinning and weaving as female gender identity in Post-Classic Mexico. En Margot Blum Schevill, Janet Catherine Berlo y Edward B. Dwyer (eds.). *Textile Traditions of Mesoamerica and the Andes*. University of Texas Press. Austin.

MORCOTE, Gaspar. 1996. "Evidencia arqueobotánica de cultígenos presentes en grupos muisca de la sabana de Bogotá en los siglos VII al XI d. C." En Braida Enciso y Monika Therrien (comps.). *Bioantropología de la sabana de Bogotá, Siglos VIII al XVI dC*. Vol. 2. Instituto Colombiano de Antropología. Bogotá. Pp. 59-75.

MURRA, John V. 1989. "Cloth and its function in the Inca State." En Annette Weiner y Jane Schneider (eds.). *Cloth and Human Experience*. Smithsonian Institution Press, Washington.

PARSONS, Mary Hrones. 1972. "Spindle Whorls from the Teotihuacán Valley, Mexico." *Anthropological papers*. 45. Museum of Anthropology. University of Michigan. Ann Arbor.

_____. 1975. "The Distribution of Late Post Classic Spindle Whorls in the Valley of Mexico." *American Antiquity*. 40 (2).

PARSONS, Jeffrey R. y PARSONS, Mary H. 1990. "Maguey utilization in Highland Central Mexico. An archaeological ethnography." *Anthropological Papers*. 82. Museum of Anthropology. University of Michigan. Ann Arbor.

PATÍÑO, Víctor Manuel. 1977. *Recursos naturales y plantas útiles de Colombia. Aspectos históricos*. Biblioteca Básica Colombiana. Instituto Colombiano de Cultura. Bogotá.

PÉREZ, Pablo Fernando. 1990. "El comercio e intercambio de la coca: Una aproximación a la etnohistoria de Chicamocha." *Boletín Museo del Oro*. 27.

PIEDRAHITA, Lucas Fernández de. 1973. *Noticia historial de las conquistas del Nuevo Reino de Granada*. 2 vols. Ediciones de la Revista Ximénez de Quesada. Bogotá. /1668/

RAMOS, Luís J. y Blasco, María Concepción. 1977. *Los tejidos y las técnicas textiles en el Perú prehispánico*. Seminario Americanista de la Universidad de Valladolid. Valladolid.

RAYMOND, Pierre y BAYONA, Beatriz. 1987. *Vida y muerte del Algodón y los tejidos santandereanos. Historia económica y tecnológica de la desaparición del cultivo y de la industria del algodón*. Ecoe. Bogotá.

REICHEL-DOLMATOFF, Gerardo. 1978. *Los Kogi. Una tribu de la Sierra Nevada de Santa Marta*. Procultura. Bogotá. 2 vols.

ROZO Gauta, José. 1978. *Los muiscas. Organización social y régimen político*. Fondo Editorial Sudamérica. Bogotá.

SANTIAGO, Francisco de. 1563-1569. "Autos en razón de prohibir a los caciques de Fontibón, Ubaque y otros no hagan las fiestas, borracheras y sacrificios de su gentilidad [1563-1569]." En *Relaciones y visitas a los Andes*, S XVI. Tomo III. Región Centro-Oriental. Colcultura, Instituto de Cultura Hispánica, Bogotá.

SCHOTTELIUS, Justus W. 1946. "Arqueología de Mesa de los Santos." *Boletín de Arqueología*. 3 (3).

SILVA Celis, Eliécer. 1946. "Relación preliminar de las investigaciones arqueológicas realizadas en La Belleza, Santander." *Boletín de Arqueología*. 2 (1).

_____. 1978. "Elementos arqueológicos procedentes de las montañas de Pisba." *Boletín Museo del Oro*. Año I. Enero-Abril.

SIMPSON, Beryl Brintnall y CONNER OGORZALY, Molly. 1995. *Economic Botany. Plants in Our World*. McGraw-Hill.

SIMÓN, Pedro (Fray). 1625/1981. *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*. Biblioteca Banco Popular. Bogotá.

STARK, Barbara L., HELLER, Lynette y OHNERSORGEN, Michael A. 1998. "People with Cloth: Mesoamerican economic change from the perspective of cotton in South-Central Veracruz." En *Latin American Antiquity* 9 (1).

TAVERA DE TÉLLEZ, Gladys y URBINA CAYCEDO, Carmen. 1994. *Textiles Muiscas y Guanes*. Universidad de los Andes, Instituto Andino de Artes Populares del Convenio Andrés Bello - IADAP. Quito.

TOVAR PINZÓN, Hermes. 1970. *Documentos sobre tributación y dominación en la sociedad chibcha*. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

s. f. *Relaciones y visitas a los Andes*, S xv1. Tomo III Región Centro-Oriental. Colcultura, Instituto de Cultura Hispánica. Bogotá.

VILLAMARÍN, Juan A. 1972. "Encomenderos and indians in the formation of Colonial society in the sabana de Bogota, Colombia." Ph.D Dissertation, Department of Anthropology, Brandeis University. UMI Dissertation Information Service. Ann Arbor, 2 vols.

VILLAMARÍN, Juan y VILLAMARÍN Judith. 1981. "Colonial censuses and tributary lists of the sabana de Bogota Chibcha: Sources and issues." En David J. Robinson (ed.). *Studies in Spanish American Population History*. Dellplain Latin American Studies No 8. Westview Press. Boulder.

VOORHIES, Barbara. 1991. "La producción textil." En Barbara Voorhies (ed.). *La economía del antiguo Soconusco*. Universidad Nacional Autónoma de México. México.

VREELAND, James M, Jr. 1986. "Cotton spinning and processing on the Peruvian North Coast." En Ann Pollard Rowe (ed.). *The Junius B. Bird Conference on Andean Textiles*. The Textile Museum. Washington.

WEINER, Annette B. 1989. "Cloth? wealth, gender, and power in Oceania." En Annette Weiner y Jane Schneider (eds.). *Cloth and human experience*. Smithsonian Institution Press, Washington.

ZAMORA, Alonso de. 1980. *Historia de la Provincia de San Antonino del Nuevo Reino de Granada*. Instituto de Cultura Hispánica. Editorial Kelly. Bogotá.

IX

LA SOCIEDAD PREHISPÁNICA EN EL ALTO MAGDALENA: ECONOMÍA DE SUBSISTENCIA VERSUS ECONOMÍA POLÍTICA

Carlos Augusto Sánchez

Departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia

NO OBSTANTE LA POPULARIDAD DE LAS REFERENCIAS SOBRE LA EXISTENCIA de sociedades estratificadas en muchas áreas del territorio de la actual Colombia durante la historia prehispánica, aún son pocos los estudios sobre los procesos y factores que incidieron en su surgimiento, consolidación y permanencia. Lo más preocupante en esas ligeras referencias es que se soslaya la vasta variabilidad de los procesos que las hicieron posibles y por consiguiente, de las diferencias en las formas de organización política y de comportamientos económicos que las soportaron.

Para subsanar esta esencial inadvertencia, es necesario considerar la relevancia de la relación determinante, aunque siempre de carácter singular, entre los comportamientos económicos y el ejercicio del poder político en las comunidades.

El objetivo de este artículo, centrado en los acontecimientos prehispánicos del actual territorio del municipio de Isnos, en el alto Magdalena, es apreciar que, no obstante las tendencias universales en el desarrollo social, hay causas concretas y singulares que jalonan y modelan los cambios y que por lo tanto, no es adecuado calificar como inherente el ejercicio del poder político centralizado y su intervención férrea en los procesos productivos de las comunidades.

Es un principio: la evolución social es una sucesión de formaciones económicas a las que corresponden unas relaciones sociales de producción. Es por ese carácter de sucesión, de continuidad, que resulta un contrasentido considerar formaciones económicas puras; de hecho, sólo son posibles sistemas económicos dominantes que no destruyen *ipso facto* a las formas precedentes o a las divergentes. No se tra-

ta de una mera competencia, sino de una relación recíproca entre contrarios; la vigencia *sine qua non* de la relación dominante-subordinado, en la que la permanencia del primero depende de la presencia del segundo. Por consiguiente, al examinar la evolución social, es necesario identificar las estructuras dominantes, pero cuando se trata de estudiar la especificidad de los hechos sociales y de los procesos de cambio, es indispensable entender tanto las relaciones entre las subordinadas y las dominantes, como las que se generan entre las segundas y las nuevas que se gestan. En otras palabras, las explicaciones sobre los hechos sociales del pasado o del presente exigen superar la tendencia a la abstracción teórica general, y analizar a la sociedad en su conjunto, en la realidad de las condiciones singulares de desarrollo.

En la estructura de toda formación económica subyace un elemento de fundamental importancia: el trabajo; actividad que no se refiere exclusivamente a las acciones que garantizan la existencia del hombre como ser biológico, significa también transformación de la naturaleza, puesto que en el proceso de transformación de ella mediante el trabajo, en el hombre se modifican paulatinamente sus capacidades físicas y su conciencia, porque cambia su percepción, su conocimiento del medio en que habita. En otras palabras, el ser humano con su trabajo transforma permanentemente el entorno en que habita, a la vez que se modifica a sí mismo y a la sociedad de la que hace parte. Ahora bien, puesto que el hombre es un ser social, el trabajo es un proceso a través del cual los individuos se unen formando conjuntos sociales; así, los vínculos, las relaciones que se establecen entre ellos y entre los conjuntos, son generados por las modalidades del trabajo que se realiza.

El trabajo al no ser una elección y acción voluntaria individual, demanda que las personas y los grupos de ellas participen de diferentes maneras en los procesos de producción y por ende, se establezcan unas relaciones sociales concretas “necesarias, independientes de su voluntad” (Marx, s.f.: 182). Ahora bien, el factor que incide decisivamente en la modalidad del trabajo y por lo tanto en las relaciones sociales que se perfilan, es la forma de propiedad sobre los medios de producción, es decir, sobre los objetos de trabajo, que en las sociedades agrícolas prehispánicas fue la tierra, y sobre los medios de trabajo, entre los que se hallan el conocimiento y la tecnología. Pero la propiedad además de ser un derecho definido para incidir

y disponer de los objetos y medios de trabajo, se refiere a la relación real entre individuos, grupos de ellos y comunidades con esos objetos y medios. En fin, un proceso económico se define por la relación entre la organización del trabajo y la forma de control de los medios de producción.

Cuando el derecho de propiedad es colectivo, v. gr., ejercido por una comunidad local, es la sociedad en su conjunto la que domina los medios básicos de producción y el trabajo fundamental se realiza en forma comunal, por lo que usualmente no se generan excedentes de productos, excepto el de reemplazo (siguiente cultivo) y ante acontecimientos o eventualidades de contingencia comunal, por lo tanto, tampoco, posibilidad de apropiación de los resultados del trabajo por parte de unos pocos individuos o reducidos grupos de ellos. Cuando la propiedad es proclamada y ejercida por segmentos sociales como los linajes (grupos multifamiliares) o cuando algunos individuos se abrogan la potestad de incidir en su usufructo, como puede ser la repartición o asignación de las tierras de labranza, es evidente que se restringe ese derecho; sólo una parte de la sociedad ejerce la propiedad y se definen tareas para los individuos en los procesos productivos. Comparado con las economías de apropiación propias de las comunidades de cazadores-recolectores, en las de producción, donde la tierra es el medio esencial, es necesario mayor inversión de energía en forma de fuerza de trabajo, conocimientos y tecnología: talar bosques, realizar adecuaciones de los suelos, roturar los campos, sembrar y efectuar limpieza. Llevar a cabo estas tareas resulta oneroso, y de acuerdo con Lee (1990: 239), significa agregar valor a los productos finales y su exclusión como provisión general de la comunidad. Aquí se halla el germen de la desigualdad social, pues inmediatamente se generan tensiones al interior y entre comunidades vecinas.

¿Por qué y cómo ocurre esto? Al crecer la población en un territorio delimitado, se corre el riesgo de copar o exceder la capacidad de oferta de recursos por el medio, por lo que es necesario solventar la supervivencia recurriendo a nuevas técnicas para el aprovisionamiento adecuado, pero en especial a estrategias políticas para controlar el acceso a la tierra donde ellos se producen; se cierran o delimitan las relaciones mediante estrictos vínculos de filiación entre los individuos. Así, se auspicia la segmentación de las comunidades en linajes que se jerarquizan en

relación con antepasados comunes, por ende, se definen reglas de descendencia y de residencia. A medida que se conforman los diversos segmentos sociales, se expande la ocupación a territorios vírgenes próximos que son explotados en exclusividad por ellos.

De lo anterior se colige que históricamente en toda sociedad, las necesidades y sus soluciones dependen y simultáneamente expresan el grado de desarrollo de las fuerzas productivas, campo en el que subyace como factor de primer orden el principio de propiedad, y de las relaciones sociales de producción que son “la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social” (Marx, s.f.: 182); es decir, en el curso de la evolución social, las características de la economía muestran distintos grados de complejidad, desde el embrionario cuando el control sobre la tierra es comunal y las unidades domésticas son autónomas y autosuficientes en la producción, aunque con frecuencia interactúen *vis a vis* para suplir algunas necesidades básicas, hasta la economía intervenida y orientada con el propósito de extraer renta en forma de excedentes por utilizar en la financiación de instituciones políticas y de sectores sociales no vinculados directamente al trabajo. En el primer caso podemos hablar llanamente de economía de subsistencia (Johnson y Earle, 1987: 11-13) o de hecho, modo de producción comunal como lo denomina Lee (1990: 242-245). En el segundo caso, definitivamente de economía política (Johnson y Earle, 1987: 13-15).

Este comportamiento de la economía contrasta con la idea usual en arqueología, de que en las sociedades estratificadas de tipo cacical, la intervención del poder político supralocal en la producción es rígida e insalvable¹. Meillassoux (1982: 9) señala que la estructura económica sobresaliente en esta clase de sociedades tiene como base a la comunidad doméstica y su economía de subsistencia, no solo porque se origina en

1. Aún hoy por doquier, muchos colectivos reimplantan o desarrollan estrategias económicas que confrontan la hegemonía del capitalismo y que se convierten en vigorosos mecanismos de cambio socio-cultural; modalidades que para los economistas y antropólogos utileros del capitalismo, son meros remanentes del pasado o formas atrasadas de producción, v. gr., en nuestro medio la minga, el convite e incluso las colonias *hippie* de los años sesenta, etc.

ella sino porque perviven algunos de sus fundamentos. En buena medida, esta situación explica la evidente variabilidad en las estrategias mediante las cuales se logran establecer fuentes de financiación para las instituciones de una unidad política; paulatinamente se recurre en diferente modalidad a las ataduras de la filiación, a la religión o al control coercitivo. Es interesante advertir que la modalidad y sofisticación (¿o simplificación?) de las estrategias buscan que los comuneros acepten la sujeción y que unos pocos individuos consoliden su estatus y prestigio; no obstante, a la vez, son respuestas del poder en germen o ya institucionalizado, a los diversos mecanismos (pervivientes o nuevos) económicos e ideológicos adoptados por los comuneros como rechazo a la dominación y a la explotación a que son sometidos, pues como productores directos propenden a retener y controlar los medios de producción y los resultados del trabajo.

EL ALTO MAGDALENA DURANTE EL PERÍODO CLÁSICO REGIONAL (AÑO 1 A 900 D.C.).

La información arqueológica regional indica que durante el período Formativo (1000 a.C. a año 1 d.C.), lapso de tiempo caracterizado por altas precipitaciones y bajas temperaturas, la población aumentó a una tasa más o menos constante (Drennan, 2000; Sánchez, 2000, 2005). A partir del año 50 a.C. y hasta el 550 d.C., el clima fue más cálido y seco (Drennan *et al.*, 1989), con lo que mejoraron las condiciones para la producción agrícola. La tipificación de las prácticas funerarias y de la producción cerámica indica permanente interacción en forma de emulación y competencia entre grupos de parientes pertenecientes a los segmentos de mayor jerarquía en las comunidades, y a la vez, profunda desigualdad en la distribución de los recursos y en el ejercicio del poder político en ellas, evidente por el apogeo en la construcción funeraria monumental en honor de algunos personajes y sus allegados. Avanzado el período, se incrementó la producción agrícola (Sánchez, 2000, 2005) y por consiguiente se multiplicaron las relaciones sociales por la expansión de los procesos productivos.

Lo ostensible durante este tiempo es la presencia de sociedades supralocales; con bastante probabilidad, divididas en segmentos tipo linaje (Sahlins, 1994; Johnson y Earle, 1987), tal vez jerarquizadas a nivel político, pero inequívocamente, estratificadas y por ende económicamente desiguales.

Dice Jonathan Haas (1982: 91) que para establecer la presencia o ausencia de estratificación económica en las sociedades prehistóricas, es necesario operacionalizar el concepto. ... lo primero es definir y distinguir los recursos básicos, y lo segundo, determinar cómo reconocer arqueológicamente el acceso diferencial a esos recursos. Pues bien, en el caso que tratamos, el recurso básico de producción es la tierra.

Puesto que la función de la ideología consiste en apuntalar las relaciones sociales, en primera instancia pugna por legitimar las modalidades del derecho de propiedad sobre los medios de producción y por limar las contradicciones que los tipos de propiedad generan entre los conglomerados sociales; por consiguiente, los principios ideológicos se simbolizan y materializan en el paisaje, por ejemplo, mediante la apropiación territorial y la erección de arquitectura monumental sagrada y profana. Bajo esta premisa, en anterior oportunidad (Sánchez, 2003, 2004) hice una descripción de la hipotética segmentación social jerárquica, de la monumentalidad funeraria asociada y de la subdivisión territorial acorde con esa segmentación en el área del actual municipio de Isnos. Resumamos la apreciación: Es probable que el proceso de segmentación de las comunidades asentadas en la zona se haya iniciado durante el período Formativo, pues según Duque y Cubillos (1988), en esa época se erigieron los primeros montículos funerarios. En los albores del período Clásico Regional adquirieron relevancia monumental algunos centros funerarios emplazados en lugares prominentes del paisaje y distribuidos ampliamente en el territorio. En primera instancia sobresalen el alto de Los Ídolos y el alto de Las Piedras; ubicados a 1.800 msnm, el primero al oeste y el segundo al noreste, a 14 km de distancia, cada uno en el centro de una de las mitades en que está dividido el territorio por la quebrada La Chorrera. La magnitud y monumentalidad

funeraria es sobresaliente aunque son evidentes las diferencias iconográficas en la estatuaria emplazada en ellos. Cada centro está constituido por subconjuntos (hasta 10 en el alto de Ídolos) formados por un montículo que cubre una tumba principal y un templete con una o dos esculturas asociadas y a su alrededor tumbas más discretas.

Contemporáneo con algunos de los subconjuntos de los centros mencionados, a prudente distancia, se erigieron unos pocos centros menos sobresalientes formados por uno o dos montículos. Estos cubren tumbas de cancel, un sarcófago monolítico y una sola escultura (v. gr., Granada y alto de Las Guacas, alto Mondeyal, alto Brisas y Brisas del Magdalena). También se observa un tercer tipo de enterramiento; se trata pequeños montículos ampliamente diseminados en el paisaje pero distanciados entre sí y de los centros antes señalados. Usualmente sólo cubren una tumba de cancel o un sarcófago monolítico dentro de un semi-cancel (v. gr., Betania, El Mortiño, El Carmen, La Marquesa, San Lorenzo, alto y bajo Mondeyal y Ciénaga Grande).

Por último y no perceptibles en el paisaje, se hallan las innumerables tumbas sencillas de cancel en que se inhumó a los comuneros.

EL ALTO MAGDALENA DURANTE EL PERÍODO RECIENTE (900 A 1550 D.C.).

A partir del año 550 d.C. y hasta el 1300, las condiciones climáticas se hicieron más benignas; aumentaron la precipitación y la temperatura (Drennan *et al.*, 1989). En el ámbito social, desde el 900 d.C. se abandonó la forma de entierro monticular y la elaboración de esculturas en homenaje a los líderes difuntos y se adoptó la inhumación en tumbas de pozo con cámara lateral; forma de entierro más discreta, en la que la inversión de fuerza de trabajo fue menos onerosa. La cerámica, aunque cambió a nivel estilístico, conservó la identidad estética formal en el ámbito regional, y se convirtió en marcador de la desigualdad social al interior de las comunidades y de diferenciación política entre las cabezas de grandes segmentos sociales; v. gr., entre los pobladores de las proximidades del alto de Las Piedras y del alto de Los Ídolos: en el primero se destaca la decoración de pintura negra u ocre en líneas paralelas so-

bre baño o engobe de colores crema, anaranjado o rojizo, mientras que en el segundo no se perciben tipos cerámicos que sobresalgan por algún atributo formal².

La información recabada indica que cambiaron las estrategias productivas: se amplió la base de subsistencia agrícola; se cultivó mayor cantidad de especies, se amplió su intensidad, se roturaron nuevos campos y en algunas partes se modificaron las condiciones de los suelos (Sánchez, 2000, 2005). Simultáneo con estos nuevos hechos, los segmentos sociales y las comunidades locales fueron cediendo su autonomía política y económica porque la integración regional bajo liderazgos centralizados se institucionalizó definitivamente³. No obstante esta consolidación del poder centralizado basado en la segmentación jerárquica, es posible pensar en la continuación de estrategias implementadas por las comunidades en rechazo a la sujeción y a la integración en comunidades más extensas (ver Friede, 1967).

EVIDENCIA LOCAL: ISNOS

Al oriente de la actual población de Isnos se extiende, en dirección sur-noreste, una franja de tierra de aproximadamente 20 km², surcada por sistemas de canales para drenaje de los suelos, construidos en épocas prehispánicas (Sánchez, 2000, 2005) (Figura 9.2). Se trata de las unidades agrológicas 5, 6 y 7 con mayores dificultades para la producción agrícola en la actualidad (Figura 9.1). Son suelos bastante superficiales (poca profundidad efectiva), con drenaje externo e interno moderado a deficiente debido a la presencia de horizontes arcillosos superficiales

2. El reconocimiento intensivo que realizó el Programa de Arqueología Regional en el Alto Magdalena (PARAM), consistió en la excavación de cortes estratigráficos de 1x1 metros de lado en un área que abarcó estos dos centros y sus alrededores. En el alto de Las Piedras se efectuaron 269 cortes y en 92 de ellos se halló cerámica con esa característica, mientras que en el alto de Los Ídolos, sólo en 6 de 220 cortes hechos se encontró esta forma decorativa.

3. Las declaraciones suministradas por diversos individuos durante las visitas al área por los funcionarios coloniales y transcritas por Juan Friede (1967), aunque tardías, son bastante elocuentes sobre la presencia de liderazgos institucionalizados y sobre la extracción de renta en forma de trabajo directo o de productos terminados por parte de los caciques en la zona.

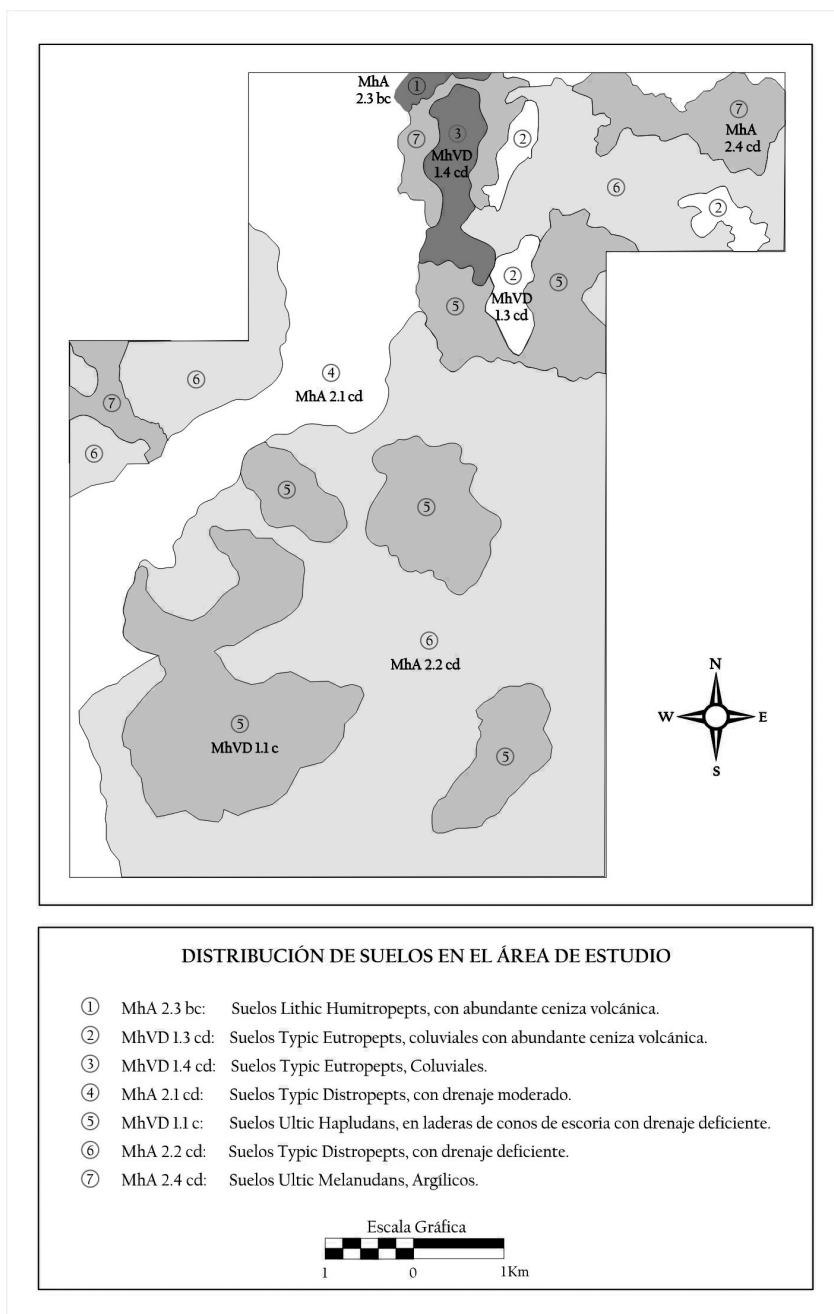


Figura 9.1. Área de estudio. Unidades agrológicas.

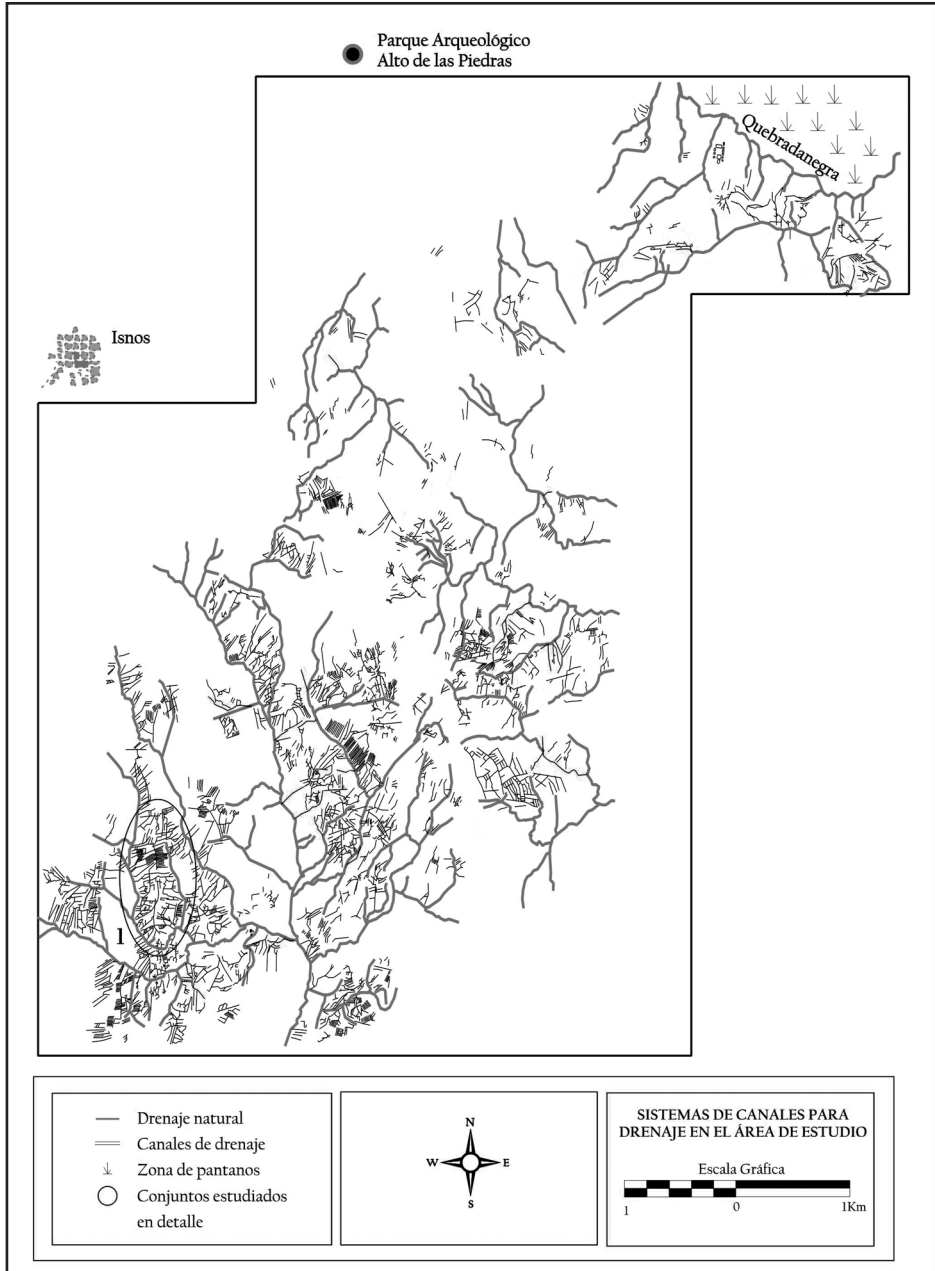


Figura 9.2. Sistemas de canales para drenaje en el área de estudio.

y sub-superficiales; son ácidos a medianamente ácidos, saturados de aluminio y muy deficientes en contenidos de fósforo. Características que los hace muy plásticos y pesados para su laboreo y para la producción agrícola (Rico, 1997, 2005).

La dinámica de ocupación prehispánica del espacio⁴ es bastante interesante. Sin duda, en el pasado los suelos ofrecían similares dificultades para la producción agrícola, pues al igual que en el sector del extremo sur-occidente (Sánchez, 2000, 2005), aquí durante el período Formativo I (1000-600 a.C.), los terrenos fueron ocupados por unas muy pocas unidades domésticas; de 25 áreas de ocupación identificadas, sólo 8 se establecieron sobre los suelos de más pobre aptitud agrícola (Figura 9.3).

<i>Período</i>	<i>Cant. áreas</i>	<i>Aumento (%)</i>	<i>Cerámica (Media)</i>	<i>Aumento (%)</i>
<i>Formativo 1</i>	25		5,0	
<i>Formativo 2</i>	59	136	6,0	20
<i>Formativo 3</i>	125	112	3,6	-40
<i>Formativo</i>	138		4,8	
<i>Clásico Regional</i>	245	77	4,0	-16
<i>Reciente</i>	313	27	9,8	145

Durante el Formativo 2 (Figura 9.4) la cantidad de áreas de ocupación se elevó a 59, es decir, la colonización aumentó 136% y la población⁵ en la zona creció 20%. Sobresale el poblamiento cuantitativo sobre las unidades agrológicas más benignas, pues 38 de las 59 áreas de ocupación (64%) se establecieron allí, y aunque

4. Para efectos comparativos contrastantes de la dinámica poblacional, se considera un área extensa que abarca tanto el sector donde se construyeron los canales para drenaje como las unidades agrológicas próximas con mejor potencial para la producción. En la descripción de la historia del poblamiento de la zona se comparan entre sí los sub-períodos del Formativo (F1, F2 y F3) y luego, debido a las diferencias en los lapsos que comprenden los períodos siguientes (Clásico Regional -900 años- y Reciente -650 años-), es necesario considerarlo como un todo.

5. Sobre la relación entre desperdicios domésticos y población, ver Drennan, 1985.

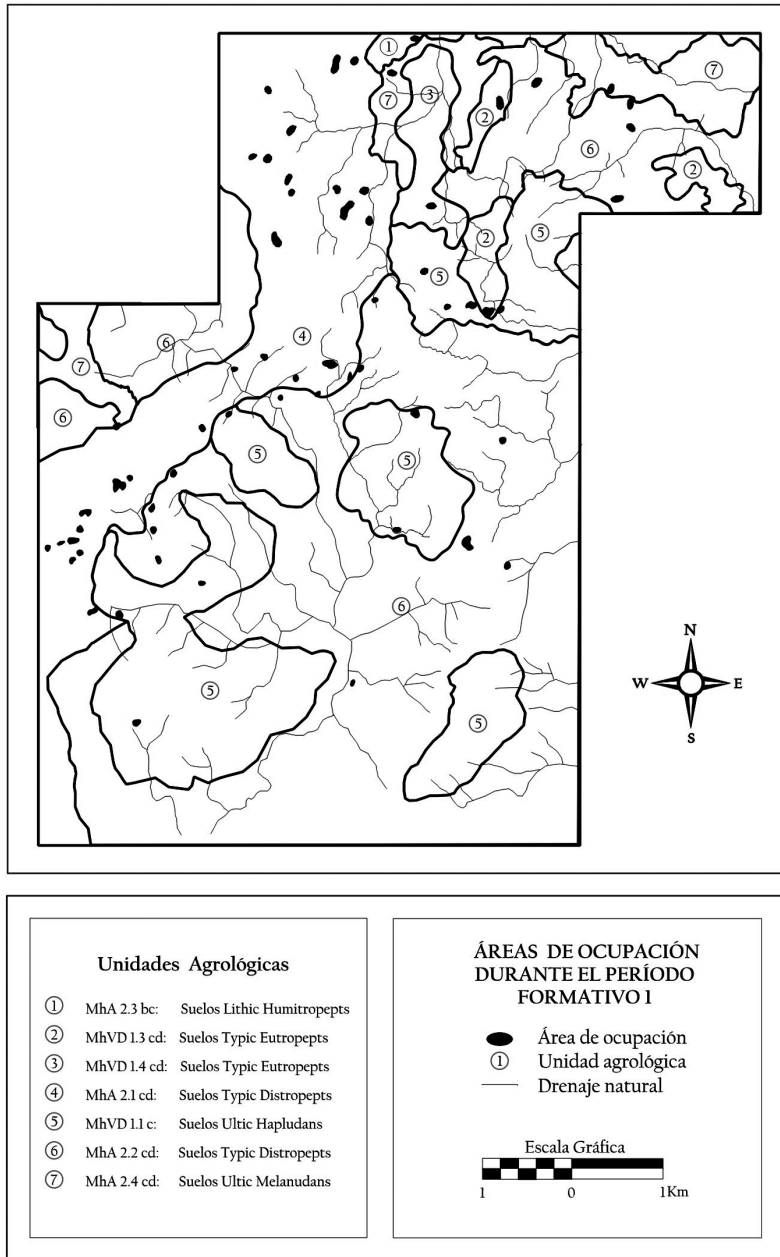


Figura 9.3. Áreas de ocupación durante el período Formativo 1.

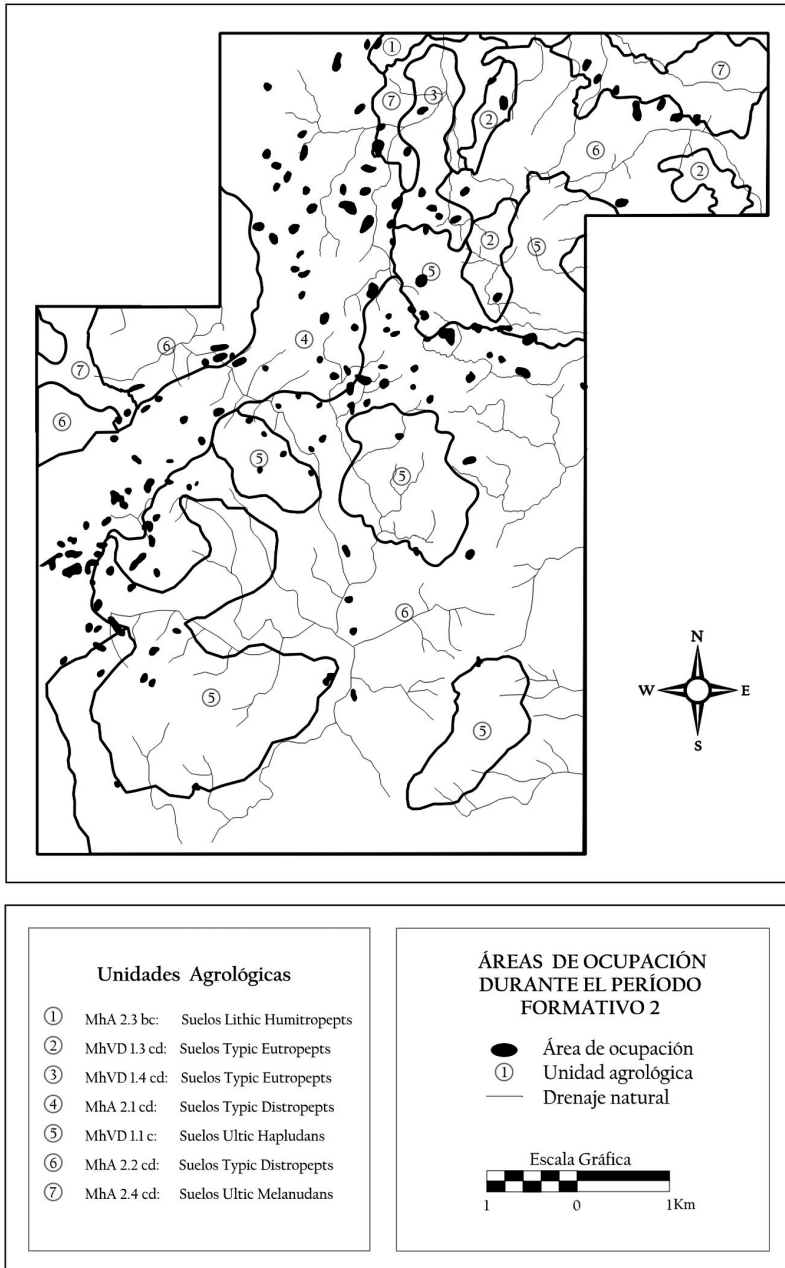


Figura 9.4. Áreas de ocupación durante el período Formativo 2.

también aumentó la colonización en los suelos menos aptos, contrasta la tendencia a la concentración y ubicación lineal en los límites entre algunos de ellos.

En el Formativo 3 (Figura 9.5) ocurrió algo notable; a pesar de que el aumento en la cantidad de asentamientos fue de 112%, algo similar al del período anterior (66 nuevas áreas fueron ocupadas), la densidad de población no se incrementó en la proporción del anterior, por el contrario, fue negativa en 40% ¿Qué pudo ocurrir?

Hasta el 300 a.C. hubo un crecimiento notable de la población en toda la zona, que derivaba su sustento en unas condiciones climáticas bastante adversas pero estables. A finales del período, aproximadamente en el 50 a.C., el clima comenzó a cambiar, disminuyó la precipitación y aumentó la temperatura. Estas nuevas condiciones pudieron generar por lo menos tres consecuencias: 1) que al ser benigno el cambio, se dispersara la población colonizando las áreas contiguas; por consiguiente el aumento más notable de las áreas de ocupación pudo ocurrir a partir del año 50 a.C. 2) que las nuevas condiciones desestabilizaran las estrategias productivas hasta ese momento exitosas y 3) que los suelos, al estar sometidos a tan prolongado evento adverso no respondieran más a los requerimientos de recursos alimenticios para la población existente. Sin embargo, en el primer caso, la expansión territorial sólo se logra a cabalidad en la medida que exista un territorio social y políticamente posible de ocupar, por lo tanto, se efectúa bajo los auspicios y guía de entes coordinadores como los linajes que a través del tiempo se han consolidado, en el segundo y tercer casos pudo disminuir la población o migrar hacia áreas vecinas. En cualquiera de los tres eventos, el resultado será la disminución en la densidad de desperdicios domésticos.

Durante este tiempo se aprecia con claridad que los asentamientos conforman tres sectores y concentraciones; uno sobre las unidades agrológicas óptimas (noroeste) y dos en los suelos de baja calidad agrícola (noreste y en el centro sur). Este fenómeno se puede apreciar con mayor claridad en el mapa de poblamiento general del período Formativo.

Para tener una perspectiva de comparación más realista con los períodos siguientes de la cronología regional, es necesario un balance cuantitativo: durante

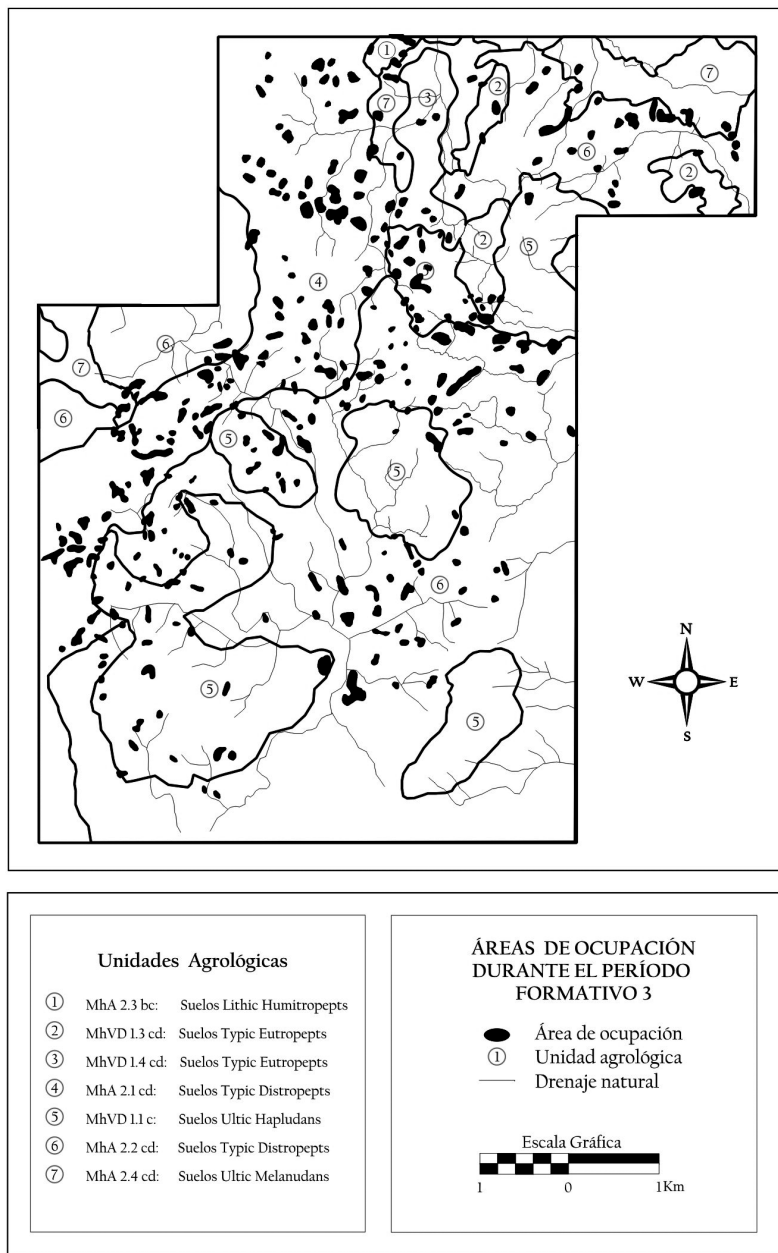


Figura 9.5. Áreas de ocupación durante el período Formativo 3.

el período Formativo se establecieron 138 asentamientos en la zona⁶, cuyos depósitos de desperdicios proporcionaron una media de 4.8 fragmentos cerámicos por sondeo realizado.

En el transcurso del período Clásico Regional (Figura 9.6) el número de asentamientos se elevó a 245, es decir, fueron ocupadas 107 nuevas áreas, lo que significa un aumento de 77%, y desapareció la tendencia a la sectorización de los asentamientos, proceso que, tal vez, concluyó hacia el 550 d.C., cuando se inició un período de mayor precipitación que se prolongó hasta el 1300. No obstante el aumento notorio en el número de asentamientos, los 900 años del período y la mayor extensión de las áreas de ocupación, la media de fragmentos cerámicos por sondeo realizado fue de 4,0, por lo que se infiere un aumento de 11% en la densidad poblacional respecto al Formativo 3 pero un descenso de 16% en relación con el Formativo en general.

Durante el período Reciente (Figura 9.7) la cantidad de áreas ocupadas fue de 313, lo que significa 68 nuevos emplazamientos, un incremento de 27% respecto del período precedente, en consecuencia, la colonización de todo el territorio posible en la zona; sin embargo, a diferencia de épocas anteriores, la densidad de población aumentó 145% (9,8 fragmentos cerámicos por sondeo efectuado). De nuevo, ¿qué pudo ocurrir?

Si se observa el mapa de población, todas las áreas óptimas para el emplazamiento de viviendas fueron ocupadas en diversos momentos del período. El aumento sobresaliente en la densidad de desperdicios domésticos que, como dije antes, se traduciría en densidad poblacional, puede tener varias explicaciones, entre ellas, que poco después del 900 debió suceder algún hecho sobresaliente: 1) dadas las características de los suelos en las unidades 5, 6 y 7, la prolongación del período de alta precipitación pudo afectarlos en forma drástica, 2) pudo ocurrir un aumento mayor pero esporádico de la precipitación que afectó en especial a esos suelos y, 3) por corto tiempo se disparó la tasa de crecimiento demográfico en el sector. Lo cierto es que hubo necesidad de implementar cambios en el método de producción;

6. No se trata de la suma de los asentamientos correspondientes a cada período, pues durante el F2 y F3 no se ocuparon algunas áreas que sí lo estuvieron durante el período precedente.

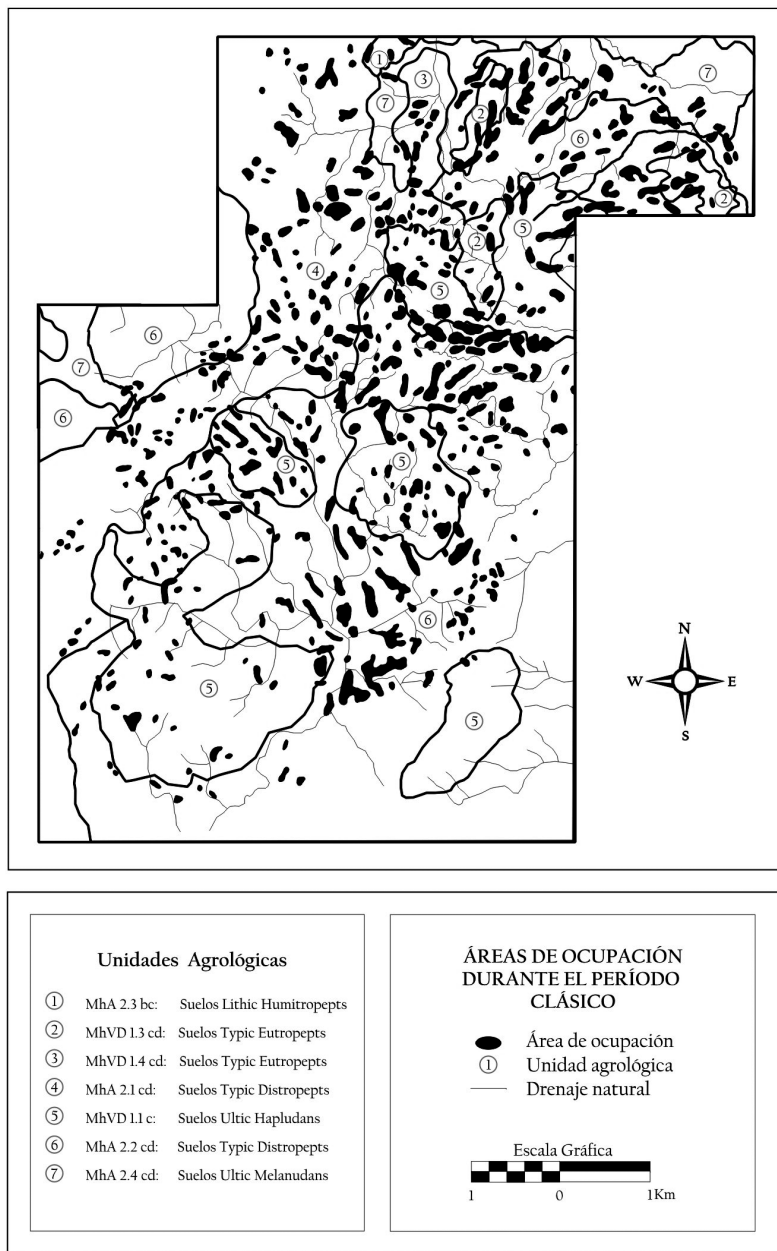


Figura 9.6. Áreas de ocupación durante el período Clásico Regional.

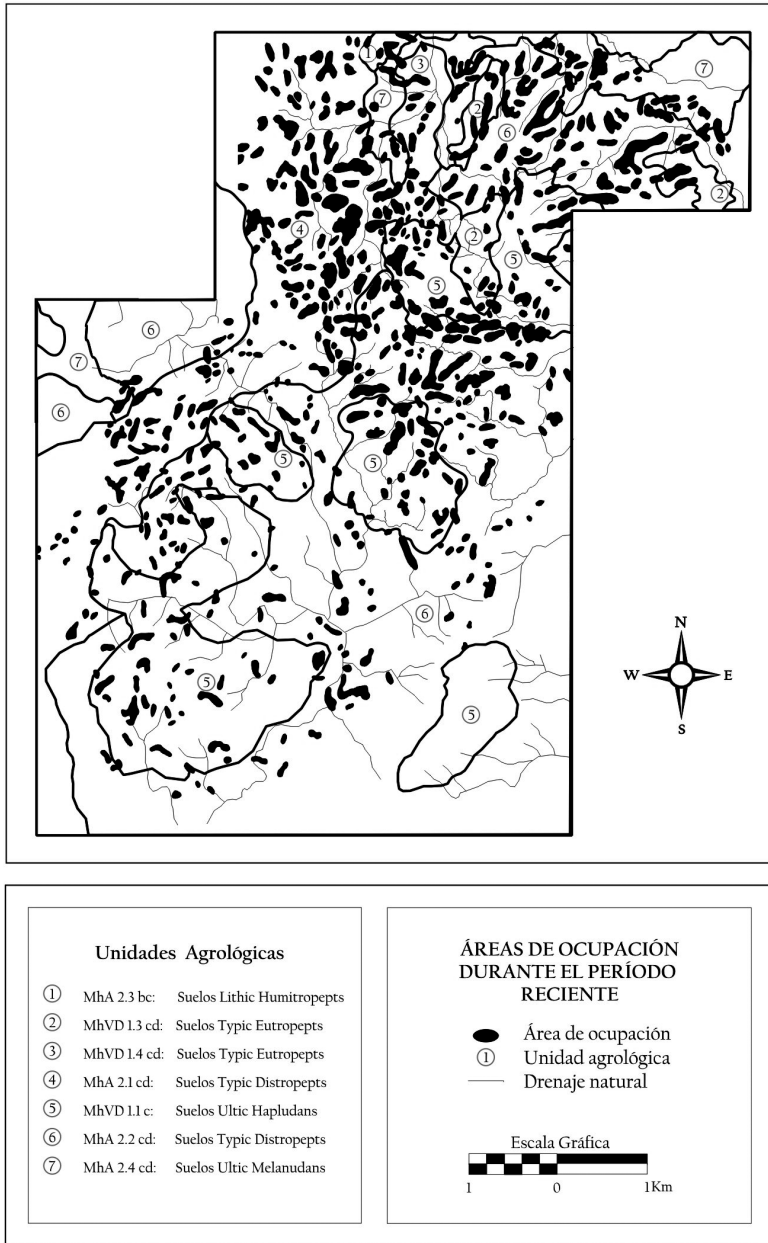


Figura 9.7. Áreas de ocupación durante el período Reciente.

se construyeron canales para mejorar el drenaje con el propósito de lograr de nuevo el equilibrio entre población y recursos críticos. Podría pensarse que el cambio por formas más eficaces (mantener volúmenes alimenticios adecuados) sólo fue perentorio en las unidades de suelo antes aludidas, ostensible por la construcción de adecuaciones de los suelos (drenajes); pero aunque no tenemos evidencia, debemos suponer que los cambios en los procesos productivos también ocurrieron en otros sectores, porque la amenaza de aproximarse o igualar e incluso de superar la capacidad de oferta de recursos, debió ser latente ante cualquiera de los eventos mencionados. Según Boserup (1967: 95-100), el solo crecimiento de la población resulta ser un estímulo para cambiar las formas de producir; cambios que se efectúan atendiendo las condiciones naturales de los suelos. Sin embargo, no basta con un estímulo de esa clase; para que el cambio en el sistema de producción se realice en forma efectiva, son necesarios arreglos sociales definidos, es decir, es indispensable una organización social del trabajo, unas reglas definidas y un mínimo de planificación y de coordinación de las labores.

A pesar de las altas densidades de ocupación que muestran las figuras, la constante en el valle de La Plata y en el territorio estudiado de San Agustín e Isnos es que el patrón de poblamiento era disperso, incluso, en las áreas de mayor concentración poblacional las tierras de cultivo se hallaban en las proximidades de las viviendas (Drennan, 2000) y a la vez, grandes extensiones permanecían en bosque o en barbecho prolongado. Por lo tanto, no todas las áreas de ocupación que aparecen en las figuras fueron contemporáneas.

Ya para esta época el proceso de centralización política supralocal debió estar avanzado y la estratificación socio-económica bastante acentuada. Ahora bien, arqueológica y formalmente, la implementación de la agricultura intensiva (uso prolongado de las mismas unidades de tierra, aquí evidente por los canales para drenaje) es buen indicio de la presencia de una economía política, expresión de la reorganización de la producción como condición económica ante el crecimiento de la población o por la demanda de excedentes para la financiación de las instituciones supralocales. No obstante, los indicios de la práctica agrícola intensiva en Isnos no es generalizada, sólo es evidente en forma sobresaliente y espacialmente continua

en el sector aludido; esto significa que básicamente quienes habitaron esas tierras se vieron precisados a implementar esta estrategia productiva. Por otra parte, los canales forman sistemas compactos que obedecen a las características del relieve; en general, cada colina constituye un sistema, pero como se señaló antes, no todas las colinas estuvieron habitadas ni la tierra cultivada en forma simultánea.

No tenemos certeza sobre la cantidad de unidades domésticas contemporáneas posibles en la zona de estudio ni en medio de los campos agrícolas surcados por canales, pero si consideramos la elevada inversión de fuerza de trabajo que implica la construcción de drenajes de la magnitud de los conjuntos 7 (Figura 9.8) y 8 (Figura 9.9), no creemos factible que corresponda a la inversión de energía de una sola unidad doméstica. O bien, había más de una familia en medio de los campos agrícolas que trabajaban en forma comunal o varias unidades domésticas que habitaban en áreas próximas cooperaban durante la ejecución de algunas fases del proceso de producción como la construcción de los drenajes, o incluso, unidades domésticas vecinas que cooperaban durante algunas fases y explotaban en forma separada sectores de esos campos, v. gr. el conjunto 7 que dispone de dos áreas óptimas para el emplazamiento de viviendas en medio de un campo agrícola de 7 hectáreas.

Así, la interacción cooperativa, dado el patrón de asentamiento y la hipotética segmentación, debió darse entre unidades domésticas próximas adscritas a un mismo segmento social, con lo que lograban optimizar la inversión de energía y la disponibilidad de los recursos requeridos. Esta es la respuesta a la restricción territorial impuesta temprano y a la necesidad de producir los recursos básicos indispensables en medio de las constricciones ambientales naturales. Además, porque toda comunidad históricamente sopesa los costos de la producción para lograr los suministros indispensables para su diario vivir.

CONCLUSIONES

Bastante temprano en la historia del desarrollo social en la región, se manifiesta la división de las comunidades en grupos jerarquizados (Duque y Cubillos, 1988, señalan que el montículo norte de la Mesita B del parque Arqueológico de San Agustín

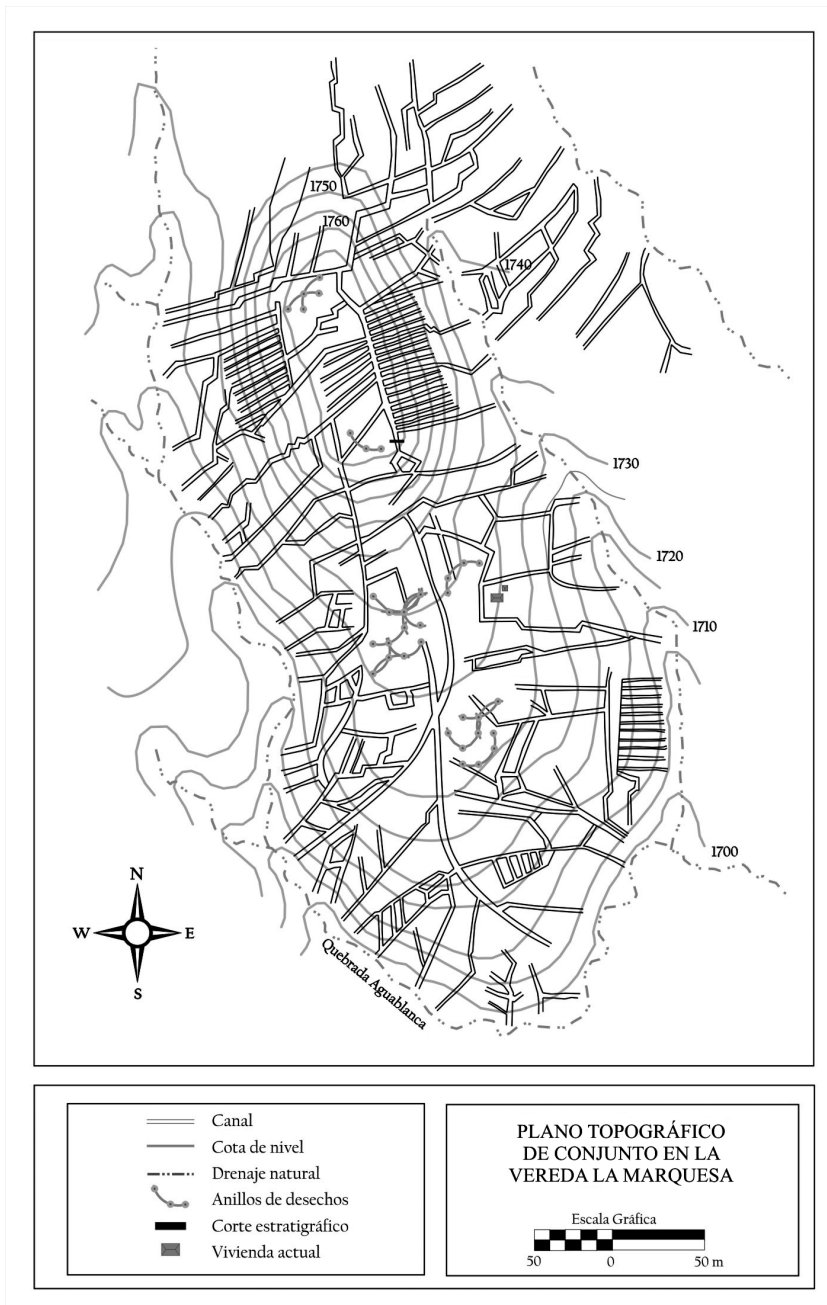


Figura 9.8. Plano topográfico de conjunto en la vereda La Marquesa.

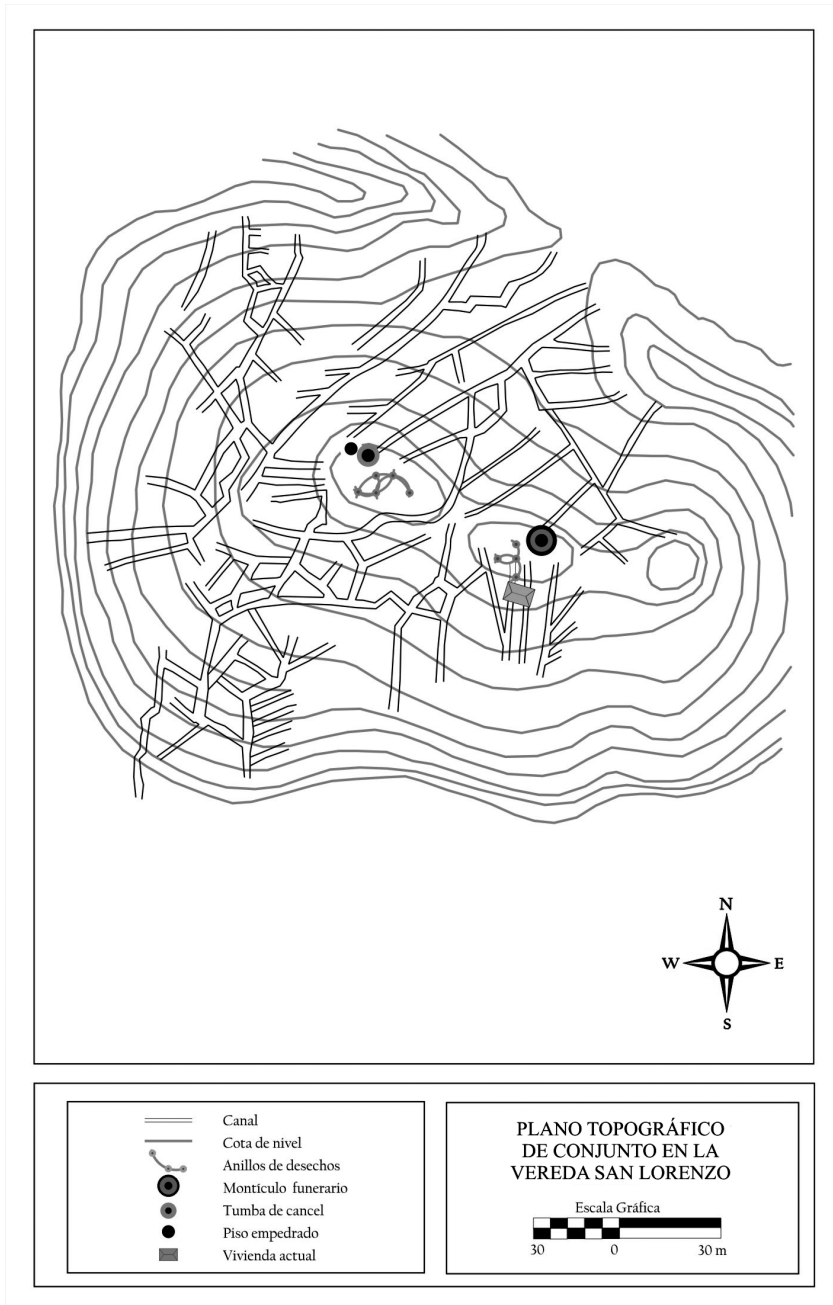


Figura 9.9. Plano topográfico de conjunto en la vereda San Lorenzo.

fue erigido en el siglo II a.C.), tal vez linajes y sub-linajes que proclamaban y ejercían derechos de propiedad o accedían al usufructo de la tierra en forma desigual. No obstante la evidencia de la desigualdad social y del liderazgo jerarquizado, como señala ampliamente la etnografía, lo más frecuente en las sociedades de organización menos complejas que el Estado, es la presencia de la posesión o propiedad comunal sobre los medios esenciales de producción, que en el caso que nos ocupa, seguramente se la abrogaban las comunidades basadas en el parentesco consanguíneo. Por consiguiente, la pertinencia de los interrogantes *cuando y por qué se implementó el uso intensivo de los suelos con fines agrícolas en la zona*, nos ayuda también a entender el grado de integración socio-político y la fortaleza de la centralización de las decisiones.

En el alto Magdalena, las sociedades estratificadas que imperaron durante el período Clásico Regional y hasta bien avanzado el período Reciente, no manifiestan fuerte control político y económico sobre las comunidades; esto implica liderazgos débiles que no tenían apreciable control de los medios básicos de producción ni sobre la fuerza de trabajo. La institucionalización del poder político centralizado y el control económico solo fue posible en las postrimerías del período Reciente, tal como se aprecia en el trabajo de Juan Friede (1967) sobre los andakí.

Posteriormente, y a pesar de la consolidación del poder político centralizado y de la jerarquización socio-económica propias del período Reciente, proceso que se inició bastante temprano en la historia del desarrollo local y cuya magnífica expresión es la monumentalidad del período Clásico Regional, podemos observar que la cooperación comunal, expresión de una economía de subsistencia, persistió por largo tiempo. Además, si entendemos la cooperación como optimización de la inversión de fuerza de trabajo, también, como lo señalan Upham (1990) y Lee (1990), es expresión de la resistencia de los comuneros a la explotación que ejercen los sectores que controlan el poder económico y político en los segmentos sociales (linajes) o en la organización supralocal.



BIBLIOGRAFÍA

BOSERUP, Ester. 1967. *Las condiciones del desarrollo en la agricultura*. Editorial Tecnos, Madrid.

DRENNAN, D. Robert. 1985. *Arqueología regional en el valle de La Plata, Colombia: Informe preliminar sobre la temporada de 1984 del Proyecto Arqueológico Valle de La Plata*. Museum of Anthropology, University of Michigan, Michigan.

_____. 2000. *La sociedades prehispánicas del alto Magdalena*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.

DRENNAN, D. Robert, Luisa F. Herrera y Fernando Piñeros S. 1989. El medioambiente y la ocupación humana. En *Cacicazgos prehispánicos del valle de La Plata: el contexto medioambiental de la ocupación humana*, L.F. Herrera, R. Drennan y C. A. Uribe (eds.), t. 1, pp. 226-232. University of Pittsburgh, Universidad de Los Andes (Memoirs in latin American Archaeology No. 2). Pittsburgh. Bogotá.

DUQUE, G. Luis y Julio C. Cubillos. 1988. *Arqueología de San Agustín: Alto de Lavapatatas*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de La República, Bogotá.

FRIEDE, Juan. 1967. *Los Andakí, 1538-1947: historia de la aculturación de una tribu selvática*. Fondo de Cultura Económica, México.

HAAS, Jonathan. 1982. Class Conflict and the State in the New World. En *The transition to statehood in the New World*, G. D. Jones and R. R. Kautz (eds.), Cambridge University Press, New York.

JOHNSON, Allen W. y Timothy Earle. 1987. *The Evolution of Human Societies: From foraging Group to Agrarian State*. Stanford University Press, Stanford.

LEE, Richard B. 1990. Primitive communism and the origin of social inequality. En *The Evolution Of Political Systems: sociopolitics in small-scale sedentary societies*, S. Upham (ed.), Cambridge University Press, New York.

MARX; Karl. s.f. Prologo de la Contribución a la crítica de la economía política. En *Marx-Engels. Obras Escogidas*. Moscú: Editorial Progreso.

MEILLASSOUX, Claude. 1982. *Mujeres, graneros y capitales*. Siglo XXI, México.

RICO, C. Natalia. 1998. Levantamiento fisiográfico-pedológico y clasificación agrológica de un sector del municipio de Isnos, Departamento del Huila. En Informe al ICANH; *Agricultura intensiva y complejización social*, ICANH, Bogotá.

_____. 2005. *Caracterización de suelos y clasificación agrológica, en las veredas Mondoyal y Ciénaga Grande, Municipio de Isnos, Bogotá* (inédito).

SAHLINS, Marshall D. 1994. El linaje segmentario: una organización de expansión depredadora. En *Alteridades*, Año 4 No.7, pp. 99-113. Universidad Autónoma Metropolitana (Unidad Iztapalapa), Departamento de Antropología, México.

SÁNCHEZ, Carlos A. 2000. Agricultura intensiva, dinámica de población y acceso diferencial a la tierra en el Alto Magdalena. En *Arqueología del Área Intermedia No.2*, Instituto Colombiano de Antropología e Historia – Sociedad Colombiana de Arqueología, 2:69-98.

_____. 2003. Constreñimiento social y estrategias productivas agrícolas prehispánicas en el Alto Magdalena. *X Congreso de Antropología en Colombia*, Universidad de Caldas, Manizales.

_____. 2004 La sociedad prehispánica en el Alto Magdalena: economía de subsistencia versus economía política. *III Congreso de Arqueología en Colombia*, Universidad del Cauca, Popayán.

_____. 2005. *Sociedad y agricultura prehispánica en el Alto Magdalena*. Informes Arqueológicos del instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.

UPHAM, Steadman. 1990. Decoupling the processes of political evolution. En *The Evolution of Political Systems: sociopolitical in small-scale sedentary societies*, S. Upham (ed.), Cambridge University Press, New York.

‡

X ECONOMÍA POLÍTICA DEL CACICAZGO MESITAS

Víctor González Fernández, Ph.D.

Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH)

EL ESTUDIO DE LOS CACICAZGOS Y DEL DESARROLLO A LARGO PLAZO DE SUS FORMAS de organización política y económica requiere del paciente estudio de múltiples líneas de evidencia a varios niveles analíticos. Los reconocimientos a nivel regional en la zona de San Agustín e Isnos, del Programa de Arqueología Regional en el Alto Magdalena, combinados con estudios de reconocimientos sistemáticos intensivos a nivel de los agrupamientos de asentamientos han permitido reconstruir patrones de asentamiento regional, cambio demográfico, relaciones con variables medioambientales, patrones de diferenciación económica y otros aspectos de las sociedades prehistóricas (Drennan *et al.*, 2000). Estos estudios regionales son una base firme para estudios más detallados y específicos que nos permiten evaluar preguntas de investigación sobre diversas facetas del desarrollo de las sociedades prehispánicas. Uno de esos aspectos es la organización de la economía en relación con las organizaciones políticas de los cacicazgos.

Los estudios sistemáticos del centro cacical de Mesitas, en San Agustín, han permitido estudiar con más profundidad la organización de la comunidad del período Clásico Regional, asociada al complejo monumental de las Mesitas A, B, C, D y del alto de Lavapatás, y su desarrollo previo durante el período Formativo. Ese estudio ha evaluado algunos de los modelos explicativos para el desarrollo de cacicazgos y sociedades complejas en general por primera vez a la particular escala de la relación entre los grupos residenciales que forman una comunidad cacical a lo largo de 2 milenios (Drennan *et al.*, 2000; González, 2006, 2007).

Este texto expone la aproximación metodológica particular utilizada en el estudio de Mesitas (González, 2007) y discute algunos aspectos de la economía política de la comunidad cacical, y las repercusiones de esta reconstrucción para los modelos explicativos existentes.

LOCALIZACIÓN GEOGRÁFICA: EL ALTO MAGDALENA

El nombre “San Agustín” se usa para identificar una *cultura arqueológica* cuyos restos se encuentran en una amplia región del sur-occidente colombiano, a lado y lado del río Magdalena, en su curso más alto, con las mayores densidades entre 1500 y 2000 m de altura, en el municipio de San Agustín, de donde el fenómeno arqueológico obtiene su nombre (Pérez de Barradas, 1943; Duque y Cubillos, 1998). El municipio de Isnos, el norte del Nariño, el alto Caquetá, Tierradentro y el valle de La Plata son regiones que también contienen sitios que exhiben restos de esa “cultura” prehistórica (estatuaria lítica, construcción de montículos funerarios monumentales, uso de cerámica “agustiniana”, etc.), aunque con una menor densidad (Sotomayor y Uribe, 1997).

La cultura San Agustín es reconocida principalmente por sus montículos funerarios monumentales (Figura 10.1), que contienen corredores y estatuas de piedra (Figura 10.2). A la llegada de los conquistadores españoles ocupaban estas tierras los pueblos “Timanáes” o “Yalcones”, que hablaban una lengua ya desaparecida y cuya población total era de unos 30.000 habitantes. En 1642, de esa población indígena quedaban solamente 250 (Friede, 1953: 66-67).

Muy poca información se logró registrar sobre estas sociedades durante la Conquista y la Colonia, pero es un hecho que para el siglo xv, los habitantes de la región, ni construían ni usaban los grandes montículos funerarios. La única manera en la que podemos reconstruir la historia de estos pueblos prehistóricos es entonces mediante la investigación arqueológica.

La primera descripción que se ha encontrado de los montículos funerarios de San Agustín es del padre Fray Juan de Santa Gertrudis, en 1757. Desde entonces, muchos estudiosos han visitado San Agustín para estudiar estos sitios arqueológicos,



Figura 10.1. Montículo funerario del Alto de los Ídolos, Isnos.



Figura 10.2. Típica estatua lítica agustiniana.

que se han convertido en el ejemplo más importante del patrimonio arqueológico de Colombia. Pero además de los estudiosos, San Agustín ha atraído también a los gaudios y coleccionistas ilegales, que desde hace siglos han saqueado los yacimientos, destruyendo la información arqueológica. Afortunadamente, Colombia ha podido recuperar muchas de las estatuas agustinianas hurtadas, pero los gaudios, en su ignorancia, siguen destruyendo la riqueza cultural, para vender las piezas que extraen por unos pocos dólares.

El paciente trabajo de muchos arqueólogos, comenzando por Konrad T. Preuss con sus excavaciones de 1914, ha permitido reconstruir con mucho detalle varios de los más importantes monumentos funerarios de San Agustín. Desde hace unos veinte años los arqueólogos han estudiado además los restos de las residencias, para entender no sólo cómo enterraban a sus muertos, sino también cómo vivían, cómo era su organización política y económica y en fin, cómo fue el desarrollo de este pueblo prehistórico (Drennan *et al.*, 2000).

Respecto al estudio sistemático de la organización interna de estas sociedades, uno de los aspectos que requiere más atención es la economía política. Estudio que requiere varias escalas de análisis y líneas de evidencias. El análisis de este caso debe poder contribuir a mejorar el conocimiento del desarrollo de las sociedades complejas pre-estatales en general. Al mismo tiempo, con la información obtenida se podrán evaluar mejor los modelos propuestos por diversos autores para explicar esos cambios y, si es necesario, proponer modelos nuevos que incorporen mejor la evidencia empírica.

En el contexto de los estudios regionales del Programa de Arqueología Regional en el Alto Magdalena (PARAM) se ha escogido entre otras, a la comunidad prehistórica de Mesitas, en San Agustín, para un estudio detallado del desarrollo de cacicazgos a nivel de un centro cacical, y para así complementar otras escalas de análisis (como son las de la región, la de la residencia y la de la macro-región del suroccidente colombiano).

LA REGIÓN DE SAN AGUSTÍN E ISNOS

El valle alto del río Magdalena o “alto Magdalena” es el centro geográfico de dispersión de los sitios arqueológicos clasificables como pertenecientes a la “cultura” San Agustín, que se limitan en el tiempo al período Clásico Regional, reconocible por el uso de una cerámica muy específica (Guacas Café Rojiza) y cuyas fechas de radiocarbono oscilan entre el 1 d.C y el 900 d.C.

Dentro del alto Magdalena existe una clara concentración espacial, de los centros funerarios agustinianos (González, 1998), en la zona de los actuales municipios de San Agustín e Isnos (Figura 10.3). Dentro de esa zona, también es clara la concentración de centros monumentales en lo que hoy es la vereda Mesitas, 2 km al oeste de la cabecera municipal de San Agustín. Dada la concentración de evidencias monumentales, Mesitas recibió especial atención de los arqueólogos pioneros en Colombia, entre ellos Konrad Preuss, quien adelantó una investigación en 1914. El Estado compró el predio Mesitas en 1937 y organizó allí el Parque Arqueológico de San Agustín, para proteger y divulgar el patrimonio arqueológico. Desde 1995, éste es uno de los cinco sitios colombianos en la Lista de Patrimonio Mundial de Unesco.

EL COMPLEJO CEREMONIAL DE MESITAS

La mayor concentración de montículos funerarios está en el complejo de Mesitas, un área de 3 km² alrededor de la sede principal del Parque Arqueológico de San Agustín, administrado por el ICANH. Mesitas contiene 10 montículos funerarios del Clásico Regional, cientos de estatuas, caminos empedrados, terraplenes y terrazas artificiales. El complejo de Mesitas incluye los sitios monumentales de Mesita A, Mesita B, Mesita C, Mesita D, alto de Lavapatas y otros dos sitios con montículos que ya han sido destruidos.

La Mesita A presenta dos montículos, uno de ellos, el Oriental, es uno de los montículos más imponentes debido al tamaño de sus estatuas y lajas. Al frente

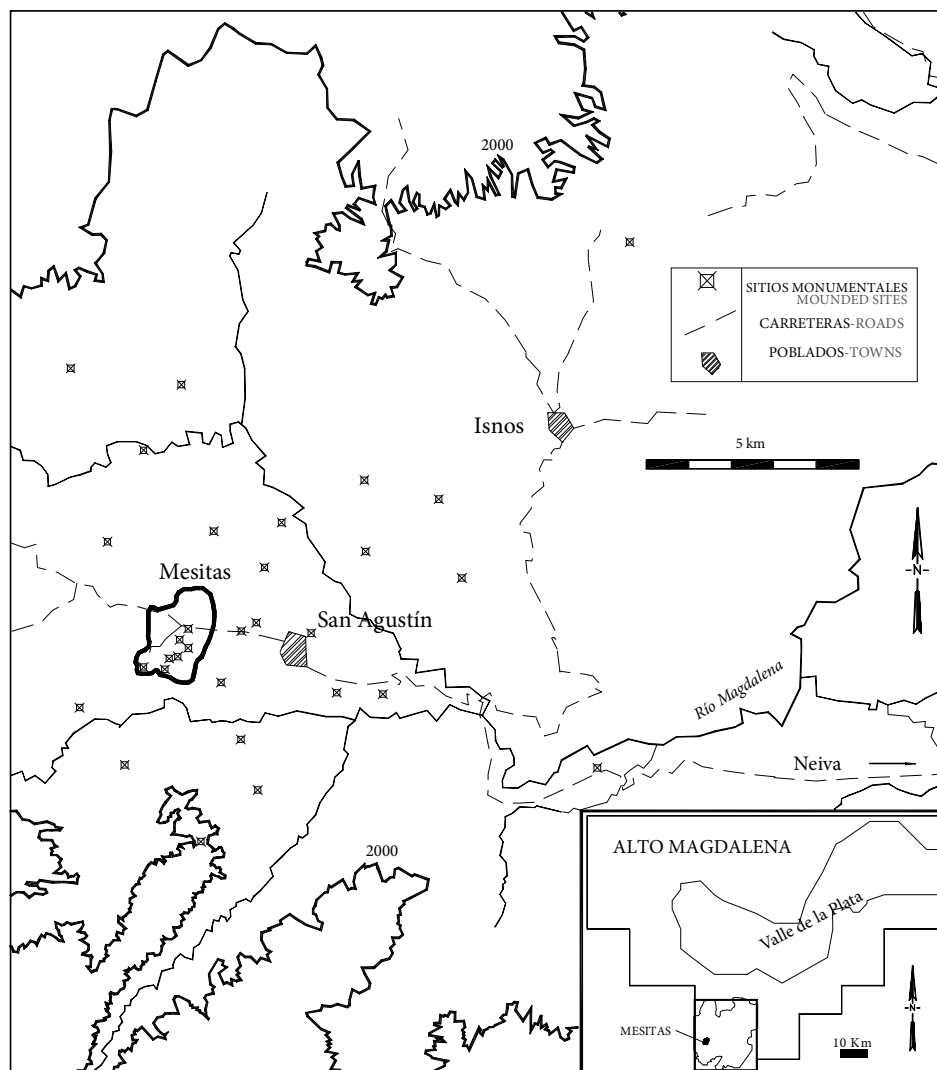


Figura 10.3. Localización de Mesitas en el alto Magdalena.

de los dos montículos y de sus tumbas principales se encuentran muchas tumbas pequeñas de lajas sin mayor elaboración (Duque y Cubillos, 1988).

La Mesita B presenta 3 montículos funerarios caracterizados por una considerable elaboración en cuanto a la arquitectura funeraria y cantidad y variedad de estatuas. El montículo Norte estaba ya destruido en 1937, cuando José Pérez de Barradas (1943) y Gregorio Hernández de Alba (1946) reconstruyeron los montículos Noroeste y Sur, pero es posible que fuera incluso de mayores proporciones que el Oriental de la Mesita A. Numerosas estatuas y al menos dos sarcófagos aparecen asociados a este montículo. El montículo Noroeste es interesante por el cerco de columnas de piedra que lo rodea y porque además de la tumba central presenta otra tumba más pequeña dentro del mismo montículo, algo inusual en estas tumbas dedicadas a un individuo. Los tres montículos están dispuestos alrededor de un área central donde muchas tumbas pequeñas de lajas han sido excavadas (Duque y Cubillos, 1988).

Las Mesitas C y D y el alto de Lavapatas presentan un solo montículo funerario cada uno. La Mesita C estaba ya muy perturbada en 1971, cuando Luis Duque Gómez y Julio César Cubillos iniciaron la excavación de 49 tumbas de lajas asociadas a 14 estatuas. No se pudo reconstruir la arquitectura funeraria, pero la cantidad de estatuas sugiere gran elaboración. El alto de Lavapatas, excavado en 1974 por Duque y Cubillos (1988), presenta un montículo monumental con una tumba principal asociado a 7 estatuas y a decenas de tumbas menos elaboradas. En el mismo sitio se excavaron los restos de un piso de vivienda, además de tumbas y otros restos del período anterior al Clásico Regional, llamado Formativo. Un sarcófago de madera excavado por guaqueros en este sitio fue fechado en 555 ± 50 a.C. Un fogón sin asociación a artefactos localizado en el sitio bajo un basurero residencial, fue fechado en 3300 ± 120 a.C.

DISTRIBUCIÓN ESPACIAL DE LOS MONTÍCULOS FUNERARIOS

En Mesitas, en un área de 3 km² están concentrados 10 de los 57 montículos identificados para un área de 300 km² en el alto Magdalena y al menos 100 de las 500

estatuas registradas. Es decir, en un 1% del área están 17,5% de los montículos y 20% de las estatuas; lo que representa una considerable concentración espacial. En otro estudio (González, 2006) hemos mostrado cómo los sitios monumentales del alto Magdalena muestran una fuerte tendencia a la concentración, a nivel regional, alrededor de Mesitas y también que el centro ceremonial/funerario de Mesitas está localizado de manera que se minimiza el esfuerzo de moverse desde los otros centros ceremoniales, lo que sugiere que Mesitas es un centro regional y que existía hacia este centro un flujo de tributos de alguna clase, como ha planteado Steponaitis (1978) para Moundville.

Al interior del sitio de Mesitas, los patrones de distribución muestran tendencias espaciales interesantes, pero complicadas. Con la mitad de los montículos en los sitios muy vecinos a Mesita A o Mesita B, el patrón general parece ser concentrado hacia estos sitios. Sin embargo, al analizar las 45 distancias entre montículos vemos que la distancia promedio es de 744 m pero que la distribución es bimodal, con picos alrededor de 400 m y alrededor de 1,1 km sugiriendo, aparentemente, patrones regulares de distanciamiento (Figura 10.4).

0	0000
0	2222333
0 H	4444444555
0 M	67
0	8888999
1 H	0001111111
1	222
1	5
1	
1	
2	0

Figura 10.4. Distribución de distancias observadas entre montículos dentro del complejo de Mesitas.

Sorpresivamente, al analizar la distribución de vecino más cercano, los 10 montículos aparecen distribuidos aleatoriamente ($\text{NNR}=1,12$ $p>,99$) con media de distancias observadas de 306 m y media esperada de 274 m. Esto puede ser un efecto de la existencia no de uno sino de dos “centros” con más de un montículo, localizados respectivamente en Mesita A y Mesita B.

Efectivamente, al considerar sólo los 7 sitios monumentales (y no los montículos individuales), las distancias al vecino más cercano muestran una distribución regularmente espaciada ($\text{NNR}=1,53$, $,95<p<,98$) con distancia promedio observada al vecino más cercano de 500 m y distancia promedio esperada al vecino más cercano de 327 m. La concentración regional de montículos y sitios monumentales en Mesitas, muestra entonces, unos patrones de distanciamiento regulares a nivel de la comunidad que nos hablan de una relativa institucionalización del espacio en el período Clásico Regional. Pero esos patrones funerarios tienen relación con otro aspecto menos visible, de los restos arqueológicos, que nos hace volver a considerar el nivel regional, esto es, con los patrones de asentamiento.

LOS ESTUDIOS DE PATRONES DE ASENTAMIENTO REGIONAL

Un estudio arqueológico de la región se ha adelantado desde 1993 bajo la coordinación de Robert D. Drennan con la colaboración de Carlos Sánchez y Víctor González, para evaluar algunos modelos de cambio a largo plazo y de desarrollo de cacicazgos, mediante un reconocimiento regional sistemático; como continuación del Proyecto Arqueológico Valle de la Plata, que analizó el desarrollo de cacicazgos en esa región.

El desarrollo de los proyectos de investigación a niveles regionales ha implicado a los investigadores tener que definir una cronología cerámica para los sitios residenciales; realizar la excavación estratigráfica de áreas residenciales; experimentar diversos sistemas de sondeo; adelantar los recorridos de reconocimiento de cubrimiento total, con recolección y análisis de muestras, y su mapeo electrónico; realizar un análisis diacrónico de la distribución del asentamiento; hacer reconstrucciones de los cambios demográficos y otros cambios asociados; y confrontar

los datos empíricos con modelos existentes para explicar el cambio a largo plazo (Drennan *et al.*, 1989). Los análisis de la información de reconocimiento en la región de San Agustín e Isnos están aún en curso, aunque ya se ha publicado una síntesis de los resultados preliminares (Drennan *et al.*, 2000).

CRONOLOGÍA CERÁMICA

Sólo hasta el 1000 a.C. aparecen en el registro arqueológico estudiado asentamientos sedentarios con cerámica, dando inicio al período llamado Formativo, subdividido en tres períodos (Figura 10.5), cada uno con distintivos tipos cerámicos: Formativo 1 (1000-600 a.C.—cerámica Tachuelo Pulido), Formativo 2 (600-300

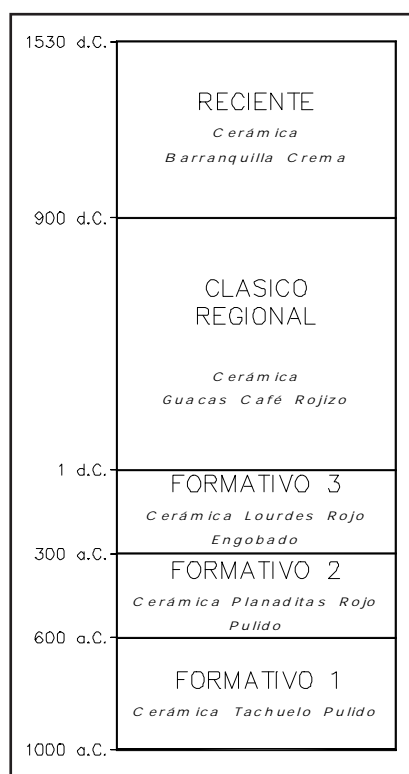


Figura 10.5. Cronología cerámica para el alto Magdalena.

a.C.—cerámica Planaditas Rojo Pulido) y Formativo 3 (300 a.C.-1 d.C.—cerámica Lourdes Rojo Engobado).

En 1 d.C. comienza el período Clásico Regional, identificado por el uso de la cerámica Guacas Café Rojizo (Figura 10.5). Es en los primeros siglos de este período cuando se construyen los montículos funerarios con estatuas y se desarrolla la orfebrería.

En el 900 d.C. comienza el período Reciente, representado por varios tipos cerámicos pero principalmente por el Barranquilla Crema. En este período ya no se hacen montículos ni estatuas. Las fechas para sitios arqueológicos más recientes son del 1300 d.C., aunque es probable que la población de tiempos de la Conquista corresponda a este período arqueológico.

RESULTADOS DEL RECONOCIMIENTO REGIONAL

En el valle de la Plata, los reconocimientos arqueológicos sistemáticos descubrieron para el Clásico Regional cuatro agrupaciones de asentamiento alrededor de cuatro comunidades, cada una con un centro monumental funerario (Drennan y Quattrin, 1995). El análisis del reconocimiento de más de 600 km² permitió reconstruir el patrón de asentamiento, su densidad demográfica y su relación con el paisaje. No se trata de aldeas nucleadas, sino de comunidades rurales dispersas, que se agrupaban alrededor de comunidades un poco más densas con centros funerarios. Cada agrupamiento se separaba de los vecinos por áreas de menor población que reflejan límites políticos. Estas unidades eran formadas por unas 1.000 a 3.000 personas que ocupaban áreas más o menos regulares de unos 10 km de diámetro. La existencia de jerarquía en los patrones de asentamiento y el patrón de centralidad del asentamiento señalan la existencia de una sociedad compleja, con diferencias sociales marcadas. Sin embargo, no existen evidencias de existencia de clases socioeconómicas, centros urbanos ni aparato burocrático, por lo que no se trata de sociedades estatales. Más bien, se trata de “cacicazgos” entendidos como sociedades complejas pero sin un aparato burocrático estatal. Estudios comparativos de la evidencia funeraria permiten suponer a Drennan (1995), y a otros autores, que se trataba de cacicazgos

en los que el poder se encontraba fuertemente centralizado en un individuo de elite (el “cacique”) y no en un aparato muy institucionalizado.

Los elementos básicos que permiten deducir la existencia de cacicazgos, se pueden apreciar desde el Formativo I (1000 a.C.-600 a.C.) cuando la población regional era aún muy baja y se acentúan sin necesidad de grandes cambios en la densidad demográfica regional, sin que exista un evidente control de la producción económica y sin que la variedad medioambiental influyera muy directamente en la distribución del poder de los líderes (Drennan *et al.*, 1989; Drennan, 1995; Drennan y Quattrin, 1995; Drennan *et al.*, 2000).

Para comparar esta región con las zonas de más alta concentración de sitios monumentales, hemos adelantado desde 1993 un reconocimiento regional sistemático de 300 km², que extiende el reconocimiento más al sur, a la región de San Agustín e Isnos. En esta región, según resultados preliminares, la densidad de población durante el Clásico Regional parece ser mayor a la del valle de la Plata (Drennan *et al.*, 2000). Aquí también hay una clara relación entre un área de alta densidad demográfica y la concentración de centros funerarios alrededor del centro más elaborado del complejo de Mesitas. Sin embargo, la relación de centros de concentración demográfica con otros centros funerarios elaborados como son alto de las Piedras, alto de los Ídolos y Hornitos, aún está siendo analizada y parece mucho más compleja que en el valle de la Plata.

De todas maneras, Mesitas, además de ser un centro funerario, corresponde también a una de las áreas de mayor densidad residencial del alto Magdalena, lo que parece apoyar la idea de que fue un centro cacical de importancia en la región.

EL ESTUDIO DE LA COMUNIDAD ARQUEOLÓGICA DE MESITAS

La investigación de la comunidad de Mesitas (González, 2007) buscó saber cómo eran las relaciones entre grupos residenciales en estas comunidades centrales y qué tipo de fuerzas formaron y mantuvieron dichas comunidades, mientras se convertían en los lugares centrales de los cacicazgos del período Clásico Regional. También

quiso averiguar cuál fue la importancia de control de los recursos, el crecimiento de la población y la especialización artesanal para el desarrollo de Mesitas.

Hicimos reconocimientos intensivos (con sondeos estratigráficos cada 30 m), programas más intensivos (con pequeños sondeos cada 5 m), un mapeo electrónico (SIG), para permitir agilizar los análisis, identificación de grupos residenciales específicos, análisis diacrónico (con base en la cronología cerámica existente), estudio de cambios demográficos con análisis de distribución de asentamiento y densidades de artefactos, estudio de variabilidad de conjuntos de artefactos y una comparación de los resultados con lo esperado por los modelos explicativos sobre el desarrollo de cacicazgos.

En 1997 adelantamos programas sistemáticos de 1) 300 de excavaciones estratigráficas; y 2) 5.000 sondeos que permiten estudiar arqueológicamente la comunidad de Mesitas; y contribuir así a reconstruir la estructura de organización interna de los cacicazgos agustinianos. Para reconstruir la distribución de áreas de vivienda se trazaron transectos de pruebas separados cada 25 m cubriendo 25 zonas habitables del área de estudio para excavar pruebas cada 5 m. El análisis de la cerámica obtenida mediante las 3.000 pruebas realizadas permitió delimitar las áreas domésticas ocupadas para cada período y localizar 76 áreas específicas usadas como sitios de vivienda en el Clásico Regional. Otras 2.000 pruebas permitieron muestrear los espacios domésticos (González, 2007).

RECONSTRUCCIÓN DEL DESARROLLO DE MESITAS

La ocupación de Mesitas durante el Formativo 1 y 2 parece muy baja y dispersa (Figura 10.6). En el Formativo 3, la ocupación presenta una mayor concentración cerca del sitio Mesita B. Para el Clásico Regional, toda el área de estudio presenta ocupación, con una zona más densa alrededor del sitio Mesita B, que para entonces es el centro funerario más complejo del alto Magdalena. Esa zona más densa aparece como una zona central separada del resto de la comunidad o periferia.

Para estimar el tamaño demográfico de la comunidad se localizaron todas las áreas que pudieran reflejar la existencia de un grupo residencial (Figuras 10.6

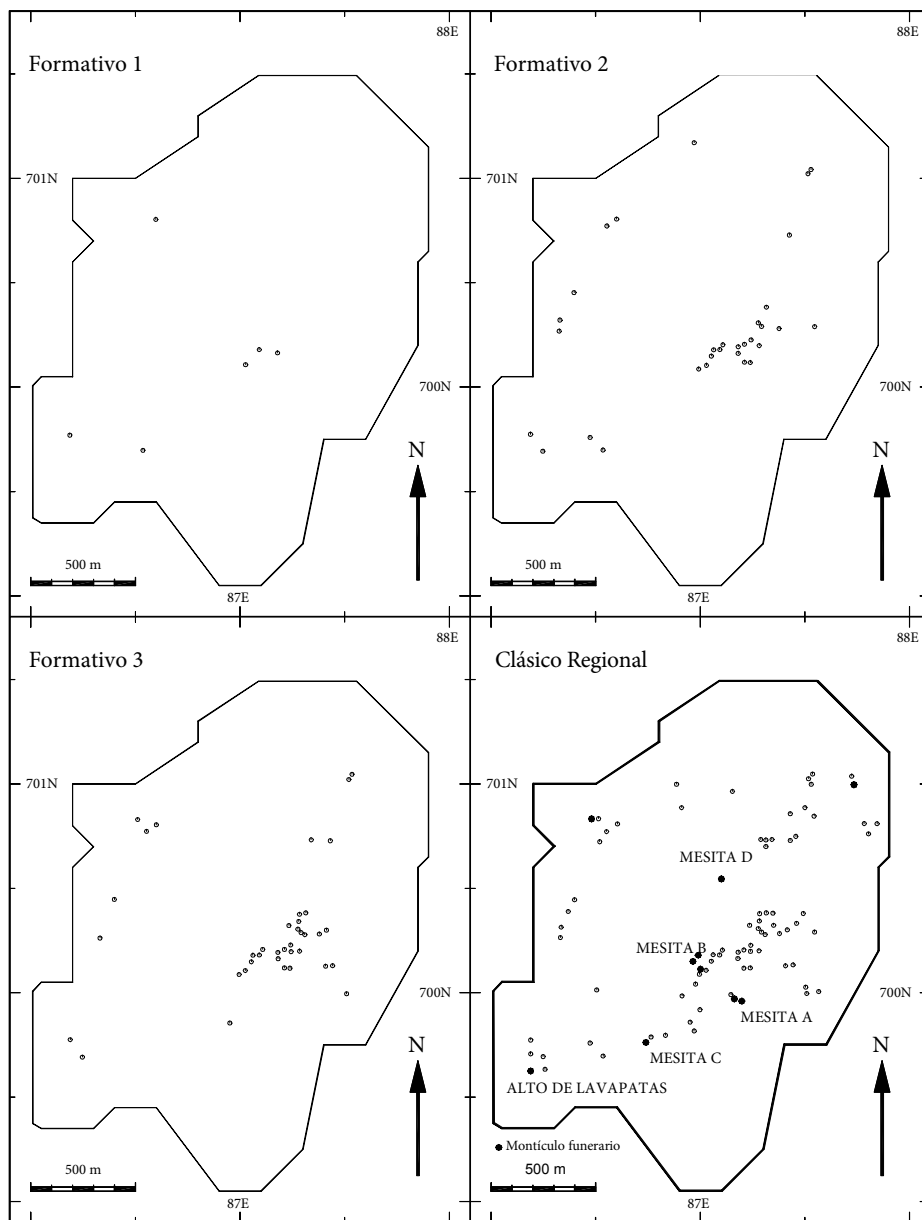


Figura 10.6. Residencias identificadas para cuatro períodos arqueológicos en Mesitas.

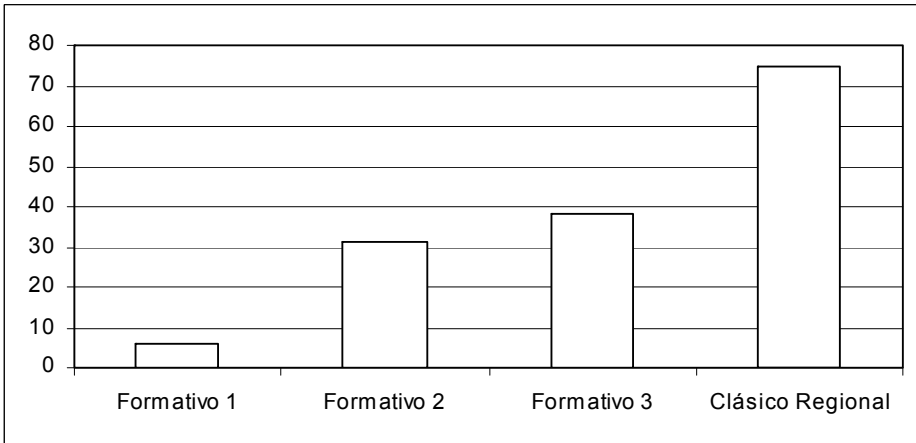


Figura 10.7. Cambio diacrónico en el número de residencias en Mesitas.

y 10.7). Cada grupo reflejaría una familia nuclear de unas 5 personas. Así, la comunidad del Formativo 1 tenía 6 grupos residenciales (unas 30 personas); la del Formativo 2, 31 grupos (unas 155 personas); la del Formativo 3, 38 grupos (unas 190 personas) y la del Clásico Regional unos 75 grupos residenciales (unas 375 personas). En realidad, el tamaño de la comunidad en el Clásico Regional debió ser mucho mayor, porque cada grupo residencial de la zona central de Mesitas produjo, en promedio, casi el doble de desechos domésticos (tiestos cerámicos y fragmentos de artefactos líticos) que un grupo normal, así, un mejor estimativo sería de 600 personas.

Algunas teorías proponen que los aumentos demográficos explican el desarrollo de los cacicazgos por la excesiva presión sobre recursos alimentarios (ver Carneiro, 1981). Sin embargo, en Mesitas, una población de 600 personas o incluso mayor no habría podido agotar los recursos agrícolas. Además, la región alrededor de Mesitas tenía densidades demográficas aún menores, lo que implica una situación de relativa abundancia de recursos. Este aumento demográfico sí significó, que con el tiempo, cada familia tuviera, en promedio, menos tierra cultivable alrededor de su vivienda (de 2 a 4 ha en Formativo 1 a menos de 1 ha en el Clásico Regional). Una

presión apreciable sobre los recursos agrícolas podría haber sucedido en Mesitas, a nivel de la comunidad pero no en el período Formativo, cuando se consolidaba la organización política cacical, sino en los períodos más tardíos, es decir ya en el contexto de una sociedad cacical bien establecida.

Otras teorías proponen que el control sobre la tierra agrícola y sobre otros recursos básicos es importante para el desarrollo de cacicazgos (Earle, 1991). Para evaluar la importancia del acceso a la tierra se usó la topografía digitalizada, con el fin de crear un modelo de elevación digital, y de éste un mapa de pendientes y humedad (las dos limitaciones conocidas para la agricultura en la zona). El área total de estudio es de 275,1 ha y la tierra agrícola (con pendiente $<12^\circ$ y distancia al agua > 50 m) es de solo 91,9 ha (33,4%). Se midió digitalmente (mediante la creación de polígonos de Thiessen) cuánta tierra agrícola se encontraba disponible para cada grupo residencial en un radio de 200 m y se evaluó si existía escasez o control de las mejores tierras.

Los resultados (ver Figura 10.8) indican que en Mesitas la tierra no parece haber sido muy escasa ni estar controlada por una elite (el promedio para el período Clásico Regional, de 1 ha, parece más que suficiente para alimentar a una familia). Según nuestro análisis de área de captación, el período de mayor desigualdad entre las residencias del centro y de la periferia es el Formativo 3, cuando los grupos de la periferia de Mesitas tenían significativamente más tierra agrícola que los del centro. En el Clásico Regional, cuando había más habitantes, esa diferencia es menor, sugiriendo que cada grupo residencial tenía acceso a niveles más similares de recursos básicos, lo que indica menos desigualdad y, por consiguiente, una situación en la que el control de este recurso parece menos probable.

Aunque esta información descarta la idea de que algunas familias de elite, del centro de la comunidad, controlaran el acceso a las tierras, sí hace pensar en la existencia de un sistema tributario, especialmente para el período Formativo 3, cuando existía mejor acceso a la tierra en residencias de la periferia. Niveles similares de consumo implicarían, entonces, algún sistema de redistribución, que habría balanceado la relativa escasez de recursos agrícolas en el centro de la comunidad. Podría ser un sistema de tributos que fluyeran de la periferia (que tenía más

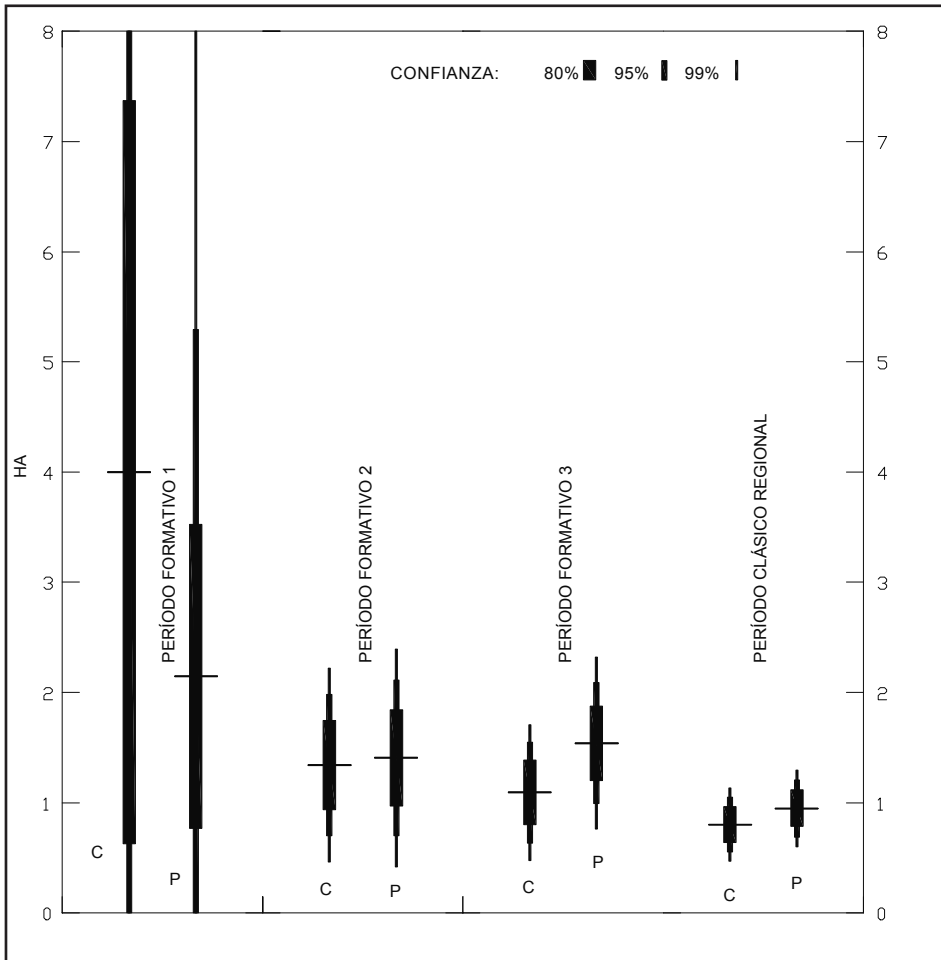


Figura 10.8. Cambio en promedios de área de tierra agrícola por zona (C=Centro, P=Periferia).

tierra agrícola por persona) al centro (que estaba directamente relacionado con los centros funerarios y seguramente con el centro del poder político de la sociedad).

Un tercer grupo de teorías proponen que el poder de los centros políticos se desarrolla por el control de un sistema de producción de bienes elaborados (Schortman *et al.*, 1992). Para evaluar si el centro de Mesitas controlaba la producción

artesanal, se obtuvo información espacial y muestras de artefactos de cada grupo residencial con retículas de sondeos de 25x25 m a 30x30 m sobre cada grupo, con un sondeo cada 5 m (para un promedio de 40 pruebas por grupo residencial). Con base en esas muestras se caracterizó el conjunto de artefactos de cada grupo residencial, para cada período y así se buscó comparar las actividades domésticas desarrolladas por cada grupo.

Este análisis confirmó que las actividades en las residencias del centro de Mesitas eran diferentes a las de residencias de la periferia. Por ejemplo, artefactos de obsidiana aparecen con mucha más frecuencia en los grupos residenciales del centro (Figura 10.9). Por otro lado, las vasijas cerámicas trípode, tienen una distribución casi exclusiva en un sector del centro, cercano a las Mesitas A y B durante el período Clásico Regional (Figura 10.10). Estas tendencias inicialmente sugirieron la posibilidad de que alguna o algunas familias de elite controlen de forma centralizada la producción de determinados bienes, lo que podría haber cimentado la organización cacical.

Sin embargo, al analizar conjuntos de artefactos que podían reflejar especialización en ciertas actividades, encontramos que esas actividades tienden a concentrarse en conjuntos de grupos residenciales tanto en el centro como en la periferia de Mesitas. Ningún conjunto parece haber controlado esas actividades, aunque sí parece haber sido el caso que cada grupo residencial realizaba diferentes actividades, reflejadas en conjuntos diferentes de artefactos. Además, aunque algún grupo residencial se especializara en alguna actividad, los conjuntos de artefactos muestran que esas actividades estaban presentes (aunque con menor intensidad) en la mayoría de grupos residenciales. Por ejemplo, hay una densidad especial de pulidores de cerámica en un grupo, 300 m al NE de la Mesita B, pero están presentes en otros grupos del centro y de la periferia. Los artefactos de pizarra, que pueden relacionarse con alguna actividad especializada, muestran concentración, pero no en residencias del centro sino en un grupo de residencias de la periferia (Figura 10.11). Estos patrones implican que no había un control exclusivo de la producción que pudiera relacionarse directamente con el control político.

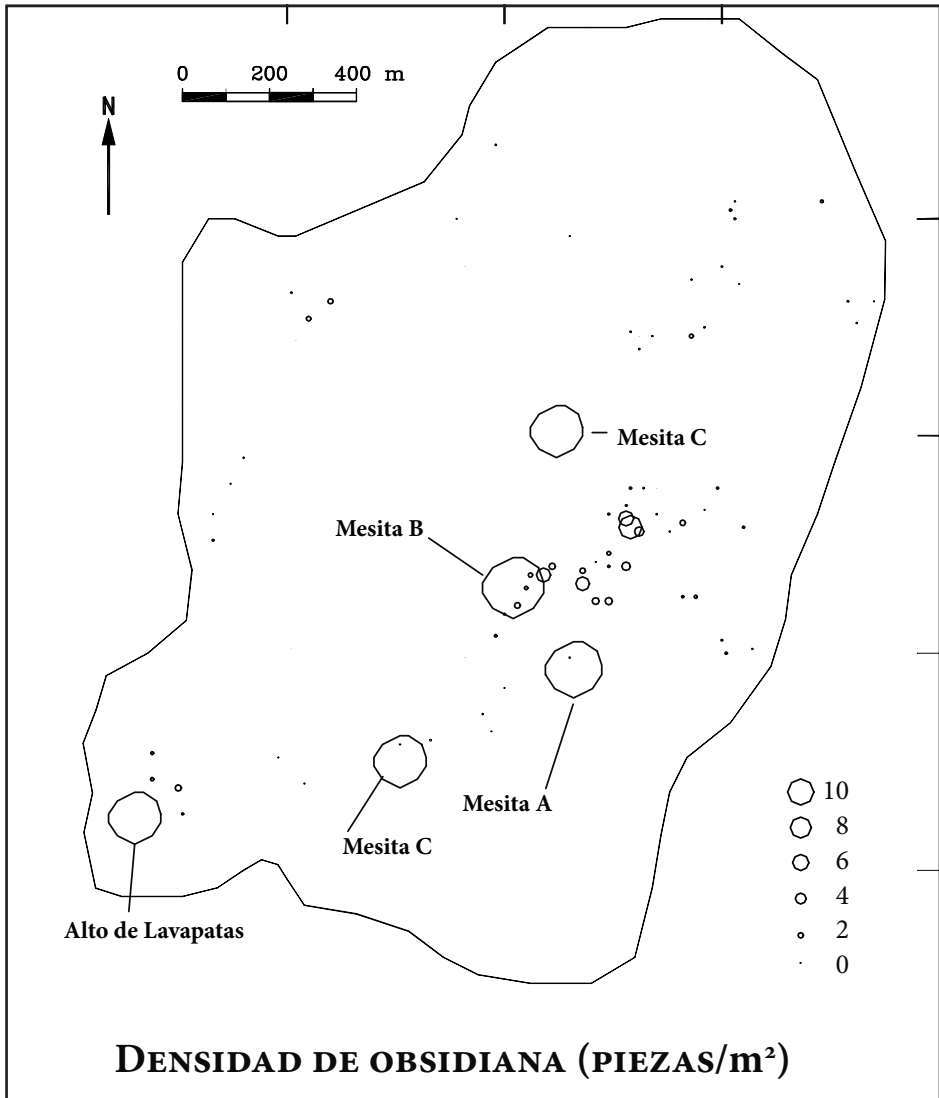


Figura 10.9. Densidades (por m²) de obsidiana en las residencias de Mesitas.

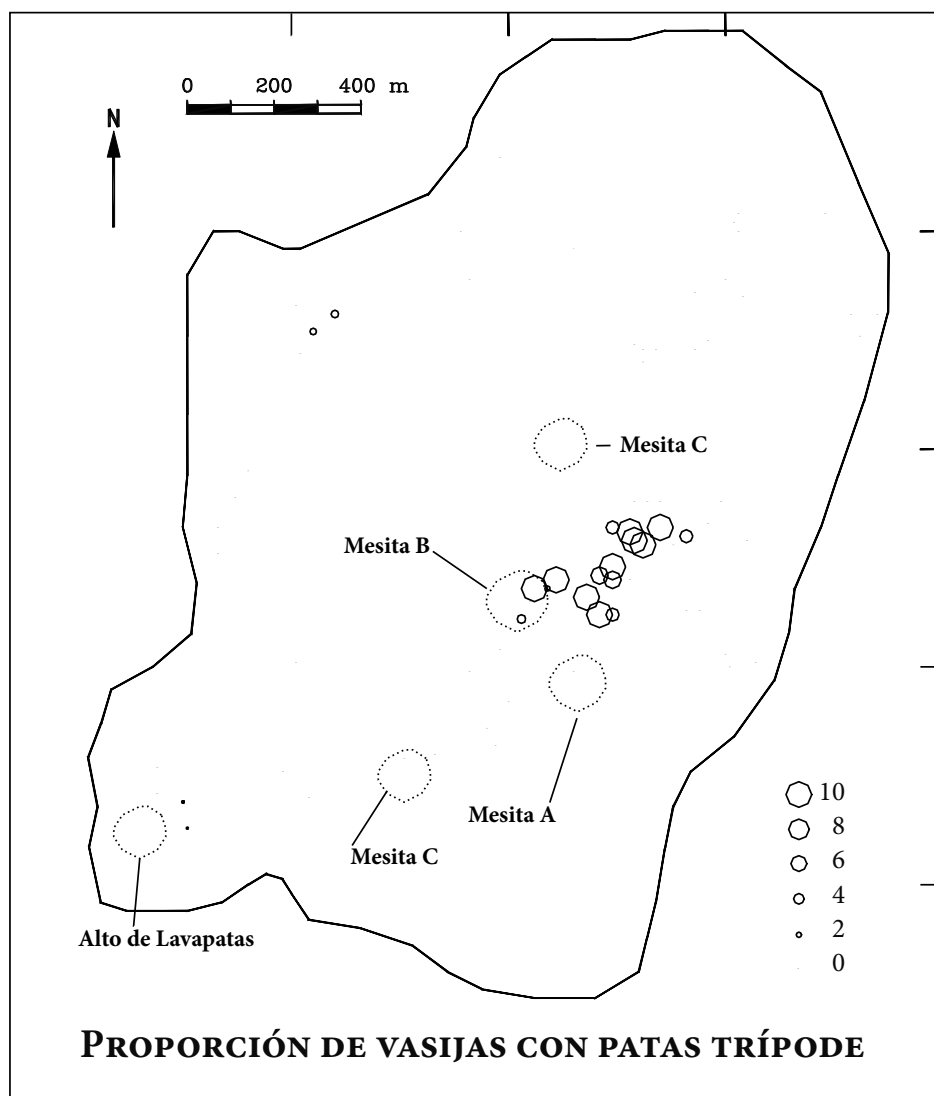


Figura 10.10. Densidades de vasijas (por m²) con patas trípode en el período Clásico Regional

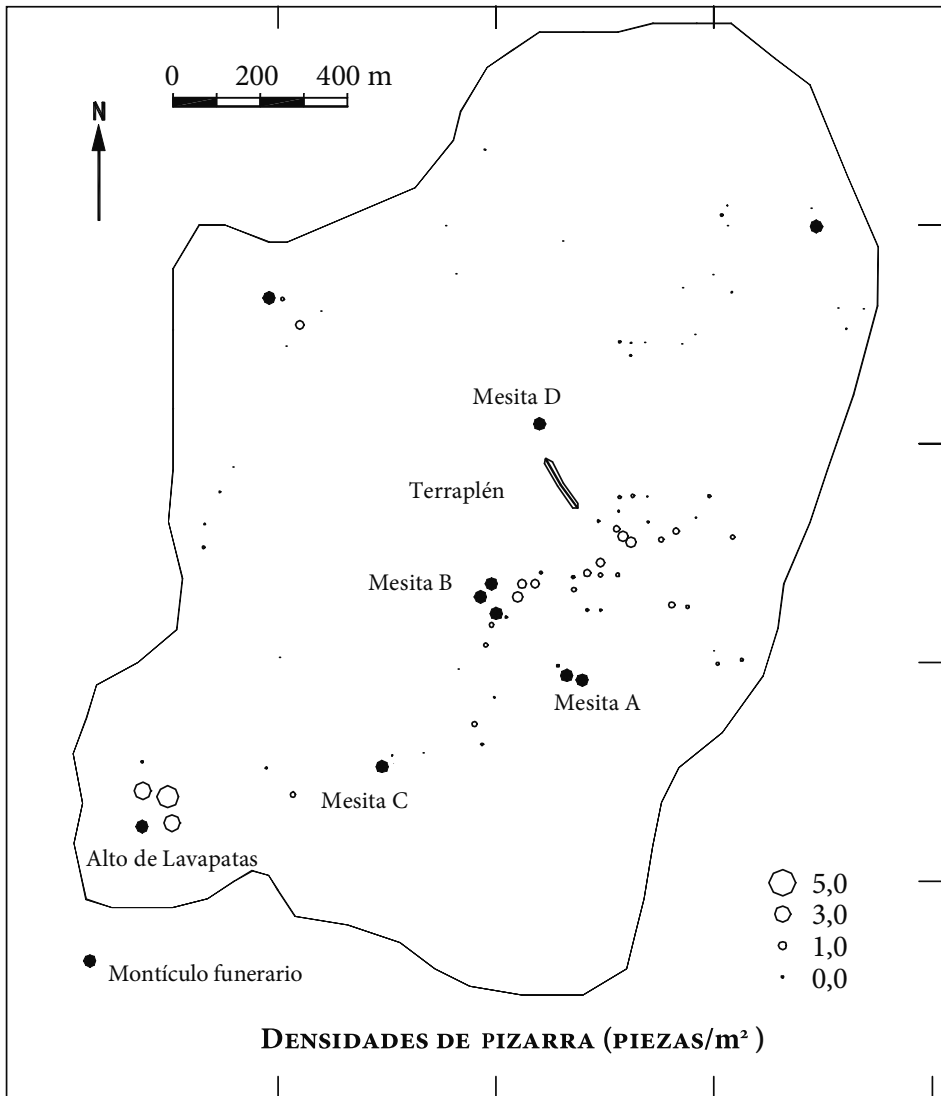


Figura 10.11. Densidades de pizarra (piezas por m²) en residencias de Mesitas.

Ya que las diferencias en los marcadores de estatus entre el centro y la periferia existen, incluso desde el Formativo I, cuando los tres grupos del centro tenían más vasijas para servir que los de la periferia (González, 2007) se propone que las diferencias de prestigio y jerarquía tienen un origen en este período o incluso antes. Estas diferencias parecen haberse hecho cada vez más fuertes, hasta hallar su máxima expresión en las tumbas monumentales del Clásico Regional. Los grupos residenciales localizados directamente al lado de los montículos en las Mesitas A, B y C señalan que la relación con tumbas de antepasados influyentes era parte importante de la jerarquía dentro de la comunidad. El poder político parece haberse cimentado en una ideología de larga tradición, que justificaba las diferencias sociales por la existencia de relaciones entre la élite cacical y poderosas entidades míticas, representadas en la estatuaria (Drennan, 1995). Esas diferencias ya existían en el Formativo, pero se hicieron más importantes a medida que la población aumentaba y la relativa escasez de recursos al centro de la comunidad motivaba un flujo de tributo, para apoyar las actividades en el centro de Mesitas.

Los conjuntos de artefactos de los grupos del centro de Mesitas no indican un control exclusivo de la producción, pero sí señalan la mayor importancia de ciertas actividades ceremoniales, no solo por los entierros monumentales, sino por la densidad de objetos como cuentas hexagonales, pendientes decorativos, cilindros y pequeños yunques de piedra, discos con muescas y hachuelas, entre otros (González, 2007). De entre todos los grupos residenciales, el grupo directamente adyacente a la Mesita B, durante el Clásico Regional (GR 68), parece tener una cantidad sobresaliente de marcadores de estatus y posee artefactos que parecen relacionarse con la orfebrería (González, 2007; Duque y Cubillos, 1988: 79). En ese mismo lugar, pero en el Formativo I, estaba el grupo residencial con más marcadores de estatus de la comunidad. Esto refleja una asombrosa continuidad en la estructura social de la comunidad, con las residencias de elite distribuidas de la misma forma durante más de mil años.

El control de recursos, el crecimiento de la población y la especialización artesanal parecen no haber sido factores muy importantes en los cambios en Mesitas. Sin embargo, la evaluación de estos aspectos sugiere que el desarrollo de diferencias sociales, entre grupos residenciales, está relacionado con el agrupamiento

muy temprano de un grupo de viviendas alrededor de actividades agrícolas, en un período cuando estas actividades no eran importantes en términos económicos. El papel ritual tradicional, que algunos grupos residenciales mantuvieron desde muy temprano, parece explicar, en parte, la forma de la comunidad y las diferencias que surgen entre grupos residenciales en el desarrollo de Mesitas.

La información cronológica más detallada que pueda surgir, en el futuro, del análisis de las excavaciones estratigráficas, permitirá una reconstrucción más detallada y una evaluación más minuciosa de los cambios de Mesitas. Nueva información cronológica permitirá evaluar la contemporaneidad de los grupos residenciales clasificados hasta ahora como de un mismo período y reconstruir patrones de cambio dentro del período Clásico Regional (1-900 d.C.), que es muy prolongado y en el cual sucedieron varios de los cambios más importantes para entender la organización de los cacicazgos en San Agustín.



BIBLIOGRAFÍA

CARNEIRO, Robert. 1981. The Chiefdom: Precursor of the State. En *Transition to statehood in the New World*, Grant. D. Jones y Robert Kautz (eds.), pp. 37-73. Cambridge: Cambridge University Press.

DRENNAN, Robert D. 1995. Mortuary Practices in the Alto Magdalena: The Social Context of the "San Agustín Culture". En *Tombs for the living: Andean mortuary practices*, Tom Dillehay (ed.), pp. 79-110. Washington, D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.

DRENNAN Robert D., Jeffrey P. Blick, Michael Coletti, Camilo Díaz, Víctor González F., Eva S. Hurliman, Luis G. Jaramillo E., Dale W. Quattrin, Carlos A. Sánchez, y Mary M. Taft. 2000. *Las sociedades prehispánicas del alto Magdalena*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

DRENNAN, Robert D., Luis Gonzalo Jaramillo, Elizabeth Ramos, Carlos Sánchez, María Angela Ramírez y Carlos A. Uribe. 1989. *Reconocimiento arqueológico en las alturas medias del valle de la Plata*. Memorias del Simposio de Arqueología y Antropología Física, V Congreso Nacional de Antropología, Santiago Mora, Felipe Cárnenas, Miguel A. Roldán, eds., pp. 119-57. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología y Universidad de los Andes.

DRENNAN, Robert D., y Dale W. Quattrin. 1995. Social inequality and agricultural resources in the valle de la Plata, Colombia. En *Foundations of Social Inequality*, T. Douglas Price y Gary M. Feinman, (eds.), pp. 207-233. New York: Plenum Press.

DUQUE, Luis y Julio César Cubillos. 1988. *Arqueología de San Agustín: alto de Lavapatas*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República.

EARLE, Timothy K. 1991. Property rights and the evolution of chiefdoms. En *Chiefdoms: Power, Economy and Ideology*, Timothy Earle (ed.), pp.71-99. Cambridge: Cambridge University Press.

FRIEDE, Juan. 1953. *Los Andakí (1537-1947) Historia de la aculturación de una tribu selvática*. Fondo de Cultura Económica. México.

GONZÁLEZ, Víctor. 2007. Cambio prehispánico en la comunidad de Mesitas: Documentando el desarrollo de un centro cacical en San Agustín, Colombia. *Memoirs in Latin American Archaeology*, No. 18. University of Pittsburgh. Latin America Archaeology publications, ICANH.

_____. 2006. "Evaluación de un modelo de localización geográfica de asentamientos en el alto Magdalena" en: *Contra la tiranía tipológica en arqueología: Una visión desde Sudamérica*, editado por Cristóbal Gnecco y Carl Langebaek, pp. 151-174. Universidad de los Andes. Bogotá.

HERNÁNDEZ DE ALBA, Gregorio. 1946. *The archeology of San Agustín and Tierradentro*. Washington: Smithsonian Institution.

MCANANY, Patricia A. 1995. *Living with the Ancestors, Kinship and Kingship in Ancient Maya Society* Austin: University of Texas Press.

PÉREZ DE BARRADAS, José. 1943. *Arqueología agustiniana*. Bogotá: Imprenta Nacional.

SCHORTMAN, Edward; Patricia Urban; et al. 1992. *Sociopolitical Hierarchy and Craft Production: The Economic Bases of Elite Power in a Southeast Mesoamerican Polity*. Unpublished manuscript. Kenyon College: Anthropology/Sociology Department.

STEPONAITIS, Vincas P. 1978. Location Theory and Complex Chiefdoms: A Mississippian Example. En: *Mississippian Settlement Patterns*. Bruce D. Smith, ed, pp. 417-453. New York. Academic Press.

‡

XI
MATERIALIZACIÓN DE LA IDEOLOGÍA
EN LAS SOCIEDADES DEL ALTO MAGDALENA:
UNA ESTRATEGIA PARA LA CONSOLIDACIÓN DEL PODER¹

Juan Carlos Vargas
Universidad Nacional de Colombia

*...me daré prisa a ejecutar lo que pensado había...
Para que la obra más grande se realice,
basta un espíritu por miles de manos...
(Goethe en Fausto)*

INTRODUCCIÓN

ALGUNOS INVESTIGADORES² COINCIDEN AL AFIRMAR QUE EL SURGIMIENTO Y vigencia de las sociedades estratificadas en el alto Magdalena durante el período Clásico Regional (año 1-900 d.C.) se fundamentó en el control ideológico. Sin embargo, es bastante probable que los procesos de desarrollo social en la región, como lo indican los estudios en muchas otras áreas del mundo³, los haya orientado

1. Este artículo se refiere al estudio realizado en las veredas Mondeyal y Bajo Brisas del municipio de Isnos (Huila), durante el año 2004 como requisito de grado en la carrera de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia, gracias al auspicio de la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República.

2. Me refiero a los planteamientos de Duque (1964), Uribe y Sotomayor (1987), Gnecco (1995), Llanos (1995 (a), (b)) y Drennan, 2000).

3. Plog, 1990; Gartner, 1999; Earle, 1997; DeMarrais et al., 1996; Anderson, 1994; Lull, 2000; Sissel, 2004.

la gestión de pequeños grupos de individuos por el control del poder económico y político en las comunidades.

Así, el propósito de mi estudio es la búsqueda de información sobre las razones que llevaron a las comunidades de la región a erigir arquitectura funeraria monumental, para conmemorar la muerte de algunos individuos, durante el período Clásico Regional. Para lograr los referentes adecuados, considero primordial la constante universal de “materialización de la ideología”⁴; estrategia fundamental en el surgimiento y permanencia del control del poder económico y político en las comunidades. La materialización de los sistemas de ideas es el mecanismo por el cual las personas organizan su mundo, confiriéndole significado para la acción social mediante la definición de mensajes y la creación de artefactos orientados a conseguir fines específicos (DeMarrais *et al.*, 1996).

Sánchez (2003: 1) ha sugerido que en el alto Magdalena los segmentos sociales recurrieron a la “sustantivación de la ideología” plasmada en la arquitectura monumental funeraria, que al emplazarse estratégicamente, marcaba territorios para los segmentos y restringía el acceso a los medios de trabajo, en especial a la tierra, con lo que se garantizaba a algunos individuos o reducidos grupos de ellos, el ejercicio del poder económico y político sobre las comunidades.

La propuesta desarrollada en este artículo plantea que en el alto Magdalena el control del poder económico y político en las comunidades se apoyó en la manipulación ideológica *materializada* en formas concretas como la arquitectura funeraria monumental, que al erigirse en el paisaje, es testimonio de la forma particular de organización y delimitación del territorio para las comunidades.

MATERIALIZACIÓN DE LA IDEOLOGÍA

El análisis de la arquitectura monumental en esta región ha sido abordado fundamentalmente desde el simbolismo, con énfasis en la descripción de las estructuras

4. El concepto de materialización de la ideología popular en los estudios sociales, fue desarrollado en arqueología por DeMarrais *et al.* (1996).

de enterramiento. Ésta es solo una perspectiva de las muchas que se pueden seguir para intentar comprender la relación que guardaron las obras monumentales implementadas en esta región con el surgimiento de la jerarquización social.

Al tomar como referente la diferenciación monumental e iconográfica de la parafernalia funeraria, observamos que cada comunidad asignaba diferente valor a sus muertos; valor a la vez simbólico y social. Primero, por el tipo de figura que se plasma (zoomorfas, antro-po-zoomorfas y antropomorfas), y segundo, por la función que desempeña la representación en la interacción social en cada segmento y de éste con sus pares. Esos valores así expresados son estratégicos para la consolidación y legitimación del ejercicio del poder económico y político en las comunidades.

No solo es posible observar el enterramiento como un acto de homenaje a los muertos. Los que “los sobreviven” construyen la *representación* de la muerte asignándole significado que se *materializa* y se *apropia* en su existencia. Pero, ¿por qué esta forma de representar la muerte? ¿Por qué su preocupación por expresar ritualmente la importancia de los personajes muertos? ¿Eran individuos de importancia exclusivamente religiosa para sus comunidades? ¿Concentraron únicamente control ideológico? ¿Se diferenciaron económicamente?

El concepto de “materialización de la ideología” plantea que una de las funciones estratégicas que cumple un sistema de ideas consiste en apuntalar las condiciones de vida de una sociedad, por lo tanto, su sustantivación es la “creación física” de realidades (objetos concretos) orientadas a conseguir fines específicos en la acción social. (DeMarrais *et al.*, 1996; Earle, 1997).

Earle (1997: 151-156) afirma que la materialización es la transformación de ideas, valores e historias, en una realidad física que puede tener distintas formas. El proceso se inicia con la creación de significados (conceptos, abstracciones) de la realidad que se almacenan en la mente de los individuos donde toman forma y luego se plasman como realidades físicas en el escenario público social.

Al ser la ideología la forma como los colectivos sociales asumen la realidad, su materialización funciona como factor de tutela en la interacción (competencia, cooperación y sujeción) entre las ideologías presentes en una sociedad, por consi-

guiente, la coexistencia e interacción de los sistemas de ideas depende de las condiciones materiales e inmateriales en que se desenvuelve la sociedad.

Godelier (1989) ha planteado que el control de la producción de los significados imaginarios es la primera fuente de poder para los líderes durante las etapas iniciales del desarrollo de la jerarquización social. DeMarrais *et al.* (1996) propone que el control ideológico es un factor indispensable para ejercer el dominio económico de las comunidades y que la ideología puede ser monopolizada mediante la intervención de sus expresiones materiales en objetos y acciones rituales.

El control sobre la expresión material ideológica requiere el monopolio sobre un mínimo de formas de producción. La intervención y la restricción del acceso a recursos indispensables es una ventaja potencial que puede ser explotada a favor de un determinado grupo. Este hecho se manifiesta en el registro arqueológico mediante variables como la disposición de los sitios de enterramiento respecto a recursos como la tierra, las fuentes alimenticias y las materias primas, el tipo de parafernalia funebre y su diferenciación en cuanto a magnitud y calidad.

El acceso diferencial a los recursos es potencialmente una condición necesaria para que un grupo logre, soporte y consolide su estatus como “*elite*”. Este grupo de individuos define las reglas de comportamiento en la comunidad; así, el poder ideológico, político y económico del grupo, encabezado por un individuo, se acrecienta al igual que la necesidad que de este poder experimenta la comunidad (Service, 1984: 91-99). Para lograr su consolidación el grupo recurrirá entonces a definir las relaciones sociales e inhibir el acceso a los recursos a individuos y comunidades mediante “la definición rigurosa de las reglas de matrimonio, pero especialmente de residencia y de filiación”. (Sánchez, 2003: 8).

En el caso de las comunidades prehispánicas del alto Magdalena, la definición de reglas de filiación y residencia se manifestaron a través de la materialización de un hecho social y biológico: la muerte. Cuando una comunidad invierte cantidad notoria de energía en forma de recursos y fuerza de trabajo en homenaje a algunos de sus miembros, no se trata de un mero acto de tratamiento mortuorio, sino propiciatorio de integración social y de reconocimiento del estatus de que gozó en vida el difunto (Siscel, 2004).

De acuerdo con la evidencia recolectada en anteriores investigaciones (Duque, 1964; Llanos: 1995 (a) (b), 1997; Drennan, 1995, 2000; Sánchez, 2000, 2003, 2005), las sociedades asentadas en el territorio de Isnos desarrollaron diversas técnicas que les permitió tener una producción de bienes indispensables en magnitudes adecuadas, aún en condiciones ambientales adversas, como suelos de baja aptitud agrícola o eventos climáticos adversos. Pero afrontar esas condiciones naturales fue consecuencia del desigual acceso a la tierra por parte de los segmentos sociales en que se dividió la sociedad, pues a menor proximidad de los segmentos a los antepasados fundadores de las comunidades, correspondió menos tierra y mayor deficiencia productiva; o lo que es igual, la propiedad sobre la tierra se amparó en las relaciones del parentesco, las cuales legitimaron la diferenciación política y económica entre los segmentos sociales.

La preeminencia y permanencia de los antepasados fundadores de las comunidades se garantiza a través de su tumba, así coexiste con sus parientes, justifica y legitima a los segmentos para que proclamen y ejerzan la propiedad sobre los espacios rituales y cotidianos, constituyéndose en un referente en la delimitación del territorio por parte de las comunidades. Es decir, estos centros funerarios sirvieron como marcadores territoriales que, apoyados en la tradición y la ritualización, brindaban información acerca del grupo que residía en un determinado territorio y que detentaba el derecho a usarlo y usufructuarlo.

Sánchez (2005: 56) ha señalado al respecto que, probablemente el proceso de institucionalización del liderazgo en las sociedades asentadas en el territorio del actual municipio de Isnos, “se inicia con el establecimiento y desarrollo de una pequeña comunidad de descendencia unilineal, (...) por la constitución cada vez más amplia de segmentos o grupos de familia, se escinde en pequeñas comunidades que colonizan nuevas tierras en disímiles ambientes”.

MATERIALIZACIÓN IDEOLÓGICA EN LAS SOCIEDADES DEL ALTO MAGDALENA

El principal objetivo de esta investigación ha sido establecer la o las relaciones entre el proceso de complejización de las sociedades del alto Magdalena y la im-

plementación de prácticas funerarias monumentales, entendidas como materializaciones ideológicas; para de esta manera observar cómo la diferenciación de la arquitectura monumental es un reflejo de la jerarquización, emulación y competencia entre grupos sociales.

A partir del análisis de las estructuras funerarias se han planteado dos hipótesis sobre la organización social de las comunidades de la región durante el período Clásico Regional (1 d.C.-900 d.C.). Para Drennan (2000: 121), al considerar la estatuaria y los monumentos funerarios es evidente la desigualdad entre la población prehispánica de la región. Dice que la “variación continua” en las formas de enterramiento señala la existencia de más de dos segmentos sociales. Como conclusión plantea que “la diferenciación social que se ve claramente en las prácticas funerarias del Clásico Regional no tiene muchas implicaciones económicas. No se trata del surgimiento de una elite que concentrara poder económico ni riqueza, sino de una elite cuya importancia se mide en términos de prestigio y probablemente de poder espiritual”.

Llanos (1995(a): 45) considera que la organización de estructuras funerarias en cementerios puede revelar la existencia de parentesco entre el personaje principal y las personas enterradas en su cercanía. La diferenciación entre conjuntos funerarios es expresión de su complejidad social. Respecto a su organización social durante el Clásico Regional, afirma que no existió un poder único centralizado, sino la presencia de segmentos organizados territorialmente a cuya cabeza se hallaban chamanes.

Así pues, estos investigadores coinciden en afirmar que la base del liderazgo durante el Clásico Regional fue el control religioso más que el económico.

En contraposición, Sánchez (2003: 1) ha sugerido que los segmentos sociales recurrieron a la materialización ideológica plasmada en la arquitectura monumental funeraria, que al “emplazarse estratégicamente, marca territorios para los segmentos y restringe el acceso a los medios de trabajo, en especial a la tierra, garantizando a algunos individuos o reducidos grupos de ellos, el ejercicio del poder económico y político sobre las comunidades”.

Se distinguen de esta forma dos planteamientos acerca de la relación entre la presencia de arquitectura monumental funeraria y la fuente que nutre la diferenciación económica y política en estas sociedades. Para Llanos y Drennan, “lo ideológico” es

el eje central alrededor del cual se organizaron los segmentos en estas comunidades. En el caso de Sánchez “*la ideología*” es usada para legitimar el disfrute diferencial de los beneficios de la acción social y de esta forma garantizar el ejercicio del poder económico y político sobre las comunidades; en otras palabras, “*lo ideológico*” mimetiza la razón económica de la diferenciación.

Un hecho es claro en las dos proposiciones: la diferencia en las formas de enterramiento y su distribución espacial es señal de la presencia de estructuras con claras diferencias sociales.

Alrededor del mundo, diversos investigadores han intentado establecer las relaciones existentes entre el proceso de complejización social y las prácticas funerarias (entre otros Plog, 1990; Gartner, 1999; Earle, 1997; DeMarrais *et al.*, 1996; Anderson, 1994; Lull, 2000; Siscel, 2004). Una característica es que la diferenciación social se manifiesta en la arquitectura monumental, pudiéndose detectar a través de ella las relaciones verticales en la sociedad. Los asentamientos jerárquicos, espacios públicos y lugares ceremoniales generalmente aparecen primero en los centros regionales (Flannery, 1976) donde sirven como un foco de poder, representando el monopolio de la elite en la actividad cívico-ceremonial.

Otra característica hace referencia a que la implementación de obras monumentales refleja las posibilidades materiales que tiene cada segmento para expresar su importancia política, económica e ideológica. Por ejemplo, al establecer las cantidades de recursos invertidos para su construcción, se pueden observar diferencias en los distintos centros funerarios. Esto no solo tiene que ver con la importancia del individuo inhumado, sino que su tumba representa la capacidad económica y la importancia ideológica y política del segmento al que pertenecía el difunto.

Si analizamos la arquitectura monumental funeraria sólo en relación con los individuos inhumados, no podremos captar a cabalidad las características de las relaciones sociales en las comunidades. Por ejemplo, la muerte de un individuo de la elite, implicaba que su comunidad realizara una inversión que lo conmemorara mediante la construcción de obras monumentales funerarias; dicha inversión permitía que los segmentos se diferenciaron de forma económica, política e ideológica. Cuando una sociedad usa la muerte como un mecanismo aglutinante y su ritualización es ins-

tituida materialmente como una forma de expresión del pensamiento colectivo, el trabajo social invertido claramente es un factor decisivo (Siscel, 2004).

Por esta razón no debemos concebir la muerte estrictamente como un hecho biológico e ideológico, pues es claro que tiene implicaciones económicas y políticas no reducibles a normas éticas, actitudes rituales, valores y preceptos de una sociedad. No podemos ignorar el hecho de que toda ideología se funda en condiciones materiales específicas. La arquitectura monumental funeraria más que hablar sobre el tratamiento especial que se dio a unos individuos, se refiere a las posibilidades de cada segmento para emprender obras que los diferencien de sus competidores y al grado de desarrollo de las fuerzas productivas en una sociedad.

CENTROS FUNERARIOS EN EL MUNICIPIO DE ISNOS (HUILA)

Una de las principales discusiones metodológicas se refiere a la asimetría constructiva y espacial entre distintos depósitos arqueológicos funerarios en una misma región. La conclusión a la que han llegado distintos investigadores (Gartner, 1999; Earle, 1997; DeMarrais *et al.*, 1996; Anderson, 1994; Lull, 2000; Siscel, 2004) es que la diferenciación monumental es una expresión de las condiciones materiales de las sociedades, así como de las posibilidades que tienen los distintos grupos de esas comunidades para emprender obras que los diferencien formal y materialmente.

Las sociedades del alto Magdalena del período Clásico Regional (1 a.C a 900 d.C.), fueron comunidades agrícolas que, de acuerdo con la evidencia arqueológica, estaban asentadas en un territorio en el cual existía un centro funerario formado por subconjuntos de montículo, tumba y escultura. Durante este período adquirieron importancia monumental algunos centros como *Mesitas* (San Agustín), *Alto de los Ídolos* y *Alto de las Piedras* (Isnos). Aunque la evidencia expuesta por Duque Gómez y Cubillos en 1993 señala que, en el Alto de las Piedras hacia el siglo IX a.C. se presenta el primer entierro monumental, distintos investigadores han coincidido en señalar el período *Clásico Regional* como el de mayor auge en la elaboración de monumentalidad funeraria (Duque y Cubillos, 1979; Llanos, 1995 (a) (b); Drennan, 2000; Sánchez: 2003; Gnecco, 1995).

Drennan (1995: 94-95) ha indicado que en esta región las concentraciones de asentamientos en unos pocos kilómetros alrededor de cada uno de los centros ceremoniales representa la tendencia centrípeta de sociedades complejas en relación con los focos de población alrededor de un lugar central, con sus residencias un poco dispersas que conservaban un considerable espacio abierto entre ellas. De esta forma cada cacicazgo pudo estar compuesto por unos pocos cientos de personas que se concentraron en un radio de no más de 10 kilómetros, alrededor de un sitio de enterramiento con características monumentales. Las zonas ubicadas entre las concentraciones de asentamientos pueden considerarse deshabitadas, a juzgar por la baja densidad de materiales culturales y por la sub-explotación de sus suelos, hecho que sugiere separación entre cacicazgos y la competencia ocasional entre ellos.

Al considerar la distribución territorial y la evidente desigualdad en la monumentalidad de esos centros funerarios, Sánchez (2005: 56-58) sugirió una clasificación jerárquica en tres niveles que entrañan tanto diferencias de prestigio de los individuos inhumados como división del territorio y sujeción económica y política entre segmentos sociales.

El primer nivel correspondería a los centros Alto de los Ídolos y Alto de las Piedras, distanciados 14 kilómetros uno de otro, el primero al suroccidente y el segundo al nororiente del territorio municipal. Su ubicación sugiere la división del territorio en dos extensas mitades delimitadas por accidentes geográficos bastante marcados. Se trata de dos grandes conjuntos de enterramiento formados por montículos funerarios que cubren una tumba principal siempre con esculturas asociadas, y a su alrededor, formando subconjuntos (10 en Alto de los Ídolos), tumbas menos elaboradas.

El “segundo nivel jerárquico” estaría compuesto por sitios en los cuales se erigieron dos o tres montículos que cubrían sarcófagos monolíticos y una escultura lítica. Estos lugares se relacionan a partir de su localización y proximidad con los centros de primer nivel, uno de los cuales está ubicado en la vereda Mondeyal.

El “tercer nivel” en la jerarquía propuesta correspondería a enterramientos menos elaborados. Las unidades funerarias están compuestas por un montículo pe-

queño que cubre sólo una tumba de cancel o un sarcófago monolítico. A este nivel correspondería el sitio ubicado en la vereda Bajo Brisas.

De acuerdo con la propuesta de Sánchez, y para sopesar la validez de la proposición sobre las razones sociales que permitieron la elaboración de la arquitectura funeraria monumental en la zona, centramos la atención en las diferencias sobre la ubicación de los asentamientos de las unidades domésticas, la disponibilidad de recursos básicos y la evaluación cuantitativa de la monumentalidad de los centros fúnebres; es decir, se trató de identificar y evaluar algunos elementos diferenciadores fundamentales que informaran sobre la magnitud de la inversión de recursos y las cantidades de energía en forma de fuerza de trabajo requeridas para la construcción de los centros Alto de Piedras, Mondeyal y Bajo Brisas.

La principal categoría de análisis que utilizo es la de “cacicazgo”, entendido como una organización política y económica de integración regional, con liderazgos institucionalizados de carácter local y regional. Este tipo de unidad política abarca unos pocos cientos de personas agrupadas en conjuntos locales o comunidades bajo el control de un jefe (Johnson y Earle, 1987: 21). Son sociedades más extensas y complejas que las igualitarias de tipo tribal, pero menores que las de los Estados antiguos (Drennan, 2000: 9). La segunda categoría de análisis es la de comunidad, que se refiere a pequeños grupos multifamiliares, constitutivos y asentados en el territorio de la unidad política cacical (Johnson y Earle, 1987: 20). Las características del asentamiento en estos dos niveles permiten observar, a nivel regional y local, la magnitud de la integración e interacción económica y política.

Alto de las Piedras

Se encuentra ubicado a 14 kilómetros al nororiente del alto de los Ídolos. Corresponde al centro de un territorio de topografía ondulada, rico en fuentes hídricas, entre ellas las quebradas Gallineros, La Chorrera y Quebradanegra, y una extensa formación lacustre conocida como La Ciénaga.

El Alto de Las Piedras es un conjunto de montículos funerarios (por lo menos 4) agrupados en forma de semicírculo sobre la cima explanada de una colina a 1.800 msnm. Hacia el suroccidente de la explanada se halla el área destinada al

emplazamiento de viviendas que fueron ocupadas antes y después de la construcción del centro funerario. Los montículos cubren tumbas de cancel profundas, comunicadas a un templete mediante un corredor de lajas, en el que, según las reconstrucciones hechas por los arqueólogos, se erigieron esculturas monolíticas. Este centro está formado por subconjuntos (Duque, 1964; Duque y Cubillos, 1993; Llanos, 1995; Sánchez, 2003), del que hacen parte una tumba principal en la que se inhumó a un personaje (femenino o masculino) de alto rango y, muy próximo a su alrededor, en tumbas menos elaboradas, individuos relacionados que fallecieron posteriormente. Cuando Preuss (1974) visitó el sitio, halló once esculturas líticas diseminadas a flor de piso, por efecto de los saqueadores.

Aunque la magnitud de los montículos y las tumbas no indican elevada inversión de fuerza de trabajo (Drennan, 2000), sus dimensiones debieron demandar esfuerzo en la planificación y dirección del trabajo necesario para su construcción. En fin, seguramente cierto grado de coordinación y centralización en la toma de decisiones.

Al considerar el volumen de tierra removida para la construcción de los montículos funerarios, se puede deducir la cantidad de energía en forma de fuerza de trabajo invertido por cada comunidad⁵. El montículo No. 1 del Alto de Las Piedras tiene un diámetro aproximado de 15 m, altura de 1 m y volumen máximo de 225 m³. Si la jornada de trabajo fuera de 8 horas, con 15 trabajadores permanentes se pueden remover cerca de 60 m³, por lo que su construcción pudo haberse realizado, aproximadamente en 4 días. El montículo No. 1 de Mondeyal, con diámetro de 10 m, altura de 2 m y volumen máximo de 200 m³, con la misma jornada de trabajo e igual cantidad de obreros puede ser erigido en 3 días. Por último, con igual cantidad de fuerza de trabajo y jornada, el montículo de Bajo Brisas se puede construir

5. Los cálculos se basan en los efectuados por Drennan (2000: 17-19) sobre San Agustín. Sólo se refieren a la cantidad de tierra necesaria para la construcción de los montículos; obviamente no se considera la excavación de la tumba, la construcción del cancel, la talla del sarcófago monolítico en caso de hacer parte del conjunto ni la elaboración del pasadizo, el templete y la(s) esculturas asociadas.

en tan solo 1 día, pues posee diámetro aproximado de 8 m, altura de 1 m y volumen máximo de 64 m³.

Otro elemento que nos brinda información sobre la diferenciación e interacción social en la zona es el material cerámico. En las excavaciones arqueológicas efectuadas por Duque y Cubillos (1993) en el Alto de Las Piedras, se recuperaron 3.149 fragmentos cerámicos, 74 (2,3% del total) de los cuales correspondían a recipientes decorados.

<i>Periodización sugerida</i>			
<i>Decoración</i>	<i>Reciente</i>	<i>Superior</i>	<i>Inferior</i>
	<i>Fragmentos por nivel</i>		
	<i>I</i>	<i>II</i>	<i>III</i>
<i>Incisa punteada</i>	9	10	13
<i>Incisa lineal</i>	7	-	-
<i>Incisa acanalada</i>	1	1	-
<i>Incisa corrugada</i>	3	-	-
<i>Bajo relieve</i>	4	-	3
<i>Pintura directa</i>	9	9	4
<i>Ranurada</i>	-	1	-
<i>TOTAL</i>	33	21	20
<i>Porcentaje (%)</i>	44,6	28,4	27

Tabla 11.1. Técnicas de decoración del material recuperado en la excavación hecha por Duque y Cubillos (1993).

Mondeyal

Está ubicado a 5 kilómetros en dirección suroriente del Alto de las Piedras. Su localización en el paisaje coincide con otros sitios con presencia monumental, sobre

la cima plana de una colina, en medio de terrenos extensos surcados por canales de drenaje prehispánicos.

Este sitio está compuesto por tres montículos (Figura 11.1). El primero de ellos ubicado hacia la parte noroccidental del conjunto. Sus dimensiones aproximadas son 12 m en su eje oriente occidente y 10 m en el eje norte sur, y altura aproximada de 3 m que cubría un sarcófago monolítico dentro de un semicancel. El segundo montículo, de dimensiones similares a las del anterior, se halla a 50 m en dirección suroccidente del primero. Éste, a pesar de haber sido perturbado por lo saqueadores, conserva restos de su base y evidencia de, por lo menos, una tumba de cancel. El tercer Montículo cubría una tumba de cancel; se encuentra a 60 metros en dirección suroccidente del segundo, de base circular (6 m) y altura de 2 m.

El material cultural recuperado en este sitio, al contrario del material del Alto de Las Piedras excavado por Duque y Cubillos (1993), presenta poca decoración. Sólo 3 fragmentos de un total de 1.858 (0,16% de la muestra) presentan incisión punteada, lineal o acanalada. Estos fragmentos corresponden al grupo Barranquilla⁶.

La información obtenida indica que la ocupación de este sitio ocurrió desde el período Formativo 1. Durante el resto del período Formativo se aprecia incremento gradual de las densidades de material cerámico, manteniéndose la proporción en la producción de basuras durante el Formativo 3 (grupo cerámico Lourdes) y el Clásico Regional (grupo Guacas), para luego aumentar durante el período Reciente.

Bajo Brisas

Sitio ubicado en la vereda Bajo Brisas, 2 kilómetros al suroriente del Alto de las Piedras (Figura 11.2), a orillas del sistema lacustre La Ciénaga. Allí se erigió un

6. La densidad de fragmentos cerámicos, según la tipología sugerida para el valle de la Plata (Drennan et al., 1993) expresada en porcentaje por grupo cerámico corresponde al 0,43% del grupo Tachuelo (período Formativo 1), al 5,60% del grupo Planaditas (período Formativo 2), al 25,94 % del grupo Lourdes (período Formativo 3), al 24,17% del grupo Guacas (período Clásico Regional) y al 43,86% del grupo Barranquilla (período Reciente). Total de la muestra: 1.858 fragmentos cerámicos.

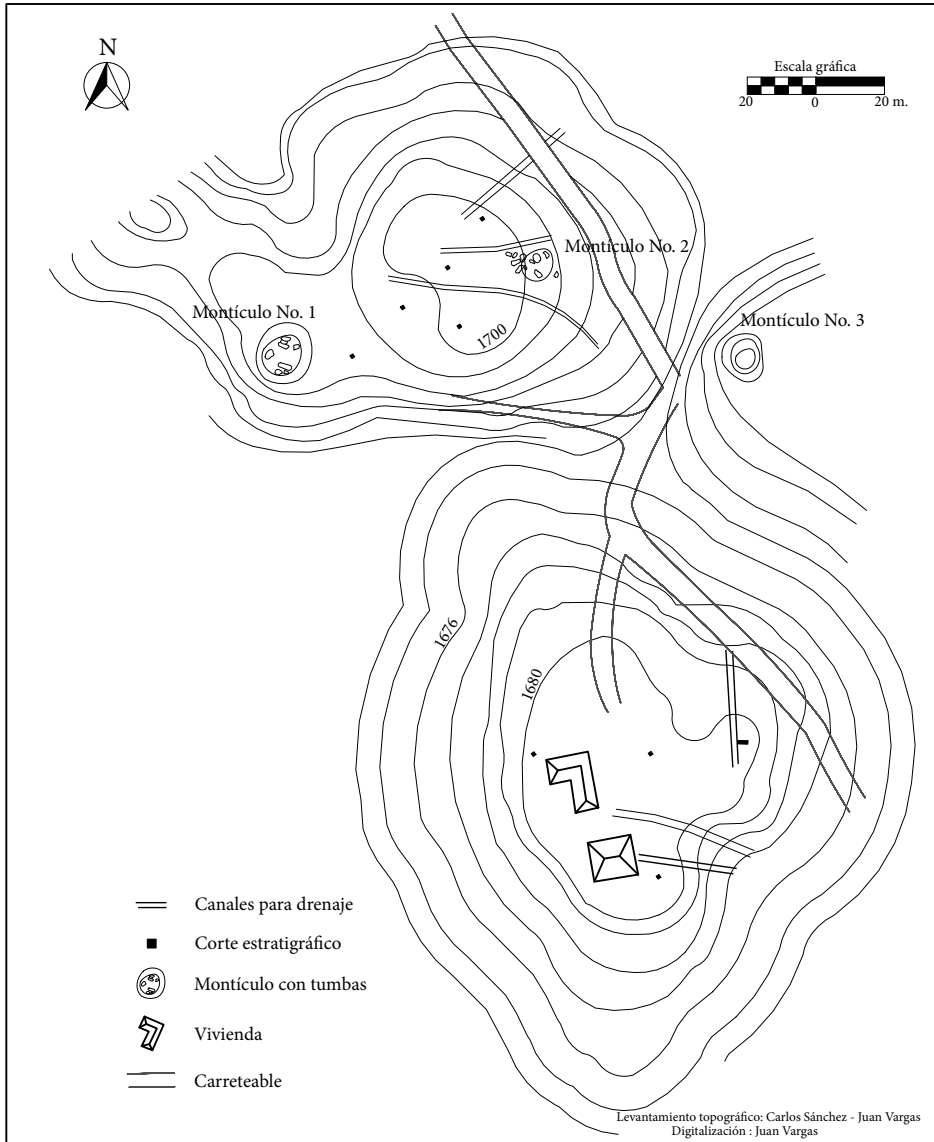


Figura 11.1. Levantamiento topográfico sitio Mondeyal.



Figura No.2. Vista suroccidental Montículo No.1. Mondeyal.

montículo en el sector suroriental de la cima de una colina. La obra funeraria fue perturbada y en ella se encuentran restos de una tumba de cancel.

Como en el sitio Alto de Las Piedras, algunos fragmentos cerámicos recuperados mediante excavación corresponden a recipientes decorados, destacándose la presencia de pintura directa. De 3.403 fragmentos cerámicos recuperados, 22 presentan decoración, es decir, el 1,55% de la muestra total. Las técnicas de decoración que se observan en estos fragmentos son las siguientes:

<i>Periodización</i>	<i>Formativo 1</i>	<i>Formativo 2</i>	<i>Formativo 3</i>	<i>Clásico Regional</i>	<i>Reciente</i>
<i>Grupo cerámico</i>	Tachuelo	Planaditas	Lourdes	Guacas	Barranquilla
<i>Pintura directa</i>	-	-	-	-	4
<i>Incisa punteada</i>	-	-	-	-	4
<i>Incisa lineal</i>	-	2	2	-	2
<i>Incisa acanalada</i>	-	1	-	-	5
<i>Alto relieve</i>	-	-	-	-	1
<i>Otro</i>	-	-	-	-	1
<i>TOTAL</i>	-	3	2	-	17

Tabla 11.2. Técnica de decoración por grupo cerámico y cronología. Bajo Brisas.

A partir de la información recuperada se observa que la densidad de material del grupo Tachuelo es bastante baja, lo que podría indicar una ocupación muy discreta del área durante el período Formativo 1. A partir del período Formativo 2 (grupo cerámico Planaditas), ocurre un aumento gradual de la densidad de material cerámico, con el máximo durante el período Clásico Regional (grupo cerámico Guacas) y, posteriormente, un descenso leve durante el período Reciente (grupo cerámico Barranquilla)⁷.

Sitios de menor jerarquía

Por último, se encuentra el “nivel” que corresponde a las tumbas de cancel y semi-cancel no observables en el paisaje, en las que se inhumó a los comuneros, construidas mediante inversión de poca fuerza de trabajo y recursos.

7. La densidad de fragmentos cerámicos, según la tipología sugerida para el valle de la Plata (Drennan *et al.*, 1993) expresada en porcentaje por grupo cerámico corresponde al 1,06% del grupo Tachuelo (período Formativo 1), al 10,73% del grupo Planaditas (período Formativo 2), al 16,50 % del grupo Lourdes (período Formativo 3), 39,61% del grupo Guacas (período Clásico Regional) y al 32,09% del grupo Barranquilla (período Reciente). Total de la muestra: 3.403 fragmentos cerámicos.

EVALUACIÓN

Si comparamos los tres centros de enterramiento, se aprecian diferencias marcadas en cuanto a la energía y recursos invertidos en sus construcciones.

	<i>Piedras</i>	<i>Mondeyal</i>	<i>Bajo Brisas</i>
<i>Nivel jerárquico</i>	Primero	Segundo	Tercero
<i>Cant. de montículos</i>	4	3	1
<i>Cant. de estatuas</i>	12	1 (Posiblemente)	0
<i>Cant. de sarcófagos</i>	0	1	0
<i>Cant. de tumbas</i>	8	3	1
<i>Cant. de templetes</i>	4	0	0
<i>Tipo de tumba</i>	Cancel	Cancel	Cancel
	Cancel con corredor		
<i>Decoración tumbas</i>	Pintura policroma Formas geométricas	Ninguna	Ninguna
<i>Ofrendas</i>	Orfebrería: canutillos, aretes	No registra	No registra
	Láminas.		
	Adornos de piedra.		
<i>Obras de adecuación</i>	Aterrazamiento Relleno	Aterrazamiento	Ninguna
<i>Dist. a A. Piedras (km)</i>	0	5	2

Tabla 11.3. Comparación entre sitios de enterramiento.

La excavaciones realizadas indican que la ocupación doméstica en las proximidades de los tres centros funerarios fueron contemporáneas durante algunos períodos. Al analizar los motivos decorativos del material cerámico, se observa mayor correspondencia entre el Alto de Las Piedras y Bajo Brisas, factor que sugiere interacción entre sus comunidades mayor que la posible entre el primero y Mondeyal.

Así, de acuerdo con la sugerencia de Hall (1966), la distancia espacial entre dos grupos que interactúan es proporcional a su distancia social. La proximidad entre dos grupos permite establecer relaciones más íntimas y amigables, y viceversa.

En los tres casos, los sitios se hallan sobre cimas de colinas prominentes en el paisaje, con acceso desigual a recursos alimenticios debido a la diferencia y variedad de los nichos ecológicos de las proximidades (Alto de Las Piedras próximos al sistema lacustre) y a la disímil aptitud agrícola de los suelos en cada área.

CONCLUSIONES

Estas observaciones deben ser entendidas como hipotéticas puesto que, por la reducida extensión del área estudiada, no se puede generalizar, pero sí tomar como un punto de partida para futuros trabajos que pretendan abordar la ideología en las sociedades prehispánicas del alto Magdalena.

1. Desde la perspectiva de DeMarrais *et al.*, (1996) y Earle (1997) se puede afirmar que las elites de los cacicazgos del alto Magdalena se valieron del control ideológico como estrategia para consolidar su poder político y económico. El análisis de las manifestaciones materiales muestra cómo las elites en estas sociedades usaron la ideología para articular y legitimar las relaciones sociales en un sistema económico inequitativo. Así, la monumentalidad e iconografía del arte funerario erigido en la región fue la materialización de una ideología que legitimó el estatus social prominente de unos pocos individuos y de grupos reducidos de ellos en las comunidades, y ocultó la sujeción económica y política de las mayorías.

2. Las obras monumentales no solo expresan el prestigio de los individuos, a la vez testifican las posibilidades materiales de que disponía cada segmento social para emprender obras que les garantizaran la diferenciación económica, política e ideológica.

3. A pesar de no existir indicios de acumulación de riqueza como son los ajuares funerarios ostentosos por parte de las elites, el arte funerario monumental es suficiente muestra del prestigio y alto estatus de que disfrutaban algunos personajes en las comunidades, porque para su construcción es necesario movilizar elevada

cantidad de recursos y fuerza de trabajo, mucho más que la invertida en la construcción de las tumbas de los comuneros.

4. La cantidad y la magnitud diferencial de las obras funerarias en la unidad política encabezada por la comunidad del alto de las Piedras es evidencia de su jerarquización territorial. Ahora, si consideramos el centro funerario Mondeyal como adscrito al primero, estaríamos frente a dos niveles administrativos, a juzgar por la cantidad de recursos y de trabajo invertidos en la construcción de estos dos centros.



BIBLIOGRAFÍA

ANDERSON, David. 1994. Factional competition and the political evolution of Mississippian chiefdoms in the southeastern United States. En: *Factional competition and political development in the New World*. New York. Cambridge University Press, pp. 61-77.

BRUMFIEL, Elizabeth y John W. Fox (eds.) 1994. Factional competition and political development in the New World: an introduction. En: *Factional competition and political development in the New World*. New York. Cambridge University Press, pp. 3-14.

BRUMFIEL, Elizabeth. 1995. Heterarchy and the Analysis of Complex Societies: Comments. En: *Archeological Papers of American Anthropological Association No.6*.

DEMARRAIS, Elizabeth, Luis J. Castillo y Timothy Earle. 1996. Ideology, Materialization, and Power Strategies. En: *Current Anthropology*, Vol. 37, No. 1, pp. 15-31.

DRENNAN, Robert. 1995. Mortuary Practices in the Alto Magdalena. En: *Tombs for the living: Andean Mortuary Practices*. Ed. Tom Dillehay. Dumbarton Oaks Research Library and Collection. Washington, pp. 79-110.

_____. 2000. *Las sociedades prehispánicas del Alto Magdalena*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Bogotá.

DRENNAN, Robert, TAFT, Mary y URIBE, Carlos (eds). 1993. *Cacicazgos Prehispánicos en el Valle de la Plata, Tomo 2: Cerámica – cronología y producción artesanal*. University of Pittsburg Memoirs in Latin American Archaeology, No. 5.

DUQUE GÓMEZ, Luis. 1964. Exploraciones Arqueológicas en San Agustín. *Revista Colombiana de Antropología*. Suplemento No. 1. Imprenta Nacional. Bogotá

DUQUE GÓMEZ Y CUBILLOS, Julio. 1979. *Arqueología de San Agustín: Alto de los Ídolos, Montículos y Tumbas*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales; Banco de la República, Bogotá.

_____. 1988. *Arqueología de San Agustín: Alto de Lavapatas*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales; Banco de la República, Bogotá.

_____. 1993. *Arqueología de San Agustín: Exploraciones arqueológicas realizadas en el Alto de las Piedras (1975-1976)*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales; Banco de la República, Bogotá.

EARLE, Timothy. 1997. *How Chiefs Come to Power*. Stanford University Press. Stanford.

FLANNERY, Kent. 1976. Research strategy formative Mesoamerica. En: *The early Mesoamerican Village*. Kent Flannery Ed. New York, pp. 1-11.

GARTNER, William. 1999. Late woodland landscapes of Wisconsin: ridged fields, effigy mounds and territoriality. En: *Antiquity*. University of Wisconsin, Madison. No. 73, pp. 671-83

GNECCO, Cristóbal. 1995. Prácticas funerarias como expresiones políticas: Una perspectiva desde el suroccidente de Colombia. En: *Revista Colombiana de Antropología*, Vol. XXXII. ICANH. Bogotá.

GODELIER, Maurice. 1989. *Lo mental y lo material*. Verso ed. Barcelona.

HALL, David, 1966. *The hidden Dimension*. Doubleday. New York.

JONHSON, Allen y Earle, Thimothy. 1987. *The evolution of Human societies: from foraging group to agrarian state*. Stanford University press, Stanford, California.

LLANOS, Héctor y Pinto María. 1997. *Las industrias líticas de San Agustín*. FIAN. Banco de la República.

LLANOS, Héctor. 1995a. *Los Chamanes Jaguares de San Agustín: Génesis de un pensamiento mito poético*. Editado por Héctor Llanos. Bogotá.

_____. 1995b. *Montículo Funerario del Alto de Betania (Isnos): Territorialidad y espacio de los muertos en la cultura San Agustín*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República. Bogotá.

LULL, Vincent. 2000. Death and society: a marxist approach. En: *Antiquity*. Vol.: 74, No. 285, pp. 576-580.

PLOG, Stephen. 1990. Agriculture, sedentism, and environment in the evolution of political systems. En: *The Evolution of Political Systems*. S. Upham, Cambridge, University Press, Cambridge.

PREUSS, Karl Theodor. 1974. *Arte monumental Prehistórico*. Dirección de Divulgación Cultural de la Universidad Nacional. Bogotá.

SÁNCHEZ, Carlos. 2000. *Agricultura intensiva, dinámica de población y acceso diferencial a la tierra en el Alto Magdalena. Arqueología del Área intermedia No.2*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia – Sociedad Colombiana de Arqueología. Bogotá.

_____. 2003. Costreñimiento Social y Estrategias Productivas Agrícolas Prehispanicas en el Alto Magdalena. Ponencia Congreso Universidad de Caldas. En Prensa. Bogotá.

_____. 2005. *Sociedad y Agricultura Prehispanica en el Alto Magdalena*. Informes Arqueológicos del Instituto Colombiano de Antropología e Historia No. 4. Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Bogotá.

SERVICE, Elman. 1984. *Los orígenes del Estado y la civilización*. Alianza Editorial, Madrid.

SISCEL, Schroeder. 2004. Power and Place: Agency, ecology and history in the American Bottom, Illinois. En: *Antiquity*. Vol. 78, No. 302, pp. 812-823.

URIBE, Maria V. & SOTOMAYOR, María. 1987. *Estatuaria del Macizo Colombiano*. ICANH – COLCULTURA. Bogotá.

WAGNER, Carlos G. 1990. La jefatura como instrumento de análisis del historiador. Cuestiones teóricas y metodológicas. En: *Espacio y Organización Social*. Madrid.

‡



El libro que usted tiene en sus manos
Economía, prestigio y poder: Perspectivas desde la arqueología
se terminó de editar e imprimir en la ciudad de Bogotá durante
los últimos días del mes de junio de dos mil nueve.



La producción de los recursos para la satisfacción de las necesidades naturales y sociales del ser humano y la búsqueda, consolidación y preservación del poder en las comunidades han sido hechos consustanciales, constantes en la reproducción y la evolución social. Como factores culturales, éstos expresan una rica diversidad en incesante transformación, tanto en sus configuraciones históricas como en sus articulaciones con la dinámica de las relaciones sociales.

Los textos que aquí se reúnen nos ofrecen una abundante y diversa información que refleja la variedad de expresiones singulares de estos hechos en relación con sociedades complejas de integración regional o de jefatura. Se trata de una compilación amplia y rica no sólo por la diversidad de las perspectivas teóricas y metodológicas adoptadas por los autores, sino también porque, dada la heterogeneidad de contextos geográficos de los que procede la información empírica aportada (México, Venezuela, Colombia y China), los casos referidos comprenden diferentes estrategias para lograr el control social y, en consecuencia, manifiestan diversos grados de solidez en la integración política, disparidad en la magnitud de la estratificación socioeconómica, diferentes grados de complejidad y características variadas de los procesos productivos.



ISBN 978-958-8181-57-8



9 789588 181578 >